

ROMA VINCIT!

SIMON SCARROW



LIBRO II DE
QUINTO LICINIO CATO
UN OPTIO EN LA INVASIÓN
DE BRITANIA





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Continuación de El águila del imperio, situada de nuevo en Britania y un nuevo intento de invasión como principal línea de argumentación. Sin embargo, nuestro protagonista Q.L.Cato, ha madurado y es un experimentado guerrero. Tendrá que enfrentarse a los bárbaros britano que tienen un modo de lucha para el que los romanos no estaban preparados, por lo que será preciso un alto grado de disciplina para luchar contra ellos. Todo ello, como no rodeado de intrigas, conspiraciones y sabotajes. En esta novela, Scarrow hace un pequeño homenaje a Robert Graves mediante la intervención del emperador Claudio, cuya caracterización responde perfectamente a la que hizo Graves en su obra Yo, Claudio.

L  **LIBROS**

Simon Scarrow

Roma Vincit!

Serie Águila - 2

Para Carolyn, que todo lo hace posible.

Organización de una legión romana

La segunda *legión*, al igual que todas las legiones romanas, constaba de unos cinco mil quinientos hombres. La unidad básica era la centuria de ochenta hombres dirigida por un centurión, auxiliado por un optio, segundo en el mando. La centuria se dividía en secciones de ocho hombres que compartían un cuarto de las barracas, o una tienda si estaban en campaña. Seis centurias componían una cohorte, y diez cohortes, una legión; la primera cohorte era doble. A cada legión la acompañaba una unidad de caballería de ciento veinte hombres, distribuida en cuatro escuadrones, que hacían las funciones de exploradores o mensajeros. En orden descendente, éstos eran los rangos principales:

El legado era un hombre de ascendencia aristocrática. Solía tener unos treinta años y dirigía la legión hasta un máximo de cinco años. Su propósito era hacerse un buen nombre a fin de mejorar su consiguiente carrera política.

El prefecto del campamento era un veterano de edad avanzada que había sido centurión jefe de la legión y se encontraba en la cúspide de la carrera militar. Era una persona experta e íntegra y estaba al mando de la legión cuando el legado se ausentaba o quedaba fuera de combate.

Seis tribunos ejercían de oficiales de Estado Mayor. Eran hombres jóvenes de unos veinte años que servían por primera vez en el ejército para adquirir experiencia en el ámbito administrativo, antes de asumir el cargo de oficial subalterno en la administración civil. El tribuno superior, en cambio, estaba destinado a altos cargos políticos y al posible mando de una legión.

Sesenta centuriones se encargaban de la disciplina e instrucción de la legión. Eran celosamente escogidos por su capacidad de mando y por su buena disposición para luchar hasta la muerte. No es de extrañar, así, que el índice de bajas entre éstos superara con mucho el de otros puestos. El centurión de mayor categoría dirigía la primera centuria de la primera cohorte, y solía ser una persona respetada y laureada.

Los cuatro decuriones de la legión tenían bajo su mando a los escuadrones de caballería y aspiraban a ascender a comandantes de las unidades auxiliares de caballería.

A cada centurión le ayudaba un optio, que desempeñaba la función de ordenanza con servicios de mando menores. Los optios aspiraban a ocupar una vacante en el cargo de centurión.

Por debajo de los optios estaban los legionarios, hombres que se habían alistado para un periodo de quince años. En principio, sólo se reclutaban ciudadanos romanos, pero, cada vez más, se aceptaba a hombres de otras poblaciones, y se les otorgaba la ciudadanía romana al unirse a las legiones.

Los integrantes de las cohortes auxiliares eran de una categoría inferior a la de los legionarios. Procedían de otras provincias romanas y aportaban al Imperio

la caballería, la infantería ligera y otras técnicas especializadas. Se les concedía la ciudadanía romana una vez cumplidos veinticinco años de servicio.

Capítulo I

—No creo que el alto tenga muchas posibilidades —refunfuñó el centurión Macro.

—¿Y eso por qué, señor?

—¡Mírale, Cato! Ese hombre está en los huesos. No durará mucho frente a su adversario. —Macro señaló con la cabeza hacia el otro lado de la improvisada arena donde estaban armando a un prisionero bajo y fornido con un escudo y una espada corta. El hombre tomó de mala gana aquellas armas con las que no estaba familiarizado y estudió a su oponente. Cato examinó al alto y delgado britano que no llevaba puesto nada más que un diminuto taparrabos protector hecho de cuero. Uno de los legionarios que estaban de servicio en la arena le puso un largo tridente en las manos. El britano sopesó el tridente a modo de prueba y buscó el punto de agarre que mayor equilibrio le proporcionaba. Parecía ser un hombre que conocía sus armas y se movía con cierto aplomo.

—Apostaré por el alto —decidió Cato.

Macro giró sobre sus talones.

—¿Estás loco? Mírale.

—Ya he mirado, señor. Y respaldaré mi opinión con dinero.

—¿Tu opinión? —el centurión arqueó las cejas. Cato se había alistado a la legión recientemente, el invierno anterior; era un joven sin experiencia que provenía del servicio imperial en Roma. Hacía menos de un año que era legionario y ya iba expresando sus opiniones por ahí como un veterano.

—Pues haz lo que quieras. —Macro sacudió la cabeza y se acomodó para esperar que empezara la lucha. Era el último combate de los juegos del día ofrecidos por el legado, Vespasiano, en una pequeña hondonada en medio del campamento de marcha de la segunda legión. Al día siguiente las cuatro legiones y sus tropas de apoyo volverían a estar en camino, dirigidas por el general Plautio, que estaba decidido a tomar Camuloduno antes de que llegara el otoño. Si la capital enemiga caía, la coalición de tribus britanas, con Carataco de los catuvelanios al frente, se rompería. Los cuarenta mil hombres a las órdenes de Plautio eran los únicos de los que el emperador Claudio podía prescindir en su audaz invasión de las neblinosas islas situadas a poca distancia de la costa de la Galia. Todos los miembros del ejército eran conscientes de que los britanos les superaban ampliamente en número.

Pero hasta el momento, el enemigo se hallaba disperso. Sólo con que los romanos pudieran atacar con rapidez el centro de la resistencia británica, antes de que el desequilibrio numérico fuera un factor en contra de las legiones, lograrían la victoria. El deseo de avanzar estaba en todos sus corazones, aunque los cansados legionarios agradecían aquel día de descanso y el entretenimiento que proporcionaban las luchas.

Veinte britanos habían sido emparejados uno contra otro, provistos de varias armas. Para hacer las cosas más interesantes, las parejas se habían elegido a suertes extrayendo los nombres del casco de un legionario y algunos de los combates habían resultado poco equilibrados pero entretenidos. Igual que, al parecer, lo iba a ser aquel último.

El portaestandarte del águila de la legión hacía de maestro de ceremonias y salió al centro de la arena dando grandes zancadas al tiempo que agitaba los brazos pidiendo silencio. Los ayudantes del portaestandarte se apresuraron a aceptar las últimas apuestas y Cato volvió a tomar asiento junto a su centurión con unas probabilidades de cinco a uno. No eran buenas, pero se había jugado la paga de un mes y si el hombre ganaba Cato se haría con una considerable suma. Macro había apostado por el musculoso oponente con espada y escudo. Mucho menos dinero con una proporción mucho más ajustada, lo cual reflejaba la opinión general sobre los luchadores.

—¡Silencio! ¡Vamos, guardad silencio! —bramó el portaestandarte.

A pesar del ambiente festivo el automático control disciplinario se impuso sobre los legionarios allí reunidos. En unos momentos, más de dos mil soldados que gritaban y gesticulaban cerraron la boca y se sentaron a esperar que empezara la lucha.

—¡Bien, éste es el último combate! A mi derecha os presento a un mirmillón, un fornido y experto guerrero, o al menos eso dice él.

La multitud estalló en aullidos de burla. Si el britano era tan condenadamente bueno, ¿por qué demonios estaba allí luchando por su vida como prisionero de los romanos? El mirmillón miró con desdén a los espectadores y de repente alzó los brazos y soltó un desafiante grito de guerra. Los legionarios lo abuchearon. El portaestandarte permitió que continuara el griterío unos instantes antes de volver a pedir silencio.

—A mi izquierda tenemos a un reciario. Dice que es escudero de algún que otro jefe. Su oficio es llevar las armas, no utilizarlas. Así que este combate debería ser bueno y rápido. Y ahora, cabrones perezosos, recordad que el servicio se normalizará justo después del toque de mediodía.

La multitud se quejó más bien demasiado como para que resultara convincente y el portaestandarte sonrió de manera afable.

—Muy bien, gladiadores: ¡a vuestros puestos! El portaestandarte retrocedió y se alejó del centro de la arena, un terreno cubierto de césped con brillantes manchas carmesí allí donde habían caído los anteriores combatientes. Condujeron a los contendientes tras dos trozos de tierra levantada en la hierba y los situaron uno frente a otro. El mirmillón alzó su espada corta y su escudo y se agachó hasta quedarse en cuclillas, con el cuerpo en tensión. En cambio, el reciario sostuvo su arma en posición vertical y casi parecía estar apoyado en ella, con su delgado rostro totalmente inexpresivo. Un legionario le dio un

puntapié y le indicó que tenía que prepararse. El reciario se limitó a frotarse la espinilla haciendo muecas de dolor.

—Espero que no hayas apostado mucho dinero por ése —comentó Macro.

Cato no respondió. ¿Qué diablos estaba haciendo el reciario? ¿Dónde estaba el plomo de hacía un momento?

El hombre parecía indiferente, casi como si durante toda la mañana se hubiera realizado una aburrida instrucción en lugar de una serie de combates a muerte. Mejor sería que estuviera fingiendo.

—¡Adelante! —gritó el portaestandarte. Al oír aquella palabra el mirmillón soltó un aullido y se precipitó a toda velocidad hacia su oponente, que se encontraba a unos quince pasos de distancia. El reciario bajó el astil de su arma y encaró las terribles puntas a la garganta del hombre más bajo. El grito de guerra se fue apagando cuando este último se agachó, apartó el tridente de un golpe y dio una estocada para matar rápidamente a su adversario. Pero la reacción de éste fue muy hábil. En vez de intentar recuperar la punta del tridente, el alto britano simplemente dejó que el extremo girara en redondo y golpeará al mirmillón en un lado de la cabeza. Su oponente cayó al suelo momentáneamente aturdido. El reciario dio la vuelta al arma rápidamente y avanzó dispuesto a matar.

Cato sonrió.

—¡Levántate, cabrón adormilado! —gritó Macro haciendo bocina con las manos.

El reciario hizo ademán de ir a lancear la figura que había en el suelo, pero un desesperado golpe de espada apartó las puntas de su cuello. El tridente le hizo sangre igualmente, pero sólo le causó un corte poco profundo en el hombro. Aquellos espectadores que habían apostado su dinero en la proporción más desigual gruñeron consternados cuando el mirmillón se hizo a un lado rodando sobre sí mismo y se levantó. jadeaba y tenía los ojos muy abiertos, toda su arrogancia había desaparecido al ver que lo habían engañado con tanta habilidad. Su alto adversario arrancó el tridente del suelo y se puso en cuclillas, con una feroz expresión que le crispaba el rostro. A partir de aquel momento ya no se fingiría más, sería sólo una prueba de fuerza y destreza.

—¡Adelante! —gritó Macro—. ¡Clávasela en las tripas a ese cabrón!

Cato se quedó sentado en silencio, era demasiado tímido para unirse al griterío pero, con los puños apretados a los lados, deseó con todas sus fuerzas que su hombre ganara, a pesar de la aversión que sentía por aquel tipo de lucha.

El mirmillón se hizo a un lado rápidamente y comprobó las reacciones del otro hombre para ver si el anterior movimiento había sido una casualidad. Pero al cabo de un instante las puntas del tridente volvían a estar alineadas con su garganta. La multitud aplaudió en señal de apreciación. Después de todo, aquello tenía todos los ingredientes de una buena pelea.

De pronto el reciario hizo una finta a la que su oponente correspondió con un equilibrado salto hacia atrás, y la muchedumbre volvió a gritar entusiasmada.

—¡Buen movimiento! —Macro se dio un puñetazo en la palma de la otra mano—. Si nos hubiésemos enfrentado a más combates como éste, seríamos nosotros los que estaríamos luchando ahí fuera. Esos dos son buenos, muy buenos.

—Sí, señor. —Respondió Cato con tensión y los ojos fijos en los dos luchadores que en aquellos momentos daban vueltas uno alrededor del otro sobre la hierba manchada de sangre. El sol caía de lleno sobre el espectáculo. Los pájaros que cantaban en los robles que rodeaban la hondonada parecían estar totalmente fuera de lugar. Por un instante Cato se sintió impresionado por el contraste entre los soldados enloquecidos por la lucha que animaban a otros hombres matarse entre ellos y la plácida armonía de la vasta naturaleza. Cuando vivía en Roma siempre había estado en contra de los espectáculos de gladiadores, pero era imposible expresar ese desagrado estando en compañía de soldados que vivían según un código de sangre, batalla y disciplina.

Se oyó un sonido metálico y hubo un frenético intercambio de ruidosos golpes. Sin haber obtenido ventaja, ambos luchadores reanudaron el movimiento circular. Los gritos de los legionarios que miraban pusieron de manifiesto un clima de descontento cada vez mayor y el portaestandarte hizo una señal a los que llevaban los hierros candentes para que se situaran detrás de los gladiadores, unas barras negras con las puntas al rojo vivo que oscilaban al surcar el aire. Por encima del hombro del mirmillón, el reciario vio el peligro que se aproximaba y se lanzó en furioso ataque golpeando la espada del hombre más bajo para tratar de quitarle el arma de la mano de un golpe. Para salvar la vida el mirmillón paró la embestida utilizando tanto la espada como el escudo y se vio obligado a retroceder hacia uno de los lados de la arena, directo a los hierros candentes.

—¡Venga! —gritó Cato al tiempo que agitaba el puño, llevado por la excitación—. ¡Ya es tuyo!

Un chillido desgarrador atravesó el aire cuando el hierro al rojo entró en contacto con la espalda del mirmillón, el cual retrocedió instintivamente y fue directo a las puntas de presa del tridente. Dio un alarido cuando una de las puntas le penetró el muslo, cerca de la cadera, y volvió a salir junto con un gran chorro de sangre que le bajó por la pierna y goteó sobre la hierba. Con un movimiento rápido el mirmillón se echó a un lado para alejarse del hierro candente e intentó distanciarse un poco de las terribles puntas del tridente. Los que habían apostado por él le gritaban su apoyo mientras deseaban con todas sus fuerzas que acortara las distancias y arremetiera contra el reciario mientras aún pudiera.

Cato vio que el reciario sonreía, consciente de que el tiempo estaba de su lado. Sólo tenía que mantener a distancia a su oponente el tiempo suficiente para que la pérdida de sangre lo debilitara. Luego sólo tenía que acercarse para

matarlo. Pero la multitud no estaba de humor para esperar y prorrumpió en un enojado abucheo cuando el reciario se alejó de su sangrante enemigo. Volvieron a alzarse los hierros candentes. Aquella vez el mirmillón trató de conseguir ventaja a sabiendas de que le quedaba muy poco tiempo para poder actuar con eficacia. Se abalanzó sobre el reciario con una lluvia de golpes dados con la punta de su arma y obligó al britano a retroceder. Pero el reciario no iba a caer en la misma trampa. Deslizó la mano por el mango de su arma, la blandió de pronto contra las piernas del mirmillón y corrió hacia un lado, lejos de los hierros. El hombre más bajo dio un salto torpe, perdió el equilibrio y se cayó.

De vez en cuando resonaban una serie de embestidas y rechazos y Cato se dio cuenta de que el mirmillón se tambaleaba y sus pasos se volvían cada vez más inseguros al tiempo que la vida abandonaba su cuerpo. Fue repelido otro ataque del reciario, pero por los pelos. Entonces las fuerzas del mirmillón parecieron agotarse y cayó lentamente de rodillas con la espada temblorosa en la mano.

Macro se puso en pie de un salto. —¡Levántate! ¡Levántate antes de que te destripe! El resto de los espectadores se alzaron de sus asientos intuyendo que se acercaba el final de la lucha y muchos de ellos exhortaban desesperadamente al mirmillón a que se pusiera en pie.

El reciario arremetió con su arma y atrapó la espada entre sus puntas. Un giro rápido y la hoja salió despedida de la mano del mirmillón, dando vueltas en el aire hasta caer a varios metros de distancia. Dándose cuenta de que todo estaba perdido, el mirmillón se dejó caer de espaldas y aguardó un rápido final. El reciario lanzó su grito de guerra y subió la mano por el mango de su arma mientras avanzaba para cernirse sobre su oponente y asestarle el último golpe. Colocó una pierna a cada lado del mirmillón, que sangraba abundantemente, y levantó su tridente. De pronto, el escudo del mirmillón se alzó con salvaje desesperación y golpeó al hombre más alto en la entrepierna. Con un profundo quejido el reciario se dobló en dos. La multitud gritó entusiasmada. Un segundo golpe de escudo le dio en la cara y le hizo caer sobre la hierba; el arma se le escapó de las manos cuando se agarró con ellas la nariz y los ojos. Dos golpes más con el escudo en la cabeza y el reciario estuvo acabado.

—¡Maravilloso! —Macro saltaba arriba y abajo—. ¡Condenadamente maravilloso!

Cato sacudió la cabeza con amargura y maldijo la petulancia del reciario. No convenía dar por sentado que habías derrotado a tu enemigo simplemente porque lo pareciera. ¿No había probado el reciario el mismo truco al principio de la pelea?

El mirmillón se puso en pie, con mucha más facilidad con la que podría hacerlo un hombre herido de gravedad, y rápidamente recuperó su espada. El final fue misericordioso, el reciario fue enviado junto a sus dioses mediante una

profunda estocada que se le clavó en el corazón por debajo del tórax.

Entonces, mientras Cato, Macro y la multitud observaban, ocurrió algo muy extraño. Antes de que el portaestandarte y su asistente pudieran desarmar al mirmillón, el britano alzó los brazos y gritó un desafío. En un latín con toscó acento, exclamó:

—¡Romanos! ¡Romanos! ¡Mirad! La espada descendió dando la vuelta, el mango quedó rápidamente invertido y, con ambas manos, el britano se clavó el arma en el pecho. Se tambaleó unos instantes con la cabeza colgando hacia atrás y luego se desplomó sobre la hierba hacia el cuerpo del reciario. Se hizo el silencio entre la multitud.

—¿Por qué carajo ha hecho eso? —refunfuñó Macro entre dientes.

—Quizá sabía que sus heridas eran mortales. —Podría haber sobrevivido —replicó Macro de mala gana—. —Nunca se sabe.

—Sobrevivir sólo para convertirse en un esclavo. —Tal vez quería eso, señor. —Entonces es que era idiota.

El portaestandarte, preocupado por el incierto cambio de humor del público, avanzó apresuradamente con los brazos levantados.

—Muy bien, muchachos, se acabó. La lucha ha terminado. Declaro vencedor al mirmillón. Pagad las apuestas ganadoras y luego volved a vuestras obligaciones.

—¡Espera! —gritó una voz—. ¡Hay un empate! Los dos están muertos.

—Ganó el mirmillón —le respondió con un grito el portaestandarte.

—Estaba acabado. El reciario hubiera dejado que se desangrara hasta morir. —Tal vez lo hubiera hecho —asintió el portaestandarte —si no la hubiese cagado al final. Mi decisión es inapelable. El mirmillón ganó y todo el mundo tiene que pagar sus deudas o tendrán que vérselas conmigo. ¡Y ahora, volved a vuestras obligaciones!

Los espectadores se dispersaron y afluyeron en silencio por entre los robles a las hileras de tiendas mientras los ayudantes del portaestandarte levantaban los cadáveres y los metían en la parte posterior de un carromato, donde se unieron a los vencidos en los anteriores combates. Mientras Cato esperaba, su centurión salió corriendo a cobrar sus ganancias del portaestandarte de su cohorte, el cual se hallaba rodeado de una pequeña multitud de legionarios que agarraban fuertemente sus resguardos. Macro regresó poco después sopesando alegremente las monedas de su faltriquera.

—No es la apuesta más lucrativa que he hecho pero, de todas formas, ganar está muy bien.

—Supongo que sí, señor. —¿A qué viene esa cara tan larga? Ah, claro. Tu dinero se fue con ese gilipollas fanfarrón del tridente. ¿Cuánto has perdido?

Cato se lo dijo y Macro soltó un silbido. —Bueno, joven Cato, parece ser que todavía tienes mucho que aprender sobre los luchadores. —Sí, señor.

—No importa, muchacho. Todo llegará a su debido tiempo. —Macro le dio una palmada en el hombro—. Vamos a ver si alguien tiene algún vino decente para vendernos. Después tenemos trabajo que hacer.

Bajo las sombras veteadas de un enorme roble, mientras observaba cómo sus hombres abandonaban la hondonada, el comandante de la segunda legión maldijo en silencio al mirmillón. A los soldados les hacía mucha falta algo que les alejara el pensamiento de la campaña que se preparaba y el espectáculo de los prisioneros británicos matándose unos a otros tendría que haber sido entretenido. Lo había sido, en efecto, hasta el último combate. Los hombres estaban muy animados. Entonces, el maldito britano había escogido el momento más inoportuno para aquel absurdo gesto desafiante o acaso no fuera tan absurdo, reflexionó el legado con gravedad. Tal vez el sacrificio del britano había sido deliberado y tenía como objetivo desvirtuar la diversión que pretendía levantarles la moral.

Con las manos a la espalda, Vespasiano salió de entre las sombras y caminó lentamente hacia la luz del sol. Sin duda aquellos britanos no carecían de espíritu. Al igual que la mayoría de culturas guerreras, se aferraban a un código de honor el cual garantizaba que aceptaban la guerra con una imprudente arrogancia y una ferocidad terrible. Más preocupante aún era el hecho de que la relajada coalición de tribus Británicas estaba encabezada por un hombre que sabía utilizar bien las fuerzas. Vespasiano sentía un respeto forzado por el líder de los britanos, Carataco, jefe de los catuvelanios. Ese hombre todavía tenía algo reservado y sería mejor que el ejército romano del general Aulo Plautio tratara al enemigo con más respeto de lo que hasta entonces había sido el caso. La muerte del mirmillón ilustraba a la perfección la despiadada naturaleza de aquella campaña.

Dejando a un lado de momento los pensamientos sobre el futuro, Vespasiano se dirigió a la tienda hospital. Había un desafortunado asunto que no podía posponer por más tiempo. El centurión al mando de la segunda legión había resultado herido de muerte en una reciente emboscada y quería hablar con él antes de que muriera. Bestia había sido un soldado ejemplar que a lo largo de su carrera militar se había ganado los elogios, la admiración y el temor de todos. Había combatido en muchas guerras por todo el Imperio y en su cuerpo tenía las cicatrices que lo demostraban. Y ahora había caído a manos de una espada británica en una refriega de poca importancia que ningún historiador haría constar en sus anales. Así era la vida militar, meditó Vespasiano con amargura. ¿Cuántos héroes olvidados más estaban ahí fuera esperando para diñarla mientras los políticos vanidosos y los lacayos imperiales se llevaban todo el mérito?

Vespasiano pensó en su hermano, Sabino, que había acudido a toda prisa desde Roma para entrar al servicio del general Plautio mientras todavía hubiera algo de gloria que ganar. Sabino, al igual que la mayoría de sus iguales políticos, consideraba el ejército únicamente como el próximo peldaño en el escalafón de

su carrera. El cinismo de la alta política llenaba a Vespasiano de una gélida furia. Era más que probable que el emperador Claudio estuviera utilizando la invasión para afianzar su posición en el trono. Si las legiones conseguían someter a Britania, habría prebendas y sinecuras en abundancia para allanar el camino al estado. Algunos hombres harían una fortuna mientras que a otros les concederían un alto cargo y el dinero entraría a raudales en las sedientas arcas imperiales. Se consolidaría la gloria de Roma y sus ciudadanos tendrían aún más pruebas de que el destino de la ciudad contaba con la bendición de los dioses. Sin embargo, había hombres para los cuales los grandes logros como aquéllos significaban poco, porque ellos consideraban los hechos sólo bajo el punto de vista de las oportunidades que les ofrecían para su ascenso personal.

Tal vez llegara un día en el que a aquella isla salvaje, con sus inquietas y belicosas tribus guerreras, se le ofrecerían todas las ventajas del orden y la prosperidad que el dominio romano confería. Semejante extensión de la civilización era una causa por la que valía la pena luchar, y era en pos de aquella visión de futuro por lo que Vespasiano servía a Roma y toleraba, al menos de momento, a aquellos que Roma situaba por encima de él. Pero antes de eso debía ganarse esta campaña. Había que cruzar dos ríos importantes a pesar de la feroz resistencia por parte de los nativos. Al otro lado de aquellos ríos se encontraba la capital de los catuvelanios, la más poderosa de las tribus britanas contrarias a Roma. Gracias a su imparable expansión en los últimos años, los catuvelanios habían absorbido a los trinovantes y a su próspera ciudad comercial de Camuloduno. En aquellos momentos, muchas de las otras tribus sentían por Carataco el mismo terror que les infundían los romanos. Por lo tanto, Camuloduno debía caer en su poder antes del otoño para demostrar a aquellas tribus que todavía vacilaban que la resistencia a Roma era inútil. Aun así habría más campañas, más años de conquista, antes de que todos los rincones de aquella gran isla fueran incorporados al Imperio. Si las legiones no conseguían ocupar Camuloduno, entonces Carataco bien podría ganarse la lealtad de las tribus no comprometidas y reclutar a hombres suficientes para aplastar al ejército romano.

Con un suspiro de cansancio, Vespasiano se agachó bajo el faldón de la entrada de la tienda hospital y saludó con un Movimiento de cabeza al cirujano jefe de la legión.

Capítulo II

—Bestia ha muerto.

Cato levantó la vista de sus papeles cuando el centurión Macro entró en la tienda. El aguacero de verano que caía ruidosamente sobre la lona había ahogado el anuncio de Macro.

—¿Señor?

—He dicho que Bestia ha muerto —gritó Macro—. Murió esta tarde.

Cato asintió con la cabeza. La noticia ya se esperaba. Al antiguo centurión jefe le habían partido la cara hasta el hueso. Los cirujanos de la legión habían hecho lo que habían podido para hacer que sus últimos días fueran lo más agradables posible, pero la pérdida de sangre, la mandíbula destrozada y la subsiguiente infección habían hecho su muerte inevitable. El primer impulso de Cato fue alegrarse de la noticia. Bestia le había amargado la vida durante los meses de instrucción. En realidad, el centurión jefe pareció disfrutar muchísimo metiéndose con él y, como respuesta, Cato llegó a albergar hacia él un odio que le consumía.

Macro desabrochó el broche de su capa mojada y la echó encima del respaldo de un taburete de campaña que arrimó al brasero. El vapor que desprendían las diversas prendas puestas a secar en otros taburetes se elevaba en volutas de color naranja y se sumaba a la bochornosa atmósfera de la tienda. Si la lluvia que caía allí fuera era el mejor tiempo que el verano britano podía ofrecer, Macro se preguntó si valía la pena luchar por la isla. Los exiliados britanos que acompañaban a las legiones afirmaban que la isla poseía inmensos recursos de metales preciosos y ricas tierras agrícolas. Macro se encogió de hombros. Pudiera ser que los exiliados dijeran la verdad, pero tenían sus propias razones para desear que Roma triunfara sobre su propia gente. La mayoría había perdido tierras y títulos a manos de los catuvelanios y esperaba recuperar ambas cosas como recompensa por ayudar a Roma.

—Me pregunto quién obtendrá el puesto de Bestia —dijo Macro—. Será interesante ver a quién elige Vespasiano.

—¿Hay alguna posibilidad de que sea usted, señor? —¿Me parece que no, muchacho! —gruñó Macro. Su joven optio hacía poco tiempo que era miembro de la segunda legión y no conocía bien los procedimientos de ascenso del ejército. Estoy fuera de combate en lo que a ese trabajo se refiere. Vespasiano tiene que elegir entre los centuriones de la primera cohorte que aún están vivos. Son los mejores oficiales de la legión. Debes tener varios años de excelente servicio a tus espaldas antes de que te tomen en consideración para un ascenso a la primera cohorte. Yo todavía voy a estar un tiempo al mando de la sexta centuria de la cuarta cohorte, Creo. Apuesto a que esta noche hay algunos hombres muy ansiosos en el comedor de la primera cohorte. Uno no tiene la

oportunidad de convertirse en centurión jefe cada día.

—¿No estarán apenados, señor? Quiero decir, Bestia era uno de los suyos.

—Supongo que sí. —Macro se encogió de hombros—. Pero si vives de la guerra, A cualquiera de nosotros podía haberle tocado cruzar la laguna Estigia. Pero resultó ser el turno de Bestia. De todos modos, él ya había vivido lo que le tocaba en este mundo. Dentro de dos años no hubiera hecho otra cosa que volverse loco poco a poco en alguna aburrida colonia de veteranos. Mejor él que alguien que tenga algo que esperar como la mayoría de los demás pobres diablos que la han palmado hasta el momento. Y ahora, da la casualidad de que hay unas cuantas vacantes para cubrir entre los centuriones. —Macro sonrió ante la perspectiva. Llevaba siendo centurión tan sólo unas pocas semanas más que Cato legionario y era el centurión de menor rango de la legión. Pero los britanos habían matado a dos de los centuriones de la cuarta cohorte, lo cual significaba que, en aquellos momentos, oficialmente él era el cuarto en antigüedad, y disfrutaba del privilegio de tener a dos centuriones recién nombrados a los que tratar con prepotencia. Levantó la mirada y sonrió a su optio—. Si esta campaña dura unos cuantos años más, ¡hasta tú podrías ser centurión!

Cato esbozó una sonrisa ante lo que no sabía si era un cumplido o una grosería. Lo más probable era que la isla se conquistara mucho antes de que nadie le reconociera la suficiente experiencia y madurez para ser ascendido al rango de centurión. A la tierna edad de diecisiete años, todavía quedaban muchos para que tuviera esa posibilidad. Suspiró y tendió la tablilla de cera en la que había estado trabajando.

—El informe de los efectivos, señor. Macro no hizo caso de la tablilla. Como apenas sabía leer ni escribir, opinaba que, a ser posible, era mejor no intentar ninguna de las dos cosas; dependía en gran medida de su optio para asegurarse de que los archivos de la sexta centuria se mantenían en orden.

—¿Y bien?

—Tenemos seis en el hospital de campaña, dos de los cuales no es probable que sobrevivan. El cirujano jefe me dijo que de los otros, a tres se les tendrá que dar de baja del ejército. Esta tarde los van a llevar a la costa. Tendrían que estar de nuevo en Roma a finales de año.

—¿Y luego qué? —Macro sacudió la cabeza con tristeza—.

Una bonificación de retiro a prorrata y pasarse el resto de sus vidas mendigando por las calles. ¡Vaya una vida que esperar con ilusión!

Cato asintió con un movimiento de cabeza. De niño había visto a los veteranos inválidos de guerra buscando desesperadamente cualquier miseria en las roñosas hornacinas del foro. Habiendo perdido un miembro o sufrido una herida que los incapacitaba, aquel estilo de vida era lo único a lo que podía aspirar la mayoría de ellos. La muerte bien podría haber sido un desenlace mucho más misericordioso para hombres como aquellos. Una repentina visión de él mismo

mutilado, condenado a la pobreza y objeto de lástima y burlas, hizo estremecerse a Cato. No tenía familia a la que recurrir. La única persona fuera del ejército que se preocupaba por él era Lavinia. Ahora se encontraba lejos, de camino a Roma con los otros esclavos al servicio de Flavia, la esposa del comandante de la legión. Cato no podía esperar que, en caso de que —sucediera lo peor, Lavinia fuera capaz de amar a un lisiado. Sabía que no podría soportar que le tuviera lástima o que se quedara con él a causa de algún equivocado sentido del deber.

Macro advirtió un cambio de actitud en el joven. Era extraño considerar lo consciente que se había vuelto de los estados de ánimo del muchacho. Todos los optios que había conocido hasta entonces no habían sido más que legionarios que intentaban sacar tajada, pero Cato era distinto. Completamente distinto. Inteligente, culto y un soldado probado, aunque porfiadamente crítico consigo mismo. Si vivía lo suficiente, sin duda Cato obtendría renombre algún día. Macro no podía comprender por qué el optio no parecía darse cuenta de eso y solía considerar a Cato con una mezcla de admiración y diversión comedida.

—No te preocupes, muchacho. Vas a salir de ésta. Si te hubiera tenido que tocar a ti, a estas alturas ya te habría sucedido. Has sobrevivido a la peor vida por la que un ejército te puede hacer pasar. Todavía vas a estar por aquí un tiempo, así que animate.

—Sí, señor. —Respondió Cato en voz baja. Las palabras de Macro eran un consuelo falso, tal como habían demostrado las muertes de los mejores soldados, como por ejemplo Bestia.

—Bueno, ¿por dónde íbamos? Cato bajó la vista hacia la tablilla de cera.

—El último de los hombres que están en el hospital se recupera favorablemente. Un corte de espada en el muslo. Tendría que estar de nuevo en pie dentro de unos pocos días más. Además, hay cuatro heridos que pueden andar. Pronto volverán a formar parte de nuestra fuerza de lucha. Esto nos deja con cincuenta y ocho efectivos, señor.

—Cincuenta y ocho. —Macro frunció el ceño. La sexta centuria se había resentido mucho de su enfrentamiento con los britanos. Habían tomado tierra en la isla con ochenta hombres. En aquellos momentos, apenas unos días después, habían perdido a dieciocho para siempre.

—¿Hay noticias de los reemplazos, señor? —No nos va a llegar ninguno hasta que el Estado Mayor pueda organizar un embarque con fuerzas de reserva de la Galia. Al menos tardarán una semana en poderlos mandar al otro lado del canal desde Gesoriaco. No se unirán a nosotros hasta después de la próxima batalla.

—¿La próxima batalla? Cato se irguió ansioso en su asiento—. ¿Qué batalla, señor?

—Calma, muchacho. —Macro sonrió—. El legado nos lo explicó al darnos las instrucciones. Vespasiano ha tenido noticias del general. Parece ser que el ejército se encuentra frente a un río. Un río muy grande y ancho. Y al otro lado

nos está esperando Carataco con su ejército, con cuadrigas y todo.

—¿A qué distancia de aquí, señor? —A un día de marcha. La segunda tendría que llegar en la mañana. Al parecer, Aulo Plautio no tiene intención de esperar. Lanzará el ataque a la mañana siguiente, en cuanto nos encontremos en posición.

—¿Y cómo llegaremos hasta ellos? —preguntó Cato—. Quiero decir, ¿cómo vamos a cruzar el río? ¿Hay un puente?

—¿De verdad crees que los britanos lo dejarían en pie? ¿Para que lo usáramos nosotros? —Macro movió la cabeza cansinamente—. No, el general aún tiene que resolver ese problema.

—¿Cree que nos ordenará avanzar los primeros? —Lo dudo. Los britanos nos han maltratado de mala manera. Los hombres todavía están muy afectados. Debes de haberlo notado.

Cato asintió con la cabeza. La baja moral de la legión había sido palpable durante los últimos días. Y lo que era aún peor, había oído a algunos hombres criticar abiertamente al legado, pues consideraban a Vespasiano responsable de las cuantiosas bajas que habían sufrido desde que desembarcaron en suelo britano. El hecho de que Vespasiano hubiera luchado contra el enemigo en las filas de vanguardia junto a los hombres no tenía importancia para muchos de los legionarios que no habían comprobado su valentía en persona. Tal como estaban las cosas, había un considerable resentimiento y desconfianza hacia los oficiales superiores de la legión, y no auguraba nada bueno para el próximo combate con los britanos.

—Será mejor que ganemos esta batalla —murmuró Macro. —Sí, señor.

Los dos se quedaron en silencio un momento mientras miraban las lenguas de fuego que bailaban en el brasero. El fuerte sonido de las tripas del centurión desvió súbitamente sus pensamientos hacia asuntos más apremiantes.

—Tengo un hambre de mil demonios. ¿Hay algo de comer?

—Allí, sobre el escritorio, señor. —Cato señaló con un gesto una oscura hogaza de pan y un pedazo de carne de cerdo salada que había en un plato de campaña. Una pequeña jarra de vino aguado estaba junto a una copa de plata abollada, un recuerdo de una de las primeras campañas de Macro. El centurión puso mala cara al ver la carne de cerdo.

—Todavía no hay carne fresca? —No, señor. Carataco está realizando un concienzudo trabajo de limpieza del terreno por delante de nuestra línea de marcha. Los exploradores dicen que han incendiado casi todas las cosechas y granjas hasta orillas del Támesis y se han llevado al ganado con ellos. Estamos limitados a lo que nos llegue desde el depósito de avituallamiento de Rutupiae.

—Estoy harto de esa mierda de cerdo salado. ¿No puedes conseguir otra cosa? Piso nos hubiera traído algo mejor que esto.

—Sí, señor. —Respondió Cato con resentimiento. Piso, el asistente de la centuria, era un veterano que había conocido todas las artimañas y chanchullos

del reglamento y a los hombres de la centuria les había ido muy bien con él. Hacía tan sólo unos días, Piso, a quien apenas le faltaba un año para que le concedieran la baja honorífica, había muerto a manos del primer britano que se encontró. Cato había aprendido mucho del asistente, pero los más misteriosos secretos del funcionamiento de la burocracia militar habían desaparecido con él y ahora Cato estaba solo.

—Veré qué puedo hacer respecto a los víveres, señor.

—¡Bien! —Macro asintió con la cabeza al tiempo que le hincaba el diente al cerdo con una mueca e iniciaba el largo proceso de masticar la dura carne hasta que alcanzara una consistencia lo bastante blanda para poder tragarla. Mientras masticaba siguió refunfuñando—. Como me den mucho más de esta cosa abandonaré la legión y me convertiré al judaísmo. Cualquier cosa tiene que ser mejor que soportar esto. No sé qué carajo les hacen a los cerdos esos cabrones de intendencia. Uno diría que es casi imposible echar a perder algo tan simple como el cerdo en salazón.

No era la primera vez que Cato oía todo aquello y siguió con su papeleo. La mayoría de los fallecidos habían dejado testamentos en los que legaban sus posesiones del campamento a los amigos. Pero algunos de los nombrados beneficiarios también habían muerto, y Cato tenía que encontrar el orden de los legados entre todos los documentos para asegurarse de que las posesiones acumuladas llegaban a los destinatarios pertinentes. Las familias de aquellos que habían muerto intestados requerirían una notificación que les permitiera reclamar los ahorros de la víctima de los erarios de la legión. Para Cato, el cumplimiento de los testamentos era una experiencia nueva y, como la responsabilidad era suya, no se atrevía a correr el riesgo de que hubiera algún error que pudiera conducir a entablar una demanda contra él. Por lo tanto, leía toda la documentación con detenimiento y comprobaba y volvía a comprobar las cuentas de todos y cada uno de los hombres antes de mojar su estilo en un pequeño tintero de cerámica y redactar la declaración definitiva de las posesiones y sus destinos.

El faldón de la tienda se abrió y un asistente del cuartel general se apresuró a entrar con su empapada capa del ejército, que goteaba por todas partes.

—¡Eh, aparta eso de mi trabajo! —gritó Cato al tiempo que tapaba los pergaminos apilados en su escritorio.

—Perdona. —El asistente del cuartel general retrocedió y se quedó pegado a la entrada.

—¿Y qué coño quieres? —preguntó Macro mientras arrancaba de un bocado un trozo de pan negro.

—Traigo un mensaje del legado, señor. Quiere verlos a usted y al optio en su tienda con la mayor brevedad posible.

Cato sonrió. La utilización de aquella frase por parte de un oficial superior

significaba enseguida, o de ser posible antes.

Después de ordenar rápidamente los documentos en un montón y asegurarse de que ninguna de las goteras que tenía la tienda caía cerca de su escritorio de campaña, Cato se puso en pie y recuperó la capa colocada frente al brasero. Todavía estaba muy mojada y la notó húmeda cuando se la pasó por los hombros y abrochó el pasador. Pero el calor bajo los pliegues de la lana engrasada era reconfortante.

Macro, que seguía masticando, se puso la capa y luego le hizo unas impacientes señas al asistente del cuartel general.

—Ahora puedes largarte. Ya conocemos el camino, gracias.

Con una mirada nostálgica hacia el brasero, el asistente se subió la capucha y salió de espaldas de la tienda. Macro se embutió un último bocado de cerdo, llamó a Cato con el dedo y farfulló:

—¡Vamos! La lluvia caía con un siseo sobre las hileras de tiendas de la legión y formaba agitados charcos sobre el suelo desigual. Macro levantó la vista hacia las oscuras nubes que había en el cielo nocturno. A lo lejos, hacia el sur, los esporádicos destellos de relámpagos difusos señalaban el paso de una tormenta de verano. El agua le bajaba por la cara y sacudió la cabeza para apartarse de la frente un empapado mechón de pelo suelto.

—¡Vaya una mierda de tiempo que hace en esta isla!

Cato se rió. —Dudo que vaya a mejorar mucho, señor. A juzgar por lo que dice Estrabón.

Aquella alusión literaria hizo que Macro le pusiera mala cara al chico.

—No podías limitarte a coincidir conmigo, ¿verdad? Tenías que meter a algún maldito académico por medio.

—Lo siento, señor. —No importa. Vayamos a ver qué es lo que quiere Vespasiano.

Capítulo III

—Descansen —ordenó Vespasiano.

Macro y Cato, de pie a un paso del escritorio, adoptaron la requerida postura informal. Se quedaron bastante impresionados al ver claras señales de agotamiento en su comandante cuando éste alzó el torso de los pergaminos que había sobre su escritorio y la luz de las lámparas de aceite que colgaban por encima de la cabeza cayó en su rostro lleno de arrugas.

Vespasiano los contempló unos instantes, sin estar muy seguro de cómo empezar.

Hacia unos días que al centurión, al optio y a un pequeño grupo de hombres de Macro cuidadosamente seleccionados los habían enviado a una misión secreta. Les habían asignado la tarea de recuperar un arcón de la paga que julio César se había visto obligado a abandonar en una marisma cercana a la costa casi cien años antes. El tribuno superior de la segunda legión, un fino y sofisticado patricio llamado Vitelio, había decidido hacerse él solo con el tesoro y, con una banda de arqueros a caballo a los que había sobornado, había caído sobre los hombres de Macro en medio de la neblina de las marismas. Gracias a las habilidades de combate del centurión, Vitelio fracasó y huyó del lugar. Pero las Parcas parecían estar a favor del tribuno: se había encontrado con una columna de britanos que intentaban flanquear el avance romano y había podido advertir del peligro a las legiones justo a tiempo. Como resultado de la subsiguiente victoria, Vitelio se había convertido en algo parecido a un héroe. Aquellos que conocían la verdad sobre la traición de Vitelio se sentían indignados por la lluvia de alabanzas que recibía el tribuno superior.

—Me temo que no puedo presentar cargos en contra del tribuno Vitelio. Sólo cuento con vuestra palabra para seguir adelante, y eso no basta.

Macro se erizó con ira apenas contenida. —Centurión, yo sé la clase de hombre que es. Dices que intentó hacer que te mataran a ti y a tus hombres cuando os mandé a buscar el arcón de la paga. Esa misión era secreta, totalmente secreta. Me imagino que solamente tú, yo y el muchacho aquí presente conocíamos el contenido del cofre. Y Vitelio, por supuesto. En este mismo momento sigue sellado y va camino de vuelta a Roma bajo fuerte vigilancia, y cuanta menos gente sepa que contiene oro en su interior, mejor. Así es como el emperador quiere dejar las cosas. Nadie nos va a dar las gracias por exponer el caso ante un tribunal si se formulan cargos en contra de Vitelio. Además, puede que no sepáis que su padre es un íntimo amigo del emperador. ¿Hace falta que diga más?

Macro frunció los labios y sacudió la cabeza. Vespasiano dejó que sus palabras hicieran mella, comprendiendo perfectamente la expresión de resignación que se asentó en los rostros del centurión y de su optio. Era una

lástima que Vitelio tuviera que ser el que saliera de la situación oliendo a rosas, pero eso era algo típico de la suerte del tribuno. Aquel hombre estaba destinado a ocupar un alto cargo y las Parcas no iban a dejar que nada se interpusiera en su camino. Y, detrás de su traición, había muchas más cosas que las que Vespasiano podía dejar que supieran aquellos dos hombres. Aparte de sus responsabilidades como tribuno, Vitelio también era un espía imperial al servicio de Narciso, el primer secretario del emperador. Si alguna vez Narciso llegara a saber que Vitelio lo había engañado, la vida del tribuno quedaría a disposición del estado. Pero Narciso nunca se enteraría por boca de Vespasiano. Vitelio se había encargado de eso.

Mientras reunía información sobre la lealtad de los oficiales y soldados de la segunda legión, Vitelio había descubierto la identidad de un conspirador implicado en un complot para derrocar al nuevo emperador.

Flavia Domitila, la esposa de Vespasiano. Por el momento, entonces, existía un empate entre Vitelio y Vespasiano: ambos tenían información que podía herir mortalmente al otro si alguna vez llegaba a oídos de Narciso.

Consciente de que debía de haberse quedado mirando a sus subordinados con expresión ausente, Vespasiano enseguida se puso a pensar en la otra razón por la que había mandado llamar a Macro y Cato.

—Centurión, hay algo que debería animarte. —Vespasiano alargó la mano hacia un lado de la mesa y tomó un pequeño bulto envuelto en seda. Al desdoblar la seda con cuidado, Vespasiano dejó al descubierto un torques de oro que miró por un momento antes de sostenerlo bajo la tenue luz de las lámparas de aceite —. ¿Lo reconoces, centurión?

Macro miró un momento y luego movió la cabeza en señal de negación.

—Lo siento, señor. —No me sorprende. Probablemente tenías otras cosas en la cabeza la primera vez que viste esto —dijo Vespasiano con una sonrisa irónica —. —Es el torques de un jefe de los britanos. Pertenecía a un tal Togodumno, quien, afortunadamente, ya no se encuentra entre nosotros.

Macro soltó una carcajada al recordar de pronto el torques tal y como había estado, alrededor del cuello del enorme guerrero que había matado en combate unos días antes.

—¡Toma! Vespasiano le lanzó el torques y Macro, al que pilló desprevenido, lo interceptó con torpeza—. Un pequeño obsequio como muestra del agradecimiento de la legión. Ha salido de mi parte del botín. Te lo mereces, centurión. Lo ganaste, así que llévalo con honor. —Sí, señor —respondió Macro al tiempo que examinaba el torques. Unas bandas de oro trenzadas brillaban bajo la temblorosa luz y cada uno de los extremos se enroscaba sobre sí mismo alrededor de un gran rubí que centelleaba como una estrella empapada de sangre. Tenía unos motivos extraños que se arremolinaban grabados en el oro que rodeaba los rubíes. Macro sopesó el torques y realizó un cálculo aproximado de

su valor. Puso unos ojos como platos cuando cayó en la cuenta de la importancia del gesto del legado.

—Señor, no sé cómo darle las gracias. Vespasiano hizo un gesto con la mano.

—Entonces no lo haga. Tal como he dicho, te lo mereces. En cuanto a ti, optio, no tengo nada que ofrecerte aparte de mi agradecimiento.

Cato se sonrojó y apretó los labios con una expresión amarga. El legado no pudo evitar reírse del joven.

—Es cierto que tal vez yo no tenga nada de valor para darte. Pero hay otra persona que sí lo tiene, o mejor dicho lo tenía. —¿Señor?

—¿Sabes que el centurión jefe ha muerto a causa de sus heridas?

—Sí, señor. —La pasada noche, antes de que perdiera la conciencia, hizo un testamento oral delante de testigos. Me pidió que yo fuera su albacea.

—¿Un testamento oral? —Cato frunció el ceño. —Mientras haya testigos, cualquier soldado puede determinar de palabra cómo se han de distribuir sus pertenencias después de su muerte. Se trata de una costumbre más que de una norma consagrada por la ley. Al parecer Bestia quería que tú tuvieras ciertos artículos de su propiedad.

—¿Yo? —exclamó Cato—. ¿Él quería que yo tuviera algo, señor?

—Eso parece. —Pero, ¿por qué demonios? Si no me podía ni ver. —Bestia dijo que te había visto luchar como un veterano, sin armadura, con sólo el casco y el escudo. Haciendo tu trabajo tal como él te había enseñado. Me dijo que se había equivocado contigo. Había creído que eras un idiota y un cobarde. Se dio cuenta de que eras todo lo contrario y quiso que supieras que estaba orgulloso de la manera en que te habías formado.

—¿Eso dijo, señor? —Exactamente eso, hijo. Cato abrió la boca, pero no le salieron las palabras. No podía creerlo, parecía imposible. Haber juzgado tan mal a alguien. Haber asumido que eran irremediablemente malos e incapaces de cualquier sentimiento positivo.

—¿Qué quería que tuviera, señor? —Averígualo tú mismo, hijo —le contestó Vespasiano—. El cadáver de Bestia todavía está en la tienda hospital con sus efectos personales. El ayudante del cirujano sabe lo que tiene que darte. Quemaremos el cuerpo de Bestia al amanecer.

Podéis retiraros.

Capítulo IV

Una vez fuera, Cato dio un silbido de asombro ante la perspectiva del legado de Bestia. Pero el centurión no le prestaba mucha atención a su optio: toqueteaba el torques, disfrutando de su considerable peso. Fueron andando en silencio hacia la tienda hospital hasta que Macro dirigió la mirada hacia la alta figura del optio.

—¡Vaya, vaya! Me pregunto qué te habrá dejado Bestia. Cato tosió y se aclaró el nudo que tenía en la garganta. —Ni idea, señor. —No me imagino qué le debió de pasar al viejo para hacer un gesto de ese tipo. Nunca oí que hiciera nada parecido en todo el tiempo que he servido con las águilas. Supongo que debiste de haberle causado buena impresión después de todo.

—Supongo que sí, señor. Pero apenas puedo creerlo. Macro meditó sobre ello un momento y luego movió la cabeza. Yo tampoco. No es mi intención ofenderte ni nada parecido pero, bueno, tú no encarnabas precisamente la idea que tenía de un soldado. Debo admitir que me costó un tiempo entender que eras algo más que un ratón de biblioteca larguirucho. No tienes pinta de soldado.

—No señor —fue la huraña respuesta—. De ahora en adelante trataré de tener el aspecto adecuado.

—No te preocupes por eso, muchacho. Sé que eres un asesino hasta la médula, aunque tú no lo sepas. Te he visto en acción, ¿no?

Cato se estremeció al oír la palabra «asesino». Eso era lo último por lo que quería ser conocido. Un soldado, sí, esa palabra poseía cierta credibilidad civilizada. Lógicamente, ser soldado conllevaba la posibilidad de matar, pero eso, se dijo Cato, era algo inherente a la esencia de la profesión. Los asesinos, en cambio, no eran más que unos brutos con pocos valores, por no decir ninguno. Los bárbaros que vivían entre las sombras de los grandes bosques de Germania eran asesinos. Mataban salvajemente por mera diversión, como muy bien demostraban sus nimios e inacabables conflictos tribales. Puede que Roma hubiera tenido guerras civiles en el pasado, se recordó Cato, pero, bajo el orden impuesto por los emperadores, la amenaza de un conflicto interno prácticamente había desaparecido. El ejército romano luchaba con un propósito moral: extender los valores civilizados a los ignorantes salvajes que vivían al margen del Imperio.

¿Y esos britanos? ¿Qué clase de personas eran? ¿Asesinos, o soldados a su manera? El mirmillón que había muerto en los juegos del legado le obsesionaba. Aquel hombre había sido un auténtico guerrero y había atacado con la ferocidad de un asesino nato. Su autodestrucción fue un acto de puro fanatismo, una característica de algunos hombres que inquietaba profundamente a Cato, y que lo llenaba de una sensación de terror moral y de la convicción de que sólo Roma ofrecía un camino mejor. A pesar de todos sus cínicos y corruptos políticos, a la larga Roma fue sinónimo de orden y progreso, un modelo para todas aquellas masas de gente apiñada y aterrorizada que se escondían en las sombras de las

oscuras tierras bárbaras.

—¿Sigues lamentando haber apostado? —Macro le dio un ligero codazo que lo sacó de su ensimismamiento.

—No, señor. Estaba pensando en ese britano. —¡Ah! Olvidalo. Lo que hizo fue una estupidez y eso es todo. Tal vez le tendría más respeto si hubiera usado su espada contra nosotros para intentar escapar. Pero, ¿suicidarse? ¡Qué desperdicio!

—Si usted lo dice, señor. Habían llegado a la tienda que hacía de hospital y agitaron la mano para apartar los insectos que se amontonaban en las lámparas de aceite junto a los faldones de la tienda antes de agacharse para entrar. Un ordenanza estaba sentado ante un escritorio situado a un lado. Los condujo a la parte trasera de la tienda, donde se alojaban los oficiales heridos. Cada centurión tenía asignada una pequeña zona personal con una cama de campaña, una mesilla y un orinal. El ordenanza corrió una cortina y les hizo señas para que entraran. Macro y Cato se metieron dentro, uno a cada lado de la estrecha cama sobre la cual una mortaja de lino cubría el cuerpo del centurión jefe.

Se quedaron ahí de pie en silencio un momento antes de que el ordenanza se dirigiera a Cato.

—Los artículos que quería que tuvieras están debajo de la cama. Os dejaré un rato aquí solos.

—Gracias —respondió Cato en voz baja. La cortina cayó de nuevo sobre el hueco de entrada y el ordenanza regresó a su escritorio. Reinaba el silencio, sólo se oía algún débil quejido proveniente de otra parte de la tienda y el sonido más distante del campamento situado más allá.

—Bueno, ¿vas a mirar o prefieres que lo haga yo? —preguntó Macro con un murmullo.

—¿Cómo dice? Macro señaló con el pulgar al centurión jefe.

—Una última mirada al rostro del viejo antes de que se convierta en humo. Se lo debo.

Cato tragó saliva, nervioso. —Adelante. Macro alargó la mano y retiró con cuidado la mortaja de lino, destapando a Bestia hasta llegar a su pecho desnudo repleto de un pelo gris. Ninguno de los dos había visto nunca a Bestia sin uniforme, y la masa de rizadísimo vello corporal fue una sorpresa. Alguna alma caritativa ya le había tapado los ojos al centurión jefe con unas monedas para pagar a Caronte el pasaje de la travesía de la laguna Estigia hacia el Averno. Le habían limpiado la herida que finalmente lo mató, pero, aun así, los dientes destrozados y los huesos y tendones de los músculos, visibles allí donde a Bestia le habían cortado la carne de un lado de la cara, no eran muy agradables de ver.

Macro dio un silbido. —Es asombroso que pudiera decirle nada al legado en este estado.

Cato asintió con la cabeza. —De todos modos, el cabrón consiguió llegar a la

cima, que es más de lo que la mayoría de nosotros alcanzamos. Veamos qué ha dejado para ti. ¿Te parece que lo mire?

—Si quiere, señor. —Está bien. —Macro se arrodilló y hurgó debajo de la cama—. ¡Ah! Aquí está.

Al levantarse sostenía una espada envainada y una pequeña ánfora. Le entregó la espada a Cato. Entonces, destapó el ánfora y olisqueó su contenido con cautela. Sonrió de oreja a oreja. —¡Vino de Cécubo! —exclamó Macro con una cantinela—. Muchacho, fuera lo que fuera lo que hiciste para impresionar a Bestia, debe de haber sido algo endemoniadamente milagroso. ¿Te importa si...?

—Sírvase, señor —contestó Cato. Examinó la espada. La vaina era de color negro y tenía incrustaciones de plata en forma de sorprendentes dibujos geométricos. La funda presentaba alguna que otra abolladura o muesca causadas por el abundante uso. Así pues era un arma de soldado, no un artefacto ornamental cualquiera reservado para las ceremonias.

El centurión Macro se pasó la lengua por los labios, alzó el ánfora y realizó su brindis.

—Por el centurión jefe Lucio Batacio Bestia, un cabrón de cuidado, pero justo. Un buen soldado que hizo honor a sus compañeros, a su legión, a su familia, a su tribu y a Roma. —Macro bebió un buen trago del añejo vino de Cécubo, su nuez trabajando frenéticamente, antes de bajar el ánfora y relamerse—. Absolutamente maravilloso. Prueba un poco.

Cato tomó el ánfora que le tendían y la levantó sobre el cadáver del fallecido centurión jefe, sintiéndose ligeramente cohibido por aquel gesto.

—Por Bestia. Macro tenía razón. El vino era sabroso como pocos, intensamente afrutado, con apenas un toque de almizcle y un regusto seco. Delicioso. Y con mucho alcohol. Echemos un vistazo a tu espada.

—Sí, señor. —Cato le entregó la espada. Tras una rápida mirada a la vaina, Macro agarró el mango de marfil con su pomo de oro torcido de manera ornamental y desenfundó la hoja. Estaba bien templada y bruñida y brillaba como un espejo. Macro alzó las cejas en un sincero gesto de apreciación, al tiempo que deslizaba el dedo por el cortante filo. Estaba más afilada que de costumbre para tratarse básicamente de un estoque. La sopesó y murmuró su aprobación ante el delicado equilibrio entre el pomo y la hoja. Se trataba de una espada, que uno podía empuñar con facilidad y que no sobrecargaba la muñeca del modo en que lo hacían las espadas cortas de los oficiales. Aquello no lo había hecho ningún romano. La hoja era sin duda obra de una de las grandes forjas galas que habían venido haciendo las más excelentes espadas durante generaciones. ¿Cómo la habría conseguido Bestia?

Entonces se dio cuenta de que había una inscripción, una frase corta cerca de la guarnición, escrita en un alfabeto que él había llegado a reconocer como griego. —Mira, ¿qué dice aquí?

Cato tomó la espada y tradujo mentalmente: «De Germánico a L. Batacio, su Patroclo». Un escalofrío de asombro recorrió la espalda de Cato. Bajó la mirada al rostro horriblemente desfigurado del centurión jefe. ¿Alguna vez ese hombre había sido un atractivo joven? ¿Lo bastante atractivo para ganarse el afecto del gran general Germánico? Era difícil de creer. Cato sólo había conocido a Bestia como una persona dura y cruel que imponía disciplina. ¿Pero quién sabe los secretos que un hombre guarda al morir? Algunos se los lleva con él al Averno, otros son desvelados.

—¿Y bien? —dijo Macro con impaciencia—. ¿Qué dice? Conociendo las intenciones de su centurión, Cato pensó con rapidez.

—Es un regalo de Germánico, por sus servicios.

—¿De Germánico? ¿El mismísimo Germánico? —Me imagino que sí, señor. No se dan más detalles. —No tenía ni idea de que el viejo estuviera tan bien relacionado. Eso merece otro brindis.

Cato le pasó el ánfora de mala gana e hizo una mueca de dolor cuando Macro engulló más vino añejo. Cuando recuperó el ánfora, ésta parecía pesar tan poco que le resultó decepcionante. Antes de que se perdiera el equilibrio de su herencia en la tripa de su centurión, Cato prefirió brindar de nuevo por Bestia y bebió todo lo que pudo asimilar de un solo trago.

Macro eructó.

—Bue... bueno, Bestia debió de llevar a cabo una hazaña bastante heroica para ganar esta pequeña belleza. ¡Una espada de Germánico! Eso es todo un logro, todo un logro.

—Sí, señor —asintió Cato en voz baja—. Debió de serlo. —Cuida esa hoja, muchacho. No tiene precio. —Lo haré, señor. —Cato empezaba a notar los efectos del vino en el caluroso bochorno del limitado espacio de la tienda y de pronto ansió respirar aire fresco—. Creo que ahora deberíamos dejarle, señor. Que descanse en paz.

—Está muerto, Cato. No está dormido.

—Era una forma de hablar. De todos modos necesito salir de aquí, señor. Necesito salir fuera.

—Yo también. —De un tirón, Macro volvió a cubrir a Bestia, con la mortaja de lino y siguió al optio afuera.

Había dejado de llover y, como las nubes se estaban deshilachando, las estrellas titilaban débilmente en la húmeda atmósfera. Cato respiró profundamente llenándose de aire los pulmones. Notaba los efectos del vino más que nunca y se preguntó si sufriría la humillación de tener que vomitar.

—Volvamos a nuestra tienda a terminarnos el ánfora —dijo Macro alegremente—. Como mínimo le debemos eso al viejo.

—¿Ah, sí? —replicó Cato en tono sombrío. —Claro que sí. Es una antigua tradición del ejército. Así es como lloramos a nuestros muertos.

—¿Una tradición? —Bueno, ahora lo es. —Macro sonrió, atontado—. Venga, optio.

Aferrándose con fuerza a su nueva espada envainada, Cato cedió el control del ánfora y la pareja puso un rumbo incierto a través de las ordenadas hileras de tiendas, hacia las de su propia centuria.

Al amanecer del día siguiente, cuando se prendió fuego a la pira de Bestia, el centurión y el optio de la sexta centuria de la cuarta cohorte miraban con los ojos empañados. La segunda legión al completo formó para presenciar el acontecimiento y se distribuyó en torno a tres lados de la pira mientras que el legado, el prefecto de campamento, los tribunos y demás oficiales superiores se pusieron en posición de firmes en el cuarto lado. Vespasiano había elegido bien su posición contra la suave brisa que soplaba en el paisaje britano, de manera que no le llegaba el humo de la pira. Justo enfrente, los primeros zarcillos de espeso humo oleaginoso, cargados con el olor de la grasa ardiendo, flotaron entre los legionarios que permanecían en posición de firmes. Un coro de toses estalló alrededor de Macro y su optio y, un instante después, el excesivamente delicado estómago de Cato se cerró como un puño y éste se dobló en dos y vomitó el agitado contenido de sus tripas sobre la hierba a sus pies.

Macro suspiró. Incluso desde el otro lado de las sombras de la muerte, Bestia poseía la capacidad de hacer sufrir a sus hombres.

Capítulo V

—El problema, caballeros, radica en aquel altozano de allí. —El general señaló hacia el otro lado del río con su bastón de mando y sus oficiales superiores siguieron la dirección indicada con la mirada. Además de los comandantes de las cuatro legiones, entre el grupo de capas de color escarlata se encontraban los oficiales de Estado Mayor de Plautio. A Vespasiano le resultaba difícil no reírse ante la cantidad de resplandecientes dorados que adornaban el peto bruñado de su hermano Sabino, que disfrutaba del rango honorífico de prefecto de caballería. Casi igual de exagerada era la cantidad de oro que llevaba el exiliado britano que acompañaba a Plautio. Adminio había sido obligado por su hermano Carataco a huir de su reino y se había unido al ejército romano para actuar como guía y negociador. Si Roma triunfaba, su título y tierras le serían devueltos, aunque gobernaría como regente de Roma con todas las obligaciones que eso conllevaba, lo que era una pobre recompensa por traicionar a su gente. Vespasiano apartó su desdeñosa mirada del britano y la dirigió luego hacia el río.

La otra orilla subía en pendiente hasta llegar a una cresta que seguía el curso del río. La cima había sido fortificada de un modo rudimentario e incluso entonces, mientras miraban, las diminutas figuras de los britanos trabajaban duro y frenéticamente para mejorar sus esfuerzos iniciales. Ya habían cavado una zanja considerable alrededor del lugar por el que los romanos tenían que cruzar y la tierra extraída la habían añadido al terraplén que había detrás. Estaban levantando una burda empalizada en lo alto de la rampa, con un baluarte a cada extremo, tras la cual el terreno se volvía pantanoso.

—Quizás hayáis notado que este tramo del río es de régimen de marea —continuó diciendo Plautio—, y si os fijáis en la otra orilla veréis que Carataco ha estado colocando obstáculos sumergidos en el lecho del río. ¿La marea está subiendo o bajando, tribuno Vitelio?

Al último oficial de Estado Mayor del general lo habían pillado desprevenido y Vespasiano no pudo evitar sonreír con satisfacción cuando la habitual expresión de suficiencia de Vitelio fue sustituida por la de la duda y, acto seguido, por la de la vergüenza. El tribuno había salido de la segunda legión en comisión de servicios como recompensa por sus recientes actos heroicos. Aquella experiencia en el Estado Mayor del general era una oportunidad para hacerse un nombre y allanar el camino hacia una futura carrera militar. Por un momento pareció que el tribuno intentaría salir del apuro, pero prevaleció la honestidad, si bien en perfecta armonía con su carácter. Vitelio no pudo resistirse a un intento de limitar el perjuicio mediante una evasiva.

—Lo averiguaré, señor. —¿Ese «lo averiguaré, señor» quiere decir lo mismo que «no lo sé, señor»? —preguntó Plautio con sequedad. —Sí, señor.

—Entonces ocúpate de ello inmediatamente —ordenó Plautio—. Y de ahora

en adelante, recuerda que es tu deber saber estas cosas. No habrá excusas en el futuro. ¿Entendido?

—¡Sí, señor! —exclamó Vitelio con brusquedad al tiempo que saludaba y abandonaba la escena a toda prisa.

—Últimamente no hay manera de tener un buen Estado Mayor —dijo Plautio entre dientes.

Los demás oficiales presentes intercambiaron unas miradas de complicidad. No era justo esperar que un oficial de Estado Mayor supiera el régimen de marea de un río con el que se acababa de tropezar. Pero, si no se podía hacer que los oficiales de Estado Mayor se preocuparan por todos y cada uno de los posibles factores que influenciaban la ejecución de una campaña, entonces los oficiales no servían para nada. Valía la pena intentar obtener un ascenso en el Estado Mayor, pero los interesados tenían que cargar con toda suerte de cruces.

Vespasiano forzó la vista pero sólo pudo distinguir una línea de inquietantes puntas negras que aparecían en la superficie del agua. Unas estacas de madera afiladas clavadas en el fondo del río que muy bien podían empalar a un soldado de infantería o destripar a un caballo. Los atacantes se verían obligados a cruzar sorteando los obstáculos con cautela, bajo una lluvia de flechas y proyectiles de honda disparados por el enemigo antes incluso de que salieran del río y se toparan con la zanja y el terraplén.

—Podríamos realizar el ataque por el aire, señor —sugirió Vespasiano—. Los arqueros les impedirían levantar la cabeza mientras las catapultas echan abajo la empalizada. —Plautio asintió con la cabeza.

—Ya lo he pensado. El prefecto de los zapadores considera que estamos demasiado lejos. Tendríamos que utilizar los proyectiles de calibre más pequeño y eso no basta para causar todo el daño que hace falta. Creo que tenemos que descartar la posibilidad de un solo ataque directo. La infantería pesada sólo conseguiría cruzar el río y formar sufriendo demasiadas bajas. Además, el frente en sí es demasiado estrecho para poder ganar sólo con la fuerza. Nuestros hombres quedarían expuestos a que les dispararan por tres lados cuando se acercaran a la zanja. No, me temo que debemos ser un poco más sofisticados.

—Tenemos que cruzar por aquí, señor? —preguntó Sabino—. ¿No podemos marchar río arriba hasta que encontremos un lugar por el que sea más fácil atravesarlo?

—No —respondió pacientemente el general—. Si vamos río arriba Carataco puede seguir de cerca todos nuestros pasos y oponerse a cualquier intento que hagamos de pasar al otro lado. Podrían pasar días, incluso semanas, antes de que pudiéramos cruzar. Entonces él no tiene más que replegarse hacia el Támesis y repetir todo el proceso una vez más. Y el tiempo está de su lado, no del nuestro. Cada día se irán uniendo más hombres a su ejército. Cada día que le concedemos se reducen nuestras posibilidades de ocupar Camuloduno antes del otoño. Y, a

menos que Camuloduno caiga, no podremos conseguir la alianza de las tribus que todavía son neutrales. Debemos luchar contra Carataco aquí y ahora.

—Sí, señor —masculló Sabino mientras se estiraba para ocultar su vergüenza al ser sermoneado como si no fuera más que un tribuno todavía verde.

Plautio se volvió hacia sus oficiales allí reunidos. —Por lo tanto, caballeros, estoy abierto a todo tipo de sugerencias.

El legado de la novena legión miró pensativamente hacia el otro lado del río. Hosidio Geta era un patricio que había optado por continuar sirviendo en el ejército en vez de dedicarse a una carrera política, y poseía bastante experiencia en operaciones fluviales con su legión en el Danubio. Se volvió hacia su general.

—Señor, ¿me permite?

—Por supuesto, Geta. —Esto requiere un movimiento de flanco; dos movimientos de flanco en realidad. —Geta se volvió a girar hacia el río—. Mientras el ejército principal se concentra aquí, podríamos hacer que otras fuerzas cruzaran el río más abajo, cubiertos por los disparos de algunos barcos de guerra, siempre y cuando la profundidad del agua sea suficiente en ese punto.

—Para ello podríamos utilizar a las tropas auxiliares de batalla, señor —sugirió Vespasiano, lo cual provocó que Geta le lanzara una mirada de irritación por sus molestias.

—Iba a proponerlo —replicó Geta con frialdad—. Están entrenados para este tipo de servicios. Pueden cruzar ríos a —nado completamente armados. Si conseguimos hacer que lleguen al otro lado sin una oposición importante, podemos lanzar un ataque por el flanco contra las posiciones britanas. —Además de un segundo ataque de flanco —interrumpió Plautio.

—Sí, señor. Mientras los Bátavos cruzan, una segunda fuerza puede dirigirse río arriba hasta encontrar un vado y lanzar así contra el flanco derecho del enemigo. Plautio asintió con la cabeza. —Y si nos sincronizamos bien, tendríamos que caer sobre ellos en tres direcciones, en un ataque escalonado. Debería terminar todo enseguida.

Es lo que yo creo, señor —contestó Geta—. El segundo ataque no hace falta que sea muy numeroso, su único ideal papel es el de ser la sorpresa final con la que Carataco no sepa qué hacer. Si lo pillamos desprevenido venceremos.

Será capaz de hacer frente a los tres ataques. Usted ya sabe como son esas tropas irregulares de nativos. Naturalmente, si llegan a alguna de nuestras fuerzas de flanco, las pérdidas serían graves.

Vespasiano sintió un escalofrío en la nuca cuando reconoció la oportunidad que había estado esperando. La oportunidad de redimirse él mismo y su legión. Si la segunda podía desempeñar el papel decisivo en la inminente batalla, eso contribuiría en gran medida a restituir la moral de la unidad. Si bien la reciente emboscada de Togodumno contra la segunda legión había fracasado, la unidad había sufrido dolorosas pérdidas entre los soldados y la moral estaba baja. Un

ataque exitoso, llevado a cabo sin piedad, quizás aún podría salvar la reputación de la segunda y de su comandante. Pero, ¿se sentirían los hombres con ánimos de hacerlo?

Plautio asentía con la cabeza mientras repasaba la propuesta de Geta.

—Tal como dices, hay cierto riesgo en un ataque dividido, pero el riesgo existe hagamos lo que hagamos. Así que, de acuerdo, seguiremos este plan. Lo único que falta es la asignación de las fuerzas. Está claro que el ataque por el flanco derecho cruzando el río lo efectuarán los bátavos —dijo con un gesto de la cabeza apenas perceptible hacia Vespasiano—. El ataque frontal lo llevará a cabo la novena.

Ahí estaba, comprendió Vespasiano. Era hora de recuperar el honor de la segunda. Dio un paso adelante y se aclaró la garganta.

—¿Sí, Vespasiano? —Plautio miró hacia él—. ¿Tienes algo que añadir? — Señor, solicito el privilegio de encabezar el ataque por el flanco izquierdo.

Plautio se cruzó de brazos y ladeó la cabeza como si considerara la petición de Vespasiano.

—¿De verdad crees que la segunda podrá hacerlo? Estáis cortos de efectivos y me imagino que tus hombres no se alegrarán demasiado de encontrarse en lo más reñido de la batalla cuando ha pasado tan poco tiempo desde su reciente experiencia.

Vespasiano se sonrojó. —Lamento discrepar, señor. Creo que hablo en nombre de— mis hombres tanto como en el mío propio. —Francamente, Vespasiano, hace un momento no tenía intención de considerar siquiera a la segunda para este servicio. Iba —a manteneros en la reserva y dejar que otra unidad hiciera el trabajo. Y no veo ninguna razón por la que tenga que cambiar de idea, ¿y tú?

A menos que Vespasiano pudiera encontrar enseguida motivos que justificaran la posición de la segunda legión en el flanco izquierdo, estaría condenado a pasarse el tiempo que quedaba en el ejército como legado bajo un velo de desconfianza en cuanto a su idoneidad para el mando. Y si los hombres tenían la sensación de que se les negaba una participación equitativa en la batalla y, por consiguiente, una parte justa del botín, la moral y la reputación de la segunda nunca se recuperarían. Habían adquirido su fama a lo largo de los años con la sangre de miles de compañeros, bajo un águila que los había guiado hacia la batalla durante décadas. Si aquello iba a terminar, sería sobre su cadáver. Vespasiano tenía que Mantenerse firme con su general.

—Yo sí, señor. Parece ser que lo han informado mal sobre el espíritu de lucha de mi legión. —Y Vespasiano supuso que Geta era la fuente de aquella mala información—. Los hombres están dispuestos a ello, señor. Están más que dispuestos, están deseándolo. Necesitamos vengar a los hombres que hemos perdido.

—¡Ya es suficiente! —interrumpió Plautio—. ¿Crees que la retórica va a prevalecer sobre la razón? Estamos en primera línea, no en el foro de Roma. Te pedí que me dieras un buen motivo por el que tenga que ceder.

—De acuerdo, señor. Iré directo al grano. —Sí, por favor. —La segunda no dispone de todos sus efectivos. Pero no hace falta una legión entera para el ataque. Si todo sale mal, entonces sólo habrá perdido una unidad que ya estaba en bastantes malas condiciones en vez de una legión todavía fresca. —Vespasiano dirigió una astuta mirada a su general—. Me imagino que quiere tener en reserva el mayor número de unidades posible por si tiene que volver a luchar contra Carataco. No puede permitirse enfrentarse a él sin todos los efectivos y con las fuerzas de la línea de batalla cansadas. Es mejor arriesgar ahora una unidad más prescindible.

Plautio asintió con la cabeza mientras escuchaba con aprobación aquel razonamiento mucho más cínico. Reflejaba perfectamente la cruda realidad del mando y, de una manera igual de cruda, era lo más razonable.

—Muy bien, Vespasiano. Te concedo una prórroga a ti y a tus hombres.

Vespasiano bajó la cabeza en señal de agradecimiento. El corazón le dio un vuelco por la excitación de haberle ganado la partida a su general, y también por la angustia ante la peligrosa misión para la que acababa de ofrecer voluntarios a sus hombres. No había sido del todo sincero al presentarle la petición al general. No tenía ninguna duda de que muchos de los hombres lo maldecirían por ello, pero los soldados se quejaban por todo. Les hacía falta combatir. Necesitaban una clara victoria de la que jactarse. Dejar que los hombres siguieran en su estado actual de duda acerca de sí mismos iba a destruir la legión y a arruinar su carrera. Ahora que los había comprometido para el ataque, confiaba en que la mayoría de ellos compartiría su deseo de luchar.

—Tus órdenes —expuso Plautio formalmente— son avanzar río arriba y realizar un ataque sorpresa. Localiza el vado más próximo y cruza a la otra orilla. Desde allí os dirigiréis río abajo evitando todo contacto con los britanos. Esperaréis escondidos hasta que las trompetas del cuartel general toquen la señal de reconocimiento de vuestra legión y en ese momento os uniréis al ataque en aquella colina. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor. Perfectamente. —Dales fuerte, Vespasiano. Lo más fuerte que puedas. —Sí, señor. —Las órdenes por escrito te llegarán más tarde. Será mejor que te pongas en marcha. Quiero que partas antes de que rompa el día. Ahora vete.

Vespasiano saludó al general, se despidió de Sabino con un movimiento de cabeza y se abrió camino entre el grupo de oficiales para volver a la línea de caballería cuando llegó Vitelio que subía a todo correr por la cuesta, jadeando.

—Señor ¡Señor! —Plautio se volvió hacia él, alarmado. —¿Qué pasa, tribuno? Vitelio se puso en posición de firmes, tomó un poco de aire y presentó su

informe.

—La marea está subiendo, señor. Me enteré por nuestros exploradores que se encuentran ahí abajo junto al río.

El general Aulo Plautio se lo quedó mirando unos instantes.

—Bien, gracias, tribuno. Es muy interesante. Muy interesante, ya lo creo.

Entonces se dio la vuelta, para observar de nuevo las defensas enemigas y para ocultar la expresión de regocijo de su semblante.

Capítulo VI

Las sombras se alargaban mientras Cato permanecía apoyado en el tronco de un árbol sin moverse, con su sencilla capa marrón colocada a modo de cojín protegiéndole de la áspera corteza. En la mano izquierda tenía el arco de caza que había sacado de los pertrechos y apuntaba con una pesada flecha colocada en la cuerda. Había descubierto un sinuoso sendero que se cruzaba con un camino lleno de baches y lo había seguido hasta llegar a un claro. La senda serpenteaba a través de los bajos helechos y se adentraba en los árboles que había al otro lado del claro. Más allá, el río refulgía al pasar entre hojas y ramas y brillaba con el reflejo de la luz del sol que se ponía. Como él era un muchacho de ciudad, antes de dirigirse hacia el bosque había tenido la sensatez de pedirle algún consejo a Pírax, un veterano acostumbrado desde hacía mucho tiempo a salir en busca de comida. Habían dejado aquella zona libre de enemigos y la rodeaban los campamentos de marcha del ejército de Plautio, por lo que el joven pensó que no corría peligro si salía a probar cómo se le daba la caza. Con un poco de suerte, los hombres de la sexta centuria no tendrían que cenar carne de cerdo en salazón aquella noche y entrarían en combate con una buena comida en el estómago.

Cuando a la sexta centuria le fue comunicada la noticia del inminente ataque, Macro había maldecido su suerte. Dados sus escasos efectivos, lo último que necesitaban eran unas peligrosas maniobras de flanqueo. Una vez de vuelta en su tienda, él y Cato hicieron los preparativos para el ataque de la mañana siguiente.

—Toma nota —le ordenó Macro a Cato—. Todos los soldados tienen que dejar aquí el equipo no esencial. Si tenemos que nadar no debemos llevar nada más que lo necesario. También necesitaremos algo de cuerda. Toma unos noventa metros de sogá ligera de los pertrechos. Tendría que bastar para alcanzar la otra orilla en caso de que encontremos un vado.

Cato levantó los ojos de la tablilla encerada en la que anotaba las cosas.

—¿Y qué pasa si no hay ningún vado? ¿Qué hará entonces el legado?

—Eso es lo mejor de todo —refunfuñó Macro—. Si no encontramos un vado antes del mediodía, la orden es cruzar el río a nado. Tendremos que quedarnos sólo con las túnicas puestas y llevar el equipo al otro lado sobre vejigas infladas. Apunta que a cada uno de los soldados le proporcionen una.

Hizo una pausa al ver que Cato no respondía. —Lo siento, muchacho. Olvidé tu aversión al agua. Si resulta que tenemos que cruzar a nado, no te separes de mí y procuraré que llegues al otro lado sin ningún percance.

—Gracias, señor.

—Tú asegúrate de tomar unas malditas lecciones de natación en cuanto tengas oportunidad.

Cato asintió con la cabeza baja, avergonzado. Bueno, ¿por dónde íbamos? —

Vejigas, señor.

—¡Ah, sí! Esperemos que no nos hagan falta. Si no encontramos un vado no me gustaría enfrentarme a los britanos con sólo una túnica de lana entre ellos y mis partes.

Cato estuvo totalmente de acuerdo.

En aquellos momentos el sol ya se encontraba a poca altura sobre el horizonte occidental y Cato volvió a mirar hacia el río, que parecía más ancho que nunca. Se estremeció ante la idea de tener que cruzarlo a nado; su técnica natatoria ni siquiera podía llamarse así.

La brillante luz del sol penetraba directamente entre los árboles y proyectaba por todo el claro un enredo de sombras con los bordes anaranjados. Un repentino y fugaz movimiento le llamó la atención a Cato. Sin mover el cuerpo, volvió la cabeza para seguirlo. Una liebre había saltado cautelosamente al camino desde un ortegal que se encontraba a menos de seis metros de donde estaba él. El animal se alzó sobre sus patas traseras y olisqueó el aire con prudencia. Con la cabeza y la parte superior del cuerpo rodeadas por el halo que provocaba el resplandor del sol distante, la liebre parecía un blanco tentador y Cato empezó a levantar lentamente el arco. Con ella no iban a comer todos los hombres de la centuria, pero serviría hasta que bajara por el camino algún otro animal de más tamaño.

Cato sujetó bien el arco y estaba a punto de soltar la cuerda cuando percibió otra presencia en el claro. La liebre se dio la vuelta, salió disparada y se adentró de nuevo en la maleza.

De entre las sombras, un ciervo salió tranquilamente al claro y se dirigía hacia el otro lado, al punto donde el sendero penetraba en los árboles. Era un objetivo mucho más grande, incluso a veinte pasos de distancia, y, sin dudarlo, Cato apuntó teniendo en cuenta la caída y una tendencia a disparar alto y hacia la derecha. La cuerda zumbó, el ciervo se quedó inmóvil y un haz de oscuridad atravesó el aire y cayó en la parte trasera del cuello del animal con un fuerte ¡zas!

El animal se derrumbó, sacudiendo su largo cuello mientras la sangre salpicaba el sotobosque. Cato colocó rápidamente otra flecha en el arco y cruzó el claro a toda prisa. El ciervo, intuendo el peligro y enloquecido por la afilada flecha que tenía profundamente clavada en el cuello, se levantó con gran dificultad y se fue dando saltos por el sendero que bajaba hasta el río. Haciendo caso omiso de la enmarañada vegetación que se extendía a ambos lados del camino, Cato persiguió a su presa cuesta abajo, quedándose atrás y volviéndola a alcanzar luego, cada vez que el ciervo tropezaba. El animal herido saltó precipitadamente a la orilla y se sumergió en el río. La superficie del agua, que fluía suavemente, estalló en multitud de gotitas que brillaban al atrapar la luz del sol de la tarde.

Cato lo seguía de cerca y se acercó al borde del río. Desde allí parecía mucho más ancho y peligroso que visto desde el claro de más arriba. El ciervo siguió adelante chapoteando y Cato levantó el arco, temiendo furioso que el animal pudiera aún escapar o ser arrastrado por la corriente.

El ciervo avanzó, luchando por mantenerse a flote, y en esos momentos ya se encontraba por lo menos a unos treinta pasos. La segunda flecha le dio justo en medio de la espalda y sus patas traseras se aflojaron, insensibles. Cato dejó el arco en la orilla del río y se metió en el agua. El lecho del río era firme, cubierto de guijarros y tenía menos de treinta centímetros de profundidad. El agua salpicaba a su alrededor mientras se dirigía hacia el ciervo con la daga desenvainada. La segunda flecha le había roto la columna vertebral al ciervo, que se retorció aterrorizado, tratando desesperadamente de hacer uso de sus patas delanteras y seguir adelante a rastras y manchando el agua con su sangre.

Cato se detuvo, receloso de las pezuñas que se agitaban, y dio la vuelta para situarse delante del animal. Cuando la sombra de Cato cayó sobre la cara del ciervo, éste se quedó paralizado de terror y, aprovechando la oportunidad, Cato clavó la daga en su cuello y se lo cortó de cuajo. Fue un final compasivamente rápido y, tras un último y breve forcejeo, el ciervo quedó inmóvil, con la Mirada de sus ojos sin vida clavada en el vacío. Cato temblaba, por una parte a causa de la energía nerviosa que había liberado durante la desesperada persecución y muerte y, por otra, debido a una extraña sensación de desagrado y vergüenza por haber degollado al animal. Matar a un hombre era distinto. Totalmente distinto. Aunque, ¿por qué tendría que ser peor? Entonces Cato se dio cuenta de que nunca había matado a un animal como éste. Sí, les había retorcido el pescuezo a algunos pollos, pero aquello le producía desasosiego y la sangre que se arremolinaba a su alrededor lo marcaba. Volvió a bajar la mirada. Luego la dirigió hacia la orilla del río por la que había bajado corriendo. Después volvió sus ojos hacia la otra orilla.

—Me pregunto...

Cato se giró de espaldas al ciervo y se dirigió hacia la otra orilla, donde los árboles se veían absolutamente negros contra un cielo de un intenso color naranja. Entrecerró los ojos y trató de distinguir la profundidad del agua que tenía delante. Estaba demasiado oscuro y, a tientas, se abrió paso por el agua nerviosamente, asegurando cada paso que daba. La profundidad del río aumentaba gradualmente y la corriente se aceleraba pero, cuando estuvo situado en medio de su curso, el agua sólo le llegaba a la altura de la cadera. A partir de allí la profundidad disminuía de nuevo y pronto estuvo de pie en la otra orilla del río mirando de nuevo hacia el margen ocupado por las legiones.

Se agachó entre las sombras y esperó hasta que el sol se puso del todo y las estrellas salpicaron el cielo de primera hora de la noche, pero no había ni rastro de nadie. No había soldados de guardia, no había patrullas, sólo el sonido de las

palomas torcaces y los suaves chasquidos causados por las criaturas de los bosques que se movían a su alrededor en la oscuridad. Cuando se convenció de que estaba completamente solo, Cato regresó al río, se adentró en el agua hacia el cuerpo del ciervo y lo arrastró hasta el lugar donde había dejado el arco de caza.

El sonrió contento. Los hombres de la sexta centuria iban a comer bien aquella noche, y al día siguiente el resto de la legión tendría algo más que agradecerle.

Capítulo VII

—¿Estás seguro de que es aquí, ?

—Sí, señor. —Vespasiano dirigió la mirada hacia el otro lado del río. Aún no había despuntado el día y el perfil de los árboles apenas se distinguía del cielo nocturno. La orilla del río era invisible y el único sonido que llegaba desde el otro extremo del agua era el ululato de un búho. Por detrás del legado el sendero estaba ocupado por una silenciosa aglomeración de legionarios, tensos y alerta frente a cualquier señal de peligro. Las marchas nocturnas eran la pesadilla de la vida militar: uno no tenía ni idea de cuánto había avanzado, había frecuentes altos cuando las columnas se aglomeraban o simplemente topaban unas con otras y siempre acechaba el miedo a una emboscada. Coordinarlas también era una pesadilla, motivo por el cual rara vez los comandantes del ejército realizaban movimientos de tropas entre el atardecer y el amanecer. Pero el plan de ataque elaborado por Plautio y sus oficiales de Estado Mayor requería que la segunda legión cruzara el río y estuviera en posición lo más rápidamente posible y, preferentemente, al amparo de la oscuridad.

Vespasiano no se había acabado de creer su buena suerte cuando le dieron la noticia del descubrimiento de un vado a menos de tres kilómetros del campamento de marcha de la legión. Era tan oportuno que resultaba sospechoso, por lo que había interrogado a fondo al . Por lo que sabía sobre las habilidades del muchacho gracias a experiencias anteriores, Cato era inteligente y cauto (dos cualidades que el legado admiraba especialmente) y se podía confiar en que informara con exactitud. No obstante, si el había descubierto la existencia del vado con tanta facilidad, sin duda los britanos también conocían su existencia. Bien podía tratarse de una trampa. Se dio cuenta de que habría poco tiempo para comprobar esa hipótesis cuando miró atrás, por encima de su hombro, hacia donde la oscuridad se disipaba frente al horizonte. Había que mandar de inmediato un destacamento de exploradores al otro lado. Si, después de todo, los britanos estaban vigilando el vado, la legión se vería obligada a seguir avanzando río arriba en busca de otro. Pero cuanto más tardaran en cruzar, menos oportunidades tendría el general de coordinar los tres ataques contra las fortificaciones britanas.

—¡Centurión! —¡Sí, señor! —respondió bruscamente Macro desde allí cerca.

Cruza el río con tus hombres y reconoced la zona en unos ochocientos metros en ambas direcciones al otro extremo del vado. Si no os tropezáis con el enemigo y quedáis convencidos de que podemos cruzar sin ser vistos, envíame un mensajero. Mejor que sea Cato.

—Sí, señor. —Si tienes cualquier duda sobre la situación, os volvéis a replegar cruzando el río. ¿Entendido?

—Sí, señor. —Y hacedlo rápidamente. No nos quedan muchas horas de

oscuridad para ocultarnos.

Mientras la sexta centuria desfilaba sendero abajo y se adentraba en el río, Vespasiano hizo correr la voz por la columna para que los hombres se sentaran a descansar. Iban a necesitar todas sus fuerzas para el día que tenían por delante. Volviéndose hacia el río, observó aquel desordenado cúmulo negro que lo vadeaba y que parecía causar un barullo inhumano mientras chapoteaba por la suave corriente. La tensión sólo disminuyó cuando Macro y sus hombres llegaron a la otra orilla y el rumor se fue apagando.

Una vez los soldados se hubieron reunido en el margen del río, Macro dio las órdenes en voz queda. Los dividió en secciones y a cada una de ellas se le asignó un eje de avance. Luego, sección a sección, los hombres se adentraron con mucho cuidado entre los árboles.

—Cato, tú vas conmigo —susurró Macro—. Vamos. Con una última mirada hacia la otra orilla del río, oscura y silenciosa contra el horizonte que se volvía gris, Cato se dio la vuelta y entró en el bosque con mucha cautela. Al principio, el paso de las otras secciones era claramente audible: el crujir de las ramitas, el susurro de la maleza y los enganchones del equipo. Pero los sonidos se fueron apagando gradualmente al tiempo que los hombres se iban familiarizando con el desacostumbrado movimiento y las secciones se alejaban unas de otras. Cato hacía cuanto podía para seguirle el ritmo a su centurión sin dar un traspies o hacer demasiado ruido. Descontaba cada paso de los ochocientos metros que Vespasiano había ordenado. El bosque parecía no terminar nunca y ascendía en una suave pendiente. El traicionero sotobosque dio paso bruscamente a un terreno mucho más firme y los árboles se abrieron formando un claro. Macro se detuvo y se agachó, forzando la vista para distinguir lo que les rodeaba.

Con la débil luz que atravesaba las copas de los árboles, Cato pudo ver tenues detalles de la añosa arboleda en la que se encontraban. El bosquecillo estaba rodeado por arcaicos robles retorcidos sobre los cuales había clavados cientos de cráneos; se hallaban completamente cercados por cuencas de ojos vacías y las sonrisas de oreja a oreja de las calaveras. En el centro del claro había un burdo altar construido con unas monumentales losas de piedra por cuyos lados corrían unas manchas oscuras. Una atmósfera sombría envolvía la arboleda con sus volutas y ambos hombres se estremecieron, y no sólo por el frescor del aire.

¡Mierda! —susurró Macro—. ¿Qué diablos es este lugar? —No lo sé... —respondió Cato en voz baja. En la arboleda parecía reinar un silencio casi sobrenatural, hasta las primeras notas del amanecer semejaban estar apagadas de algún modo. A pesar de su adhesión a una visión racional del mundo, Cato no pudo evitar tener miedo ante la opresiva atmósfera del bosquecillo. Sintió el impulso de salir de ese espantoso escenario lo antes posible. Aquél no era un lugar para Romanos, ni para ningún hombre civilizado—. Debe de estar relacionado con alguno de sus cultos. Los druidas o algo así.

—¡Druidas! —El tono de Macro reveló su gran inquietud—. Será mejor que salgamos de aquí, rápido.

—Sí, señor. Sin apartarse de los márgenes del claro, Macro y Cato pasaron sigilosamente por delante de aquellos árboles con sus espeluznantes trofeos y siguieron adelante a través del bosque. Una palpable oleada de alivio los inundó cuando dejaron atrás la arboleda. Desde la primera vez que los romanos se habían topado con los druidas, las oscuras historias sobre su pavorosa magia y rituales sangrientos habían sido transmitidas de generación en generación. Tanto Macro como Cato sentían una gélida tensión que les erizaba los pelos de la nuca mientras andaban con cuidado entre las sombras. Durante un rato avanzaron en silencio a través de la maleza hasta que, al final, Cato estuvo seguro de percibir unos tonos más claros entre los árboles que tenían delante.

—¡Señor! —susurró. —Sí, y a lo he visto. Debemos de encontrarnos cerca del otro extremo del bosque.

Con más cautela que nunca, siguieron avanzando con cuidado hasta que la espesura se fue dispersando y tan sólo quedaron unos atrofiados árboles jóvenes. Se encontraban en lo más alto de la cresta que se extendía por detrás del río y tenían una clara vista por encima de la otra ladera y a lo largo de la misma cresta en la dirección de las fortificaciones britanas que vigilaban el vado. El humo de los campamentos de ambos ejércitos embadurnaba la atmósfera. Hacia el este, el cielo estaba teñido de rosa y se distinguía una suave neblina abajo, en dirección al río. El terreno del oeste todavía se encontraba envuelto en lúgubres sombras. No había ninguna señal de movimiento y Macro le hizo señas a su para que regresara con él a los árboles.

—Vuelve a donde está el legado y dile que está todo despejado, la legión puede empezar a cruzar. Me quedaré un rato más por aquí para asegurarme.

—Sí, señor.

—Será mejor que le expliques cómo se ve el terreno desde aquí arriba. No podremos acercarnos a lo largo de la cima de la cresta, nos verían a más de un kilómetro y medio de distancia. Tendremos que seguir el margen del río hasta estar cerca de los britanos y entonces dirigirnos a la cresta. ¿Lo has entendido todo? ¡Ahora vete!

Cato volvió a bajar por la cuesta más rápidamente de lo que la había subido ahora que la luz se intensificaba y revelaba todas las raíces y zarzas traicioneras. Aunque se mantuvo a bastante distancia de la arboleda, llegó a la orilla del río mucho antes de lo que había previsto. Por un momento se dejó llevar por el pánico cuando no vio señales del resto de la legión en la otra orilla. Entonces le llamó la atención un leve movimiento río arriba y allí estaba el legado agitando un brazo entre los árboles. Instantes después Cato exponía su informe.

—¿Marchar siguiendo el margen del río? —Vespasiano lo reflexionó con recelo al tiempo que examinaba la otra orilla—.

Eso nos va a retrasar.

—No puede evitarse, señor. La cresta está demasiado expuesta y el bosque es demasiado espeso.

—Muy bien. Vuelve con tu centurión y dile que vaya explorando la zona por delante del contingente principal. Evitad todo contacto e infórmenme de cualquier cosa que veáis.

—Sí, señor. Mientras la columna empezaba a atravesar el vado en fila los grupos de reconocimiento de la sexta centuria se reagruparon alrededor de Macro en la otra orilla. En cuanto Cato hubo transmitido las órdenes del legado, Macro formó a sus hombres en grupos y mandó al en cabeza con la primera sección. Cato era muy consciente de la responsabilidad que recaía sobre él. En esos momentos era los ojos y oídos de la segunda legión. De él dependía el éxito del plan del general y la seguridad de sus compañeros. Si el enemigo descubría que se aproximaba la segunda, dispondría de un amplio margen de tiempo para preparar un recibimiento a sus atacantes o lo que era aún peor, podría tener tiempo para organizar un contraataque. Mientras pensaba en estas posibilidades, el joven avanzó con sigilo a lo largo de la orilla, forzando sus sentidos al triple. El tranquilo río se deslizaba bajo la pálida atmósfera mientras el sol ascendía por encima de los árboles e inundaba de luz y calor aquella mañana de verano. Continuó así durante gran parte de una hora, en tanto que Cato avanzaba con cautela hasta llegar a un lugar donde el margen del río había cedido y muchos años atrás un enorme roble había caído al agua. Ahora estaba tumbado sobre el accidentado suelo de la orilla, con las enmarañadas ramas muertas meciéndose al paso de la corriente. Una masa de raíces arrancadas de la tierra proporcionaba un armazón en el que se aferraban nuevos brotes de vegetación.

Un súbito ruido de algo que caía en el agua hizo que se quedara paralizado y que los hombres del grupo de reconocimiento intercambiaran unas miradas ansiosas antes de que Cato divisara al martín pescador anidando en una rama que colgaba por encima de unas ondulaciones que se expandían por la superficie del agua. Casi se rió ante la repentina descarga de tensión antes de ver, a no más de quince metros de distancia, a un caballo que estaba en la orilla del río. El elegante cuello descendió y la bestia empezó a beber. Un juego de riendas tenían amarrado al animal al tocón de un árbol. Del jinete no había ni rastro.

Capítulo VIII

—Indique a los barcos de guerra que abran fuego.

—Sí, señor —Vitelio saludó y se alejó a paso rápido. Aquel puesto en el Estado Mayor del general estaba resultando ser sumamente pesado. Plautio buscaba cualquier excusa para encontrarle una falta y no había momento en el que no sintiera la escudriñadora mirada del general posada en él. Bueno, dejemos que el cabrón se divierta de momento, pensaba Vitelio. El tiempo estaba de su lado. Con su padre bien instalado en el círculo más íntimo del emperador, su carrera progresaría sin demasiados contratiempos. Aguardaría el momento oportuno y sufriría los desaires de los idiotas como Plautio hasta que llegara la ocasión propia para entrar en juego. Vitelio albergaba ya una ambición tan audaz que el mero hecho de pensar en ella a veces hacía que se quedara sin respiración. Si Claudio pudo convertirse en emperador, lo mismo podría hacer cualquier hombre con la paciencia y la fuerza de voluntad necesarias para conseguirlo. Pero se tranquilizaba a sí mismo. No debía actuar hasta estar seguro de que tendría éxito. Hasta que aquel glorioso día llegara, lo único que podía hacer era ir minando la dinastía reinante de los Claudios, debilitando al emperador y a sus herederos sin ser visto, de cualquier modo en que le fuera posible hacerlo.

Mientras trotaba cuesta abajo hacia el cuartel general provisional, Vitelio hizo una señal a los trompetas allí congregados. Ellos agarraron sus instrumentos y se apresuraron a alinearse. Los toques acordados para comunicar las órdenes se habían explicado a conciencia la noche anterior y, en cuanto el tribuno hizo correr la voz, resonaron las primeras notas, rompiendo el aire de la mañana por encima de las cabezas de los administrativos que garabateaban sobre mesas de campaña. Primero la identificación de la unidad, luego la instrucción para la acción convenida de antemano. Más abajo, sobre la tranquila superficie del agua, había cuatro trirremes, anclados en paralelo al curso del río de manera que presentaban sus bajos a las fortificaciones enemigas. Mientras Vitelio observaba, el gallardete de la nave más próxima descendió por un momento, confirmando así la orden. Unas diminutas figuras se apresuraron a ponerse en posición alrededor de las catapultas fijadas en las cubiertas. Por el aire se alzaba el humo proveniente de los hornos portátiles requisados al ejército la tarde anterior. Al principio el prefecto de la flota se había negado en redondo a permitir que hubiera a bordo de sus barcos cualquier aparato que hiciera fuego; el riesgo era demasiado grande. El general había insistido; las fortificaciones enemigas tenían que quedar reducidas a cenizas para ayudar al posterior ataque de la infantería. En cualquier caso, había señalado, la flota ya no se encontraba en el mar. Si ocurría lo peor, los marineros estarían al alcance de sus compañeros en la orilla.

—¿Y los galeotes? —había preguntado el prefecto de la flota. —¿Qué pasa

con ellos?

—Están encadenados a los bancos —explicó pacientemente el prefecto—. En caso de incendio no habrá muchas posibilidades de sacarlos.

—Supongo que no —coincidió el general Plautio—. Pero míralo por el lado bueno. En cuanto venzamos a esa gente del otro lado, te garantizo que serás el primero en elegir a los prisioneros para reemplazar cualquier baja. ¿Contento?

El prefecto consideró la propuesta y al final asintió. Algunos reclutas de refresco para los bancos de los esclavos serían bien recibidos por sus capitanes (por aquellos que aún tuvieran barco, claro está).

—Ahora —concluyó Plautio— encárgate de que tengamos preparada artillería incendiaria por la mañana.

Al recordar la escena, Vitelio sonrió mientras trepaba por la cuesta de vuelta al puesto de mando del general.

Mientras el sol se alzaba tras ellas, las catapultas de los barcos abrieron fuego y sus brazos lanzadores golpearon contra las barras de contención. Unas finas volutas de humo oleoso trazaron una parábola hacia las fortificaciones de los britanos, y enseguida los proyectiles se estrellaron contra ellas y las rociaron con brillantes charcos de aceite abrasador.

Las ballestas lanzaron pesadas flechas de hierro contra la empalizada para evitar cualquier intento de los britanos para apagar los fuegos. Vitelio ya había visto antes los efectos de una descarga de proyectiles y sabía lo efectivas que aquellas armas podían llegar a ser. En cambio, los britanos no, y mientras el tribuno observaba, un enjambre de nativos subió a toda prisa por el terraplén y corrió hacia una sección de la empalizada que había recibido un impacto directo y ardía con fuerza. Cuando llegaron al lugar, los britanos echaron paladas de tierra sobre el fuego desesperadamente mientras que los que tenían posibilidad formaban una cadena que llegaba hasta el río. Pero antes incluso de que la cadena humana pudiera empezar a funcionar, los ballesteros habían apuntado sus armas contra ella y en unos momentos el suelo estuvo plagado de figuras abatidas por una lluvia de flechas. Los supervivientes huyeron en dirección a los terraplenes y rápidamente les siguieron sus compañeros de las palas.

—No tendríamos que verlos mucho más esta mañana, señor. —Vitelio iba sonriendo cuando se reunió con el general Plautio.

—No. No si tienen dos dedos de frente. —Plautio desvió la mirada hacia la derecha, donde la plateada superficie del río describía una amplia curva y desaparecía entre el terreno en pendiente de la otra orilla. En aquel momento, a poco más de seis kilómetros río abajo, las cohortes de bátavos deberían estar cruzándola a nado, cuatro mil hombres en cohortes mixtas de caballería e infantería. Reclutados entre las tribus recientemente sometidas en el bajo Rin, los bátavos, al igual que todas las cohortes auxiliares, tenían que hostigar al enemigo hasta que las legiones estuvieran listas para caer sobre él. Con un poco de suerte

alcanzarían la otra orilla y se organizarían antes de que la avanzada enemiga tuviera tiempo de reunir efectivos para hacer frente a la amenaza. A Plautio no le cabía la menor duda de que Carataco tendría hombres apostados a lo largo de varios kilómetros en ambas direcciones por el margen del río. Plautio contaba con que los britanos no serían capaces de reaccionar con la suficiente rapidez para contener todos los ataques.

En cuanto detectara movimiento enemigo río abajo empezaría el ataque frontal. Justo delante de él, al pie de la pendiente, junto al vado, se hallaban concentradas las tropas de la novena legión, quietas y en silencio, aguardando la orden de avanzar sobre las fortificaciones enemigas. Plautio conocía bien el frío terror que estarían sintiendo en la boca de sus estómagos mientras se preparaban para el ataque. Él había estado en su lugar unas cuantas veces de joven, y ahora daba gracias a los dioses por ser general. Ciertamente, ahora experimentaba otros miedos y preocupaciones, pero ya no el terror físico del combate cuerpo a cuerpo.

Miró hacia la izquierda, río arriba, y escudriñó sus riberas arboladas que prácticamente engullían la plateada superficie del agua, permitiendo sólo un reflejo aquí y un destello allá. En algún lugar de aquella ondulada espesura se encontraba la segunda legión, descendiendo hacia el flanco del enemigo. Plautio frunció el ceño al no detectar indicios de movimiento. Siempre y cuando Vespasiano no perdiera la calma y llegara dentro del plazo que había otorgado el general, la Victoria sobre Carataco estaba asegurada; Pero si Vespasiano se retrasaba por algún motivo, el ataque principal podía ser rechazado perfectamente y los bátavos, aislados en el lado del río equivocado, serían hechos pedazos. Si, todo dependía de Vespasiano.

Capítulo IX

Se propagaron unas pequeñas ondas trémulas desde donde el hocico del caballo tocó el agua. Era un caballo pequeño pero recio y bien cuidado, tal como indicaba el lustre de sus ijadas. Tenía una gualdrapa de un grueso tejido sujeta con correas al lomo y por el otro lado se veía el borde de un escudo.

Cato se volvió hacia sus hombres y agitó la mano hacia abajo para que se quedaran completamente quietos. Entonces se alzó lentamente, escondido tras la enorme mole del tronco del roble y atisbó por encima de éste hacia el caballo. Aguantando la respiración, como si ésta fuera audible, estudió el escenario que lo rodeaba por si descubría más señales de vida. Pero no había nadie más, sólo el caballo. Cato maldijo en silencio. ¿dónde estaba el jinete? El caballo estaba atado. Tenía que estar cerca. Cato agarró con más fuerza el asta de su jabalina.

A poco más de un metro alguien tosió y antes de que un asustado Cato pudiera reaccionar, un hombre se puso en pie al otro lado del tronco mirando en la otra dirección mientras se subía los burdos pantalones de lana. —¡Oh, mierda! —Cato fue a levantar su lanza.

El hombre se giró, con una mirada fulminadora, mostrando los dientes bajo unos bigotes pelirrojos. Su hirsuto pelo untado con cal se alzaba en enmarañadas puntas bajo un casco de bronce. Por un instante los dos se quedaron quietos, mirándose el uno al otro, petrificados de sorpresa. El britano fue el primero en reaccionar. Agarró a Cato por las correas de los hombros y, de un fuerte tirón, lo levantó por encima del tronco y lo arrojó sobre los guijarros sueltos de la orilla del río. El impacto dejó a Cato sin aire en los pulmones. Se estrelló contra su boca y el mundo se volvió de pronto de un blanco cegador. Se oyeron gritos, recuperó la visión y vio al britano de pie sobre él, con la espada a medio desenvainar y mirando hacia atrás, al otro lado del tronco. Entonces el hombre desapareció, con un ruido de guijarros a su paso, mientras unas manos amigas levantaban a Cato. —¿Estás bien?

—¡No lo dejes escapar! —dijo jadeando—. ¡Detenlo! Pírax soltó bruscamente a su *optio* y salió corriendo en pos del britano seguido por el resto de la sección, que pasó como pudo al otro lado del tronco. Para cuando Cato se había recuperado lo suficiente para ponerse en pie, todo había terminado. El britano estaba tendido boca abajo en el borde del río a unos tres metros de su caballo con un par de jabalinas asomándole por la espalda.

El caballo se había desatado de una sacudida y retrocedió despacio. En momentos observaba a los recién llegados con incertidumbre como si esperara en vano que le aseguraran que su dueño volvería.

—Que alguien coja el caballo —ordenó Cato. Lo último que necesitaba entonces era que el animal saliera corriendo y fuera descubierto por otros exploradores britanos. Uno de los soldados se desabrochó las correas del escudo

y del casco. Se acercó lentamente al caballo.

—Hazel el ruido de una zanahoria —sugirió Pírax como si sirviera de algo antes de agarrar del brazo a su *optio*—. ¿Estás bien, Cato?

—Sobreviviré. —¡Un poco más y te caes dentro! —Pírax señaló el tronco con un gesto de la cabeza.

—No hace gracia. —Cato se palpó la mandíbula, que le dolía de forma punzante a causa del golpe, y vio que en la mano tenía sangre de un labio partido —. ¡Cabrón! —Da gracias que no fuera peor. Te podía haber atacado por sorpresa.

—No lo vi —Cato empezó a sonrojarse. —No tienes por qué avergonzarte, *optio*. Me alegro de que fueras tú en cabeza.

—Gracias —refunfuñó Cato.

Envío a un soldado hacia la siguiente curva del río para que montara guardia mientras él consideraba la situación. Tenían que deshacerse del cadáver y del caballo. Lo del cuerpo era bastante fácil y rápidamente la patrulla lo metió a empujones debajo del tronco y apiló encima guijarros sueltos y ramas para ocultarlo a la vista. Lo del caballo iba a suponer un desafío mayor. Con el animal bien atado a un tocón, Cato desenfundó la espada con mango de marfil que Bestia le había legado y se aproximó a él con cautela. No le hacía ninguna gracia realizar esa tarea y además, los ojos relucientes y el hocico tembloroso que se alzaban hacia él no le facilitaban para nada el trabajo.

—Vamos, caballito —dijo con suavidad—. Vamos a hacerlo bien y rápido.

Levantó la espada, se puso a un lado del animal y buscó un punto donde golpear.

—¡*optio*! Cato se giró y vio a Pírax que señalaba con gestos río abajo. El soldado al que había mandado en descubierta estaba en cucullas y agitaba los brazos frenéticamente para atraer su atención. Cato le respondió con la mano y el hombre se tiró al suelo.

—Esperad aquí. Mantened tranquilo al caballo. Cato avanzó a toda prisa, agachándose cuanto pudo al dar los últimos pasos antes de echarse al suelo junto al explorador. A la vuelta de la curva del río había una pequeña presa, en parte formada por obstáculos naturales y en parte hecha por el hombre, que servía de paso para cruzar. A sus oídos llegaba el sonido del agua que bajaba alborotada por la otra orilla con un rugido sordo. Pero lo que había llamado la atención del explorador era el grupo de jinetes que había más allá de la presa. Mientras miraban, uno de los britanos se separó del grupo y se dirigió río arriba directamente hacia ellos mientras con las manos haciendo bocina gritaba algo que apenas era audible por encima del barullo del agua en la presa.

—Están buscando a nuestro hombre —decidió Cato—. Para ver si ha descubierto algo.

—¿Y si no lo encuentran? —Sospecharán y empezarán a buscar. No podemos

dejar que eso ocurra.

El explorador miró a los britanos. —Hagan lo que hagan, no podemos enfrentarnos a todos ellos. Son demasiados.

—Claro que no podemos abordarlos. En cualquier caso, dudo mucho que pelearan. Están haciendo el mismo trabajo que nosotros. Encontrar al enemigo e informar, nada más. Pero no debemos permitir que empiecen a preocuparse por uno de sus exploradores. —Cato observó cómo el britano acercaba lentamente su caballo mientras seguía llamando a su compañero en voz alta—. Espera aquí y no dejes que te vean.

Cato volvió gateando hacia donde se encontraba el resto de la patrulla. Examinó al britano muerto y entonces echó un vistazo a sus hombres. —¡Pírax! ¿Sabes montar a caballo?

—Sí, *optio*. —Muy bien, entonces ponte la capa y el casco de este hombre lo más rápidamente que puedas.

Pírax puso cara de desconcierto. —¡No pienses, hazlo y punto! Los hombres de la patrulla extrajeron las jabalinas del cadáver, se apresuraron a despojarlo de la capa y los calzones y se los pasaron a Pírax. Con evidente desagrado, el veterano se puso las burdas prendas del britano muerto y se ató las correas del casco de bronce. Entonces montó en el caballo. Al principio el animal respingó un poco, pero una mano firme en las riendas y una tranquilizadora presión en las ijadas calmaron un poco a la bestia.

—Ahora dirígete hacia la curva del río y espera allí. —¿Y entonces qué? —Entonces haces exactamente lo que yo te diga. La patrulla siguió a Pírax mientras éste avanzaba río abajo a lomos del caballo y luego se escondieron entre los matorrales a lo largo de la orilla. Desde su posición estratégica, Pírax veía al britano que se acercaba mientras llamaba a su compañero, a no más de ciento cincuenta pasos de distancia, casi a la altura de la presa.

—¿Qué hago? —preguntó en voz baja.

—Mueve el brazo y dale a entender que no has visto nada —respondió Cato.

—¿Y cómo hago eso? —inquirió Pírax. —¿Cómo voy a saberlo? ¡No soy un maldito director de teatro! Improvisa.

—¿Y si eso no le satisface?

—Entonces la legión va a entrar en combate un poco antes de lo esperado.

—¡Me ha visto! —Pírax se puso tenso a causa de los nervios, y después se acordó de agitar el brazo como saludo.

Cato avanzó con cuidado hasta que pudo vislumbrar al britano que se acercaba a través de los helechos y las ortigas moteados por el sol. El hombre había llegado a la presa y frenó su caballo. Volvió a gritar y sus palabras continuaron sin poder distinguirse por encima del débil fragor de la alborotada corriente. Pírax volvió a agitar la mano e hizo un lento y elaborado movimiento de cabeza en señal de negación. El britano se volvió para mirar río abajo y les

gritó algo a sus camaradas que se encontraban a corta distancia de él. Tras un breve intercambio, el britano clavó los talones en su caballo y siguió acercándose a la curva del río.

—¿Y ahora qué? —preguntó Pírax quedamente. —Cuando yo diga «ahora», le haces una seña y diriges el caballo al otro lado del recodo hasta que los demás no puedan verte. Nosotros lo atacaremos.

—Estupendo. ¿Y luego? —Cada cosa a su tiempo. Mientras Cato seguía observando desde su escondite el jinete se fue acercando con su montura al paso, y un aire despreocupado e indiferente mientras disfrutaba de las primeras horas de aquella mañana de verano. Cato se retorció retrocediendo un poco y desenvainó la espada con suavidad. Siguiendo su ejemplo, los demás soldados se prepararon para una vez el britano hubiera pasado junto a ellos. Entonces, cuando el hombre se encontraba a no más de treinta metros de distancia, lo bastante cerca para que Cato pudiera ver bajo su casco que sólo era un chico, el sonido agudo de un cuerno de guerra celta corrió río arriba. El britano paró en seco su caballo y volvió la cabeza hacia el grupo de jinetes.

Estaban dando media vuelta mientras agitaban frenéticamente los brazos, haciéndole señas para que regresara enseguida. Con un último grito dirigido a Pírax, el joven britano dio la vuelta a su caballo y lo encaminó al trote hacia sus compañeros que ya subían en tropel por la cuesta en dirección al cruce fortificado del río.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Pírax. —Nada. Quédate quieto hasta que no se les vea.

Tal como Cato había supuesto, los britanos tenían demasiada prisa como para prestarle atención a su explorador solitario y los jinetes desaparecieron sin volver ni una sola vez la mirada hacia Pírax. Cuando el chico desapareció entre los árboles, Pírax aflojó la mano de las riendas y se dejó caer hacia delante.

—¡Mierda! Nos ha ido de un pelo. —¡Buen trabajo! —Cato sonrió al tiempo que se ponía en pie y le daba unas palmaditas al caballo en un lado de la cabeza.

—¿A qué venía todo eso? Ese toque de cuerno.

—Me imagino que han descubierto a los bátavos. Será mejor que regreses enseguida a donde está Vespasiano y le hagas saber lo que ha ocurrido. Nosotros seguiremos río abajo pero dudo que ahora nos vayamos a encontrar con más de sus exploradores. En marcha.

—¡De acuerdo! —Pírax tiró de las riendas para dar la vuelta y clavó los talones.

—¡Pírax! —le gritó Cato desde detrás—. ¡Será mejor que te deshagas del casco y de la capa antes de irte si quieres vivir lo bastante para poder transmitir el informe!

Capítulo X

Una lejana concentración de infantería y caballería formaba tras las fortificaciones britanas mientras Vitelio miraba ansiosamente hacia el nordeste. Era casi mediodía, el cielo era de un azul intenso y el sol caía de lleno sobre los dos ejércitos que se encontraban frente a frente, uno a cada lado del río. Desde donde se encontraba, Vitelio tenía una gloriosa vista del paisaje ligeramente ondulado, gran parte del cual se había despejado para el cultivo de cereales que se mecían suavemente en la brisa como sábanas de seda verde. Aquella tierra iba a ser una excelente provincia para el Imperio, decidió él, una vez sus habitantes se hubieran sometido a Roma y adaptado a las costumbres civilizadas. Pero aquella sumisión no estaba próxima. En realidad, aquellas gentes estaban resultando ser un hueso algo más duro de roer de lo que al ejército le habían dado a entender. Carecían completamente de conocimientos técnicos sobre la guerra, pero luchaban con un brío que resultaba impresionante.

En cuanto los barcos de guerra romanos hubieron agotado su munición incendiaria, los britanos habían salido disparados de detrás de sus terraplenes y habían levantado una cortina de cestos de mimbre llenos de escombros para protegerse de las ballestas, mientras reparaban los daños causados por el fuego. Muchos más hombres fueron abatidos durante el proceso, pero los britanos se limitaron a amontonar los cadáveres en los terraplenes. Un guerrero en particular había resultado sumamente enervante para los soldados de las ballestas romanas. Se trataba de un hombre inmenso, con un casco alado sobre su cabello rubio que, desnudo, se quedó de pie al borde del agua y les gritaba improperios a los barcos de guerra romanos mientras agitaba de forma desafiante un hacha de dos hojas. De vez en cuando se daba la vuelta y le enseñaba el trasero al enemigo, desafiándoles a que lo hicieran lo peor que pudieran. La armada se irritó por su altanera provocación y las ballestas de los trirremes mas próximos se habían girado en redondo para apuntar hacia el guerrero britano. Estaba resultando ser extraordinariamente ágil y hasta el momento había conseguido evitar las flechas que le disparaban. De hecho, cuanto más ofensivo se tornaba, peor apuntaban los ballesteros, desesperados por darle.

—¡Idiotas! —dijo el general Plautio entre dientes—. ¿Es que esos imbéciles no se dan cuenta de lo que está haciendo?

—¿Señor? —Mira, Vitelio. —El general señaló con el dedo. El barco que concentraba su fuego sobre el rubio guerrero protegía a su vez a los britanos de los demás trirremes y los trabajos de reparación de aquellos continuaban a un ritmo acelerado—. ¡Maldita armada! Dejando que el orgullo se anteponga a la inteligencia, como siempre.

—¿Quiere que mande un hombre al prefecto de la flota, señor?

—No servirá de nada. Cuando le alcancemos y le haga llegar el mensaje al

capitán de ese barco, los malditos britanos habrán terminado su trabajo y estarán acomodándose para echar una siestecita. Todo porque algún susceptible oficial de marina no puede soportar que un bárbaro mueva su condenado culo delante de sus narices.

Vitelio percibió el deje de crispación en la voz del general y se dio cuenta de que el plan de la noche anterior empezaba a venirse abajo. La armada no tan sólo no había conseguido destruir las defensas, sino que ni siquiera habían logrado dañarlas lo suficiente para abrirle camino al subsiguiente ataque de infantería. Y además, lejos de desmoralizar a los britanos, la armada había hecho que los romanos parecieran idiotas después de descargar su ira sobre un único guerrero desnudo. Cuando los hombres de la novena cruzaran el vado, se iban a encontrar con un enemigo envalentonado y protegido tras unas fortificaciones. El éxito del ataque ya no estaba cantado. A este problema se añadía el hecho de que no había habido ningún informe sobre el avance de la segunda legión desde que había cruzado el río al alba. Si Vespasiano estaba maniobrando de acuerdo con el plan, en esos momentos se hallaría casi en posición, dispuesto para lanzar un ataque sobre el flanco derecho de los britanos.

Desde el otro extremo del campo de batalla había llegado un mensaje de parte del prefecto al mando de las cohortes de los bátavos informando de que habían cruzado el río con éxito. Habían pillado desprevenido al enemigo y todos los hombres habían formado en la otra orilla antes de que los britanos pudieran realizar cualquier contraataque serio. Y lo que era aún mejor, los bátavos se habían topado con una numerosa unidad de carros de guerra. Sin dejarse intimidar por aquellas imponentes pero anticuadas armas, los bátavos se habían echado encima de ellas atacando primero a los caballos, tal como había ordenado el general Plautio. Sin caballos, los carros eran inútiles y lo único que quedó por hacer fue reducir a los desmontados lanceros y a los conductores.

Hasta ahí, todo bien. Pero entonces Carataco se dio cuenta de la debilidad que las fuerzas romanas presentaban por su flanco izquierdo y se estaba moviendo con rapidez para rodear a los bátavos y hacerles retroceder hacia el río. Si eran capaces de conseguirlo con la suficiente prontitud, podrían cambiar la disposición de sus tropas para hacer frente al siguiente ataque que Plautio había preparado. Había llegado el momento de que la novena legión realizara su movimiento, eliminara la presión ejercida sobre los bátavos y arrastrara a más britanos hacia la defensa de las fortificaciones que había alrededor del vado. Entonces, cuando las últimas reservas de Carataco se hubieran involucrado, la segunda legión saldría del bosque al sudoeste y aplastaría al enemigo como un torno de hierro.

—¡Oh, señor! —Vitelio soltó una repentina carcajada—. ¡Mire allí!

El guerrero desnudo finalmente había pagado el precio de su valentía y estaba sentado, con las piernas abiertas y estiradas hacia delante, mientras forcejeaba con una flecha que se le había clavado en la cadera. A juzgar por la

cantidad de sangre que manaba y corría por el barro revuelto que lo rodeaba, la flecha debía de haberle roto una arteria principal. Mientras ellos miraban, fue alcanzado por otra flecha que le dio en la cara, con lo que casco y cabeza le estallaron en pedazos sanguinolentos al tiempo que el impacto le arrojaba el torso hacia atrás.

—¡Bien! —El general asintió con la cabeza—. Eso tendría que ser suficiente para la armada. Tribuno, es hora del ataque principal. Será mejor que alguien te dé un escudo.

—¿Señor? —Me hace falta un buen par de ojos sobre el terreno, Vitelio. Ataca con la primera oleada y toma nota de todas las defensas con las que te tropieces, de la naturaleza del suelo por el que pases y de si hay alguna zona de la que nos podamos aprovechar si tuviéramos que volver a pasar por allí. Me informarás cuando regreses.

« Si es que regresos », reflexionó Vitelio con amargura al evaluar la tarea a la que se enfrentaba la novena legión. Habría peligro ahí abajo, demasiado peligro. Aunque sobreviviera, siempre existía la posibilidad de sufrir una herida que lo desfigurara hasta el punto de hacer que la gente apartara la mirada. Vitelio era tan vanidoso que quería afecto y admiración además de poder. Se preguntó si podría convencer al general de que mandara a un oficial más prescindible en su lugar y levantó la mirada. Plautio lo estaba observando detenidamente.

—No hay ningún motivo para esperar, tribuno. Vete. —Sí, señor. —Vitelio saludó e inmediatamente requisó un escudo de uno de los soldados de la escolta del general antes de dirigirse hacia las dos cohortes de la novena legión asignadas para el primer ataque. Las otras ocho cohortes estaban sentadas sobre la pisoteada hierba que descendía hacia el río. Disfrutarían de una espectacular vista del ataque y animarían a sus compañeros a voz en grito cuando llegara el momento (más que nada por un sentido de la conservación, puesto que si la primera oleada no tenía éxito, muy pronto les tocaría a ellos enfrentarse a los britanos). Vitelio anduvo con mucho cuidado entre la unidad y se dirigió hacia las equilibradas líneas de la primera cohorte (la punta de lanza de toda legión, una unidad doble a la que se confiaban las tareas más peligrosas de cualquier campo de batalla) Más de novecientos hombres se pusieron en posición de firmes, con las lanzas en el suelo, examinando en silencio los peligros que tenían ante ellos.

El legado de la novena, Hosidio Geta, se hallaba justo detrás de la primera centuria. A su lado se encontraba el centurión jefe de la legión y, tras ellos, el grupo de abanderados que rodeaban el estandarte del águila.

—Buenas tardes, Vitelio —lo saludó Geta—. ¿Te unes a nosotros?

—Sí, señor. El general quiere que alguien analice el terreno mientras se lleva a cabo el ataque.

—Buena idea. Haremos lo posible para asegurarnos de que puedas hacer tu informe.

—Gracias, señor. Unas cuantas cabezas se volvieron ante la fuerte dosis de ironía de la respuesta del tribuno, pero el legado era todo un caballero y lo pasó por alto.

Justo entonces las trompetas del cuartel general tocaron a todo volumen la señal indicativa de la unidad seguida de una breve pausa y, a continuación, el toque de avance.

—Ésos somos nosotros. —El legado le hizo un gesto con la cabeza al centurión jefe. Geta se apretó la correa de su casco vistosamente decorado y tomó aire para bramar sus órdenes.

—¡La primera cohorte se preparará para avanzar! —Hizo una pausa, el tiempo de marcar el ritmo hasta tres, y luego gritó—: ¡Adelante!

Con el centurión jefe marcando el paso, la cohorte se puso en marcha en forma de una susurrante nube de cascos de bronce, cotas de malla que tintinaban y resplandecientes puntas de lanza, y los hombres marcharon línea tras línea directamente hacia el borde del río donde el agua se extendía por una orilla llena de guijarros y maleza.

Vitelio ocupó su puesto justo detrás del legado y se concentró en seguir el paso del grupo de abanderados. Luego ya estaba en el río, chapoteando al adentrarse en la agitada agua de color marrón que se arremolinaba al paso de la primera centuria. A su derecha, el trirreme más cercano parecía una vasta fortaleza flotante que se alzaba a una distancia de tan sólo unos cincuenta pasos. Los rostros de la tripulación eran claramente visibles en cubierta mientras intensificaban el lanzamiento de proyectiles a la otra orilla para debilitar cuanto pudieran a los defensores antes de que sus compañeros de infantería cayeran sobre el objetivo. Los golpes de las catapultas y los chasquidos más secos de los brazos de las ballestas llegaban claramente al otro lado del agua y se oían incluso por encima del revuelo producido por los legionarios al atravesar el río.

El agua enseguida les llegó a las caderas y Vitelio levantó la mirada para comprobar con alarma que había recorrido menos de un tercio del camino hasta el otro lado. El aumento de la profundidad entorpeció el avance y hasta las primeras líneas empezaban a amontonarse. Los centuriones de las unidades que seguían aflojaron el paso y la cohorte avanzó luchando por mantenerse a flote mientras el agua seguía subiéndolo a un ritmo constante hasta que les llegó a la mitad del pecho. Vitelio vio que se acercaban a la otra orilla, a unos cincuenta pasos de distancia, y más allá vio la masa imponente de los terraplenes britanos que protegían el vado.

De pronto se oyó un grito agudo delante, luego unos cuantos más, cuando la primera fila se topó con la primera serie de obstáculos sumergidos: varias hileras de estacas puntiagudas clavadas en el lecho del río.

—¡Rompan filas! —gritó el centurión jefe a voz en grito—. ¡Romped filas y estad atentos a esas jodidas estacas! ¡Cuando las encontréis, tirad de ellas hacia

arriba y seguid adelante!

El avance se ralentizó y luego se detuvo mientras los hombres de la primera cohorte avanzaban a tientas por el agua, deteniéndose para sacar las estacas, dos o tres soldados a la vez. Poco a poco se fue abriendo un camino hasta la otra orilla y el avance continuó pasando junto a los heridos, a los que estaban ayudando a situarse en la retaguardia. La primera centuria ya había salido del río y alineaba sus filas en la embarrada orilla cuando las unidades siguientes pasaron por el espacio abierto entre las estacas.

Geta se volvió hacia Vitelio esbozando una sonrisa irónica.

—Me temo que está a punto de animarse el asunto, así que... ¡mantén ese escudo en alto!

Los tirremes dejaron de disparar y cesó el ruido de las flechas y piedras volando por los aires. En esos momentos la plana trayectoria de sus proyectiles pasaba demasiado cerca de las cabezas de la infantería como para seguir lanzándolos. En cuanto se detuvieron se oyó un enorme rugido y el estruendo de los cuernos de guerra que provenían de los britanos que estaban detrás de los terraplenes. A lo largo de toda la empalizada el enemigo se alzó y se preparó para hacer frente a sus atacantes. Un extraño zumbido inundó el aire y antes de que los romanos pudieran reaccionar, una primera descarga de proyectiles de honda cayó sobre las primeras filas de la cohorte y dejó a los soldados tirados en el suelo cuando la feroz mezcla de proyectiles de plomo y piedras alcanzó sus objetivos. Vitelio levantó su escudo justo a tiempo de que un proyectil golpeará en el tachón y el abrumador impacto le sacudió todos los huesos y nervios hasta el codo. Al echar un vistazo a su alrededor vio que la primera cohorte se había echado al suelo y se protegía lo mejor que podía contra aquella descarga cerrada. Pero la línea curva que describían las fortificaciones implicaba que el fuego provenía de tres flancos, y continuaba mermando en número a los atacantes. Mientras tanto, la segunda cohorte salía del río. A menos que se hiciera algo inmediatamente el ataque se disgregaría, convirtiéndose en una masa informe que proporcionaría a los honderos britanos un blanco perfecto.

Geta estaba en cuclillas junto a Vitelio en medio de los abanderados. Comprobó la correa de su casco, sostuvo el escudo contra su cuerpo y se puso en pie.

—¡Primera cohorte! ¡Formación de testudo por centurias!

El centurión jefe transmitió el orden a voz en grito, como si estuviera en un campo de desfile, y los hombres de cada centuria fueron acosados por sus centuriones hasta que se pusieron de nuevo en pie. Los soldados se dieron cuenta de que la formación de tortuga era su mejor oportunidad de sobrevivir al asalto y rápidamente formaron la pared y el tejado de escudos protectores. Los abanderados se pusieron a cubierto tras los escudos de la escolta de Geta y observaron cómo la formación se iba acercando a los— terraplenes bajo un

fuego constante, pero en gran parte ineficaz. A medida que las siguientes cohortes iban subiendo por la orilla se les fue dando la misma orden, y cada formación se mandó a una sección de las defensas distinta. Entre la orilla y las fortificaciones. El suelo enfangado estaba cubierto de muertos y heridos. Aquellos que podían se mantenían a cubierto bajo sus escudos de los proyectiles britanos que cruzaban el aire como una exhalación. A Vitelio le embargó una horrible sensación de miedo y entusiasmo cuando la primera cohorte llegó a la zanja exterior y, con gran esfuerzo para mantener la formación, cruzó al otro lado describiendo un movimiento ondulante.

Cuando el testudo llegó a la pendiente que subía hasta la empalizada se dio una orden repentina. La formación se disolvió y todos los soldados treparon por los terraplenes hacia los guerreros enemigos que proferían gritos de guerra bajo sus estandartes en los que aparecía una serpiente. Con la empinada pendiente en su contra y cargados con el pesado equipo, los legionarios salieron malparados. Muchos de ellos fueron acuchillados por las espadas largas y las hachas de los britanos y cayeron en la zanja, derribando a sus compañeros al caer.

Aquí y allá un puñado de hombres trataba de entrar por la fuerza a través o por encima de la empalizada pero eran muy pocos en comparación con los defensores y aquellos valientes atacantes fueron arrollados y arrojados de nuevo cuesta abajo.

La lucha se extendió a lo largo de todo el muro pero a las demás cohortes no les fue mucho mejor y el número de cadáveres romanos desparramados por la pendiente de los terraplenes aumentaba a un ritmo constante.

—¿No deberíamos retirarnos, señor? —le preguntó Vitelio al legado.

—No. Las órdenes eran claras. Debemos continuar el ataque hasta que Vespasiano pueda atacar su retaguardia.

Los oficiales de Estado Mayor del legado intercambiaron unas miradas de preocupación. La novena estaba siendo cruelmente castigada por su precipitado asalto, estaban muriendo desangrados mientras esperaban el ataque de la segunda legión. Al mirar a su alrededor, Geta intuyó que sus hombres dudaban.

—De un momento a otro. En cualquier momento la segunda atacará. Mantengámonos firmes hasta entonces.

Pero Vitelio ya detectó un cambio en la lucha a lo largo de la empalizada. Los legionarios ya no se precipitaban cuesta arriba sino que eran allí conducidos por sus centuriones, intimidados a golpes de bastón de vid para que atacaran.

En varios lugares los soldados se caían del muro, agotados por el esfuerzo, y de una manera lenta pero segura iban perdiendo la voluntad de seguir luchando. Para todos los miembros del grupo de abanderados los indicios eran inconfundibles.

El asalto se desmoronaba ante sus ojos.

Si Vespasiano no lanzaba su ataque inmediatamente, el sacrificio de la novena

habría sido en vano.

Capítulo XI

—¿Por qué no atacamos?

—Porque no nos lo han ordenado —replicó Macro con aspereza—. Y esperaremos hasta que no nos digan lo contrario. Pero, señor, mírelos. A la novena la están masacrando.

—Puedo ver perfectamente lo que pasa, muchacho, pero no está en nuestras manos.

Tendidos boca abajo sobre la alta hierba que crecía a lo largo de la cima de la colina, la línea de escaramuza de la sexta centuria observaba, sin poder hacer nada, cómo los britanos frenaban el ataque de la novena. Para el inexperto *optio* aquello suponía una insoportable agonía. A una distancia de apenas kilómetro y medio sus compañeros estaban siendo víctimas de una matanza mientras intentaban tomar por asalto los terraplenes. Y, a menos de cien metros detrás de él, los hombres de la segunda legión permanecían sentados entre las sombras de los árboles en silencioso ocultamiento. Con una sencilla orden podrían bajar rápidamente por la cuesta, atrapar a los britanos entre las dos legiones y aplastarlos completamente. Pero la orden no se había dado.

—Aquí llega el legado. —Con un gesto de la cabeza, Macro señaló hacia atrás, hacia la pendiente que conducía a los árboles. Vespasiano se acercaba a ellos a toda prisa, con el casco bajo el brazo. A pocos metros de la línea de avanzada, el legado se echó al suelo y fue arrastrándose junto a Macro.

—¿Cómo le va a la novena, centurión? —Parece que no muy bien, señor. —
¿Cualquier señal de movimiento por parte de las reservas enemigas?

—Ninguna, señor. Tras las líneas británicas había unos cuantos miles de hombres que esperaban con calma la orden de entrar en acción. A pesar de todo, Vespasiano esbozó una sonrisa de admiración ante la frialdad del general enemigo. Carataco conocía el valor de mantener disponible una reserva de refresco y tenía un firme control sobre su coalición de tropas tribales. En otros tiempos, la egoísta búsqueda de la gloria tribal había conducido a la destrucción de más de un ejército celta. Carataco se había resistido incluso a morder el anzuelo de los bátavos que le había lanzado Plautio. Tan sólo habían utilizado los hombres necesarios para repeler a los auxiliares romanos y frenar su avance más allá del río. Allí, a lo lejos, bastante más allá de los terraplenes que defendían el vado, un agitado remolino de hombres y caballos ponía de manifiesto la difícil situación de los bátavos.

Vespasiano se dio la vuelta para apartar de sus ojos aquel espectáculo. La compasión por sus camaradas le instaba a ordenar a su legión que cargara para auxiliarlos. Pero esa tentación había sido prevista por Aulo Plautio y el general había recalcado que sus órdenes debían seguirse al pie de la letra. La segunda tenía que permanecer oculta hasta que Carataco hubiera asignado sus reservas a

la defensa de las fortificaciones. Lanzarían la señal para el ataque los trompetas concentrados en el cuartel general de Plautio situado en la orilla ocupada por los romanos. Sólo cuando todos los britanos estuvieran enzarzados en la lucha se le permitiría a Vespasiano lanzar su ataque. Sólo entonces.

Vespasiano se dio cuenta de que el *optio* lo miraba con amargura, y para hacer hincapié en ello, el chico, con un movimiento de la cabeza casi imperceptible, señaló cuesta abajo. Aquel insubordinado gesto fue completamente deliberado, pero era comprensible, y Vespasiano se obligó a dejarlo correr.

—Veo que tienes ganas de atacar, ¿verdad, joven Cato? —Sí, señor. Tan pronto como podamos, señor. —¡Buen chico! —Vespasiano le dio unas palmaditas en el hombro antes de volverse hacia el centurión—. El puesto de mando está justo en el interior de aquel bosque de allí. —Señaló hacia el lugar donde los abanderados de la legión trataban, sin lograrlo, de pasar inadvertidos en la linde de los árboles—. Si surge algo río abajo, mándame un mensajero de inmediato.

Mientras el legado volvía a bajar con dificultad por la pendiente, sintió los ojos de toda la sexta centuria que lo seguían con el resentimiento que todo soldado raso siente por los oficiales superiores que parecen sacrificar a sus hombres sin ninguna necesidad. Por supuesto no era justo; Vespasiano obedecía órdenes y no podía hacer nada al respecto. Compartía la furiosa impotencia de Cato y le hubiera encantado explicar el plan de batalla del general y demostrar así por qué los hombres de la segunda tenían que sentarse y observar mientras sus compañeros morían. Pero compartir tales confidencias con un *optio* era algo inconcebible.

Los abanderados se movieron de una manera todavía más indiscreta hacia el borde de los árboles mientras se aproximaba su legado. —¿Qué diablos estáis haciendo? gritó enojado—. Volved atrás para que no os vean.

Cuando se hallaron de nuevo entre los árboles, el legado llamó a los oficiales superiores para que se acercaran a él.

—Quiero que la legión suba hasta situarse a unos veinte pasos de aquella cresta de allá. Tienen que formar dispuestos para la batalla y avanzar en el instante en que yo dé la orden. El grupo de abanderados vendrá conmigo.

Mientras los tribunos y los centuriones de más rango se dispersaban para transmitir la orden al resto de la legión, Vespasiano condujo a los abanderados hacia el lugar indicado y rápidamente se señaló una línea de combate con las pequeñas estacas de color rojo destinadas a tal efecto. El legado dejó que los oficiales del Estado Mayor cumplieran con sus obligaciones, se reunió con la sexta centuria y quedó horrorizado al ver los nuevos montones de cuerpos romanos que había desparramados al otro lado de las defensas del vado. En la otra orilla del río, otra legión, la decimocuarta, se dirigía rápidamente hacia el

bajío para apoyar a la novena. Cuando su primera cohorte se adentró en la mansa corriente y se cruzó con la columna de heridos que regresaba en tropel a las líneas romanas, Cato se movió entre la alta hierba junto al legado y estiró el cuello para ver mejor.

—¡Agáchate, idiota! —Cato obedeció al instante y a continuación se volvió hacia su legado.

—¡Señor! ¿Ha visto? El río cada vez es más profundo. —¿Más profundo? ¡Tonterías! A menos que la marea...

El legado levantó la vista rápidamente y miró con atención al río. El *optio* estaba en lo cierto, había más profundidad. Vespasiano vio que la subida de la marea amenazaba con hacer el vado infranqueable. Cuando la decimocuarta hubiera cruzado, el nivel del agua estaría tan alto que no permitiría la retirada. Con un frío terror se dio cuenta de que aquello era algo que nadie había tomado en consideración la noche anterior cuando el general había repasado su plan. En aquellos momentos seguramente debía de haberse dado cuenta.

Sin duda mandaría llamar a las tropas antes de que dos legiones romanas quedaran atrapadas en el terreno mortal de la ribera del río ocupada por los britanos. Pero no sonaba ninguna trompeta, ni se oía el agudo estruendo de las cornetas para evitar que los hombres de la decimocuarta corrieran la misma suerte que los de la novena. Por el contrario, la legión siguió adelante y vadeó el río, con el pecho en alto por encima de la corriente cada vez más rápida.

—¡Pobres desgraciados! —exclamó Macro entre dientes—. Los van a crucificar.

Las desiguales filas de la decimocuarta avanzaron con dificultad a través del río. El agua agitada ya les llegaba entonces casi hasta el cuello y los que observaban desde la colina podían imaginarse perfectamente el miedo que debían de sentir aquellos hombres mientras cruzaban. Y seguía sin sonar la llamada.

Tras las líneas enemigas había corrido la voz de que una nueva amenaza se aproximaba a sus fortificaciones y las tribus se precipitaron hacia la cima de la cresta para observar cómo otra legión se acercaba. Cualquier sentido del orden que sus jefes se hubieran esforzado en mantener se esfumó rápidamente mientras los britanos atravesaban las toscas puertas en tropel y se dirigían hacia sus compañeros que defendían la empalizada.

Vespasiano observó cómo las densas columnas de sus hombres salían del bosque y ocupaban sus puestos. Unos momentos más y estaría todo dispuesto. Aguzó el oído a la espera del primer toque de trompetas que ordenara a la segunda entrar en acción. Pero los sonidos que llenaban el aire, y que ninguna trompeta rompía con su llamada, seguían siendo los de la batalla que se libraba más abajo. Cuando la segunda legión estuvo formada y lista para avanzar, a los defensores de la empalizada se les habían unido otros miles que gritaban para

obtener su parte del prometido baño de sangre. Y seguían sin sonar las trompetas.

—Algo va mal.

—¿Señor? —Macro se volvió hacia él. —A estas alturas ya tendríamos que haber oído las trompetas del cuartel general.

Entonces a Vespasiano se le ocurrió algo terrible. Tal vez le hubiera pasado por alto la señal. Quizá la orden ya se había dado y los hombres que estaban junto al río escudriñaban la cresta desesperados en busca de cualquier signo de auxilio.

—¿Alguno de vosotros oyó algo mientras yo volvía al puesto de mando? ¿Alguna señal?

—No, señor —respondió Macro—. Nada.

Capítulo XII

—¿Dónde diablos está la segunda? —preguntó Vitelio con amargura, no por primera vez. El legado Geta cruzó la mirada con su centurión jefe y por un momento levantó los Ojos al cielo antes de acercarse más al tribuno, agazapado tras su escudo.

—Un consejo en privado: los oficiales deben tener siempre en cuenta de qué manera su comportamiento afecta a los hombres que le rodean. Si quieres forjarte una carrera fuera del ejército tienes que dar buen ejemplo. Así que dejémonos de esas tonterías sobre la segunda, ¿de acuerdo? Ahora levántate del suelo y ponte en pie.

Al principio Vitelio no se lo acabó de creer. Allí estaban, justo en medio de un desastre militar de primera magnitud y Geta se preocupaba más por el protocolo que por otra cosa. Pero las miradas de desprecio que le dirigían los veteranos que formaban el grupo de mando le hicieron sentir vergüenza. Asintió con la cabeza, tragó saliva, y se puso en pie para ocupar su puesto junto al resto de oficiales y portaestandartes. Las descargas de las que al principio habían sido objeto por parte de los honderos britanos habían disminuido en cuanto las cohortes cargaron contra la empalizada y en aquellos momentos únicamente enviaban algún disparo ocasional en su dirección.

Aun así, dos de los tribunos de la novena habían sido abatidos. Uno de ellos yacía muerto al pie del estandarte del águila con el rostro destrozado por el impacto de un proyectil de plomo. Al otro le acababan de dar en la espinilla. El hueso estaba hecho pedazos. El joven oficial se había quedado blanco del esfuerzo para no dejar escapar un grito mientras miraba el hueso que le asomaba por encima de la piel. Vitelio se sintió aliviado cuando un fornido legionario se echó al tribuno sobre los hombros y enfiló hacia el otro lado del río.

Y allí estaba la decimocuarta legión que bajaba en tropel por la cuesta y se metía en el agua. Por un instante a Vitelio se le levantó el ánimo, un sentimiento compartido por el resto del grupo de abanderados hasta que vieron que, poco a poco, la marea iba cubriendo el vado. Vitelio, incapaz de ocultar su inquietud, se volvió hacia el legado.

—¿Qué se trae entre manos el general? —Todo forma parte del plan —respondió Geta con calma—. Tendrías que saberlo, estabas allí cuando se dieron las instrucciones.

—Pero, ¿y el río? No podremos volver a cruzar a menos que nos retiremos ahora, señor. —Vitelio volvió la mirada hacia los abanderados con desesperación. Alguno tendría que estar de acuerdo con él, pero el desdén de sus expresiones no hizo más que aumentar—. No podemos quedarnos aquí sentados, señor. Debemos hacer algo antes de que sea demasiado tarde.

Geta lo contempló en silencio unos instantes y luego frunció la boca y asintió

con un movimiento de la cabeza.

—Tienes razón, Vitelio, por supuesto. Debemos hacer algo —se dio la vuelta hacia los abanderados al tiempo que desenfundaba su espada—. Levantad el águila. Vamos a avanzar.

—¿Qué? —Vitelio se lo quedó mirando con incredulidad y sacudió la cabeza mientras trataba desesperadamente de pensar en un modo de convencer al legado de que no tomara esa peligrosa decisión—. Pero, señor. El águila... ¿y si la perdemos?

—No la perderemos, una vez los hombres la vean al frente. Entonces lucharán hasta que no les quede una gota de sangre para seguirla hacia la victoria, o hasta morir defendiéndola.

—Pero sería más seguro dejarla donde está, señor —replicó Vitelio.

—Mira, tribuno —dijo Geta con severidad—. Lo que hay en lo alto del estandarte es un águila, no un maldito pollo. Se supone que debe servir de acicate para envalentonar a los soldados, no para que salven la piel. Ya me he empezado a hartar de tus gimoteos. Se supone que eres un héroe. ¡Creía que le habías salvado el pellejo a la segunda legión! Ahora tengo mis dudas... Pero ahora mismo estás con nosotros y necesito todos los hombres disponibles. Así que cierra la boca y desenvaina la maldita espada.

El temple del tono del legado era glacial. Sin decir una palabra más, Vitelio desenfundó su arma y formó detrás de los abanderados. Geta los condujo al trote hacia el lugar donde la primera cohorte luchaba para hacerse con un espacio en la empalizada. La pendiente de los terraplenes estaba cubierta por una alfombra de muertos y heridos. Cuando el grupo de abanderados se abrió paso entre la multitud en dirección a la empalizada, los guerreros británicos les amenazaron con sus hachas y espadas a la vez que lanzaban sus ensordecedores gritos de guerra. Por fin el águila de la novena se alzó por encima de la muchedumbre y los legionarios correspondieron a los gritos britanos con un enorme rugido propio.

—¡Arriba la Hispania! —Los romanos cayeron sobre sus enemigos con energía y agresividad renovadas y las centelleantes hojas de las espadas cortas romanas se clavaban con una eficiencia mortífera al tiempo que el grito de batalla se retomaba a lo largo de toda la empalizada.

—¡Arriba la Hispania! —Vitelio guardó silencio mientras que, con los dientes apretados, seguía adelante cuesta arriba con los abanderados.

De pronto se encontró justo frente a la empalizada (una hilera de postes toscamente labrados y clavados en el suelo). Por encima de su cabeza se alzaba un guerrero britano vociferante, oscurecido frente al azul brillante del cielo, con el hacha alzada y listo para caer sobre él. De forma instintiva Vitelio dirigió una estocada a la cara de ese hombre y se agachó tras el borde del escudo. Se oyó un agudo grito de agonía un instante antes de que el hacha golpeará contra el remate reforzado de la parte superior del escudo. A Vitelio le fallaron las piernas por un

momento pero se volvió a levantar enseguida. Un gigantesco centurión estaba a su lado y con sus enormes brazos rodeaba una estaca de madera con la que forcejeaba para arrancarla del suelo.

—¡Echad abajo la empalizada! —bramó el centurión a la vez que agarraba la siguiente estaca. ¡Echadla abajo!

Otros soldados siguieron su ejemplo, con lo que pronto se abrieron una serie de pequeñas brechas en la empalizada que la novena empezó a atravesar por la fuerza para salir al terraplén de tierra aplanada que había al otro lado. A la izquierda de Vitelio se erguía el águila y los britanos se precipitaron hacia ella, espoleados por un salvaje deseo de apoderarse del estandarte de la legión y aplastar la determinación de su enemigo. La lucha alrededor del águila se llevó a cabo con una intensidad terrible que Vitelio no hubiera creído posible por parte de unos seres humanos. Apartó la mirada de aquella espantosa escena y, mientras señalaba con su espada en dirección a los britanos, instó a los legionarios que lo rodeaban a que se abrieran paso por la empalizada.

—¡Adelante, muchachos! ¡Adelante! ¡Matadlos! ¡Matadlos a todos!

Ni un solo hombre le dedicó una mirada mientras se lanzaban a la carga para cruzar. Sólo cuando estuvo seguro de que había suficientes romanos en el terraplén para formar una barrera viviente entre él y el enemigo, Vitelio atravesó la maltrecha empalizada hacia el bastión. Desde aquella altura tuvo una breve oportunidad para examinar el campo de batalla que tenía delante. La línea de combate se extendía a ambos lados a lo largo de las combadas fortificaciones. Por detrás de la novena legión, la primera cohorte de la decimocuarta salía del río y en breve añadiría sus fuerzas al asalto. Incluso entonces ya podría no ser necesario. El desesperado intento de Geta de forzar las defensas estaba dando resultado y, durante todo ese tiempo, se fueron apiñando cada vez más romanos en el terraplén, los cuales obligaron a retroceder a los britanos por la pendiente contraria hacia su campamento. Con la sensación de que la victoria estaba por fin a su alcance y empujados por un sanguinario deseo de venganza por el tormento que habían sufrido en aquel mortífero terreno junto al río, los hombres de la novena se abrieron camino a golpes de espada de una manera salvaje.

Vitelio fue con ellos, animando a los legionarios a seguir adelante mientras él trataba de reunirse con los abanderados. Los encontró en medio de un círculo de cuerpos, tanto romanos como britanos, desparramados a los pies del águila. Casi todos los oficiales estaban heridos tras la desesperada lucha en el terraplén y Vitelio vio que menos de la mitad del grupo original estaban todavía en pie. Geta estaba atareado dictando órdenes que tenían que hacerse llegar a los comandantes de la cohorte para evitar que sus unidades se dispersaran en una persecución generalizada del enemigo. Esa responsabilidad se otorgaría a las tropas de refresco de la decimocuarta, mientras que la novena aseguraría las fortificaciones que tantas vidas les habían costado conquistar.

—¡Ahí lo tiene, señor! —gritó Vitelio con alegría—. ¡Lo logramos, señor!
¡Los hemos vencido!

—¿Hemos? —Geta arqueó una ceja pero Vitelio siguió adelante. Enfundó su espada ensangrentada, agarró de la mano al legado y le dio un caluroso apretón.

—Una acción brillante, señor. Totalmente brillante. ¡Espere a que Roma se entere de esto!

—Creía que te habíamos perdido, tribuno —dijo Geta con calma.

—Quedé apartado entre la multitud, señor. Ayudé a los muchachos a irrumpir en el terraplén por ese lado de ahí.

—Ya veo. —Los dos hombres se quedaron frente a frente durante un momento, el tribuno sonriendo efusivamente y el legado con una expresión fría y comedia. Vitelio rompió el silencio.

—¡Y sin señales de la segunda legión! Esta victoria es sólo de la novena. Es su victoria, señor.

—Esto todavía no ha terminado, tribuno. Para ninguno de nosotros.

—Para ellos sí que ha terminado, señor. —Vitelio movió un brazo en dirección al campamento enemigo a través del cual los antiguos defensores retrocedían en tropel hacia las puertas traseras.

—Para ellos tal vez. Disculpa. —Geta se volvió hacia sus trompetas—. Toca retirada y vuelta a la formación.

Ambos cornetas se llenaron los pulmones de aire y colocaron los labios en las boquillas. Las estridentes notas produjeron una breve melodía a todo volumen y luego siguieron repitiéndola. Lentamente los hombres de la novena se fueron retirando y buscaron los estandartes de su cohorte. No obstante, antes de que pudiera dar la orden para que cesara la señal, Geta fue consciente de un nuevo ruido, un susurrante rugido de gritos de guerra que emanaba del otro lado del campamento enemigo. Cuando los demás miembros del grupo de abanderados se apercibieron de aquel sonido, dirigieron la mirada hacia las colinas bajas situadas tras el campamento. A lo largo de toda la línea de combate, los hombres se quedaron quietos y escucharon, tanto romanos como britanos.

Entonces, mientras un gélido pavor se apoderaba de los exhaustos romanos, las reservas cuidadosamente administradas de Carataco irrumpieron en el campamento.

—¡Oh, mierda! —murmuró Vitelio. El legado Geta sonrió y volvió a desenfundar su espada. —Me da la impresión de que tu anterior informe sobre nuestro triunfo era sumamente exagerado. Si vamos a salir en las columnas de la gaceta de Roma me temo que será en las notas necrológicas.

Capítulo XIII

Sin disimular su angustia, Vespasiano observó a las reservas británicas avanzar como una enorme ola que amenazaba con hacer trizas la delgada línea de la novena. La decimocuarta legión no estaría en condiciones de prestar ningún tipo de apoyo hasta que la lucha en el terraplén hubiera terminado y entonces les llegaría a ellos el turno de lanzarse a aquella carnicería, sin posibilidad de retirada.

En su puesto al lado del legado, Cato se dio cuenta de que el destino del ejército entero dependía en gran medida de lo que ocurriera en los siguientes instantes. Los britanos estaban a punto de lograr una victoria decisiva sobre los invasores romanos y la mera idea de una calamidad parecida lo llenaba de sombría desesperanza, como si el mundo propiamente dicho estuviera al borde de la extinción. Ahora sólo la segunda legión podía evitar el desastre.

En medio del sordo fragor de la batalla Cato creyó oír el débil toque decadente de una trompeta y aguzó el oído para tratar de captar de nuevo su sonido. Pero, fuera cual fuera la naturaleza de aquel sonido, entonces ya había desaparecido. ¿Podría haber sido un engaño de la acústica?, se preguntó. ¿o una nota perdida de un cuerno de guerra britano? Entonces se oyó de nuevo, esta vez con más claridad. Cato se volvió rápidamente hacia su legado.

—¡Señor! ¿Lo ha oído? Vespasiano se levantó y escuchó atentamente antes de mover la cabeza en señal de negación.

—No las oigo. ¿Estás seguro? Será mejor que estés seguro. —En un instante de locura, Cato se dio cuenta que todo estaba en sus manos. Sólo de él dependía el destino del ejército.

—¡Son trompetas, señor! Nos ordenan que avancemos.

Vespasiano cruzó una larga mirada con el *optio* y luego asintió.

—Tienes razón. Las oigo. ¡Tocad a avance! —bramó Vespasiano por encima de su hombro y, antes de que se apagaran las primeras notas de la señal que siguió, la segunda legión avanzaba cuesta arriba. Vespasiano se volvió hacia sus mensajeros—. Transmitid la orden. Quiero que lleguemos en formación. Si alguien se siente inclinado a acaparar toda la gloria y rompe filas, me encargaré personalmente de que lo crucifiquen. ¡Centurión Macro!

—Sí, señor. —Macro se puso en posición de firmes ahora que ya no había necesidad de esconderse. —Forma a tu centuria y unios a vuestra cohorte.

—Sí, señor. —Buena suerte, Macro. —El legado movió la cabeza con gravedad. Necesitaremos toda la suerte que podamos obtener.

Entonces se dio la vuelta y acomodó su paso al de los abanderados que subían a la cima de la colina, donde ante ellos se reveló en toda su magnitud la tarea que tenían que acometer. Hasta los veteranos tomaron aire e intercambiaron miradas de sorpresa. Ya era demasiado tarde para retractarse de su decisión, reflexionó

Vespasiano. Dentro de muy poco tiempo la segunda legión se ganaría una nota al pie de las páginas de la historia y, si aquel día los dioses eran benévolos, la referencia no iba a ser póstuma.

Los centuriones marcaban el paso en voz alta en un constante tono de desfile y la legión marchó cuesta abajo en líneas de cinco cohortes. Al frente de la sexta centuria, Cato hizo lo que pudo para seguir el paso de su centurión. Delante, vio que las reservas britanas habían llegado al terraplén y que subían en tropel por la pendiente contraria, frente a la delgada pared de escudos que formaban los hombres de la novena. Río abajo, las cohortes de la decimocuarta se apresuraban a volver a la formación a medida que iban llegando a la orilla. Pero la marea, cada vez más alta, hacía que su avance a través del vado fuera terriblemente lento, e incluso en aquellos momentos muchos de ellos llegarían demasiado tarde para poder ser de alguna utilidad.

La repentina amenaza por parte de la segunda legión por su flanco derecho dejó atemorizados a los guerreros britanos; muchos de ellos se limitaron a pararse en seco y quedarse observando el nuevo peligro. La distancia iba disminuyendo paulatinamente y Cato empezó a distinguir los rasgos individuales de los hombres con los que pronto estaría luchando cuerpo a cuerpo. Vio el pelo encalado, los tatuajes que se arremolinaban con elegancia sobre sus torsos manchados con tintura azul, los pantalones de lana teñidos de vivos colores y las malignas hojas largas de sus espadas y lanzas de guerra.

—¡Cuidado ahí! —bramó Macro cuando la irregular pendiente obligó a su centuria a romper la alineación con el resto de la cohorte—. ¡Mantened el paso!

Las filas se alinearon a toda prisa y la sexta centuria siguió avanzando, en ese momento a menos de ochocientos metros de las fortificaciones. Un pequeño grupo de honderos salieron corriendo de la puerta más cercana y se colocaron a distancia de tiro. Entonces, una ligera pero mortífera descarga de proyectiles cayó estrepitosamente sobre los grandes escudos rectangulares de los legionarios. Algo pasó zumbando por encima de la cabeza de Cato y un soldado de la retaguardia de la centuria soltó un grito cuando el proyectil le destrozó la clavícula. Cayó y se desplomó sobre la alta hierba, soltando su jabalina. Pero no había tiempo para dedicarle a aquel hombre tiempo, cuando una nueva descarga le golpeaba ruidosamente.

Quedaban unos cuatrocientos metros y la pendiente se nivelaba. La segunda legión ya no podía ver la desesperada lucha que tenía lugar a lo largo de la empalizada. Frente a la cohorte de Cato había una enorme puerta y el centurión la señaló con su bastón de vid al tiempo que daba la orden para que la cohorte se dirigiera hacia ella. Con una falta de cuidado típica del temperamento celta, las puertas estaban abiertas de par en par; la decimocuarta cohorte había apartado a los honderos y se encontraba a escasos pasos de las fortificaciones antes de que apareciera el primer contingente de la infantería pesada britana. Con un rugido

desafiante, los britanos, con cascos ornamentados, escudos con forma de cometa y espadas largas, cargaron contra la línea romana.

—Jabalinas! ¡Lanzad a discreción! —Macro apenas tuvo tiempo de gritar la orden cuando las centurias de vanguardia de la cohorte ya habían arrojado una descarga irregular que describió una baja trayectoria en forma de arco y que iba directa a las espadas britanas. Como siempre, hubo un instante de silencio mientras las jabalinas descendían rápidamente y sus objetivos se preparaban para el impacto. Entonces se oyó un brusco chasquido y traqueteo seguido de unos gritos. Muchas de las jabalinas se habían alojado firmemente en los escudos britanos. Sus dúctiles astiles de hierro se doblaron al hacer impacto, por lo que a los receptores les fue imposible volver a lanzarlas o extraerlas de sus escudos, que entonces tenían que desecharse. Tras la descarga de jabalinas, los legionarios desenvainaron rápidamente las espadas y se enfrentaron a los britanos, que todavía no se habían recuperado del impacto de aquéllas. No había coraje que pudiera resistir la implacable eficiencia de un entrenamiento enérgico y de un equipo diseñado específicamente para semejantes condiciones de batalla cerrada, y las cohortes romanas se abrieron camino con firmeza hacia el interior de las fortificaciones. La superioridad numérica del enemigo, que podía ser decisiva en un campo de batalla abierto, allí era una desventaja. Arrearon a los britanos para que se agolparan todos en un montón y los atravesaron con las espadas cortas cuyas acometidas surgían de entre una pared de grandes escudos rectangulares. La sexta centuria se retiró hacia una posición de flanco en cuanto la cohorte se hubo abierto paso a la fuerza a través de la puerta para entrar en una vasta zona llena de rudimentarias tiendas y otros refugios levantados por el ejército de Carataco. Entre la segunda legión y las otras dos que en esos momentos luchaban a todo lo largo de los terraplenes, quedaron atrapados miles de britanos. Hubo una tregua momentánea cuando de pronto el enemigo se dio cuenta de la cruda realidad del aprieto en el que se encontraban, casi rodeados por dos fuerzas romanas sin una sencilla ruta de escape. Sus jefes comprendieron lo peligroso de su situación y se esforzaron por imponer cierta apariencia de orden en sus hombres antes de que el combate se convirtiera en una masacre.

En medio de la línea de batalla de la segunda legión se encontraba Cato, hombro con hombro con su centurión en las densas filas de hombres que esperaban la orden para terminar el combate. Desde el extremo derecho de la línea romana, Vespasiano dio la orden de avanzar; el mandato fue rápidamente transmitido entre las cohortes y momentos después, tras una barrera de escudos, la legión empezó a caminar al ritmo lento y regular con el que se desplazaba una unidad. Los honderos y arqueros a los que todavía les quedaba munición seguían disparando contra las filas romanas, pero la pared de escudos resultó ser prácticamente impenetrable. Desesperados, los guerreros britanos empezaron a

lanzarse hacia adelante, directamente contra los escudos, para intentar romper la línea.

—¡Cuidado! —gritó Macro cuando un enorme individuo avanzó pesadamente hacia Cato en ángulo oblicuo. El *optio* echó su escudo hacia la izquierda y con el tachón le golpeó en la cara. Notó que había topado con algo y, automáticamente, clavó su espada corta en las tripas de aquel hombre, giró y retiró la hoja. El britano soltó un quejido y se desplomó a un lado.

—¡Bien hecho! —Macro, como pez en el agua, sonrió al tiempo que atravesaba el pecho de otro britano y luego le daba una patada para extraer su arma. Dos o tres soldados de la sexta centuria, dominados por el deseo de lanzarse contra el enemigo, se adelantaron y salieron de la línea romana.

—¡Volved a la alineación! —bramó Macro—. ¡Tengo vuestros nombres!

Los soldados, a los que aquella voz apaciguó al instante, retrocedieron avergonzados y volvieron a unirse a la formación sin osar cruzarse con la mirada fulminante del centurión, mas preocupados de momento por el inevitable castigo disciplinario que por el combate que se estaba produciendo en aquellos momentos.

La batalla en la empalizada había terminado y los hombres de la decimocuarta legión hacían retroceder a los britanos por la pendiente opuesta hacia su campamento. Atrapados entre las dos fuerzas, los britanos lucharon por sus vidas con una desesperación bárbara que a Cato le pareció francamente espeluznante. Aquellos rostros salvajes, salpicados con la saliva de sus gritos roncós, le hacían frente como espíritus diabólicos. El entrenamiento del ejército romano se impuso y la secuencia de avance-embestida-retroceso-avance se llevó a cabo de forma automática, casi como si su cuerpo perteneciera del todo a otra entidad.

Mientras los muertos y moribundos caían bajo el acero de los romanos, la línea fue avanzando lentamente sobre una extensión de cuerpos, tiendas derribadas y equipo desperdigado. De pronto la sexta centuria llegó a un área que los britanos habían reservado para cocinar; los hornos de turba y las chimeneas aún ardían y crepitaban con un fulgor anaranjado a la luz del atardecer, y bañaban con un refulgente resplandor rojizo a aquellos que se encontraban cerca, lo cual no hacía sino acentuar el horror de la batalla.

Antes de que Cato pudiera verlo venir, un fortísimo golpe en el escudo lo pilló desprevenido y se cayó sobre una gran olla humeante que estaba suspendida sobre el fuego. Las llamas le quemaron las piernas y antes de que el agua se derramara y apagara el fuego, le escaldó todo un lado del cuerpo. No pudo evitar soltar un grito ante el dolor agudo y punzante de sus quemaduras y estuvo a punto de soltar el escudo y la espada. Otro golpe cayó sobre su escudo; al levantar la vista, Cato vio a un guerrero delgado con unas largas trenzas que pendían sobre él y con un odio salvaje que le crispaba las facciones. Cuando el britano alzó su

hacha para asestarle un mandoble, Cato alzó la espada de Bestia para hacer frente al golpe.

Pero éste no llegó a descargarse. Macro había hincado su hoja casi hasta la empuñadura bajo la axila del britano y el hombre murió al instante. Mientras intentaba resistir el dolor de sus quemaduras, Cato no pudo hacer más que darle las gracias al centurión con un movimiento de la cabeza.

Macro le dedicó una rápida sonrisa.

—¡Levántate! —La primera fila de la centuria había pasado junto a ellos y por un momento Cato estuvo a salvo del enemigo.

—¿Cómo te encuentras, muchacho? —Sobreviviré, señor —dijo Cato con los dientes apretados mientras un embravecido río de dolor le inundaba el costado. Apenas podía concentrarse debido al sufrimiento. Macro no se dejó engañar por aquella bravuconada, ya había visto esta reacción muchas veces durante los catorce años que hacía que servía en el ejército. Pero también había llegado a respetar el derecho de un individuo a lidiar con su dolor como quisiera. Ayudó al *optio* a ponerse en pie y, sin pensarlo, le dio a Cato una palmada de ánimo en la espalda. El joven tensó todo el cuerpo, pero tras un temblor que le duró sólo un momento se recuperó lo suficiente para asir con firmeza la espada y el escudo y abrirse camino hacia la fila delantera. Macro empuñó también con más fuerza su espada y volvió a incorporarse a la lucha.

Del resto de la batalla para tomar el campamento britano a Cato sólo le quedó un recuerdo borroso, tal fue el esfuerzo requerido para contener el terrible padecimiento causado por sus quemaduras. Quizás hubiera matado a varios hombres, pero después no logró recordar ni un solo incidente; acuchilló con su espada y paró golpes con su escudo ajeno a cualquier sentido del peligro, sólo consciente de la necesidad de controlar el dolor.

La batalla siguió su implacable curso en contra de los britanos, apretujados entre la inexorable fuerza de las dos legiones. Buscaron desesperados el punto de menos resistencia y empezaron a salir corriendo hacia los espacios entre las líneas de legionarios que se cerraban. Primero fueron docenas y luego veintenas de britanos los que se separaron de sus compañeros y corrieron para salvar sus vidas, subiendo a gatas por las pendientes de los terraplenes y adentrándose a toda velocidad en el inminente anochecer. Miles de ellos escaparon antes de que las dos líneas de legionarios confluyeran y rodearan a un sentenciado grupo de guerreros decididos a luchar hasta el final.

Aquellas no eran unas tropas corrientes, Macro se dio cuenta de ello mientras intercambiaba golpes con un anciano guerrero al que el sudor le brillaba sobre la piel de su musculoso cuerpo. Del cuello del britano colgaba un pesado torques de oro similar al trofeo tomado del cadáver de Togodumno y que Macro llevaba en esos instantes. El britano lo vio, en su expresión se hizo patente que lo había reconocido y arremetió con el hacha contra Macro con renovada furia

alimentada por su deseo de venganza. Al final, su propia ira acabó con él: el romano, más sereno, dejó que la menguante energía de aquel hombre se agotara contra su escudo antes de zanjar el asunto con un golpe rápido. Un legionario, uno de los reclutas del otoño anterior, se arrojó y tendió una mano hacia el torques del britano muerto.

—Coge eso y estás muerto —le advirtió Macro—. Ya conoces las reglas sobre el botín de guerra.

El legionario asintió con un rápido movimiento de la cabeza y se lanzó hacia el cada vez más reducido grupo de britanos, con lo cual consiguió únicamente empalarse a sí mismo en una lanza de guerra de hoja ancha.

Macro soltó una maldición. Entonces siguió adelante y se encontró con que, una vez más, Cato estaba a su lado y gruñía con los dientes apretados mientras seguía luchando con una eficiencia feroz. Cuando el arrebol anaranjado y rojo del sol poniente teñía el cielo, una trompeta romana tocó retirada a todo volumen y se abrió un pequeño espacio alrededor de los britanos que seguían con vida. Cato fue el último en ceder, tuvo que ser físicamente apartado de la lucha por su centurión y zarandeado para hacerlo volver a un estado de ánimo más equilibrado.

En la penumbra, reunidos en un pequeño círculo de no más de cincuenta hombres, los britanos miraban en silencio a los legionarios. Sangrando por numerosas heridas, con los cuerpos manchados de sangre que se agitaban al haberse quedado sin aliento, se apoyaron en sus armas y aguardaron el final. Desde las filas de las legiones una voz les gritó algo en una lengua celta. Una llamada a la rendición, se imaginó Macro. El llamamiento se volvió a repetir y esta vez los britanos dieron rienda suelta a un coro de gritos y gestos desafiantes. Macro sacudió la cabeza, de pronto estaba muy harto de luchar. ¿Qué más tenían que demostrar aquellos hombres con su muerte? ¿Quién iba a enterarse nunca de su última resistencia? Era axiomático que la historia la escribían los vencedores en la guerra. Eso era lo que había aprendido de los libros de historia que Cato había utilizado para enseñarle a leer. Aquellos valientes se condenaban a sí mismos a morir para nada.

Poco a poco las palabras provocadoras y los gestos fueron decayendo y los britanos hicieron frente a sus enemigos con una calma fatalista. Hubo un momento de silencio y entonces, sin necesidad de mandato alguno, los legionarios se abalanzaron sobre ellos y los eliminaron.

Los romanos hicieron balance de su victoria a la luz de las antorchas. Las puertas estaban vigiladas en previsión de un contraataque, y la tarea de buscar a los romanos heridos entre los cuerpos desparramados por todo el campamento britano empezó de forma concienzuda. Con las antorchas en alto, las patrullas de legionarios localizaban a sus maltrechos compañeros y los llevaban al campo de heridos de vanguardia que se había levantado a toda prisa junto a la orilla del río.

Los britanos heridos fueron despachados con clemencia mediante rápidas estocadas de espada y lanza y amontonados en pilas para su posterior enterramiento.

Macro mandó a un destacamento a buscar provisiones para la sexta centuria y relevó a Cato de servicio. En la mente del *optio* sólo había una sola cosa. La necesidad desesperada de algún tipo de alivio del dolor que le causaban sus quemaduras. Dejó al centurión junto al terraplén, trepó por los restos de la empalizada y bajó con dificultad por el otro lado. Se abrió camino a través de la zanja y subió por la orilla del río que las antorchas y braseros del campo de heridos iluminaban con luz vacilante. Se habían dispuesto hileras de heridos, moribundos y muertos por toda la orilla y Cato tuvo que pasar cuidadosamente entre ellos para llegar al río. En la orilla del agua dejó a un lado su escudo y se desabrochó las correas del casco, de la cota de malla y del cinturón de las armas con mucho cuidado. Mientras se despojaba del equipo y se palpaba buscando heridas, notó que una palmarla sensación de ligereza le inundaba el cuerpo exhausto. Tenía algunos cortes en los que la sangre seca ya había formado costra y las quemaduras estaban empezando a ampollarse. Eran un martirio al más mínimo roce. Desnudo, temblando más a causa del cansancio que por el aire fresco de la noche, Cato se adentró en la suave corriente. En cuanto estuvo a suficiente profundidad, se sumergió de pronto y su respiración se volvió fatigosa cuando el agua fría envolvió su cuerpo. Un momento después sonreía de pura dicha por el abrumador alivio que aquello proporcionó a sus quemaduras.

Capítulo XIV

—¡Eso debe de doler! —Macro hizo una mueca mientras el cirujano untaba con ungüento la piel ampollada del costado derecho de Cato, que le iba de la cadera al hombro. La mirada iracunda que el *optio* le lanzó fue del todo elocuente.

—No te muevas —el cirujano chasqueó la lengua—. Ya es bastante difícil trabajar con esta luz sin tenerte a ti aquí dando vueltas. Venga, centurión, no muevas la antorcha.

—Lo siento —Macro levantó más la antorcha de brea y bajo su anaranjado resplandor parpadeante el cirujano metió la mano en el pequeño tarro de ungüento que tenía entre las rodillas y con cuidado le embadurnó el hombro a Cato. Cato se estremeció y tuvo que apretar los dientes mientras el cirujano continuaba la aplicación. El aire fresco de la hora anterior al amanecer lo hacía tiritar, pero proporcionaba un pequeño alivio en aquella herida sumamente lacerante que, de un extremo a otro de su costado, le enviaba oleadas de un punzante dolor que lo martirizaba—. ¿Va a poder reincorporarse a la unidad? —preguntó Macro.

—¡Hazme un favor, centurión! —El cirujano sacudió la cabeza—. ¿Cuándo aprenderéis los oficiales que no podéis esperar que los heridos se levanten de un salto y salgan disparados directamente de vuelta al combate? Si el *optio* sale de aquí, se le revientan las ampollas y se le infectan, estará muchísimo peor de lo que está ahora. —¿Cuánto tiempo entonces?

El cirujano examinó el conjunto de ampollas inflamadas y ladeó la cabeza.

—Unos cuantos días, para que salgan las ampollas y luego desaparezcan. Tendrá que mantener el costado expuesto al aire y descansar tanto como sea posible. Así que está relevado de servicio.

—¡Relevado de servicio! —se mofó Macro—. Tal vez no te hayas dado cuenta, pero hay una maldita batalla en curso. Tiene que volver a la unidad. Me hacen falta todos los hombres que tengo.

El cirujano se levantó cuan alto era y se encaró con el centurión. Por primera vez Macro fue consciente de lo enorme que era ese cirujano, casi treinta centímetros más alto que él y de complexión robusta como la de un toro. Tenía alrededor de veinticinco años, con facciones morenas y un cabello negro de apretados rizos que sugerían unos orígenes africanos. Grande como era, no parecía tener ni un gramo de grasa en su musculoso cuerpo.

—Centurión, si aprecias a este hombre, debes permitir que se recupere de las quemaduras. Está exento de servicio, y mi decisión tiene el respaldo del cirujano jefe y del legado. —Su tono y expresión dejaron completamente claro que no estaba de humor para escuchar ningún tipo de argumento contra su decisión. Pero eso no cambiaba el hecho de que la sexta centuria estaba muy falta de efectivos y necesitaba la presencia de cualquiera que todavía pudiera empuñar

un arma.

Digo que lo quiero de vuelta a la centuria.

El enfrentamiento entre el cirujano y el centurión bajo la oscilante luz de la antorcha se estaba poniendo feo. Cato apretó los dientes y se levantó con gran dificultad para intervenir.

—Lo siento, señor. Él tiene razón, apenas puedo mover este brazo. Ahora mismo no le iba a ser de ninguna ayuda.

—¿Quién te ha preguntado? —Macro fulminó al *optio* con la mirada—. Y a todo esto, ¿por qué te pones de su lado?

—No me pongo del lado de nadie, señor. Quiero volver a entrar en acción cuanto antes, pero no voy a servir para nada hasta que pueda usar este brazo.

—Ya veo —A Macro, en principio, los heridos no le eran indiferentes, pero, a menos que a uno le hubieran cortado un miembro o lo hubieran dejado inconsciente a golpes, le costaba entender por qué un hombre no podía participar en la batalla. Puede que los britanos hubieran perdido su campamento, pero todavía había muchos de ellos pululando al otro lado de los terraplenes; bien podría ser que los heridos tuvieran que luchar para salvar la vida dentro de no mucho—. De acuerdo entonces, muchacho —dijo, cediendo un poco—. Pero regresas a la centuria en cuanto puedas, ¿entendido? Nada de hacerse el enfermo.

—¡Señor! —Cato estaba indignado. Pero Macro ya se había dado la vuelta y se alejaba, caminando entre las hileras de heridos que yacían junto al río. Cato siguió con la mirada la antorcha del centurión durante un rato hasta que se perdió entre las demás antorchas y el resplandor de las fogatas.

—Menudo tipo, tu centurión —refunfuñó el cirujano—. Oh, no es mala persona. Sólo un poco carente de empatía y tacto en ocasiones. Pero es un excelente soldado.

—Y tú debes de tener muy buen ojo para tales soldados, ¿no? —El cirujano metió la mano en el tarro para coger más ungüento—. ¿Estás listo para esto?

Cato asintió con la cabeza al tiempo que se preparaba para sentir más dolor.

—Creo que he visto lo suficiente. —¿De veras lo crees? ¿Y cuánto tiempo has servido en la segunda?

—Cerca de un año. El cirujano hizo una pausa en su aplicación de ungüento —¿un año? ¿Y ya está? ¿Y ésta es tu primera legión? Cato asintió con la cabeza—. Apenas eres más que un niño. —El cirujano sacudió la cabeza entre perplejo y divertido y entonces vio la túnica y la armadura de Cato en el suelo. El pálido brillo de la condecoración que había en el arnés de Cato llamó la atención del cirujano—. ¿Es tuya?

—Sí.

—¿Cómo la conseguiste? —Le salvé la vida a mi centurión, antes de que abandonáramos Germania el año pasado.

—¿Quieres decir que eres precisamente ese *optio*? ¿Ése del que todo el mundo hablaba en la base? —El cirujano miró a Cato con otros ojos—. ¿El *optio* de palacio?

—Soy yo. —Cato se sonrojó—. ¿Y te hiciste voluntario en el ejército? —No. Soy esclavo de nacimiento. Me dieron la libertad a condición de que me incorporara a las águilas. Una recompensa por los servicios de mi padre en palacio.

—¿Y él también era un esclavo? —Liberto. Fue liberado después de que yo naciera, así que yo seguí siendo un esclavo.

—Eso es duro.

—Así son las cosas.

El cirujano se rió con una profunda y sonora carcajada que atrajo las miradas de aquellos que estaban cerca.

—Bueno, pues ciertamente has dejado tu impronta, ¿no crees? De esclavo a recluta novato y a veterano condecorado en menos de un año a este ritmo es probable que seas centurión... no, ¿qué digo? ¡A estas alturas del año que viene serás legado!

—¿Podemos seguir con el ungüento? —preguntó Cato, incómodo por la repentina atención que suscitaba.

—Perdona. No era mi intención ofenderte, *optio*. —No lo has hecho. Y dejémoslo así, por favor. El cirujano continuó con su trabajo, aplicando el bálsamo de aroma dulzón sobre el costado en carne viva del flacucho *optio*. Cato trató de tener la mente ocupada para mantener el dolor a raya lo más que pudiera. Miró las hileras de heridos, algunos de los cuales gemían y gritaban mientras se retorcían débilmente en el suelo. El personal médico de las tres legiones estaba ocupado transportando a los heridos de vuelta al otro lado del río en unos pequeños esquifes que habían llevado allí desde la columna de bagaje de los zapadores. Heridos y camillas vacías pasaban con dificultad unos junto a otras en un tráfico de doble sentido que bajaba hasta el río.

—¿Son muchas las bajas que hemos tenido? —preguntó Cato.

—Sí. Centenares de muertos. Los hemos dejado en el centro del campamento. Se dice que el general va a allanar los terraplenes cuando el ejército avance. Debería ser suficiente para formar un túmulo considerable encima de las cenizas.

—¿Y los heridos?

—Miles —El cirujano levantó la vista—. En su mayoría de la novena, gracias a esos malditos honderos. Nunca había tratado tantos huesos rotos. Espera, deja que te busque un recuerdo.

El cirujano recorrió el suelo con la mirada durante un momento y luego se abalanzó sobre algo que había sobre la turba pisoteada. Se enderezó y se lo puso en la mano a Cato.

Era algo pequeño y pesado y bajo la tenue luz Cato vio un pedazo de plomo ovalado de la medida de su dedo pulgar pero que era más abultado en su parte central.

—Es desagradable, ¿verdad? —El cirujano señaló hacia el objeto con un movimiento de la cabeza—. Te sorprenderías del daño que puede llegar a causar uno de éstos en manos de un buen hondero. El impacto rompe el hueso, incluso a través de una cota de malla, o de un casco. Esta noche he tenido que extraerle uno a un tribuno. Le dio justo en la pierna y le dejó el fémur hecho añicos. El pobre tipo murió desangrado antes de que yo pudiera terminar.

—¿Por uno de éstos? —Cato lanzó al aire el proyectil de plomo y sintió el escorzor del impacto cuando lo atrapó al caer.

Pensar en el daño que le provocaría a un ser humano a una velocidad veinte veces mayor hizo que se estremeciera. Mientras le daba vueltas en la mano al proyectil, notó una irregularidad en su superficie y se lo puso delante de los ojos para observarlo más de cerca. Incluso bajo aquella escasa luz se dio cuenta de que antes había habido algo acuñado en uno de los lados del proyectil y que alguien había intentado borrar las marcas, al parecer de una forma demasiado apresurada.

—¿Ves alguna letra aquí? —preguntó al tiempo que sostenía en alto el proyectil.

El cirujano lo miró un momento y frunció el ceño.

—Bueno, parece haber una L, luego una E, pero no distingo nada más. —Es lo que me había parecido —asintió Cato—. ¿Pero qué hace el alfabeto latino en un proyectil britano?

—Quizá sea uno de los nuestros que nos lo han devuelto. Cato lo pensó un momento.

—Pero a las legiones todavía nos se les han entregado hondas. Así que, ¿de dónde puede haber salido?

—De algún sitio que empieza por LE —sugirió el cirujano.

—Tal vez —dijo Cato en voz baja—. —o tal vez LE signifique LEGIÓN, en cuyo caso sí que sería uno de los nuestros. ¿Ves algún otro como éste?

—Mira a tu alrededor. —El cirujano hizo un gesto con la mano—. Están por todas partes.

—¿En serio? —Cato volvió a lanzar al aire el proyectil de plomo—. Esto es interesante...

—¡Bueno! Ya he terminado contigo. —El cirujano se puso en pie y se limpió la mano en un trapo que llevaba metido en el cinturón—. Baja hasta el río y toma una barca para volver al campamento de tu unidad. Tienes que descansar y mantener el brazo lo más quieto que puedas. Si ves que hay alguna señal de pus en las quemaduras vas a ver al cirujano más próximo inmediatamente. ¿Queda claro?

Cato asintió con la cabeza. Se remetió la túnica por el cinturón y recogió su equipo con la mano sana. El ungüento y el aire fresco sobre la piel desnuda de la parte superior de su torso se combinaban para aliviar un poco el escozor de sus quemaduras y esbozó una sonrisa de agradecimiento.

—Si un día de estos pasas por donde estamos te invitaré a una copa.

—Gracias, *optio*. Eres muy amable. Por norma general no hago visitas a domicilio pero, dada tu oferta, con mucho gusto haré una excepción. ¿Por quién debo preguntar?

—Cato. Quinto Licinio Cato, *optio* de la sexta centuria, cuarta cohorte de la segunda legión.

—Pues encantado de conocerte, Cato. Me hará mucha ilusión. —El cirujano colocó el tarro de ungüento en su bolsa de cuero curtido y se dio la vuelta para marcharse.

—Esto... ¿podrías decirme tu nombre? —le preguntó Cato.

—Niso. Al menos así es como me llaman —respondió el cirujano con amargura, y se marchó dando grandes zancadas entre las hileras de heridos.

Capítulo XV

Cuando el amanecer inundó el ondulado paisaje de Britania, sus habitantes lanzaron un contraataque desesperado para retomar el control del vado. Fue un esfuerzo inútil puesto que los mismos barcos que se habían utilizado para trasladar a los heridos de vuelta a la orilla oriental del río habían regresado cargados con ballestas del convoy de proyectiles del ejército. Mucho antes de que despuntara el día, se habían montado muchas de estas armas en los terraplenes del lado oeste de las fortificaciones britanas y se habían cubierto todos los accesos.

Cuando los desafortunados britanos se alzaron de entre la bruma que envolvía el terreno bajo situado detrás del fuerte y aullaron su grito de guerra, muchos fueron aniquilados antes de que tuvieran oportunidad de volver a tomar aire. Se lanzaron a la carga con un insensato coraje, animados por el estruendo de sus cuernos de guerra y por el ejemplo de sus portaestandartes, que iban en cabeza bajo sus hinchidas serpientes. Los romanos habían cerrado firmemente las puertas y formaron un sólido muro de escudos a lo largo de toda la longitud del terraplén. Disciplinados y decididos, los legionarios no cedieron ni un palmo de terreno y la oleada de britanos se hizo trizas contra las defensas.

A Cato lo estaban ayudando a subir a bordo de una de las embarcaciones de fondo plano de los zapadores cuando el sonido de los cuernos de guerra britanos se abrió paso en el aire del amanecer, un tanto apagado y distante, como si perteneciera a otro mundo. El rumor de la batalla descendió por la vítrea superficie gris del río, pero hubo muy pocos sentimientos de entusiasmo entre los que iban en el barco. Por un momento Cato se irguió y aguzó el oído para escuchar. Entonces bajó la mirada y vio la fatiga y el dolor grabados en los rostros de los hombres que había a su alrededor, demasiado cansados para prestar atención al desesperado combate que tenía lugar, y Cato se dio cuenta de que ya no era asunto suyo. Había cumplido con su deber, había sentido el fuego de la batalla corriendo por sus venas y había compartido la exultación de la victoria. Ahora, más que otra cosa, necesitaba descansar.

Mientras los zapadores llevaban la embarcación por el agua a un ritmo constante los demás cabeceaban adormilados, pero Cato se concentró en la actividad que había a su alrededor para distraerse y no pensar en el dolor de sus quemaduras. La pequeña chalana pasó a poca distancia de uno de los barcos de guerra y Cato levantó la mirada para encontrarse con un infante de marina con la cabeza descubierta que se apoyaba en uno de los lados con un pequeño odre de vino en sus manos. El hombre tenía el rostro y los brazos ennegrecidos debido al hollín de los proyectiles incendiarios que habían hecho llover sobre los britanos el día anterior. Alzó la cabeza al oír el sonido de los remos de los zapadores al chapotear en la tranquila superficie del río y se llevó un dedo a la frente a modo de informal saludo.

Cato respondió con un movimiento de la cabeza. —¿Una tarea peligrosa? — Tú lo has dicho, *optio*.

Cato miró fijamente el odre y se relamió de forma instintiva al pensar en su contenido. El infante de marina se rió.

—¡Toma! Pareces necesitarlo más que yo, *optio* Cato, que de tan exhausto estaba torpe, trató de atrapar el odre que le habían arrojado. En su interior, el contenido se agitó con fuerza.

—¡Gracias! —¡Típico de la maldita infantería de marina! —refunfuñó uno de los zapadores—. Esos asquerosos no tienen nada mejor que hacer que beber todo el día.

—Mientras que la gente como nosotros hace todo el puñetero trabajo —se quejó su compañero, que llevaba el otro remo.

—¡Ese es tu problema, amigo! —le gritó el infante de marina—. ¡Y vigila lo que hacéis con esos remos o vais a enredar la cadena del ancla!

—¡Vete a la mierda! —replicó agriamente uno de los zapadores, pero al mismo tiempo aumentó sus esfuerzos con el remo para conducir la embarcación lejos de la proa del barco de guerra.

El marinero soltó una carcajada y levantó una mano con la que parodió un saludo. Cato destapó el odre y tomó un buen trago de vino. Estuvo a punto de atragantarse cuando un repentino zumbido seguido de un chasquido rompió la calma. Una catapulta que había en la cubierta del barco acababa de lanzar a las alturas un receptáculo lleno de pedernal hacia una pequeña fuerza de carros de guerra situada más abajo de las fortificaciones siguiendo el río. Como tenía curiosidad por la precisión del arma, Cato observó mientras el proyectil describía un arco en el aire en la dirección aproximada de las formas espectrales del distante enemigo. Todas las miradas debían de estar fijas en la lucha por las fortificaciones puesto que no hubo ninguna señal de reacción ante aquel punto negro que se les venía encima. El receptáculo desapareció entre las formas apenas visibles de hombres, caballos y vehículos. Momentos después, desde el otro lado del agua llegó un apagado estrépito seguido de gritos de sorpresa y dolor. Cato podía imaginarse perfectamente el devastador impacto del proyectil y las heridas infligidas por el pedernal al salir despedido en todas direcciones. Al cabo de unos instantes los britanos se habían esfumado y sólo los muertos y heridos permanecían allí donde habían estado los carros de guerra britanos.

Mientras el casco del barco de guerra desaparecía bajo la luz lechosa, Cato se dejó caer de nuevo contra el duro lateral de la embarcación y cerró los ojos a pesar del martirio de las quemaduras. Todo lo que importaba entonces era aprovechar un momento de reposo. Ayudado por el vino, en cuanto cerró sus doloridos ojos y se abandonó al cálido confort del descanso, el joven *optio* cayó en un sueño profundo. Tan profundo era que apenas murmuró cuando lo sacaron de la embarcación y lo trasladaron a uno de los carros del hospital de la segunda

legión para empezar con el traqueteo del viaje de vuelta al campamento. Tan sólo se despertó un momento cuando el cirujano de la legión lo desnudó y le palpó las quemaduras para evaluar los estragos. Se ordenó una nueva aplicación de ungüento y entonces Cato, al que habían inscrito en la lista de heridos que podían andar, fue llevado de vuelta a la línea de tiendas de la sexta centuria donde lo depositaron con cuidado sobre su basto saco de dormir.

—¡Eh!... ¡Eh! Despierta.

A Cato lo arrancaron repentinamente de su sueño un par de manos que le sacudían la pierna con brusquedad.

—¡Venga, soldado! No es el momento de hacerse el enfermo, hay trabajo que hacer.

Cato abrió los ojos y los entrecerró frente al resplandor de un sol de mediodía. A su lado, en cuclillas y sonriente, Macro sacudió la cabeza en señal de desesperación.

—Esta maldita generación de jóvenes se pasa la mitad del tiempo tumbada sobre su espalda. Te lo aseguro, Niso, es un panorama lamentable para el Imperio.

Cato miró por encima del hombro de su centurión y vio la figura imponente del cirujano. Niso tenía el ceño fruncido.

—Creo que el muchacho necesita más reposo. Ahora mismo no está en condiciones de entrar en servicio.

—¿No está en condiciones de entrar en servicio? Al parecer no es eso lo que piensa el matasanos jefe. El *optio* es un herido que puede caminar y en estos momentos necesitamos todos los hombres disponibles de vuelta a la línea de batalla.

—Pero... —Nada de peros —dijo Macro con firmeza, y tiró de su *optio* hacia arriba—. Conozco el reglamento. El chico está en condiciones para combatir.

Niso se encogió de hombros; el centurión tenía razón en cuanto a lo que decía el reglamento y él no podía hacer nada sobre eso. Aun así, no quedaría bien en su hoja de servicios que uno de sus pacientes muriera a causa de una infección porque él no hubiera proporcionado el suficiente margen de tiempo para su recuperación.

—Lo que este muchacho necesita es un buen trago y una comida decente en su estómago y estará listo para enfrentarse a los britanos él solo. ¿No es cierto, Cato?

Cato se estaba incorporando, medio dormido aún, y muy irritado por la forma en que los otros dos seguían con su anterior discusión. En realidad, Cato se sentía muy lejos de poder enfrentarse al enemigo en aquellos momentos. Ahora que volvía a estar despierto, el dolor de sus quemaduras parecía peor que nunca y, al mirar hacia abajo vio que su costado era todo un cúmulo de ampollas y piel enrojecida bajo el brillante ungüento.

—¿Y bien, muchacho? —preguntó Macro—. ¿Estás listo? —Cato sólo deseaba volver a estar dormido, con el centurión y el resto del maldito ejército tan lejos de su mente como fuera posible. Detrás del centurión, Niso movía la cabeza suavemente y por un momento Cato estuvo tentado de estar de acuerdo con el consejo del cirujano y tomarse un descanso de sus obligaciones lo más largo que pudiera. Pero era un *optio*, con las responsabilidades de un *optio* para con el resto de los hombres de su centuria, y eso significaba que no podía permitirse el lujo de satisfacer ninguna debilidad personal. Fuera cual fuera el dolor que sentía en aquellos momentos, no era peor que el que había sufrido su centurión con cualquiera de sus innumerables heridas en campañas anteriores. Si quería ganarse el respeto de los hombres que tenía a su mando, el mismo respeto del que Macro gozaba con tanta soltura, entonces tendría que sufrir por ello.

Con los dientes apretados, Cato se levantó y se puso en pie. Niso dio un suspiro ante la obstinación de la juventud.

—¡Bien hecho, muchacho! —espetó Macro, y le dio unas palmadas en el hombro al chico.

Una oleada de dolor bajó rozando todos los nervios del costado del *optio* y éste hizo una mueca al tiempo que dejaba el cuerpo quieto un momento. Niso se acercó a él de un respingo.

—¿Cómo estás, *optio*? —Bien —logró decir Cato entre dientes—. Bien, gracias. —Ya veo. Bueno, si necesitas algo, baja hasta el hospital de campaña. Y si hay algún signo de infección, ven a verme enseguida.

El último comentario iba dirigido tanto al centurión como al *optio* y Cato asintió con la cabeza para hacerle ver que lo había entendido.

—No te preocupes. Seré prudente.

—De acuerdo entonces. Me voy. —Mientras Niso se alejaba, Macro lo criticó con desaprobación.

—¿Qué les pasa a los cirujanos? o bien se niegan a creer que estás enfermo hasta que estiras la pata delante de ellos, o bien tratan el más ligero arañazo como si fuera una especie de herida mortal.

Cato estuvo tentado de decir que sus quemaduras eran algo más grave que un simple arañazo, pero consiguió morderse la lengua. Había asuntos más importantes. La presencia de su centurión en ese lado del río era preocupante y requería una explicación.

—¿Qué ocurre, señor? ¿Por qué ha vuelto aquí la legión? ¿Nos hemos retirado al otro lado del río?

—Tranquilízate, muchacho. Las cosas van bien. El vado está en nuestras manos y la segunda ha sido relevada por la vigésima. Los chicos se están tomando un descanso antes de que el general Plautio traslade el ejército a la otra orilla.

—¿Los britanos se han marchado? —¿Marcharse? —Macro soltó una

carcajada—. Tendrías que haberlos visto esta mañana. Te lo aseguro, ese general britano debe de tener un admirable dominio sobre sus hombres. Se nos vinieron encima como locos, chillando y bramando al tiempo que se arrojaban contra la pared de escudos. Nos salvamos por los pelos, hubo un momento en el que estuvimos muy cerca de perder. Un puñado de ellos atravesó una de las puertas y hubieran podido abrir una brecha considerable en nuestra línea de no haber sido por Vespasiano. Ese condenado legado es un tipo dispuesto a todo, sí señor. —Macro soltó una risita—. Agarró a los abanderados y a los oficiales de Estado Mayor por el pescuezo y los arrojó al combate. Fue algo glorioso. Hasta los trompetas se vieron involucrados. Vi a uno de esos tipos coger su corneta y emprenderla a golpes con los britanos, blandiéndola por ahí como si fuera una maldita hacha de guerra. Pues bueno, en cuanto se volvió a cerrar la línea, los britanos se desanimaron y se retiraron.

—¿Y el general simplemente va a dejar que se escapen? —Cato estaba consternado. ¿Qué sentido tenía entonces la pérdida de tantas vidas el día anterior si al enemigo se le permitía retroceder y fortificar el próximo río?

—Puede que sea general, pero no es tan tonto. Ha enviado a la caballería auxiliar tras ellos. Mientras tanto, la vigésima al fin ha movido el culo y está haciendo algo y nosotros hemos vuelto aquí para tomarnos un día de descanso. Luego seguiremos adelante otra vez —¿Todo un día de descanso?

—No seas sarcástico, muchacho. Hemos desconcertado a esos cabrones y si podemos seguir avanzando, Caratao no tendrá oportunidad de volver a formar su ejército. Se trata de una cuestión de tiempo. Cuanto más tenga, más fuerte será su ejército o nos esforzamos por avanzar ahora, o tendremos que luchar con muchos más después. En cualquier caso, lo vamos a pasar bastante mal.

—Me muero de ganas. —Ambos se quedaron callados un momento mientras todos los recuerdos demasiado vívidos del día anterior se les agolpaban en la memoria. Cato sintió un escalofrío de horror que le recorrió la espina dorsal hasta llegarle a la nuca.

Costaba mucho esfuerzo poner en orden la confusión de impresiones y entender lo que había ocurrido. La ferocidad de la batalla acostumbraba a alterarle a uno la percepción y a Cato le parecía que el día anterior se había experimentado una intensidad de la vida imposible, con todo su terror y éxtasis. Le embargaba una profunda sensación de ser demasiado joven para las cosas que había presenciado. Incluso demasiado joven para las cosas que había hecho. Le sobrevino una oleada de repulsión.

Al dirigir la mirada hacia su *optio*, Macro vio la adusta expresión en el rostro del joven. En sus tiempos había visto a suficientes soldados jóvenes para imaginar lo que Cato estaba pensando.

—Ser soldado no es todo gloria, muchacho, ni mucho menos. Y aquellos que no han sido soldados nunca se dan cuenta de ello. Tú eres nuevo en esto, todavía

te estás adaptando a nuestra manera de hacer las cosas. Pero ya te llegará.

—¿Qué me llegará? —Cato levantó la mirada—. ¿En qué me voy a convertir?

—¡Um! Es una pregunta peliaguda. —Macro hizo una mueca—. En soldado es en lo que te vas a convertir. Incluso ahora no estoy completamente seguro de lo que eso significa. Es tan sólo una manera de ser que tenemos. Una manera de ser que debemos tener... para poder superar un día tras otro. Imagino que debes de pensar que tanto yo como los demás somos un poco duros. No, «duro» no es la palabra apropiada. ¿Y esa palabra que leí el otro día? Te la pregunté, ¿recuerdas?

—Encallecido —respondió Cato en voz baja.

—¡Eso es! Encallecido. Buena palabra. —¿Y usted lo está, señor? —Macro suspiró y se sentó junto a su *optio*. Cato percibió la fatiga en sus movimientos y cayó en la cuenta de que Macro no había descansado durante casi dos días. Se maravilló ante la prodigiosa resistencia del centurión y por la manera en que hacía del bienestar de los hombres que tenía al mando su prioridad ante todo, tal como demostraba la actual situación.

—Cato, tienes ojos. Eres muy inteligente. Pero a veces haces unas malditas preguntas de lo más tonto. Claro, muchos soldados están encallecidos. Pero, ¿no lo están también algunos civiles? ¿No conociste a nadie encallecido cuando vivías en palacio? ¿Ese tipo de personas que matarían a sus propios hijos para conseguir un ascenso político? Cuando cayó Seyano, ¿no hubo alguien que ordenó al verdugo que violara a su hija de diez años porque la ley no permitía ejecutar a las vírgenes? ¿No consideras eso estar encallecido? Mira a tu alrededor. —Con un movimiento de la mano Macro señaló las hileras de tiendas que se extendían por todos lados, los centenares de hombres que descansaban tranquilamente en aquel cálido día de verano, entre los cuales había un puñado que jugaba a los dados, uno o dos que leían y algunos que limpiaban su equipo y armas.

—Son sólo hombres, Cato. Hombres normales y corrientes con todos sus vicios y virtudes. Pero mientras que otros hombres viven sus vidas con la muerte como un problema secundario, nosotros vivimos las nuestras con la muerte como constante compañera. Tenemos que aceptar la muerte.

Sus miradas se cruzaron y Macro asintió con la cabeza tristemente.

—Así es como es, Cato. Y ahora escúchame un momento: eres un buen muchacho y tienes potencial para convertirte en un buen soldado. Piensa en ello.

—Sí, señor. —Macro se puso en pie y le dio unos tirones a su túnica para que le quedara recta bajo su cota de malla. Con una rápida sonrisa de ánimo se dio la vuelta para marcharse y entonces chasqueó los dedos irritado.

—¡Mierda! Casi me olvido del motivo por el que vine a verte. —Metió la mano por debajo del correa y sacó un pequeño pergamino, muy enrollado y sellado—. Es para ti. Han llegado algunas cartas con la columna de abastecimiento. Toma. Léelo y descansa un poco. Necesitaré que vuelvas al

servicio esta noche.

Mientras el agotado centurión se dirigía hacia su tienda andando con rigidez, Cato examinó el pergamino. La dirección que había en el sello que lo cerraba había sido escrita con una caligrafía pulcra y clara. « Para Quinto Licinio Cato, *optio* de la sexta centuria, cuarta cohorte, segunda legión» . La curiosidad se convirtió en deliciosa expectativa cuando leyó el nombre del remitente: Lavinia.

Capítulo XVI

Para los soldados que luchaban en una campaña, cualquier oportunidad para descansar representaba un lujo que tenía que saborearse, y los hombres de la segunda legión dormitaban tranquilos bajo la luz del astro rey. El calor del sol de la tarde inundaba el mundo que tenía por debajo y provocaba una cálida y reposada calima que flotaba en el paisaje y los llenaba de una sensación de calma y satisfacción. El legado se había cerciorado de que a sus hombres les dieran bien de comer en su regreso al campamento y se había enviado una generosa asignación de vino a todas las cocinas de campaña. Como era habitual, algunos de los legionarios se habían jugado a los dados su ración de vino en un intento de ganar más. En consecuencia, algunos de ellos se hallaban hoscamente sobrios mientras fulminaban con la mirada a sus inconscientes compañeros que dormían el producto de sus ganancias sumidos en un sopor etílico.

Mientras deambulaba por entre las tranquilas líneas de hombres, el legado de la segunda legión no pudo evitar ser consciente de los bruscos cambios que acarrearba la vida. A esa hora del día anterior, aquellos mismos hombres se habían estado preparando para atacar las fortificaciones britanas y para matar o morir en el intento. Sin embargo allí estaban, durmiendo como bebés. Y aquellos que no dormían estaban silenciosamente meditabundos. Algunos de los soldados se encontraban tan absortos en sus pensamientos que no lo veían pasar, pero Vespasiano no exageró la importancia de aquella inobservancia de la disciplina. Habían combatido con todas sus fuerzas. Habían peleado duro y habían salido adelante, pero a qué precio, y era bueno que reposaran y recobraran un poco de bienestar interior. Al día siguiente tendrían que volver a darle duro, cuando el ejército trasladara su posición a través del río Medway y continuara haciendo retroceder a los britanos.

Pero, de momento, los asuntos militares eran un tema secundario. Metida dentro del portamonedas que le colgaba del cinturón había una carta que había encontrado con los partes al volver a su tienda de mando. La letra se reconocía al instante y el legado la había cogido con avidez. Un mensaje de su mujer era lo que le hacía falta en aquel momento más que nada en el mundo. Algo que le mantuviera ocupada la mente un ratito y le recordase que era humano, algo que no tuviera nada que ver con el montón de obligaciones que le rodeaban. Había ordenado de manera cortante a sus oficiales de Estado Mayor que se ocuparan del papeleo, se había quitado la armadura y había abandonado la tienda vestido con una ligera túnica de hilo en busca de un poco de intimidad. El decurión a cargo de la escolta del legado se había cuadrado y dispuesto para ordenar a sus hombres que se levantaran, pero Vespasiano había logrado detenerlo a tiempo. Le mandó al decurión que relevara de servicio a sus hombres y los dejara descansar. Entonces se fue dando un paseo, solo y sin protección.

Más allá de las líneas de los piquetes se alzaba una pequeña loma en lo alto de la cual había un bosquecillo de abedules. Las huellas de un animal trazaban una línea más o menos recta ladera arriba a través de una densa masa de perifollo y ortigas. Ni una brisa perturbaba la calma de la atmósfera; mariposas, abejas y otros insectos flotaban sobre la inmóvil vegetación, ajenos a la enorme fuerza de soldados con sus caballos y bueyes que se extendía a lo largo de las colinas por encima del río que fluía plácidamente. Allí arriba en la loma reinaba el silencio y una completa calma. Vespasiano se dejó caer en el suelo con la espalda apoyada contra la rugosa corteza de un árbol.

Incluso a la sombra el aire era cálido y bochornoso. Las gotas de sudor le corrían por debajo de los brazos y las notaba frías al deslizarse por sus costados bajo la túnica. Abajo, junto al vado del río, una brillante rociada de agua entre unas diminutas figuras le llamó la atención. Algunos legionarios nadaban en el río, sin duda deleitándose con la oportunidad de disfrutar del agua fría. A Vespasiano no se le ocurrió nada más apetecible que un buen baño, pero le llevaría demasiado tiempo bajar andando hasta el río. En cualquier caso, la subida de vuelta al campamento en la colina lo dejaría desagradablemente acalorado otra vez.

Una maravillosa sensación de anticipación había ido creciendo en su interior; podía saborear la carta entonces, en vez de aprovechar algún descanso que le fuera bien mientras pasaba el papeleo por la criba al volver al cuartel general. Rompió el sello y al hacerlo se imaginó las manos de Flavia sosteniendo aquel mismo rollo no hacía demasiado tiempo. El pergamino era duro y Vespasiano sonrió al reconocerlo como parte del juego de escritorio que le había comprado a Flavia hacía casi un año. La caligrafía era tan elegante como siempre. Resistiendo el impulso de recorrer rápidamente la carta con la vista como hacía con la mayoría de documentos, Vespasiano se acomodó para leer la carta de su esposa. Empezaba con el acostumbrado formalismo fingido.

Escrita en los idus de junio, desde el cuartel general del gobernador en Lutecia.

Para Flavio Vespasiano, comandante de la segunda legión, casualmente amado esposo de Flavia y ausente padre de Tito.

Querido esposo,

Confío en que estés bien y en que estés haciendo lo posible para mantenerte a salvo. El joven Tito te ruega que tengas cuidado y amenaza con no volverte a hablar nunca más si caes en combate. Me da la impresión de que se toma el eufemismo en sentido literal y se asombra ante la torpeza de los militares como tú. No tengo valor para explicarle lo que ocurre en realidad. Tampoco es que pueda, ni que quiera descubrir nunca cómo es una

batalla. Podrías explicárselo todo algún día cuando vuelvas (y no si vuelves).

Me imagino que querrás saber cómo fue nuestro viaje hasta Roma. No fue fácil transitar por los caminos, puesto que hay toda clase de tráfico militar afluyendo hacia la costa. Parece ser que no se escatiman esfuerzos para asegurar el éxito de tu campaña. Incluso pasamos junto a un convoy de elefantes. ¡Elefantes! Vete tú a saber lo que el emperador piensa exactamente que el general Plautio va a hacer con las pobres criaturas. Apenas puedo creer que un puñado de ignorantes salvajes sean capaces de oponer mucha resistencia...

Vespasiano sacudió levemente la cabeza; hasta entonces los ignorantes salvajes lo estaban haciendo bastante mejor de lo previsto, y necesitaban de forma desesperada esos refuerzos que se estaban enviando con urgencia para ayudar a Plautio.

La segunda legión necesitaba reemplazos imperiosamente para volver a tener todos sus efectivos.

Las más optimistas entre las mujeres de los oficiales dicen que Britania formará parte del Imperio a finales de año, en cuanto Carataco sea aplastado y se tome Camuloduno, su capital tribal. Traté de explicarles lo que tú me contaste acerca de las proporciones de la isla, pero están tan convencidas de que nuestras tropas son invencibles que insistieron en que todas las tribus nativas se amilanarían ante la mera mención de Roma. Espero que tengan razón pero, teniendo en cuenta lo que una vez me explicaste sobre la afición de los britanos por la guerra de guerrillas, tengo mis dudas al respecto. Sólo rezo para que los dioses te traigan de vuelta a Roma conmigo, más viejo, más sabio y en perfecto estado de salud, para que puedas dejar atrás el ejército y concentrarte en tu futuro político. Ya he avisado con antelación que volvemos a Roma y me pondré a trabajar para aumentar nuestros contactos sociales lo más rápidamente posible.

Vespasiano frunció el ceño ante la mención de la política y su expresión se hizo más grave mientras reflexionaba sobre la alusión de Flavia a los contactos. En el actual clima político de la capital, si ella juzgaba mal a esos contactos bien podía hacer peligrar sus posibilidades y, peor todavía, podría ponerlos a todos en peligro. Vespasiano había descubierto hacía poco que Flavia había estado vinculada con un intento de derrocar a Claudio. En Roma había habido una redada y habían ejecutado a montones de conspiradores, pero Flavia no había sido directamente implicada. Por el momento. Vitelio había descubierto la participación de la mujer del legado, y fue sólo la amenaza de su propia ignominia por su intento de robar una fortuna imperial de oro y plata lo único que había impedido que Vitelio sacara a la luz la traición de Flavia. Era una situación extremadamente incómoda, reflexionó Vespasiano antes de seguir con la carta.

Estimado marido, debo decirte que me han llegado noticias de Roma de que

el emperador todavía perseguía a los supervivientes de la confabulación de Escriboniano.

Al parecer, circula el rumor de que existe una organización secreta que conspira para derrocar al Imperio y devolver a Roma su gloria republicana. Todo el mundo aquí en Lutecia habla, o mejor dicho cuchichea sobre ello. Parece ser que esa banda se hace llamar los Libertadores, una denominación bastante impertinente pero que evoca con astucia una era más igualitaria, ¿no te parece? Creo que ha llovido mucho desde la república y que nos encontramos en una época en la cual el ganador se lo lleva todo. Los grandes hombres deben jugar siguiendo las reglas, sean cuales sean, que les ayuden de un modo más eficaz a conseguir sus fines. En esto, querido esposo, igual que en todo, soy tu ardiente servidora.

A pesar del calor del día y de su anterior satisfacción, Vespasiano sintió de pronto un escalofrío que le cosquilleaba los nervios y que se inició detrás del cuello y se deslizó lentamente por su espalda. ¿Intentaba Flavia tantearlo para ver qué pensaba él sobre los Libertadores? Si es que estaba relacionada con ellos, tal como Vitelio afirmaba. Flavia todavía no sabía que su marido conocía su papel en el complot de Escriboniano. ¿Qué era lo que Flavia le estaba diciendo en realidad en aquella hoja?

De repente, sintió un vivo deseo de tener a Flavia con él en aquel preciso momento, allí, bajo las cálidas sombras de los abedules moteados por la luz del sol. Quería abrazarla, mirarla a los ojos y preguntarle la verdad para estar seguro de su inocencia, para ver que no había ni rastro de malicia en aquellos grandes ojos castaños. Y después hacer el amor. ¡Oh, sí, hacer el amor! Casi creyó que estaba junto a él mientras evocaba la sensación de abrazarla desnuda entre sus brazos.

Pero, ¿y si ella formaba parte de la conspiración? Podría ser que incluso entonces lo negara, incluso mientras le miraba a la cara con una expresión de herida inocencia, y él nunca podría demostrarlo... o desmentirlo. Maldijo en voz alta la brecha que Vitelio había abierto entre ellos. La desconfianza que el agente imperial había sembrado en su corazón, y que le consumía, se inflamó entonces convirtiéndose en una furiosa desesperación ante la situación en la que se encontraba. Flavia debía enfrentarse a la acusación y renunciar a cualquier relación que pudiera tener con los Libertadores. Y en caso de que fuera inocente, entonces Vitelio tendría que sufrir por el daño que había causado al fracturar la sagrada confianza que existe entre un hombre y su esposa. Vitelio lo pagaría caro, muy caro, se prometió Vespasiano mientras miraba con amargura cuesta abajo, donde los legionarios todavía chapoteaban en el río.

Por un momento siguió mirando fijamente, con un gélido brillo de odio en sus ojos y su puño apretado de forma inconsciente alrededor del pergamino. Al final su mente acusó un ligero dolor y al bajar la mirada se dio cuenta de que el

pergamino estaba fuertemente estrujado y que las uñas se le estaban clavando en la palma de la mano. Tardó un momento en volver a centrar su pensamiento, aflojar la mano y alisar la carta de Flavia. Todavía quedaba algo más por leer, unas cuantas líneas más sobre su hijo Tito, pero las palabras se desdibujaron y se convirtieron en un sin sentido, así que Vespasiano se puso en pie bruscamente y bajó paseando por la ladera de vuelta a su cuartel general.

Capítulo XVII

—¡Estás de buen humor! —Macro dejó de afilar la hoja de su espada y le sonrió a Cato. Normalmente llevaba la espada a uno de los legionarios que estuvieran de faena para que la amolara, pero en esos momentos estaban en guerra y Macro tenía que asegurarse de que sus armas estuvieran perfectamente afiladas. Recorrió con los dedos todas las hojas, deslizándolos suavemente a lo largo del filo desde la punta—. Supongo que es por esa carta.

—Es de Lavinia. —Cato miró con ojos soñadores hacia el cielo bronceado del oeste que empezaba a oscurecerse. El sol se había puesto y unos débiles dedos de luz doraban la parte inferior de las dispersas nubes. Tras el extenuante calor del día, por fin el aire se notaba más fresco. Hasta las palomas torcaces que había en los árboles cercanos sonaban más tranquilas en la pálida calima de los últimos instantes del anochecer—. Es la primera carta suya que recibo.

—Sigue acostándose tarde por ti, ¿no es cierto?

—Sí, señor, eso parece. —El centurión contempló a su *optio* durante un momento y movió lentamente la cabeza con una expresión de lástima.

—Ni siquiera eres un hombre y ya estás tirando de la correa para que esa chica te enganche. Al menos es lo que parece. ¿No tendrías que pasarlo bien mientras seas joven?

—Si no le importa, señor, eso es asunto mío.

Macro soltó una carcajada. —De acuerdo, muchacho, pero no digas que no te animé cuando algún día mires atrás y veas todas las oportunidades que has perdido. Me he encontrado con tipos raros en mi vida, pero tú debes de ser el primer chico que conozco que está tan locamente enamorado que no está ansioso por echar un polvo con las primeras lugareñas que nos encontremos.

Cato bajó la vista, avergonzado y resentido. Por mucho que lo intentara, no podía asumir el papel de legionario en el que Macro estaba tan cómodo. Siempre que se acercaba a un nuevo desafío, lo acosaba una dolorosa y perpetua timidez.

—Y qué, ¿cómo van esas quemaduras? ¿Lo puedes sobrellevar? —¿Tengo otra elección, señor?

—No.

—Duelen una barbaridad, pero puedo cumplir con mis obligaciones.

—¡Ése es el espíritu! Has hablado como un verdadero soldado.

—He hablado como un perfecto idiota —dijo Cato entre dientes.

—Pero, ¿te sientes con fuerzas? Hablando en serio, quiero decir.

—Sí, señor. —El centurión recorrió con la mirada la refulgente masa de ampollas que cubría el brazo de Cato y luego asintió con la cabeza.

—Entonces, de acuerdo. La legión se pondrá en marcha al despuntar el día. Dejaremos aquí nuestras mochilas y la columna de bagaje del ejército lo traerá todo cuando hayamos cruzado el Támesis. Cuando estemos en el otro lado,

tenemos órdenes de atrincherarnos y esperar a que el emperador llegue con refuerzos.

—¿El emperador va a venir aquí? —En persona. Al menos eso es lo que el legado dijo en la reunión para dar instrucciones. Al parecer quiere estar presente en el momento culminante para presentarse ante la multitud de Roma como gran triunfador. Cruzaremos el Támesis y entonces estaremos bien situados para enfilar hacia el oeste, hacia el corazón de Britania, o para dirigirnos al este y tomar la capital de los catuvelanos. En cualquier caso, mantendremos en suspense a los nativos y mientras tanto recuperaremos del todo las energías y nos prepararemos para la siguiente etapa de la invasión.

—¿No sería mejor mantener nuestras espadas detrás de Carataco para evitar que vuelva a formar su ejército? Si nos quedamos allí sentados a esperar lo único que hará será hacerse más fuerte.

Macro asintió con un movimiento de la cabeza. —Lo mismo he pensado yo. De todos modos, órdenes son órdenes.

—¿Y nos van a dar reemplazos, señor? —Están mandando a algunas cohortes de la octava desde Gesoriaco. Tendrían que alcanzarnos cuando crucemos el Támesis. Gracias a nuestras bajas a la segunda le han prometido la mayor parte de los reemplazos. ¿Estás al día con los comunicados de efectivos de la centuria?

—Acabo de mandarlos al cuartel general, señor. —Bien. Esperemos que esos malditos administrativos se dignen a hacernos llegar nuestro cupo. No es que esos cabrones haraganes de la octava sean gran cosa. Han pasado demasiado tiempo acuartelados y casi todos estarán más blandos que una fruta podrida. Puedes estar seguro de ello. De todos modos, un cabrón haragán vivo es de más utilidad que uno muerto.

Cato no pudo hacer otra cosa que asentir con la cabeza ante aquellas palabras de tan impecable sabiduría. Especialmente porque todos los hombres que habían muerto generaban ahora una cantidad de papeleo desagradablemente enorme.

—Así pues, ¿cómo andamos?

—¿Señor?

Macro alzó los ojos al cielo.

—¿Cuál es nuestro contingente actual?

—¡Ah! Cuarenta y ocho efectivos, incluyéndonos a nosotros y al portaestandarte, señor. Tenemos a doce en el hospital, tres de los cuales tienen miembros amputados.

Macro les dedicó a aquellos tres últimos un minuto de su pensamiento, muy consciente del destino que les esperaba a aquellos que eran dados de baja de las legiones.

—De esos tres, ¿hay alguno que sea veterano?

—Dos, señor. El tercero, Cayo Máximo, se unió a la legión hace tan sólo dos años. Recibió un golpe de espada en la rodilla que casi se la cercenó. El cirujano

tuvo que amputar.

—Eso es duro. Muy duro —murmuró Macro, con el rostro prácticamente oculto por las crecientes sombras de la noche—. Dos veinticincoavas partes de su gratificación es todo lo que le van a dar. No es mucho para que un hombre pueda sobrevivir.

—Es romano, señor. Tendrá derecho al reparto de grano. —¡Al reparto de grano! —dijo Macro con desprecio—. Es una perspectiva condenadamente humillante para un ex legionario. No, no puedo dejar que dependa de eso. Debe recibir algo de dinero para abrir un comercio. Un zapatero remendón no echaría en falta una pierna o dos. Él puede hacer eso, o dedicarse a otro negocio similar. Haremos una colecta para Máximo. Haz las rondas antes de que todo el mundo se acueste esta noche. Y devuélvele el dinero de los fondos funerarios. Dudo que los muchachos protesten por eso. Encárgate de ello.

—Sí, señor. ¿Algo más, señor? —No. Puedes transmitir la orden sobre el avance de mañana mientras anotas las contribuciones para Máximo. Hazles saber a los chicos que estaremos en pie antes del amanecer.

Desayunados, reunidos y listos para ponernos en marcha...Y ahora ponte a trabajar.

Mientras observaba la oscura figura del *optio* al bajar por la línea de tiendas, el pensamiento de Macro volvió a Cayo Máximo. Apenas era mayor que Cato, pero ni con mucho tan inteligente. En realidad era bastante tonto. Un joven grandote y desgarrado de los barrios bajos de la Suburbia en Roma. Alto, lento y pesado, con unas grandes orejas entre las cuales una exasperante sonrisa torcida dividía su cara. Desde el momento en que Macro se había hecho cargo de la centuria, había visto a Máximo como una baja previsible, y había sacudido la cabeza con lástima ante los intentos del chico por formar parte de la legión. A Macro no le produjo ninguna satisfacción que se hubiera demostrado que estaba en lo cierto, y era doloroso imaginarse al joven y burro inválido tratando de sobrevivir en una metrópolis abarrotada de ladrones y granujas de la peor calaña. Pero la espada que había sesgado de golpe la carrera del muchacho (por no mencionar su pierna), podía haber caído con la misma facilidad sobre cualquier otro soldado de la centuria, reflexionó Macro. También sobre él o el joven Cato.

El centurión dobló su túnica y la colocó entre los correajes y la armadura para que así el rocío no la empapara. Cuando se hubo asegurado de que sus armas estaban al alcance de la mano, Macro se cubrió con su capa de lana y se tumbó sobre la hierba mirando hacia la negrura salpicada de estrellas. A su alrededor, la oscuridad estaba llena de los sonidos de un ejército que se acostaba para pasar la noche. El distante estruendo de un cuerno desde el cuartel general anunció un cambio de guardia, y entonces, en la creciente quietud de las hileras de hombres que dormían apaciblemente, al centurión le venció el sueño.

Capítulo XVIII

—¿Por qué?

—¿Señor?

Vitelio sonrió con inocencia al legado.

—¿Por qué te han vuelto a destinar a la segunda legión? Pensé que te habían ascendido al Estado Mayor del general de forma permanente. Una recompensa por tus heroicos esfuerzos. ¿Qué ha cambiado entonces? —Vespasiano lo observó con desconfianza—. ¿Te ordenaron que volvieras aquí o lo solicitaste tú?

—Fue a petición mía, señor —respondió el tribuno con soltura—. Le dije al general que quería estar donde estuviera la acción la próxima vez que la segunda entrara en combate.

El general dijo que admiraba mi coraje, que ojalá hubiera más como yo, me preguntó una vez si quería cambiar de opinión y luego me mandó para aquí.

—Me lo imagino. Nadie en su sano juicio querría que un espía imperial acampara en su puerta.

—Él no lo sabe, señor. —¿No lo sabe? ¿Cómo puede no saber lo que eres? — Porque nadie se lo ha dicho. Nuestro general da por sentado que mi ascenso se debe exclusivamente a mis contactos en palacio. Cuando le pedí que me enviaran de vuelta a la segunda tampoco le disgustó que me fuera. ¿Puedo hablar con sinceridad, señor?

—Por supuesto. —No estoy seguro de poseer el temperamento adecuado para formar parte del Estado Mayor del general. Los hace trabajar demasiado y los expone a demasiados riesgos, no sé si me entiende.

—Perfectamente —respondió Vespasiano—. He sabido que participaste en el ataque del río con la novena.

Vitelio asintió con la cabeza, con el terror del ataque todavía fresco en su memoria; la taladrante certeza de que no sobreviviría a la salvaje descarga de flechas y proyectiles de honda que los desesperados defensores volcaban sobre los romanos.

—He oído que te desarrollaste muy bien. —Sí, señor. De todos modos, hubiera preferido no estar allí abajo.

—Puede ser, pero tal vez haya todavía alguna esperanza para ti. Empieza a comportarte como un tribuno, olvídate del espionaje y puede que los dos sobrevivamos a la compañía del otro.

—Eso estaría bien, señor. Pero estoy al servicio del emperador y lo seguiré estando hasta que muera.

Vespasiano observó detenidamente a su tribuno superior. —Creí que únicamente estabas al servicio de tu ambición.

—¿Hay algo que merezca más la dedicación de un hombre? —Vitelio sonrió—. Pero la ambición tiene que actuar dentro de la frontera entre lo posible y los

antojos del destino. Nadie conoce la voluntad de los dioses. Dada la posibilidad de su inminente deificación, supongo que sólo Claudio puede saber cómo van a resultar las cosas.

—¡Um! —La predilección imperial por la inmortalidad era algo que había preocupado a Vespasiano a lo largo de los años. Le costaba creer que una moción votada en la sala del senado pudiera determinar la categoría divina de un hombre. Especialmente de una criatura tan poco atractiva como el actual emperador. El hecho de ser declarado dios no había protegido a Calígula de la ira de aquellos que lo habían asesinado. Era como si los hombres hicieran dioses a aquellos emperadores locos a los que más tarde destruirían. Vespasiano levantó la vista y miró a los ojos a su tribuno.

—Mira, Vitelio, nos encontramos en mitad de una campaña importante. Lo que menos necesito ahora es tener que preocuparme de que me espíes a mí o a mis hombres a nuestras espaldas.

—¿Se le ocurre un momento mejor para espiar, señor? Cuando los hombres no piensan en otra cosa que en la batalla, tienden a refrenar menos sus lenguas. Eso me facilita mucho la tarea.

Vespasiano lo observó con manifiesto desdén.

—Hay veces en las que me das mucho asco, tribuno.

—Sí, señor.

—Si te interpones entre mi legión y sus responsabilidades para con el resto del ejército, juro que te mataré.

—Sí, señor. —Si en la expresión del tribuno había alguna connotación de suficiencia o bien de sumisión a un superior, ésta fue indecifrible para Vespasiano. Ninguno de los dos habló, o se movió siquiera, mientras se observaban detenidamente el uno al otro. Al final, Vespasiano se echó hacia atrás con cuidado en su silla.

—Estoy seguro de que los dos nos comprendemos. —¡Oh! Estoy completamente seguro de que es así, señor. ¿Y puedo suponer que el acuerdo al que llegamos sobre la política extracurricular de su esposa y mi búsqueda del tesoro sigue en pie?

Vespasiano cruzó las manos, las apretó con fuerza y asintió con un movimiento de la cabeza.

—Siempre que cumplas tu parte del trato.

—No se preocupe, señor. Su esposa está completamente a salvo, por el momento.

—Suponiendo que haya una pizca de verdad en lo que has dicho de ella.

—¿Una pizca de verdad? —Vitelio sonrió—. Creo que se sorprendería bastante si supiera lo que sería capaz de hacer Flavia para conseguir sus fines políticos. Mucho más de lo que es prudente para alguien cuyo marido tiene un futuro prometedor... al servicio del emperador.

—Eso es lo que tú dices. —Vespasiano asintió con un lento movimiento de la cabeza—. Pero todavía no me has proporcionado pruebas sólidas de tus acusaciones. Nada de lo que me has contado hasta ahora se podría demostrar ante un tribunal de justicia.

—¡Tribunal de justicia! —Vitelio se rió—. ¡Qué noción tan extraña! ¿Qué le ha hecho pensar por un momento que se iba a presentar algún cargo contra Flavia, o contra usted mismo ante un tribunal? Una discreta palabra del emperador y un pequeño pelotón de pretorianos les harían una visita con órdenes de no marcharse hasta que ambos estuvieran muertos. Lo mejor que puede esperar es un pequeño obituario de cortesía en la gaceta romana. Así es como funciona el mundo, señor. Será mejor que se acostumbre.

—Me acostumbraré. De la misma manera que tú tendrás que acostumbrarte al hecho de que puedo implicarte en una pequeña traición que has cometido. —¡Oh! Lo había olvidado, señor. Por eso estamos discutiendo. Supongo que se habrá cerciorado de que su parte del acuerdo está documentada de forma segura.

—Por supuesto —mintió Vespasiano—. He enviado un mensaje a Roma para que sea depositado en manos de mi abogado hasta que yo lo reclame o muera. Sea lo que sea lo que ocurra primero. Entonces la carta se abrirá y se leerá ante el senado y el emperador. Debo creer que tu muerte seguirá rápidamente a la mía. Tan rápidamente que tal vez incluso crucemos la laguna Estigia en la misma embarcación.

—Lo consideraría un honor, señor. —Vitelio se permitió esbozar una sonrisa irónica—. Pero en realidad no hace falta que las cosas lleguen a ese extremo, ¿no está de acuerdo?

—Lo estoy.

—Entonces no hay nada más que decir, señor.

—Nada.

—¿Puedo retirarme? Vespasiano se quedó en silencio un momento y luego sacudió la cabeza en señal de negación. —Todavía no, tribuno. Antes de que te vayas necesito que me respondas a una pregunta.

—¿Sí? —¿Qué sabes de los Libertadores? —Vitelio alzó una ceja, al parecer sorprendido por la pregunta. Apretó los labios y frunció el ceño antes de que se le ocurriera una respuesta.

—Ella ha estado en contacto con usted, ¿no es cierto? —Vespasiano se negó a satisfacer al tribuno con una contestación y trató de ocultar su irritación ante la informal alusión a su esposa.

—Me lo imaginaba. —Vitelio asintió con la cabeza—. Los Libertadores. He ahí un nombre que se ha estado repitiendo cada vez más durante los últimos meses. Vaya, vaya. Nuestra Flavia es un enigma más oscuro de lo que yo había creído, señor. Será mejor que la vigile bien antes de que haga algo por lo que su

linaje pueda tener motivos para maldecirla. —¿Conoces la existencia de esa organización entonces?

—Podríamos decir que he oído hablar de ella —respondió el tribuno con sutura—. Corre el rumor de que los Libertadores son una organización secreta que aspira a derrocar al emperador y restaurar la república. Se supone que llevan existiendo desde la época de Augusto, y fueron lo bastante vanidosos como para ponerse el nombre de los asesinos de julio César.

—¿Un rumor? —preguntó Vespasiano como para sí— ¿Eso es todo?

—Sigue siendo suficiente para que te hagan ejecutar, señor. Narciso tiene hombres repartidos por toda Roma y por las provincias que buscan a gente relacionada con la organización. Se supone que las personas involucradas en la confabulación de Escriboniano tienen contactos con los Libertadores. Me pregunto cuánto sabe su esposa sobre ellos. Imagino que Narciso tendrá mucho interés en preguntárselo a la menor oportunidad.

Vespasiano no quiso responder a aquella amenaza apenas disimulada; ninguno de los dos ganaría nada con descubrir al otro. Se concentró en Flavia y en su posible conexión con aquella conspiración que se ocultaba en las sombras de la historia. Por lo que sabía de Narciso, el jefe del Estado Mayor del Imperio iba a ser implacable y totalmente firme en su persecución de cualquiera que fuera una amenaza para el emperador. Se tardara lo que se tardara, fueran cuantos fueran los sospechosos torturados para conseguir información, la conspiración sería descubierta y sus miembros eliminados discretamente.

Sin embargo, si Vitelio estaba en lo cierto, los Libertadores habían estado confabulando durante décadas y eso demostraba un extraordinario compromiso con el secreto y la paciencia. Vespasiano podía imaginarse cuál era la motivación de aquellos que se habían unido a los Libertadores. Roma había sido gobernada por emperadores durante sesenta años y, aunque Augusto había puesto fin a la terrible era de luchas intestinas que habían dividido en dos el estado romano durante generaciones, era una paz conseguida a costa de negar a los aristócratas los poderes políticos que sus familias habían ejercido durante siglos. Una clase social imbuida de semejante sentido de su propio destino no acepta fácilmente la subordinación a una dinastía que engendró a un loco como Calígula y a un idiota como Claudio.

Pero Vespasiano se preguntaba: ¿Qué otra cosa podía hacer entonces Roma?

Devolver el control del Imperio al senado transformaría una vez más el mundo civilizado en un campo de batalla por el que deambularían los vastos ejércitos de las facciones senatoriales ofuscadas por el poder. Dejarían una estela de devastación a su paso mientras que las hordas bárbaras lo observarían todo con regocijo desde el otro lado de las fronteras salvajes del Imperio. Fueran cuales fueran sus defectos, los emperadores representaban el orden. Puede que de vez en cuando hicieran mermar las filas de los aristócratas, pero para el

hormiguero de masas de Roma y todo aquel que viviera dentro de los límites del Imperio, los emperadores eran sinónimo de cierta paz y orden. Pese a que, Vespasiano era miembro de la clase senatorial, cuya causa los Libertadores afirmaban representar, él sabía que las consecuencias de la vuelta al control senatorial que ofrecían los Libertadores eran demasiado terribles como para considerarlas.

—¿Señor? —Vespasiano levantó la mirada, irritado por la interrupción del hilo de su pensamiento.

—¿Qué pasa? —¿Hay algo más que tengamos que discutir? ¿o puedo volver a mis obligaciones con la segunda?

—Hemos dicho todo lo que era necesario decir. Será mejor que hagas saber a Plinio que tiene que dejar su puesto de tribuno superior. Haz que te informe sobre el avance de mañana. Y todavía hay un poco de papeleo relativo a los pertrechos que tiene que ponerse en orden. Encárgate de ello antes de acostarte.

—Sí, señor.

—Ten presente lo que he dicho, Vitelio. —Vespasiano miró fijamente al tribuno con expresión severa—. A pesar de tus obligaciones como agente imperial, sigues siendo mi tribuno superior y espero que representes ese papel. Desobedéceme o haz algún comentario fuera de lugar y me encargaré de que sufras las consecuencias.

Capítulo XIX

A primera hora de la mañana del día siguiente, el ejército avanzó cruzando el Medway. Cuando la densa columna de soldados llegó al vado, el ritmo de la marcha se hizo más lento.

La mayoría de ellos llevaba sirviendo en el ejército el tiempo suficiente para saber lo incómodo que era marchar con un escudo impregnado de agua y sostenían el equipo en alto mientras caminaban por la arremolinada corriente tras los miles de hombres que ya ganaban el otro lado. Pese al descanso de la tarde anterior, los soldados todavía se sentían fatigados y los que tenían lesiones suficientemente leves como para que los hubieran clasificado como heridos que podían caminar tenían la crispada expresión del que combate su dolor. A lo largo de toda la columna había soldados con vendajes en la cabeza o en las extremidades, algunos todavía manchados con su sangre, y con la sangre de otros. Pero a pesar del devastado aspecto de la legión, ésta seguía marchando hacia el frente totalmente preparada y dispuesta a entablar combate con los britanos una vez más.

El éxito del ataque de hacía dos días había hecho renacer la confianza de la segunda legión de un modo que dio ánimos a su comandante. Éste observó la columna que salía del río en la otra orilla y, chorreando, atravesaba el embarrado bajo antes de trepar por los terraplenes y desaparecer dentro de las fortificaciones que había al otro lado. Bajo aquella tenue luz, a Vespasiano le recordó un enorme ciempiés que de niño había visto una vez en la finca de su familia cerca de Reate: una masa resplandeciente con oscuras extremidades que subía penosamente la cuesta.

A su lado se encontraba Vitelio, sentado en silencio sobre su montura mientras miraba fijamente el terreno de delante de los terraplenes. El recuerdo del terrible asalto realizado en aquel mismo lugar contrastaba marcadamente con la serenidad del río de aquellas primeras horas de la mañana. La corriente se había llevado la sangre que había teñido el agua de rojo y a los cadáveres desparramados por aquella ribera se los habían llevado para incinerarlos. Quedaban pocos indicios de la feroz lucha más allá de los recuerdos de aquellos que habían combatido en ella y habían sobrevivido. Con una vaga sensación de la deprimente irrealidad de todo aquello, Vitelio hizo girar a su montura, le clavó los talones en las ijadas y subió al trote por la pendiente preparada por los zapadores. Pasó junto a los soldados de la cuarta cohorte, ajeno a las miradas hostiles que le dirigían los dos hombres que marchaban a la cabeza de la sexta centuria.

—Creía que ya no volveríamos a ver más a ese hijo de puta —refunfuñó Macro—. Me pregunto qué hace otra vez en la legión.

Cato no estaba demasiado preocupado por el regreso del tribuno a la segunda legión. Tenía la cabeza en otras cosas.

Aquella mañana las quemaduras parecían dolerle más que nunca y echaba de menos la inactividad del día anterior. Ya se le habían reventado algunas ampollas con el roce del equipo y la carne viva era un martirio cuando tocaba el áspero material de su túnica. Apretó los dientes y se concentró en seguir la retaguardia de la centuria que iba delante.

Quedó impresionado por la escena que apareció ante sus ojos cuando la sexta centuria atravesó los restos de las fortificaciones britanas. La zona cerrada estaba ennegrecida por el fuego y, mientras que los cadáveres de los romanos habían sido incinerados con todo respeto, no se les había dado semejante trato a los nativos muertos que yacían amontonados en pilas de materia en descomposición que el sol podría. El aire en calma estaba cargado del hedor demasiado empalagoso de los cadáveres, y sus miembros rígidos, los ojos en blanco y las abiertas bocas caídas llenaron al joven *optio* de una repugnancia que le provocó náuseas. Cato notaba la bilis que le subía por la garganta y aceleró el paso, al igual que lo habían hecho todos los soldados que habían atravesado las fortificaciones antes que él. Había montones de prisioneros a los que mantenían ocupados cavando fosas para enterrar a sus camaradas caídos bajo la mirada vigilante de los hombres de la vigésima legión destacados para servicios de guardia de los prisioneros. Debían de estar agradecidos por la ocasión que se les daba de mantenerse al margen del combate que se iba a producir, reflexionó Cato, y por un momento envidió su suerte antes de que una nueva bocanada de olor a carne podrida le llenara las ventanas de la nariz y le provocara arcadas.

—¡Tranquilo, muchacho! —lo consoló Macro—. No es más que un olor. Intenta no pensar en lo que lo produce. Muy pronto estaremos fuera de este lugar.

Cato se sorprendió de que a Macro pudiera dejarlo tan indiferente el sepulcral caos que los rodeaba. Pero entonces vio que su centurión tragaba saliva nerviosamente y se dio cuenta de que incluso aquel endurecido veterano no dejaba de estar afectado por las asquerosas consecuencias de la batalla. La columna se apresuró a cruzar el devastado campamento en silencio, roto únicamente por el tintineo de los equipos y las toses nerviosas de aquellos más afectados por el infame hedor. Una vez en la rampa del otro lado y de nuevo en campo abierto, Cato respiró profundamente para expeler hasta el último ápice de aire fétido de sus pulmones.

—¿Mejor? —preguntó Macro. Cato asintió con la cabeza.

—¿Siempre es así?

—Más o menos. A no ser que luchemos en invierno. En aquellos momentos el campamento britano quedaba tras ellos y el aire estaba repleto de frescas fragancias campestres que hacían desaparecer el recuerdo del olor de los muertos. Aun así, las señales de la escaramuza entre los britanos y sus perseguidores llenaban el camino hasta allí donde alcanzaba la vista en dirección al Támesis. Armas usadas, caballos muertos, carros de guerra volcados y

cuerpos desmadejados yacían esparcidos por el suelo pisoteado. El aire zumbaba con el sonido de las moscas que se arremolinaban en pequeñas nubes moteadas sobre los muertos. Una neblina gris pendía sobre el sendero y se levantaba al paso de las legiones que marchaban para unirse a las cohortes auxiliares y a la caballería en su persecución del enemigo.

Cato sintió que el primer calor del día caía sobre él. Sabía que, más tarde, bajo el creciente bochorno, las condiciones serían intolerables bajo el peso del voluminoso e incómodo equipo, el cual estaba diseñado para la efectividad en la batalla sin tener demasiado en cuenta la comodidad del que lo llevaba durante la marcha. Las quemaduras al descubierto ya le estaban causando un tormento más allá de lo imaginable. Pero sabía que el dolor todavía le duraría unos días más y, como no se podía hacer nada al respecto, tendría que limitarse a soportarlo, reflexionó Cato con una mueca.

Mientras el sol iba subiendo poco a poco hacia un claro cielo azul, las sombras de los legionarios que avanzaban pesadamente se acortaban, como si fueran ellos mismos los que se estuvieran atrofiando bajo el calor cada vez mayor, y las alegres conversaciones del amanecer se redujeron a algún que otro comentario en voz baja. Cerca del mediodía la legión se aproximó a la cresta de una colina baja y el legado ordenó un alto en la marcha. Escudos y espadas se dejaron al lado del camino antes de que todos los legionarios se dejaran caer al suelo y, agradecidos, bebieran a sorbos de las cantimploras de cuero que habían sido llenadas antes de despuntar el día.

La sexta centuria se encontró cerca de un pequeño círculo de cadáveres, romanos algunos, britanos la mayoría, silencioso testimonio de una enconada escaramuza que había tenido lugar el día anterior. Ese día ningún sonido de combate perturbaba la apagada conversación de los hombres de la segunda legión, ni siquiera una trompeta o cuerno distantes. Era como si la batalla de los dos días anteriores se hubiera retirado al igual que una fugaz marca y hubiese dejado esparcidos por la tierra sus rotos y malditos restos de naufragios. Cato sintió un súbito deseo, teñido de pánico, de saber más sobre cómo estaban las cosas entre las legiones y sus enemigos. Acalló el impulso de preguntarle a Macro cómo se estaba desarrollando la situación puesto que el centurión sabía tan poco como él y lo único que podía ofrecer eran las conjeturas de un veterano. Por lo que Cato pudo deducir, la legión había marchado durante unos trece o catorce kilómetros más allá del Medway y eso significaba que todavía quedaba por delante una distancia similar antes de llegar al Támesis. ¿Y entonces qué? ¿Habría otro sangriento asalto a un río? ¿o es que esta vez los britanos se estaban retirando demasiado deprisa para poder formar una defensa organizada?

Las colinas cubiertas de hierba daban paso a densos matorrales de aulagas que abarrotaban ambos lados del camino y a través de los cuales serpenteaban unas pequeñas sendas que desaparecían de la vista. Si aquella era la naturaleza

del terreno que había por delante, reflexionó Cato, entonces la siguiente batalla iba a ser algo muy distinto, un cúmulo de escaramuzas mientras los dos bandos se abrían camino con dificultad a través del enmarañado sotobosque. El tipo de batalla que un general poco podía hacer para controlar.

—No es el mejor campo de batalla para nosotros los romanos, ¿eh? —Macro había visto que su *optio* echaba miradas inquietas hacia los matorrales de aulagas.

—No, señor. —Yo que tú no me preocuparía, Cato. Es probable que esto sea un obstáculo para los britanos igual que lo es para nosotros.

—Supongo que sí, señor. Pero yo diría que ellos conocen el camino por los senderos locales. Eso podría causarnos problemas.

—Tal vez —asintió Macro sin demasiada preocupación—. Pero dudo que importe demasiado ahora que tienen un río y un terraplén entre ellos y nosotros.

Cato deseó poder compartir la ecuanimidad de su superior sobre la situación, pero la claustrofobia táctica del soldado al final de la cadena de mando se apoderó de su imaginación.

Un estridente toque de varias trompetas sonó bruscamente y al instante Macro se puso en pie.

—¡Arriba! ¡Arriba cabrones holgazanes! ¡Coged vuestro equipo y formad en el camino!

Las órdenes se repitieron a lo largo de la línea y, momentos después, los hombres de la segunda habían formado una larga y densa columna con todos los escudos y jabalinas dispuestos para entrar en acción.

Allí donde el sendero se elevaba por delante de la centuria, Cato vio al grupo de mando sobre la cresta de la colina.

Un mensajero a caballo se estaba dirigiendo al legado y agitaba el brazo en dirección al terreno situado al otro lado de las lomas. Con un rápido saludo el mensajero dio la vuelta a su caballo y se perdió de vista al galope. Entonces el legado se volvió hacia sus oficiales de Estado Mayor y dio las órdenes necesarias.

—¿Y ahora qué? —refunfuñó Macro.

Capítulo XX

Vespasiano decidió que se estaba perdiendo rápidamente el control sobre el avance hacia el Támesis. Las cohortes de los bátavos habían efectuado muy mal la persecución de los britanos. En vez de concentrarse en despejar la línea de marcha a través del próximo río, las cohortes auxiliares habían caído víctimas de la sed de sangre tan típica de su raza. Así, se habían dispersado por un ancho frente para dar caza a todos los britanos que se les pusieran delante, como si todo el asunto no fuera más que una gran cacería de venados.

Bajo la cresta de la colina, la densa maleza se sumergía para perderse en otro más de los pantanos que parecían abarcar una parte demasiado grande de aquel paisaje. Desperdigados entre las matas de aulaga se hallaban las cimeras de los cascos y el extraño estandarte mientras los bátavos, cuya sed de sangre al parecer no habían saciado todavía, se abrían paso a través de las aulagas y avanzaban como podían a lo largo de estrechos senderos, en persecución de los desafortunados britanos. El pantano se extendía, monótono y apagado, antes de dejar paso a la ancha y brillante vastedad del gran Támesis que serpenteaba adentrándose en el corazón de la isla. El camino por el que marchaba la segunda legión descendía directamente por la ladera y seguía adelante hacia un rudimentario paso elevado que terminaba en un pequeño embarcadero. En la otra orilla del río había otro embarcadero similar.

Vespasiano se dio una cachetada de frustración en el muslo al ver la naturaleza de la tarea que tenían por delante. Su caballo, entrenado para la batalla, hizo caso omiso del ruido y se puso a pacer con satisfacción en la succulenta hierba que crecía al lado del camino. Irritado por la ignorante complacencia de la bestia, Vespasiano tiró de las riendas e hizo girar al animal para que volviera a ponerse de cara a la línea de la legión. Los hombres estaban quietos y en silencio, a la espera de recibir la orden de ponerse en marcha. Una oscura masa ondulante a unos kilómetros de distancia revelaba el avance de la decimocuarta legión, que se acercaba al Támesis por un camino más o menos paralelo situado a unos pocos kilómetros río arriba.

Según Adminio, tendría que haber un puente delante de la decimocuarta, pero Vespasiano no veía ni rastro de él. Carataco debía de haberlo destruido. Si no había más puentes o vados, la legión tendría que marchar río arriba en busca de una vía alternativa hacia el otro lado y extender al mismo tiempo las endeble líneas de abastecimiento hasta el depósito que había en la costa. Otra posibilidad sería que Plautio se arriesgara a realizar un desembarco en el otro lado. En dirección este, allí donde el Támesis se ensanchaba hacia el lejano horizonte se veían las definidas formas de los barcos mientras la flota se esforzaba por mantener el contacto con las legiones que avanzaban. A pesar de que Adminio afirmaba que los britanos no poseían una flota con la que enfrentarse a los

romanos, el general Plautio no iba a correr ningún riesgo. Las elegantes siluetas de los trirremes guiaban a los bajos transportes de baos anchos que trataban por todos los medios de mantener la formación. Sólo cuando aquellos barcos hubieran vuelto a unirse al ejército podría empezar el asalto del río.

Pero, por el momento, todas aquellas consideraciones eran puramente teóricas. Las órdenes que les tenían entonces eran muy simples: la segunda debía desplegarse en abanico y despejar aquel tramo de la ribera sur de cualquier formación enemiga que quedara. Órdenes simples. Lo bastante simples como para haber sido escritas por un hombre que no había visto con sus propios ojos el terreno que pisaban. Vespasiano sabía que la legión no sería capaz de mantener la línea de batalla mientras sorteaba los matorrales de aulagas. Peor todavía era el pantano que se tragaría a los soldados a menos que tuvieran la fortuna de dar con los caminos que usaban los nativos. Para cuando cayera la noche Vespasiano esperaba encontrarse a su legión totalmente dispersa y empantanada, estancada en aquella ciénaga inmundada hasta que la luz del día les ofreciera a los hombres la oportunidad de volver a formar.

—¡Dad la señal! —les gritó a los trompetas del cuartel general. A continuación tuvo lugar un coro de escupitajos cuando los hombres se aclararon la boca y fruncieron los labios contra su instrumento. Un gesto con la cabeza apenas perceptible por parte del primer corneta fue seguido al instante por las notas discordantes que mandaban ejecutar una orden. Con una muy ejercitada precisión la primera cohorte marchó junto a su legado. El centurión jefe señaló el lugar donde tenían que desviarse, bramó la orden de cambio de formación y las filas de vanguardia avanzaron hacia la derecha, perpendiculares al camino. Inmediatamente se toparon con el primer grupo de matas de aulaga, la cohorte rompió la formación para sortear el obstáculo y el ritmo regular de la marcha se convirtió en un arrastrar de pies a tropicónes mientras que las cohortes que iban detrás trataban de no amontonarse en la retaguardia de la cohorte que iba delante. Vespasiano cruzó la mirada con Sexto, el cano prefecto de campamento de la segunda legión, e hizo una mueca. El soldado profesional más antiguo de la legión inclinó la cabeza para dar a entender que estaba completamente de acuerdo sobre la idiotez de la mayoría de las órdenes que emanaban del cuartel general del ejército.

La maniobra, que con tanta eficiencia podía ejecutarse en la plaza de armas, degeneró hasta convertirse en una antiestética maraña de hombres que maldecían y que se abrieron camino como pudieron a través del agreste terreno durante gran parte de una hora antes de que la segunda legión hubiera dado la vuelta y estuviera lista para avanzar ladera abajo hacia el lejano Támesis. En cuanto las cohortes estuvieron en posición, Vespasiano dio la orden de avance y la línea se puso en marcha, supervisada por los centuriones que blandían sus varas e imprecaban a los soldados para que mantuvieran una línea recta.

Una vez más, las espesas zonas cubiertas de aulagas abrieron brechas en la línea y al cabo de muy poco la legión se desintegró en grupos de hombres que avanzaban como podían. Aquí y allá la línea se detenía cuando los hombres se tropezaban con los britanos, la mayoría heridos, y los desarmaban antes de enviarlos escoltados hacia la retaguardia. A aquellos cuyas heridas eran tan graves que no les permitían andar los liquidaban con una estocada en el corazón y los romanos seguían adelante trabajosamente. A menudo los britanos trataban de salir corriendo y los romanos, con gritos de excitación, salían a trompicones tras ellos para aumentar el botín del fondo común de la campaña. En el terreno parcialmente despejado situado antes de la densa frondosidad de las aulagas, una variopinta multitud de prisioneros iba aumentando de volumen mientras que a un lado, a cierta distancia, un pequeño grupo de heridos crecía gracias al goteo de bajas que regresaban de los enfrentamientos que tenían lugar, ocultos a la vista, en los páramos que había más allá. Ésos eran los únicos indicios de la manera en que se estaba desarrollando la batalla.

Hacia media tarde, bajo la desesperada mirada del legado de la legión y sus oficiales de Estado Mayor, la segunda legión había sido reducida a pequeños grupos que se abrían camino entre la maleza con poca o ninguna noción de dónde estaban sus compañeros. Circulando entre ellos había algún que otro puñado de britanos que también trataba de llegar al río con la esperanza de escapar y por la ladera subían los débiles gritos de guerra y el sonoro choque de las espadas. Vespasiano y los miembros de su Estado Mayor habían desmontado y estaban sentados a la sombra de un pequeño bosquecillo no muy lejos del camino, mientras observaban la caótica refriega con silenciosa frustración. A última hora de la tarde, la mayor parte de los soldados de la legión no podía verse y sólo la centuria de escolta del legado estaba formada en una delgada línea a unos cien pasos cuesta abajo. Más adelante se hallaba el patético grupo de prisioneros, rodeados por un entramado de espinosas matas de aulaga, cortadas y apiladas en círculo para formar una burda empalizada. Al otro lado del cercado de matorrales, una dispersa línea de legionarios montaba guardia. El tribuno Vitelio bajó a caballo para inspeccionar a los cautivos. Cuando hubo terminado de interrogar a su cabecilla, le dio un último coscorrón en la cabeza, subió de un salto a su montura y la espoleó para subir de nuevo la ladera.

—¿Has descubierto algo útil? —preguntó Vespasiano.

—Sólo que algunos de los mejor educados de entre estos salvajes tienen nociones de latín, señor.

—¿Pero no hay vados ni puentes cerca? —No, señor.

—Valía la pena intentarlo, supongo. —Con un parpadeo, Vespasiano posó la mirada en la centuria de guardia del legado que se asaba al sol.

—Diles que se sienten —le dijo Vespasiano entre dientes al prefecto del campamento—. Dudo que los britanos nos den ninguna sorpresa ahora mismo.

No hay motivo para que los hombres sigan de pie bajo este calor.

—Sí, señor. Mientras Sexto daba la orden a gritos a la centuria de guardia, el tribuno Vitelio cruzó la mirada con la del legado y le hizo un gesto con la cabeza hacia atrás, señalando el camino. Un mensajero subía al galope. Cuando divisó el grupo de mando del legado, dirigió su caballo por la cresta hacia ellos.

—¿Y ahora qué pasa? —se preguntó Vespasiano. Sin aliento el mensajero bajó desliziéndose de su caballo y fue corriendo hacia el legado, con el parte y ya en la mano.

—De parte del general, señor —dijo jadeando al tiempo que alzaba la mano para saludar.

Vespasiano le respondió con un seco movimiento de la cabeza, tomó el pergamino y rompió el sello. Sus oficiales de Estado Mayor se quedaron allí sentados esperando con impaciencia a que su legado lo leyera. El mensaje era muy breve e inmediatamente Vespasiano se lo pasó a Vitelio.

Vitelio frunció el ceño mientras lo leía.

—Según esto, parece que ya deberíamos estar abajo en la orilla y preparándonos para asaltar el río esta noche. La armada nos llevará al otro lado y nos proporcionará fuego de apoyo. —Levantó la mirada—. Pero, señor. —Con el brazo señaló ladera abajo hacia las aulagas y el pantano que se habían tragado a la segunda legión.

—Exactamente, tribuno. Ahora lee en voz alta el último trozo.

Vitelio así lo hizo.

—Con relación a las primeras órdenes, debe tenerse en cuenta que las cohortes de bátavos han tenido problemas con el terreno pantanoso y se os aconseja que limitéis vuestro avance solamente a los caminos y senderos ya creados...

Uno de los tribunos subalternos rechifló con desdén y burla y el resto se rió amargamente. Vespasiano levantó la mano para acallarlos antes de volverse de nuevo hacia Vitelio.

—Parece que los muchachos del cuartel general del ejército no han caído del todo en la cuenta de las dificultades prácticas que conllevan las órdenes que ellos dictan con tanta rapidez. Pero dada tu reciente experiencia en el Estado Mayor estoy seguro de que tú debes de saberlo todo sobre esto.

Los demás tribunos hicieron lo que pudieron por ocultar sus sonrisas y Vitelio se sonrojó.

—De todos modos, no podemos cumplir esta orden. Para cuando la legión vuelva a reunirse en el río ya será bien entrada la noche. Y la armada todavía se encuentra a unos cuantos kilómetros río abajo. No hay posibilidad de realizar un ataque hasta mañana —concluyó Vespasiano—. Más vale que el general lo sepa. Tribuno, tú sabes cómo funciona todo en el cuartel general y conoces cuál es nuestra situación aquí. Regresa con el mensajero a donde está Aulo Plautio, hazle

saber nuestra posición y dile que no podré llevar a cabo el asalto hasta mañana. También podrías describirle el terreno con un poco de detalle para que así entienda nuestra situación. Ahora, vete.

—Sí, señor. —Vitelio saludó y se dirigió a grandes zancadas hacia su caballo, enojado por la perspectiva de una larga y calurosa cabalgada y resentido por la sarcástica forma en que lo había tratado el legado delante de los tribunos de menor rango.

Vespasiano miró divertido cómo el tribuno arrancaba las riendas de la mano del palafrenero y se arrojaba sobre el lomo de su caballo. Con un salvaje puntapié en las costillas del animal, salió al galope en dirección al cuartel general del ejército. No había podido resistirse a tomarle el pelo a Vitelio, pero todo el júbilo que podía haber sentido al bajarle los humos al petulante tribuno se evaporó rápidamente, y se maldijo a sí mismo por permitirse una conducta que estaba muy por debajo de su rango. Afortunadamente, el prefecto del campamento no había oído la conversación; mientras aquel duro y antiguo veterano regresaba del lugar donde se hallaba la guardia del legado y subía por la ladera a grandes pasos, frunció el ceño ante las divertidas expresiones que había en los rostros de los jóvenes tribunos.

—¿Hay nuevas órdenes, señor?

—Léelo —Vespasiano le tendió el pergamino.

Sexto le echó un rápido vistazo al documento.

—Hay un joven caballero en el Estado Mayor de Plautio que va a tener que soportar unas duras palabras cuando lo pille, señor.

—Me alegra oírlo. Mientras tanto necesitamos reagrupar la legión. No tiene sentido tocar retreta. A estas alturas se han adentrado tanto en el pantano que será más fácil seguir adelante que volver atrás.

—Muy cierto —murmuró Sexto al tiempo que se acariciaba la barbilla.

—Llevaré al grupo de mando y a la centuria de guardia por el paso elevado hacia ese pantanal. —Vespasiano señaló cuesta abajo—. Una vez allí empezaré a tocar a retreta. Entretanto, tú y los tribunos subalternos encontrad y reunid a todos los soldados que podáis y explicadles lo que pasa. Necesitamos que el grueso principal de la legión esté reunido en aquella cuesta que hay junto al embarcadero antes del amanecer si queremos tener suficientes hombres para atacar por la mañana.

—Muy bien, señor —dijo Sexto. Se volvió hacia los tribunos subalternos que habían oído todas las órdenes del legado y a los que no les hacía ninguna gracia la incomodidad de su tarea—. ¡Ya habéis oído al legado! Moved el culo y a vuestros caballos, señores. ¡Venga, rápido!

Con unas demostraciones de reticencia casi intolerables, los jóvenes tribunos subieron con gran esfuerzo a sus caballos, bajaron al trote por la ladera y se dispersaron por la miríada de senderos y caminos que entrecruzaban la densa

masa de aulagas y terreno pantanoso. Vespasiano los siguió con la mirada hasta que se perdieron de vista. Entonces se volvió hacia su propia montura y llevó a la guardia del legado y al resto del grupo de mando hacia el camino que conducía al paso elevado.

Aquella no era manera de llevar a cabo una batalla, reflexionó enojado. Apenas había recuperado la segunda legión, su amor propio, cuando una maldita orden negligente precipitaba a los hombres hacia un desastre de mil demonios, dispersos y sin mando a través de los condenados páramos de aquella condenada isla de mierda. Cuando consiguiera reagrupar a la legión, los hombres estarían exhaustos, sucios y hambrientos, con la carne y la ropa hechas jirones por los arbustos de aulaga. Sería un milagro si conseguía hacer que consideraran siquiera algo que fuera la mitad de peligroso que la orden del general de un ataque anfibio sobre la otra orilla del río.

Capítulo XXI

—¡Esto es una auténtica pesadilla de mierda! —gruñó el centurión Macro al tiempo que le daba un manotazo a un enorme mosquito que se estaba alimentando en su antebrazo. Apenas se había convertido en una mancha roja y negra entre los oscuros pelos bajo el dobladillo de su manga cuando varios insectos más, provenientes de la arremolinada nube que se cernía sobre él, decidieron arriesgarse y aterrizaron en el trozo de piel desnuda que tenían más cerca. Macro los ahuyentó con una mano mientras que con la otra intentaba darles a sus compañeros voladores—. Si algún día le pongo las manos encima al responsable de este jodido fiasco, no volverá a respirar.

—Me imagino que la orden vino del general, señor —respondió Cato con toda la suavidad de la que fue capaz.

—Bueno, en ese caso tendré que retomar el asunto en el infierno, donde estaremos en mayor igualdad de condiciones.

—Para entonces al general ya no le hará ninguna falta respirar, señor.

El centurión hizo una pausa en su guerra con los auxiliares nativos y se dio la vuelta hacia su optio.

—Pues podría darme el gusto ahora mismo con otra persona. Alguien que esté un poco por debajo en la jerarquía. A menos que éste sea el último de tus útiles comentarios.

—Lo siento, señor —contestó Cato mansamente. La situación era intolerable y la frivolidad no facilitaba las cosas.

Durante la última hora la sexta centuria había estado siguiendo un tortuoso sendero a través de los macizos de matorrales de aulagas, sin separarse de los trozos de terreno más sólidos del pantano que se extendía por todas partes. El sendero era lo bastante ancho para una persona y, con toda probabilidad, lo habían abierto las bestias salvajes. Habían perdido el contacto con el resto de la cohorte y el único indicio de otra presencia humana eran los gritos distantes y los sonidos de escaramuzas a pequeña escala que provenían de partes diferentes del pantano. Los únicos britanos que se habían encontrado eran un puñado de desaliñados de la infantería ligera armados con escudos de mimbre y lanzas de caza. Superados en número y aventajados por los legionarios, se habían rendido sin luchar y fueron escoltados hacia la retaguardia por ocho soldados de los que Macro mal podía permitirse prescindir, puesto que cada vez eran menos los que quedaban a sus órdenes. Cuando la escolta se fue, la centuria siguió adelante a duras penas.

Mientras el sol descendía hacia el horizonte, la quieta y cálida atmósfera se cernió sobre la centuria como una manta asfixiante y el sudor manaba de cada poro. Macro había dado la orden de detenerse para intentar averiguar en qué posición se encontraban respecto al río y al resto de la legión. Si el sol estaba a su

izquierda, entonces el río tenía que encontrarse más o menos frente a ellos, pero el camino parecía llevarles hacia el oeste. El río ya tendría que estar cerca. Sería más fácil seguir adelante y encontrarlo que enfrentarse a la perspectiva de volver sobre sus pasos durante varias horas, en medio de la oscuridad de la noche que ya se aproximaba.

En tanto él consideraba las opciones que tenía, los hombres se sentaron en un hosco y sudoroso silencio, acosados por los miles de insectos que se agrupaban por encima de ellos. Finalmente, Cato ya no pudo soportar más sus picaduras y avanzó arrastrándose por el sendero para espiar el camino que tenían por delante. Una mirada de advertencia de Macro le conminó a que permaneciera a la vista mientras se movía con sigilo a lo largo de la senda. A corta distancia más adelante había una curva pronunciada a la derecha. Cato se puso en cuclillas y atisbó por la esquina. Había esperado ver otro trozo del camino pero, casi inmediatamente la senda volvía a girar a la izquierda y desaparecía de la vista. Consciente de la expresión del centurión, Cato se quedó donde estaba y aguzó el oído para ver si captaba el sonido de algún movimiento. Sólo eran audibles los rumores de una distante escaramuza por encima del zumbido de lo que sonaba como un enorme enjambre de moscas y sus parientes. Parecía que el terreno más cercano estaba libre de enemigos, pero Cato sintió poca sensación de alivio. Las molestias causadas por el calor y los insectos eran tales que cualquier distracción hubiera sido bienvenida, incluso unos britanos.

El zumbido de los insectos era inusitadamente fuerte y el sonido despertó la curiosidad innata de Cato. ¿Psss!

Se volvió y miró hacia el otro lado del camino donde el centurión trataba de atraer su atención. Macro alzó el dedo pulgar con una expresión inquisitiva. Cato se encogió de hombros y con la jabalina señaló hacia el recodo del sendero. Momentos después Macro se puso en cuclillas junto a él sin hacer ruido.

—¿Qué pasa? —Escuche, señor. Macroladeó la cabeza. Frunció el ceño. — No oigo nada. Al menos nada que venga de cerca.

—Señor, ese zumbido... los insectos.

—Sí, lo oigo. ¿Y bien? —Pues, es un poco demasiado fuerte, ¿no le parece, señor? —¿Demasiado fuerte? —Hay demasiados. Demasiados, demasiado juntos, señor. Macro volvió a escuchar y tuvo que admitir que el muchacho tenía razón.

—Quédate aquí, Cato. Si te llamo, trae a la centuria volando hasta este lugar.

—Sí, señor.

El sol estaba bastante bajo, por lo que una buena parte del camino quedaba sumido en las sombras y su oscuridad contrastaba con el lustroso halo que ribeteaba las copas de los arbustos de aulaga. Macro se agachó y avanzó con cuidado por el camino, giró por el recodo y desapareció mientras Cato permanecía en cuclillas, tenso y listo para acudir en ayuda de su centurión en

cuanto llamara. Pero no se oía su voz, ni ningún otro ruido que no fuera el zumbido de los insectos. La incertidumbre era terrible y, en su afán por no moverse, el escozor del calor y el sudor sobre su cuerpo le molestaba de una manera casi insoportable, como si no tuviera bastante con el dolor que le causaban las quemaduras.

De repente Macro volvió a aparecer y se acercó andando a grandes zancadas sin dar muestras de la anterior cautela. simplemente con una expresión de resignada adustez en el rostro.

—¿Qué pasa, señor? —He encontrado a algunos de los auxiliares bátavos. Cato sonrió.

—Bien. Quizás ellos puedan decirnos dónde estamos, señor.

—No creo —replicó Macro en voz baja—. Ya les da lo mismo. Con un tono monocrudo, Macro ordenó a los hombres de la sexta centuria que se levantaran y los condujo camino abajo, más allá de la doble curva, hacia un claro formado por una ligera elevación del terreno. El sendero y la hierba pisoteada estaban cubiertos con los restos de las tropas auxiliares de una de las cohortes bátavas. La mayoría había muerto luchando, pero a un buen número de ellos los habían degollado y estaban amontonados a un lado del camino. Los cadáveres estaban plagados de moscas y el empalagoso hedor de la sangre inundaba la calmada atmósfera. Había un puñado de guerreros britanos a los que habían colocado en línea recta, con los escudos sobre su cuerpo y una lanza que descansaba a su lado. Aquellos hombres llevaban casco y cotas de malla.

Macro se detuvo junto al cadáver de uno de los bátavos degollados y lo empujó suavemente con la punta del pie. Entonces habló en voz lo bastante alta para que lo oyeran todos sus hombres.

—Esto es lo que os podéis esperar si alguna vez sentís la tentación de rendiros a los nativos. No dejéis de echarles un buen vistazo y dad gracias a los dioses de que no seáis vosotros. Después, jurad que no moriréis de la misma forma. Estos bátavos eran idiotas, y si pilló a alguno de vosotros cometiendo las mismas estupideces me vengaré, en esta vida o en la otra. Podéis contar con ello. —Fulminó con la mirada a todos los miembros de la centuria, empeñado en que tuvieran más miedo de su centurión que del enemigo—. ¡Bien, recojamos entonces a estos de aquí! Cato, que nuestros muchachos se alineen al lado de los britanos. Quédate con cualquier cosa que les encuentres encima.

Mientras los legionarios realizaban aquella desagradable tarea, Macro apostó un guardia en cada extremo del claro y luego se sentó sobre la hierba, evitando las zonas que la sangre aún oscurecía. Se desabrochó la correa del casco y se lo sacó, contento de verse aliviado de su peso. Tenía el pelo mojado de sudor y aplastado contra el cuero cabelludo, y cuando trató de pasarse los dedos se le apelonó en montones apelmazados. Levantó la mirada y vio a Cato de pie allí cerca.

El optio miraba fijamente los cadáveres de los britanos.

—Son gente con un aspecto impresionante, ¿verdad? Cato asintió con la cabeza. Estaba claro que aquellos no pertenecían a las tropas corrientes del enemigo. Eran hombres que estaban en la flor de la vida, fuertes y musculosos. La calidad de sus ropas y de su equipo era indicio de alguna categoría especial.

—¿La escolta de alguien? —Yo diría que sí —asintió Macro—. Y a juzgar por el desigual resultado en cuanto al número de cadáveres, son una pandilla muy dura de pelar. Espero que no haya muchos de ellos ahí fuera.

Cato miró hacia las impenetrables aulas que rodeaban el claro.

—¿Supone que todavía están por aquí, señor?

—Soy un centurión, muchacho, no un maldito adivino —respondió Macro con brusquedad.

Y al instante lo lamentó. El joven optio no hacía otra cosa que poner voz a los miedos de todos ellos, pero el calor y el cansancio del penoso avance a través de aquel enmarañado paisaje exacerbaba la creciente preocupación de Macro por su separación del resto de la legión.

—No te preocupes, muchacho, ahí fuera hay más de los nuestros que de los suyos.

Cato asintió con un movimiento de cabeza, pero no quedó convencido. La cantidad no importaba en una situación como aquella, sólo el conocimiento de la zona. La idea de un enorme grupo de guerreros britanos de élite dando caza a unidades de romanos aisladas era aterradora, y se avergonzó del pavor que aquella posibilidad le suscitaba. Lo que lo empeoraba todo era la inminente caída de la noche. Se horrorizaba sólo con pensar en pasar un solo minuto en aquel espantoso páramo durante las horas de oscuridad. El sol ya había descendido más allá del denso horizonte de follaje y el cielo resplandecía con su arrebol del color del bronce fundido. En él destacaban las oscuras formas de las golondrinas que surcaban el aire fugazmente al tiempo que se alimentaban de los insectos que había por encima del pantano. A su vez, los insectos buscaban la cálida descomposición de los muertos y la sangre de los vivos para nutrirse y, decididamente, aquel día el pantano estaba lleno de sustento.

Cato se dio un manotazo en la mejilla y se pilló un nudillo con la orejera del casco.

—¡Mierda! —Me alegra ver que de vez en cuando esos pequeños cabrones van a por una cosecha más joven —comentó Macro, y ahuyentó a un enjambre de mosquitos que tenía delante de la cara—. No me importaría nada quitarme a éstos de encima y darme un baño en ese río.

—Sí, señor —contestó Cato con entusiasmo. No se le ocurría nada que le apeteciera más que quitarse a toda prisa el pesado e incómodo equipo que tanto le rozaba en las quemaduras que supuraban y sumergirse en la fresca y fluida corriente de un río. La imagen que había evocado era tan deseable que, por un

momento, Cato se quedó completamente extasiado y ajeno a sus problemas inmediatos por lo que, en consecuencia, fue mucho más doloroso el retorno de su mente a ellos—. ¿Deberíamos intentar llegar al río esta noche, señor?

Macro se frotó los ojos con las palmas de las manos mientras debatía mentalmente las alternativas de las que disponían. La perspectiva de quedarse a pasar la noche en aquel claro, con los espíritus de los que acababan de morir rondando por ahí, le provocaba un hormigueo de repugnancia y terror. El río no podía estar muy lejos pero, en aquel pantano, cualquier avance por los estrechos senderos sería peligroso en la oscuridad. De pronto se le ocurrió algo.

—¿No hay luna esta noche? —Sí, señor. —Bien. Entonces descansaremos aquí hasta que la luna esté lo bastante alta para que nos permita ver adónde vamos. Nos arriesgaremos a ir por este camino. Parece que va en la dirección adecuada. Destaca a dos centinelas de guardia y haz correr la voz entre los muchachos de que intenten dormir cuanto puedan.

—Sí, señor. —Cato saludó y se fue a grandes pasos para dar las órdenes. A su vuelta descubrió a su centurión tendido de espaldas, con los ojos cerrados y roncando con el estentóreo rezongo de un hombre profundamente dormido. Con una sonrisa afectuosa, Cato se dejó caer al otro lado del sendero, se quitó el casco y lo dejó con el resto de su equipo. Durante un rato observó el crepúsculo que pintaba el cielo con refulgentes tonos de color naranja, rojo, violeta y, por último, índigo. Luego, después de cambiar la guardia, también se tumbó y trató de abandonarse a su propio agotamiento. Pero el dolor que sentía en el costado, los despiadados silbidos de los insectos, el zumbido de las moscas, los ronquidos estruendosos del centurión y la perspectiva de encontrarse con algunos compañeros de los britanos muertos de enfrente echaron por tierra cualquier posibilidad de conciliar el sueño. Así que Cato se quedó tumbado en el suelo incómodo, exhausto y enojado consigo mismo por no poder dormir. Ya hacía rato que los cercanos ronquidos habían dejado de ser algo simpático y el joven optio hubiera asfixiado de buena gana a su centurión mucho antes de que la luna apareciera entre las nubes, dispersas por el cielo nocturno.

Capítulo XXII

—¡*Optio*! —siseó una voz.

Cato parpadeó y abrió los ojos. Una figura oscura se alzaba contra el cielo salpicado de estrellas. Una mano lo tenía agarrado del brazo ampollado al tiempo que lo sacudía y Cato estuvo a punto de soltar un aullido de dolor, pero consiguió contenerlo a tiempo. Se puso en pie de golpe, totalmente despierto.

—¿Qué pasa? —susurró Cato—. ¿Qué ocurre?

—El centinela informa de que hay movimiento. —La figura señaló hacia el extremo del claro, cerca del camino por el que habían entrado al anochecer—. ¿Deberíamos despertar al centurión?

Cato dirigió la mirada hacia el origen de los ronquidos. —Creo que será lo mejor. No sea que nos oigan antes de que nosotros podamos verlos a ellos.

Mientras que Cato se abrochaba el casco y recogía su equipo a toda prisa, el legionario despertó a Macro haciendo el menor ruido posible. No fue una tarea fácil debido al profundo sueño del centurión, e incluso cuando Macro volvió en sí parecía estar saliendo de un ensueño realmente impactante.

—¡Porque esa maldita tienda es mía, mía! —refunfuñó el centurión—. ¡Por eso! —¡Señor! ¡Shhh!

—¿Qu-qué? ¿Qué pasa? —Macro se irguió y de inmediato, con un acto reflejo, alargó la mano para agarrar su espada—. ¡Informe!

—¡Tenemos compañía, señor! —dijo Cato en voz baja mientras se acercaba con sigilo al centurión—. El centinela dice oír movimiento.

En un instante Macro ya estaba en pie y con la otra mano se abrochaba de forma automática la correa del casco.

—Que los muchachos formen en el claro, pero mantenlos lo más callados posible. Tal vez queramos evitar el encuentro.

—Sí, señor. Cato se dirigió con cautela hacia los legionarios que dormían mientras Macro levantaba su escudo sin hacer ruido y se abría paso junto a la hilera de cadáveres, agradecido porque el zumbido de las moscas hubiera disminuido con la llegada de la noche. Casi sobrepasó al centinela en medio de la oscuridad, pues el hombre se encontraba alerta a un lado del camino, completamente quieto, haciendo un gran esfuerzo para detectar los sonidos que provenían de más abajo del estrecho sendero.

—¡Señor! —susurró el centinela en una voz tan baja que, de no haber estado escuchando tan atentamente, Macro no lo hubiera oído. El repentino sonido lo hizo estremecerse al pillarlo de sorpresa. Se recobró en un instante y sin mediar palabra se puso en cuclillas junto al centinela.

—¿Qué pasa, muchacho? —Verá, señor, ahora no hay nada. Pero juro que oí algo hace sólo un momento.

—¿Qué fue lo que oíste exactamente?

—Voces, señor. Muy quedas, pero no muy distantes. Hablando en voz muy baja.

—¿Nuestras o suyas? El centinela se quedó un momento en silencio antes de responder.

—¡Suéltalo ya! —susurró Macro con enojo—. ¿Nuestras o suyas?

—No... no estoy seguro, señor. Era algo que en general no podía entender del todo. Pero también oí algo que parecía latín.

El centurión dio un resoplido desdeñoso. Se quedó agachado, aguzando el oído para detectar el más leve sonido procedente del sendero que se perdía de vista en una curva, a unos nueve metros escasos de donde estaban. El rumor que provenía del claro era demasiado audible aun cuando los hombres trataban de formar lo más silenciosamente posible. Pero, por fin, se quedaron quietos y Macro recuperó la concentración. No obstante, no se oía nada fuera de lo normal, sólo el croar de las ranas de vez en cuando. Una forma oscura se acercó desde el claro. —¡Pss! —bisbiseó Macro—. Por aquí, Cato.

—¿Hay señales de ellos, señor? —Una mierda. Parece que aquí nuestro chico se ha dejado llevar demasiado por su imaginación.

Era un error bastante común entre los centinelas, sobre todo en el servicio activo. La oscuridad aumentaba la dependencia de un hombre de uno solo de sus sentidos y la imaginación empezaba a funcionar con el más mínimo ruido para el cual no hubiera una interpretación inmediata.

—¿Digo a la centuria que dejen de estar alerta, señor? —Macro estaba a punto de responder cuando un repentino crujido, como el de un arbusto que se hubiera enganchado y soltado rápidamente, les heló la sangre en las venas.

Ya no había dudas sobre lo que había dicho el centinela, y se quedaron en cuclillas sin moverse bajo el cálido aire nocturno, con los músculos en tensión y listos para entrar en acción.

Un tenue resplandor anaranjado vaciló al otro lado del recodo del camino y las chispas atravesaron los espacios entre el follaje cuando alguien que llevaba una antorcha se acercó por el sendero.

—¿Es de los nuestros? —preguntó Cato.

—¡Calla! —susurró Macro.

—¿Quién anda ahí? —exclamó de pronto una voz que venía de la luz. Cato sintió que lo invadía una oleada de alivio y casi se rió ante el brusco descenso de la tensión. Hizo ademán de ir a ponerse en pie pero Macro lo agarró de la muñeca.

—¡No te muevas!

—Pero, señor, ya lo ha oído. Es uno de los nuestros. —¡Cierra la boca y no te muevas! —exclamó Macro entre dientes.

—¿Quién anda ahí? —repitió la voz. Hubo una pausa, seguida de lo que podría haber sido un rápido intercambio de palabras en voz baja. Luego la voz continuó

diciedo—: Soy b́atavo. ¡Tercera cohorte de caballería! ¡Si sois romanos, identificaos!

No se podía negar que el acento de aquel latín sonaba como el de los b́atavos, y Macro sabía que la tercera montada estaba en la zona. Pero aun así, había algo en el tono de voz de aquel hombre que le impedía arriesgarse a dar una respuesta.

Se hizo otro breve silencio antes de que la voz volviera a oírse, en esa ocasión con un dejo tembloroso.

—¡Por todos los dioses! ¡Si sois romanos, responded!

—¡Señor! —protestó Cato.

—¡Cállate!

Con un súbito crujido, el brillo de la antorcha se intensificó y las llamas se alzaron por encima de los arbustos de aulaga. Un grito inhumano atravesó la densa y calurosa atmósfera que se cernía sobre el pantano.

—¿Qué diablos? —El centinela se echó hacia atrás del susto. Macro iba a agarrarlo cuando de pronto una figura en llamas apareció por el recodo del camino y se fue corriendo hacia el claro mientras chillaba e iluminaba el suelo a su alrededor con un refulgente y parpadeante brillo. El aireapestaba a brea y a carne quemada y la figura tropezó y rodó por el suelo sin dejar de gritar.

Macro agarró al centinela y a su *optio* y los empujó en dirección al resto de la centuria.

—¡Corred! Justo por detrás de ellos la noche se inundó de unos gritos de guerra salvajes, seguidos por el agudo estruendo de un cuerno de guerra. Más abajo, tras los pasos de su prisionero b́atavo, los britanos irrumpieron en el camino, con un aspecto espantoso bajo la resplandeciente luz de la antorcha que sostenía en alto el hombre que encabezaba su ataque. Antes de echar a correr tras su centurión, Cato sólo tuvo tiempo de echar un vistazo, pero fue suficiente para ver que, felizmente, el b́atavo yacía inmóvil en el suelo. Atravesaron precipitadamente la línea de legionarios que esperaban más allá de la luz rojiza de la antorcha que se les venía encima y se dieron la vuelta para enfrentarse a los britanos, dispuestos a luchar al instante. Pero sus perseguidores habían hecho un alto momentáneo para arremeterla a hachazos y cuchilladas contra la hilera de cadáveres colocados a lo largo del camino.

—¿Pero qué demonios hacen? —se preguntó Macro.

—¡Creen que somos nosotros, señor! ¡Piensan que nos han pillado durmiendo.

Con un feroz grito de consternación, los britanos se percataron de su error y se volvieron hacia los legionarios alineados en medio del pequeño claro.

—¡Lanzad las jabalinas a discreción! —rugió Macro. Los oscuros astiles describieron un arco con una baja trayectoria y fueron directos a los primeros britanos. Ocultas por la noche, las jabalinas se hundieron en los cuerpos de sus víctimas antes incluso de que éstas fueran conscientes del peligro; varios

atacantes cayeron y fueron pisoteados por sus compañeros en su impaciencia por abalanzarse sobre los romanos. Apenas hubo tiempo para lanzar una segunda serie antes de que tuvieran encima a los britanos que chillaban sus salvajes gritos de guerra. Se oyó el seco chasquear y entrecocar de armas y escudos, acompañado del vocerío, los gruñidos y los gritos de hombres que peleaban como locos en la oscuridad.

—¡Cerrad filas! ¡Cerrad filas! —gritó Macro por encima del barullo—. ¡Manteneos juntos!

A menos que los legionarios pudieran mantenerse bien diferenciados de sus enemigos, había muchas posibilidades de que un romano atacara a otro romano.

En aquel preciso momento la luna empezó a asomar por detrás de un oscuro banco de nubes y su débil luz grisácea iluminó la escena. Para su alivio, Macro vio que sus hombres estaban consiguiendo mantenerse lo bastante juntos para resistir la oleada de britanos que arremetían contra la pared de escudos a golpes de hacha y espada. Pero en el preciso momento en que volvía la mirada hacia el otro lado, un enorme guerrero se lanzó por entre los escudos de los soldados, estuvo a punto de derribarlos y se arrojó contra el centurión. Macro sólo tuvo un instante para reaccionar y empezó a rodar por el suelo, retrocediendo para amortiguar el impacto que se le venía encima.

—¡Señor! —gritó Cato desde un lado; concentró el peso de su cuerpo en el escudo y con el tachón golpeó al britano en el costado. Fue suficiente y el hombre cayó al suelo estrepitosamente a los pies de Macro, sin aliento a causa del golpe. Macro echó hacia atrás el brazo con el que sujetaba la espada y le pegó con el pomo en la barbilla al britano. El hombre se vino abajo con un simple gruñido, fuera de combate.

Cato ayudó enseguida a su centurión a ponerse en pie y entonces, con el escudo por delante, hincó su espada en la masa de guerreros que se enfrentaban a él. La punta de la hoja hirió a un hombre, que soltó una maldición, y Cato retiró la hoja y volvió a clavarla de nuevo.

En aquellos momentos la luna estaba despejada de nubes y su melancólica luz caía sobre la agitada refriega, reflejándose débilmente en las chispeantes hojas, en los bruñidos cascos y armaduras. Macro vio que él y sus hombres eran ampliamente superados en número y que por el sendero que había frente al claro aún aparecían más de aquellos fieros guerreros. Con todo aquello en su contra, los legionarios no podían tener esperanzas de aguantar mucho y parecían condenados a correr la misma suerte truculenta que los bátavos.

—¡Replegaos! ¡Replegaos hacia el extremo del claro! —bramó Macro por encima del estruendo de la salvaje escaramuza—. ¡Conmigo!

Paró un golpe lateral y dio un paso atrás. A ambos lados sus hombres regularon y cedieron terreno mientras se dirigían despacio hacia allí donde el claro se estrechaba. Eso era mejor para ellos, puesto que no hubieran podido

defender mucho más tiempo toda la anchura del claro. Lenta, muy lentamente, fueron retrocediendo paso a paso a ambos lados del camino, y formaron en un apretado grupo de tres filas en fondo, y luego cuatro, contra las cuales la mayor fuerza de los britanos dejó de tener un impacto significativo. Ahora se trataba de ese tipo de combate denso, cuerpo a cuerpo, en el que el equipo y entrenamiento romanos sobresalían, y las estocadas de las espadas cortas empezaron a cobrarse más víctimas que las hojas pesadas y difíciles de manejar que preferían los nativos. Aun así, el mero volumen del contingente enemigo al final garantizaría una victoria britana. Macro echó una ojeada con preocupación a sus filas, cada vez más reducidas.

—¡Seguid retrocediendo! ¡Atrás! Cuando llegaron al borde del claro, el combate se concentraba en un estrecho frente y los romanos supervivientes, de forma instintiva, unieron tres escudos de lado a lado del sendero para que supusieran un sólido obstáculo para sus perseguidores britanos.

—¡Los cinco hombres de atrás que se queden conmigo! —gritó Macro—. ¡Cato! Llévate a los demás por ese camino tan deprisa como puedas. Dirígete hacia el río y síguelo corriente abajo.

—Sí, señor. Pero, ¿y usted? —le dijo el *optio*, preocupado—. ¿Señor?

—Os seguiremos después, *optio*. ¡Ahora vete! Mientras el resto de la centuria bajaba corriendo por el sendero, Macro miró los pálidos rostros de sus compañeros y sonrió. Clavó su espada en la masa que había al otro lado de su escudo.

—¡De acuerdo, muchachos! Vamos a hacer que esto sirva de algo. No van a olvidarse de la segunda legión fácilmente.

Mientras corría camino abajo, Cato trataba de no pisarle los talones al último soldado. Todos sus instintos le empujaban a escapar tan rápidamente como pudiera de los sonidos del combate que tenía lugar detrás de él. No obstante, ardía de vergüenza, y hubiera dado la vuelta y regresado junto a su centurión si no fuera por la orden expresa de Macro y la responsabilidad que ahora tenía sobre aquellos supervivientes de la sexta centuria. Cuando los sonidos de la batalla se hicieron más débiles, Cato gritó la orden de alto y se abrió paso hacia el frente de la centuria a toda prisa. No podía confiar en que el soldado que iba en cabeza prestara atención a la posición de la luna respecto al río; podría meterse en el pantano de manera atolondrada.

Cuando se hubo orientado y ya no podía oír ningún sonido de la última resistencia de Macro en el claro, Cato ordenó a la centuria que le siguiera al trote. Era peligroso correr en la oscuridad, el camino era demasiado irregular y estaba lleno de raíces retorcidas. Era mucho mejor avanzar a un paso que pudieran mantener todavía un poco más. En medio de unos sonidos metálicos y tintineos, los legionarios siguieron adelante por el sinuoso sendero bajo la pálida luz de la luna y Cato se sintió aliviado al comprobar que el camino se ensanchaba cada

vez más y seguía una línea por lo general recta, lo cual demostraba que en aquel punto el sendero había sido abierto por el hombre y que, por consiguiente, conducía a algún lugar.

Un grito distante que sonó detrás de ellos puso de manifiesto que los britanos habían salido en su persecución. Cato alargó sus zancadas y trataba de coger aire mientras marchaba pesadamente. Miraba hacia atrás con frecuencia para asegurarse de que los soldados seguían con él. De repente creyó oír lo que estaba buscando: el sonido susurrante del agua a lo largo de las orillas de un río. Entonces estuvo seguro de que se trataba de ese sonido.

—¡El río, muchachos! —gritó al tiempo que respiraba con fuerza y tomaba suficiente aire para que lo oyeran—. Hemos llegado al río.

El camino se torcía ligeramente hacia un lado y entonces allí estaba, el gran Támesis, fluyendo hacia el mar y brillando con la luz de la luna que se reflejaba en él. Brusquement el sendero fue a dar a una llana extensión de barro que Cato sintió que cedía bajo sus pies y le succionaba las botas.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó—. ¡No os apartéis del camino! —Mientras la centuria esperaba, jadeando en la cálida atmósfera, Cato pinchó el suelo que tenía delante con la punta de su espada. La hoja se hundió en él sin apenas resistencia. Los gritos se aproximaban por el sendero y Cato levantó la vista, aterrorizado.

—¿Qué coño vamos a hacer, *optio*? —dijo alguien en voz alta—. Los tendremos encima en un minuto.

—¡Escapemos a nado! —sugirió otro.

—¡No! —respondió Cato con firmeza—. Ni hablar de ir nadando a ningún sitio. Sería inútil. Nos eliminarían fácilmente.

Fue presa de un momento de indecisión que lo paralizó, antes de que unos nuevos gritos proferidos por los britanos lo despabilaran. Aquella vez el vocerío no provenía del camino sino de mucho más cerca, justo del otro lado del río. Recorrió la orilla con la mirada hasta que vio a un hombre que gritaba y blandía una lanza hacia ellos. Otros dos hombres chapoteaban en el barro para reunirse con él. Más abajo, a menos de cincuenta pasos, había una masa de grandes formas que parecían cascos de embarcaciones y que se alzaban al borde del río.

—¡Allí! ¡Botes! ¡Vamos! —gritó Cato. No sin esfuerzo, sacó el pie del barro y lo plantó delante, donde se le hundió hasta el tobillo y quedó atrapado en el repugnante y hediondo légamo. El resto de la centuria se hundió tras él y, resoplando debido al esfuerzo, se dirigieron con gran dificultad hacia las embarcaciones que Cato había visto. El cieno les succionaba las piernas con un ruido de chapoteo y los que estaban más agotados tropezaron y quedaron casi sumergidos en aquella inmundicia. Los tres britanos les veían acercarse mientras gritaban llamando a sus compañeros a voz en grito. Cato miró hacia atrás y pudo distinguir el rojo resplandor de la antorcha que se acercaba a ellos con un zigzagueo y siguió adelante arrastrando los pies, obligando a sus piernas a abrirse

camino en el barro.

Entonces se oyó un grito de triunfo por detrás de ellos cuando sus perseguidores llegaron al final del sendero y divisaron a su presa atrapada en el légamo del río. Sin dudarlo ni un instante, los britanos se metieron en el barro tras ellos con el que llevaba la antorcha en cabeza. El parpadeante resplandor rojizo cabrilleaba en la untuosa superficie del cieno y proyectaba las ondulantes sombras tanto de romanos como de britanos en todas direcciones. Todas las fuerzas de su cuerpo y de su ánimo estaban al límite mientras Cato alentaba a sus hombres y a él mismo a seguir adelante y les decía que se pusieran los escudos en la espalda por si sus perseguidores tenían armas arrojadizas.

El barro se volvió menos profundo y más sólido bajo sus pies cuando llegaron al lugar donde se encontraban los tres britanos que vigilaban los botes. Cato trató como pudo de mantener el equilibrio en el barro resbaladizo y se abalanzó sobre el que tenía más cerca: un viejo con ropajes bastos que sólo llevaba una lanza de caza. Le lanzó una estocada a Cato con las dos manos que el *optio* esquivó con rapidez, desviando la punta hacia el barro y provocando con ello que el ímpetu de la arremetida desequilibrara al britano, que quedó entonces en una posición perfecta para asestarle un rápido golpe en la espalda. El hombre dio un profundo gemido al quedarse sin aire en los pulmones, cayó boca abajo sobre el cieno y Cato se deslizó por encima de él hacia los dos guardias que quedaban. No eran más que muchachos, y una sola mirada a aquel mugriento romano que iba a por ellos con los labios inconscientemente crispados en un gruñido fue más que suficiente.

Aferraron sus lanzas, se dieron la vuelta, echaron a correr dejando atrás las hileras de botes que supuestamente tenían que proteger y desaparecieron en la noche. Por primera vez Cato pudo ver bien las embarcaciones; eran pequeñas, con el armazón de madera cubierto de piel, y cada una de ellas podría llevar a tres o cuatro hombres. Tenían aspecto de ser ligeras y endebles, pero en ese momento eran la única posibilidad que tenía la sexta centuria de escapar a la aniquilación.

Cato se dio la vuelta, jadeando, y vio que sus hombres salían del barro más profundo que había a su espalda. A poca distancia de ellos, los guerreros britanos seguían avanzando, con el barro casi hasta la rodilla, y se abrían paso con dificultad por la ciénaga que su presa había dejado revuelta. El hombre que llevaba la antorcha hacía lo que podía para mantenerla en alto y el parpadeante resplandor iluminaba los rostros de los britanos con un brillo rojizo aterrador. Al vadear el barrizal, uno de los romanos se había hundido más que sus compañeros y sus perseguidores le estaban alcanzando rápidamente.

—Haced unos cortes con los cuchillos en los costados de esos botes —les gritó Cato a sus hombres—. ¡Pero reservad diez para nosotros!

Los legionarios pasaron apiñados junto a él, la emprendieron con la piel de los

botes más próximos y siguieron acometiendo su tarea con rapidez a lo largo de la orilla. Cato retrocedió hacia el último romano que aún estaba abriéndose paso a duras penas por el barro del río y al que entonces ya pudo identificar bajo la claridad proporcionada por la luna y el resplandor de la antorcha.

—¡Pírax! ¡Date prisa, compañero! Están justo detrás de ti. El veterano echó un rápido vistazo por encima del hombro al tiempo que hacía un gran esfuerzo para sacar la pierna del barro, pero la succión era demasiado fuerte y sus últimas reservas de energía casi se habían agotado. Lo intentó de nuevo, acompañando sus esfuerzos con maldiciones y, con un fuerte ruido de ventosa, pudo soltar el pie y lo plantó delante lo más lejos que pudo, concentró en él el peso de su cuerpo y trató de liberar su otra pierna. Pero el esfuerzo requerido para avanzar un paso más era demasiado para él y se quedó quieto unos instantes, con una expresión de terror y frustración grabada en el rostro. Su mirada se cruzó con la de Cato.

—¡Vamos, Pírax! ¡Muévete! —le gritó Cato, desesperado—. ¡Es una orden, soldado!

Pírax se lo quedó mirando fijamente un momento antes de que su cara se relajara y sonriera con desconsuelo.

—Lo siento, *optio*. Creo que tendrás que ordenarme que ataque.

—Pírax...

El legionario se apuntaló lo más firmemente que pudo en el barro y se dio la vuelta para enfrentarse a los britanos que se encontraban a unos cuantos pasos de distancia pero que se esforzaban con furia por avanzar y caer sobre él. Consternado, Cato observó, a poca distancia y sin ninguna posibilidad de intervenir, cómo Pírax luchaba su última batalla, atrapado en el cieno hediondo y lanzando gritos de desafío hasta el final. Bajo el tinte anaranjado de la antorcha, Cato vio que el primer britano lanzaba la espada contra la cabeza de Pírax. Pírax paró el golpe con su escudo antes de dar una estocada con su propia espada. Pero la diferencia de alcance de las armas hizo que no pudiera golpear a su oponente.

—¡Venga, cabrones! —gritó Pírax—. ¡Venid a cogerme! —Dos lanceros se situaron en posición de tiro y lanzaron sus armas contra el legionario atrapado, apuntando a los espacios que quedaban entre el escudo y su cuerpo. Al tercer intento, uno de ellos dio en el blanco y Pírax soltó un grito cuando la punta se le hundió en la cadera. Bajó la guardia, dejó caer el escudo a un lado y, al instante, el segundo lancero le alcanzó en la axila. Pírax se quedó completamente quieto durante un momento, entonces se le cayó la espada de la mano y se desplomó en el barro. Miró hacia Cato por última vez, con la cabeza caída y la sangre saliendo de su boca.

—Corre, Cato... —dijo en un ahogo. Entonces los britanos se acercaron y, rodeándolo, empezaron a propinarle hachazos y cuchilladas al cuerpo de Pírax mientras que Cato se quedaba paralizado de horror. Cuando se recobró se dio la vuelta y corrió para salvar su vida, deslizándose por el traidor limo hacia el

puñado de botes que el resto de la centuria había empujado al río. Se dirigió hacia el mas próximo y se adentró en el bajío con un chapoteo mientras que el primero de los britanos que le perseguían emergía del barro más profundo al tiempo que lanzaba su grito de guerra. Cato soltó el escudo y alargó el brazo para asir el lado del bote. Se agarró con fuerza y con ello hizo que la endeble embarcación se ladeara peligrosamente.

—¡Ten cuidado, *optio*! Vas a hacer que volquemos. —Subió como pudo por el costado. Los tres hombres que ya estaban dentro del bote se inclinaron hacia el lado contrario para mantener el equilibrio y sólo entró un poco de agua cuando Cato cayó rodando al fondo, haciendo que la embarcación se meciera de forma alarmante. De pronto, otro par de manos se agarraron a un lado y el bote volvió a ladearse, revelando el crispado rostro de un guerrero britano con un brillo de triunfo en sus salvajes ojos abiertos de par en par. Se produjo el sonido de un roce que atravesó el aire y un destello de luz de luna sobre la hoja de Cato, seguidos por un débil crujido cuando la espada le cortó la mano al britano justo por debajo de la muñeca. El hombre bramó de dolor, la mano amputada cayó al río y él cayó con ella.

—¡Salgamos de aquí! —gritó Cato—. ¡Moveos!

Los legionarios metieron los remos en el río y, con torpeza, hicieron fuerza para alejar la nada familiar embarcación de la orilla del río. Cato se arrodilló en la popa y observó cómo, por detrás de él, los britanos se metían en el río, pero el espacio entre ellos se fue ensanchando y al final el enemigo abandonó, gritando con airada frustración. Algunos de los más ingeniosos se dirigieron a los botes que quedaban antes de descubrir las rasgaduras y jirones que tenían a los lados y que los hacían inservibles. El espacio entre la pequeña flotilla de Cato y la orilla del río aumentó gradualmente hasta que los britanos fueron unas pequeñas figuras que pululaban bajo la luminosidad cada vez menos imponente de su antorcha, la cual proyectaba una rutilante estela de oscilantes reflejos en dirección a los romanos.

—¿Y ahora qué, *optio*? —¿Eh? —Cato se volvió, momentáneamente aturdido por su terrible huida.

—¿Hacia dónde debemos dirigirnos, señor? —Cato frunció el ceño al oír aquel tratamiento tan formal antes de caer en la cuenta de que ahora estaba al mando de la centuria y que él era la persona de quien los hombres esperarían recibir las órdenes y obtener la salvación.

—Río abajo —murmuró, y luego alzó la cabeza hacia la otra embarcación—. ¡Poned rumbo río abajo! Seguidnos.

A la luz de la luna, la fila de pequeñas naves avanzaba a ritmo constante en la lenta corriente. Cuando la antorcha de la orilla del río se perdió finalmente de vista en el primer recodo al que llegaron, Cato se dejó caer, se apoyó contra la popa del bote y echó la cabeza hacia atrás para mirar cansinamente la cara de la

luna. Entonces, cuando ya estaban fuera de peligro inmediato, su primer pensamiento fue para Macro. ¿Qué le habría ocurrido? El centurión se había quedado a pelear para salvar a sus hombres sin dudarlo ni un momento, como si fuera la cosa más natural del mundo. Había conseguido que Cato y los demás tuvieran tiempo suficiente para escapar pero, ¿le habría costado eso su propia vida? Cato dirigió la mirada río arriba y se preguntó si cabía la posibilidad de que Macro también hubiera podido escapar. Pero, ¿cómo? Se le hizo un nudo en la garganta. Se maldijo a sí mismo y le costó trabajo contener sus emociones delante de los demás soldados que había en la embarcación.

—¿Oís eso? —dijo alguien—. Dejad de remar.

—¿Qué Pasa? —Cato abandonó sus meditaciones.

—Me pareció oír trompetas, señor.

—¿Trompetas?

—Sí, señor... ¡Ahora! ¿Lo ha oído? —Cato no oyó nada más que el chapaleo del agua y el chapoteo de los remos de los botes que les seguían. Entonces, transportado río arriba por el cálido aire nocturno, llegó el débil sonido de unas notas de instrumentos de viento. La melodía era totalmente inconfundible a oídos de cualquier legionario. Era la señal para que el ejército romano se concentrara.

—Son nuestras trompetas —murmuró Cato.

—¿Habéis oído? —les gritó el legionario a los otros botes—. ¡Son los nuestros, compañeros!

Los hombres de la centuria celebraron aquel sonido y se inclinaron sobre sus remos con energías renovadas. Cato sabía que en realidad debía ordenarles que cerraran la boca, más por disciplina que por el peligro que podía representar otra embarcación en el río aquella noche, pero sintió que un enorme peso le oprimía el corazón. Macro estaba muerto. No pudo reprimir sus sentimientos y las lágrimas le rodaron por las mejillas y gotearon sobre su mugrienta armadura. Se dio la vuelta para ocultar su pena a los soldados.

Capítulo XXIII

La legión volvió a agruparse lentamente durante la noche a medida que los hombres respondían a los toques de trompeta. Llegaron en pequeños grupos, centurias e incluso cohortes al mando de los pocos centuriones jefe que se habían dado cuenta a tiempo del peligro que el terreno representaba para la cohesión de las unidades. Casi todos los legionarios estaban muertos de cansancio y cubiertos de barro. Se dejaban caer al suelo y descansaban en las zonas que el grupo de mando había señalado para ellos. Justo después de la puesta de sol, Vespasiano había llegado a aquel pantalán construido de modo rudimentario y su reducido cuerpo de oficiales y soldados de la escolta se había quedado esperando con inquietud junto a una gran hoguera que servía de señal. A intervalos regulares durante toda la noche, los trompetas habían estado tocando retreta a todo volumen y el esfuerzo de pulmones y labios se notaba en el deterioro gradual de la señal.

Separado del resto del ejército y sin el apoyo de las cohortes auxiliares, Vespasiano se sentía terriblemente expuesto. Cualquier fuerza enemiga considerable que surgiera del pantano podría aniquilar fácilmente al grupo de mando y a su centuria de guardia. Cualquier sonido causado por las escaramuzas que tenían lugar en la oscuridad le hacía temer lo peor. Incluso cuando los soldados empezaron a regresar poco a poco a la legión, el miedo de que pudieran tratarse de guerreros britanos aumentaba la tensión hasta el momento en que el alto del oficial era respondido con la contraseña correcta. Lentamente los desaliñados legionarios salían de la oscuridad y, cuando encontraban su zona de emplazamiento, se desplomaban en el primer lugar que encontraban y se quedaban dormidos.

Era imposible pedirles a los soldados que levantaran un campamento de marcha en su actual estado de agotamiento y Vespasiano tuvo que contentarse con un círculo de centinelas formado por miembros de la escolta del legado. Era necesario dejar descansar a los hombres si la segunda tenía que volver a entrar en acción al día siguiente. Además, había que darles de comer y rearmarlos con jabalinas y otros efectos que hubieran perdido durante los enconados combates en el pantano. Se había mandado a buscar el convoy de bagaje y un destacamento de caballería de la legión lo escoltaba a lo largo del camino. Hacia el otro lado se dirigía una columna de prisioneros vigilados por otro escuadrón de caballería. Vespasiano le había asignado esa tarea a Vitelio con órdenes de dirigirse directamente desde el campamento situado en la ribera del Medway al cuartel general de Aulo Plautio. El general debía ser informado de la situación con toda claridad para que de ese modo pudiera replantearse el ataque previsto para la mañana siguiente. Era una pesada misión para el tribuno y no estaba exenta de peligro pero, sorprendentemente, Vitelio pareció muy dispuesto cuando

el legado le dio las órdenes. A Vespasiano se le pasó por la cabeza que bien podía ser que su tribuno superior se alegrara de estar lo más lejos posible de la línea del frente, fueran cuales fueran las molestias que eso conllevara.

Cuando la luna emergió de entre un grupo de nubes bajas, el paisaje quedó bañado de su siniestro resplandor y el legado pudo ver hasta qué punto eran malas las condiciones de la legión. Los exhaustos soldados que yacían dormidos por todos los sectores ofrecían el aspecto de un vasto campo de heridos más que el de un ejército. Por un momento Vespasiano se quedó horrorizado al recordar que aquella era la misma unidad que hacía muy poco había abrigado su equipo hasta darle un fulgor propio de un desfile y en la que el entusiasmo por atacar al enemigo irradiaba de todos y cada uno de sus componentes. Aunque todavía podían contarse por miles, era doloroso ver hasta qué punto se habían reducido en las últimas semanas de campaña las tropas de todas las centurias que estaban descansando en aquel momento.

Al final, el chirriante paso de unas ruedas de carro anunció la llegada del convoy de bagaje y el personal del cuartel general se puso en acción con prontitud. Se montaron rápidamente las tiendas del hospital de campaña y se instaló la cocina de campaña para que todos los soldados tuvieran comida caliente en sus estómagos lo antes posible. Alrededor de Vespasiano, los administrativos se apresuraron a montar una tienda de mando, a encender numerosas lámparas de aceite colocadas sobre grandes bases de bronce y a armar los escritorios de campaña. A todas las centurias que llegaban se les ordenaba presentar un informe de efectivos y las solicitudes para reponer las armas inutilizadas y el equipo perdido antes de que sus hombres fueran conducidos a las zonas de reunión asignadas. Desde su escritorio de campaña, el legado miraba cómo pasaban lentamente las oscuras filas de soldados. Ninguno saludó, ninguno levantó la mirada. Como formación ofensiva para un futuro inmediato, la legión estaba acabada. La única compensación era que el enemigo no se encontraba en condiciones de contraatacar, puesto que lo habían hecho retroceder en el lodo del río y lo habían obligado a ocupar apresuradas posiciones defensivas al otro lado del Támesis. Sin embargo, el tiempo que los legionarios necesitarían para recuperar su empuje los britanos lo aprovecharían muy bien para prepararse para la próxima fase sangrienta de la campaña.

Aquellos eran factores sobre los cuales el legado no tenía ninguna influencia y lo mejor que podía hacer en las presentes circunstancias era dejar descansar, alimentar y volver a equipar a la segunda cuanto antes. Los soldados merecían que el general los tratara mejor después de su espectacular actuación de hacía dos días. ¿Dos días? Vespasiano frunció el ceño. ¿Eso era todo? Hasta el tiempo parecía haberse tragado aquel pantano infernal que se extendía a su alrededor en la oscuridad...

Vespasiano parpadeó y abrió los ojos justo cuando empezaba a deslizarse por

el taburete y recuperó el equilibrio con una súbita sacudida de sorpresa. Se reprendió a sí mismo al instante y luego miró a su alrededor para ver si alguien se había percatado de aquel muy humano fallo de su comandante. Los administrativos estaban inclinados sobre su trabajo bajo el brillo de las lámparas de aceite y sus escoltas se hallaban en rígida posición de firmes. Un instante más de sueño y se hubiera caído del taburete y terminado despatarrado en el suelo. Esa imagen lo hizo arder de vergüenza y se obligó a ponerse en pie.

—¡Tráeme algo de comer! —le dijo con brusquedad a un ordenanza—. ¡Y enseguida!

El ordenanza saludó y salió a toda prisa hacia las cocinas. Vespasiano se puso a pensar en otros detalles preocupantes de la campaña. Uno de los centuriones que había salido del pantano le había entregado una espada corta. Eso no tenía nada de extraordinario, pero el centurión se había topado con una gran formación de britanos armados con espadas idénticas a aquélla.

—Mire, señor. —El centurión sostuvo la hoja en alto para que se viera con más claridad bajo la luz de la luna. Vespasiano la miró detenidamente y vio el sello del fabricante.

—Gneo Albino —dijo entre dientes—. Es una firma de la Galia, creo. Esta espada está muy lejos de su tierra.

—Sí, señor. Así es —asintió educadamente el centurión—. Pero eso no es todo, señor. La fragua de Albino es uno de los principales abastecedores de las legiones del Rin.

—Y las contratas para las armas son exclusivas. ¿Qué hace ésta aquí entonces?

—Y no es sólo esta espada. Vi montones como ésa allí en el pantano, señor. Y puesto que somos el primer ejército romano que llega a estas costas desde la época de César, no puede ser que las hayan capturado.

—Así pues, ¿qué es lo que estás sugiriendo, centurión? ¿Qué los Albino no trabajan en exclusiva según el contrato de armamento imperial?

Lo dudo, señor. Las graves penas existentes para un acto como aquél lo hacían muy poco probable. El centurión se encogió de hombros y luego siguió hablando en un tono significativo—. Pero si no son los fabricantes, entonces tiene que ser alguien que se encuentre en otro estadio del proceso.

—Te refieres a alguien del ejército o del servicio civil? —Tal vez Vespasiano lo miró.

—Supongo que no quieres llevar más lejos este asunto.

—Soy un soldado, señor —contestó el centurión con firmeza—. Hago lo que se me ordena y lucharé con quien haga falta. Esto no tiene nada que ver con ser soldado. Apesta a política y conspiraciones, señor.

—Lo cual significa que crees que soy yo quien tendría que investigarlo.

—Va con el rango, señor. La alusión al rango implicaba la clase social

además del grado militar y Vespasiano tuvo que contener la dura réplica que habría sido su primera respuesta. El centurión no decía más que la verdad. Aquel hombre había servido la mayor parte de su vida bajo las águilas y sin duda sentía un sensato desdén hacia la arteria de la clase política de la que provenían los legados de las legiones. Vespasiano, que se sentía impulsado a ganarse la aceptación y admiración de aquellos que tenía al mando, lo cual era raro, se sintió herido por el desprecio profesional del soldado. A esas alturas esperaba haberse ganado su confianza, pero estaba claro que algunos de los hombres todavía recelaban de él. El fracaso de ese día en el pantano había sido el resultado de las órdenes recibidas del general, pero los soldados culparían primero al legado.

No se podía hacer nada al respecto. Supondría una desmesurada muestra de debilidad personal explicarle a cualquiera de sus subordinados los límites de su autoridad, que él también estaba obligado a obedecer órdenes igual que ellos. El alto mando colocaba a un hombre en el centro de un dilema irresoluble. Para su general, él era el responsable de las acciones de sus hombres. Para sus soldados, él era el responsable de las órdenes que se veía forzado a darles. Ninguno de los dos lados iba a tolerar excusa alguna y cualquier intento por justificarse no haría otra cosa que provocar un desprecio e indignación humillantes tanto en sus superiores como en sus subordinados.

—Yo me encargaré de ello entonces, centurión. Puedes retirarte.

El centurión asintió con la cabeza, satisfecho, saludó y regresó a grandes zancadas junto a sus hombres. Vespasiano lo vio desaparecer en la penumbra mientras se reprochaba haber dejado que aquel hombre fuera testigo de su desconsuelo. Debía ser estoico con estas cosas. Por otro lado, existía un asunto mucho más importante que considerar. Mucho más importante que la autocompasión de un legado, se reprochó. La presencia de aquellas espadas y el anterior descubrimiento de proyectiles de honda oficiales del ejército entre la munición que utilizaban los britanos constituían un inquietante cuadro. La presencia de aquella curiosa arma podría explicarse conjeturando el saqueo de los romanos muertos, pero lo que el centurión le había contado demostraba algo más. Alguien estaba abasteciendo al enemigo con armas que habían sido destinadas a las legiones. Alguien con dinero y con una red de agentes que se encargarían del transporte de cargamentos considerables. Pero, ¿quién?

—Aquí mismo estará bien —le dijo Vitelio al decurión—. Descansaremos aquí un momento. Podéis dar de beber a los caballos.

La columna de prisioneros y su guardia montada habían llegado a un punto del camino donde éste se adentraba en un bosquecillo junto a un estrecho arroyo.

—¿Aquí, señor? —El decurión echó un vistazo alrededor, al oscuro sotobosque que los rodeaba. Con el mayor tacto posible, añadió—: ¿Cree usted que es prudente, señor? Generalmente, ningún oficial en su sano juicio se plantearía

detener una columna de prisioneros en un lugar tan favorable para una fuga.

—¿Crees tú que es prudente poner en duda mis órdenes? —replicó Vitelio de manera cortante.

El decurión se dio rápidamente la vuelta en su silla y se llenó de aire los pulmones.

—¡Columna... alto! —Ordenó a los prisioneros que se sentaran y pidió a los miembros de la escolta que se ocuparan de los caballos con rapidez mientras Vitelio desmontaba y ataba a su animal al tocón de un árbol a la entrada de un sendero que corría junto al arroyo.

—¡Decurión!

—¿Señor? —El decurión volvió al riachuelo.

—Tráeme otra vez a ese jefe. Me parece que es hora de que vuelva a hablar tranquilamente con él.

—¿Señor?

—Ya has sido advertido sobre el hecho de cuestionar mis órdenes, decurión —dijo Vitelio con frialdad—. Hazlo una vez más y no lo olvidarás. Ahora tráeme a ese hombre y ocúpate de tus otras obligaciones.

Obligaron a ponerse en pie al britano, que iba ataviado con un charro atuendo, y lo llevaron a empujones junto al tribuno. Se quedó mirando fijamente al oficial romano con una expresión arrogante y desdeñosa. Vitelio le devolvió la mirada y, de repente, le cruzó la cara al britano con el dorso de la mano. Al hombre se le fue la cabeza hacia un lado y, cuando giró el rostro, un oscuro hilo de sangre, negra bajo la luz de la luna, le goteaba de un corte en el labio.

—Romano —dijo entre dientes con un basto acento—, si consigo librarme de estas cadenas...

—No lo harás —dijo Vitelio con sorna—. Considéralas una prolongación de tu cuerpo, para lo que te quede de vida —volvió a golpear al prisionero clavándole el puño en el estómago, con lo que lo dejó inclinado y respirando con dificultad—. Dudo mucho que ahora me vaya a causar ningún problema, decurión. Ahora puedes continuar dando de beber a los caballos hasta que regresemos.

—¿Regresar de... ? Sí, señor.

Vitelio agarró las correas de cuero que unían las esposas de hierro que llevaba el britano y tiró de él con brusquedad camino abajo, arrastrándolo salvajemente cuando tropezaba. Una vez dieron la vuelta a una curva y dejaron de ser vistos u oídos por la columna de prisioneros, Vitelio se detuvo y tiró del hombre para que se irguiera.

—Ahora ya puedes dejarte de teatro, tampoco te pegué tan fuerte.

—Lo suficiente, romano —gruñó el britano—. Y si algún día nos volvemos a encontrar, pagarás por ese golpe.

—Entonces tendré que asegurarme de que no nos volvamos a encontrar —replicó Vitelio, y desenvainó su daga. Levantó la punta de forma que apenas la

anchura de un dedo la separaba de la garganta del britano. El britano no demostró ningún miedo, simplemente un frío desprecio por un enemigo que era capaz de hacer algo tan impropio de un hombre como amenazar a un prisionero maniatado. Vitelio ignoró la expresión del otro. Entonces la hoja bajó y cortó brevemente las correas hasta que se rompieron. Se distanció del liberado britano.

—¿Estás seguro de que te acuerdas del mensaje?

—Sí.

—Bien. Te mandaré a alguien cuando esté listo. Bueno pues —Vitelio le dio la vuelta a la daga, la cogió por la hoja y se la tendió al otro hombre—. Hagámoslo bien.

El britano tomó el cuchillo, esbozó una lenta sonrisa y de pronto le dio una bofetada al tribuno con la mano que le quedaba libre. El tribuno cayó de rodillas con un gruñido sólo para que el britano lo volviera a levantar, le diera la vuelta y le pinchara con la punta de la hoja en la parte baja de la espalda.

—¡Eh, tranquilo! —susurró Vitelio—. Tiene que ser convincente, ¿recuerdas?

Con un brazo que rodeaba firmemente la garganta del tribuno y el otro sosteniendo la daga contra la espalda de su antiguo captor, el britano lo empujó de vuelta por el sendero hacia la columna. Cuando el decurión se dio cuenta de la difícil situación en la que se encontraba su superior, se puso en pie apresuradamente.

—¡A las armas! —¡Deteneos! —consiguió decir Vitelio con voz ahogada—. ¡O me matará!

El decurión agitó los brazos hacia los soldados de caballería que se acercaban a toda prisa dispuestos a arrojar sus lanzas.

—¡Alto! ¡Tiene al tribuno! —¡El caballo! —gritó el jefe britano—. Traedme su caballo.

¡Ahora! o morirá.

Vitelio dio un grito cuando la punta de la daga le pinchó la carne. Al oírlo, el decurión se dirigió a toda prisa hacia el caballo, lo desató y le ofreció las riendas al britano.

Los demás britanos se habían puesto en pie al ver el enfrentamiento y se estaban adelantando en tropel para verlo mejor, algunos profiriendo gritos de ánimo.

—¡Que vuelvan a sentarse en el suelo! —bramó el decurión y, tras un momento de duda, los soldados de caballería hicieron retroceder a sus prisioneros como si fueran ganado.

El jefe no desaprovechó la oportunidad. Con una patada y un empujón, arrojó a Vitelio encima del decurión, cogió las riendas y subió al caballo de un salto. Se inclinó sobre el lomo del animal y con un feroz puntapié lo hizo volver a bajar por el sendero. Cuando el decurión volvió a tener los pies en el suelo, el britano ya había dado la vuelta a la curva y se había ido, y sólo persistía el sonido

de los cascos del caballo apagándose poco a poco. Los demás britanos dieron gritos de entusiasmo.

—¡Haced callar a éstos! —rugió el decurión antes de girarse para ayudar a Vitelio a ponerse en pie. Parecía estar afectado y asustado pero, aparte de eso, ileso.

—Le ha ido de un pelo, señor. —¿A él o a mí? —respondió Vitelio con amargura. El decurión era lo bastante inteligente como para no contestar.

—¿Quiere que vaya tras él, señor? —No. No tiene sentido. Probablemente él sepa abrirse camino en la oscuridad mejor que nosotros. Por otro lado, no podemos permitirnos el lujo de mandar a ningún miembro de la escolta a una persecución desesperada. No, me temo que ha conseguido escapar.

—Tal vez se tropezará con algunos de los nuestros —dijo esperanzado el decurión.

—Lo dudo.

—Es una pena lo de su caballo, señor. —Sí, era una de mis mejores monturas. De todos modos, no es necesario que te preocupes por mí, decurión. Tomaré tu caballo hasta que lleguemos al campamento.

Capítulo XXIV

Macro...

Cato había tratado de evitar cualquier pensamiento sobre el destino del centurión. Probablemente Macro estaba muerto. Pirax estaba muerto. Muchos de sus compañeros de la sexta centuria estaban muertos. Pero la idea de Macro yaciendo yerto e inmóvil allí en el pantano era imposible de aceptar. Aunque una parte lógica y fría de su mente le reiteraba que Macro no podía haber escapado a la muerte, Cato se encontró imaginando toda clase de maneras en las que podía haber sobrevivido. Ahora mismo podría estar por ahí, herido o inconsciente, indefenso, esperando a que sus compañeros llegaran y lo encontraran. Incluso podían haberlo hecho prisionero. Pero entonces la imagen de los bátavos masacrados se le apareció de repente. No habría prisioneros, no perdonarían la vida a los heridos.

El *optio* se incorporó y apoyó los brazos en las rodillas. Miró a los restantes miembros de la centuria que dormían a su alrededor. De los ochenta hombres que habían desembarcado con la flota invasora, sólo quedaban treinta y seis. Había otra docena de heridos que podía esperarse que volvieran al servicio en el transcurso de las próximas semanas.

Eso significaba que la centuria había perdido a más de treinta soldados en los últimos diez días.

De momento Cato ejercía de centurión, hasta que el personal del cuartel general uniera la centuria con otra, o recibieran reemplazos para recuperar sus efectivos. En cualquier caso, Cato no iba a estar al mando más de unos pocos días. Daba gracias por ello, aunque sentía desprecio por sí mismo por sentirse aliviado ante la perspectiva de renunciar a su autoridad. Si bien creía haber llegado a la madurez durante aquel último año, todavía le quedaban unos vestigios de ansiedad por no haber desarrollado las cualidades especiales que facultaban a un hombre para el mando. Él sería un pobre sustituto de Macro y sabía que los soldados compartirían esa opinión. Hasta que volviera a sus responsabilidades de *optio* trataría por todos los medios de dirigirlos lo mejor que pudiera, siguiendo los enérgicos y agigantados pasos de Macro.

Aquella misma noche, más temprano, cuando Cato y su pequeña flotilla salieron del río, habían alarmado a los centinelas, que no esperaban que llegara ningún romano por allí. Como preveía esa reacción, Cato había respondido con rapidez y claridad cuando el centinela les dio el alto. Después de que los desaliñados soldados hubieran subido con dificultad desde la embarrada ribera hasta el campamento, por fin a salvo, a Cato lo habían llevado a la tienda del cuartel general para que diera su informe.

Una acumulación considerable de lámparas y pequeñas fogatas señalaba la localización del cuartel general de la segunda legión mientras que a su alrededor

se extendían las largas hileras oscuras de soldados que descansaban. A Cato lo hicieron entrar en una gran tienda dentro de la cual los administrativos se hallaban enfrascados en su papeleo sobre largas mesas de caballete. Uno de ellos le hizo una seña y Cato dio un paso adelante.

—¿Unidad? —El administrativo levantó la vista de su pergamino, con la pluma suspendida sobre el tintero.

—Sexta centuria. Cuarta cohorte.

—¡Ah! Los de Macro —el administrativo mojó su pluma y empezó a escribir—. ¿Y él dónde está?

—No lo sé. Todavía debe de estar en algún lugar del pantano.

—¿Qué ocurrió? —Cato trató de explicarlo de una manera que dejara abierta la cuestión del destino de Macro, pero el administrativo sacudió la cabeza con tristeza mientras contemplaba al joven que tenía de pie ante él—. ¿Tú eres su *optio*?

Cato asintió con la cabeza.

—Bueno, pues ya no lo eres más. Vas a ser el centurión hasta nuevo aviso. ¿Cuáles son tus efectivos?

—Quedamos treinta y tantos, creo —respondió Cato.

—El número exacto, por favor —dijo el administrativo. Entonces levantó la vista y vio que el joven soldado ya no podía más, estaba ahí de pie con los ojos enrojecidos y la cabeza baja. El administrativo continuó en un tono más amable—. Señor, necesito el número exacto, por favor.

Aquel discreto recordatorio de su nueva responsabilidad hizo que Cato se pusiera derecho y centrara su mente.

—Treinta y seis. Me quedan treinta y seis hombres. Mientras el administrativo tomaba nota de los detalles, se abrió uno de los faldones de la parte de atrás de la tienda y entró el legado. Le tendió un pequeño trozo de pergamino a un oficial del Estado Mayor y se estaba dando la vuelta para irse cuando vio a Cato y se detuvo. —¡*optio*! —dijo mientras se acercaba a él—. ¿Cómo va todo? ¿Acabas de reincorporarte?

—Sí, señor.

—Ha sido una noche dura, ¿verdad?

—Sí, señor, una noche muy dura. —Había algo en el tono del muchacho que iba más allá del cansancio y, al observarlo con más detenimiento, Vespasiano vio que Cato luchaba por controlar sus emociones. Y por soportar el dolor, pensó Vespasiano cuando vio las terribles ampollas que recorrían el brazo del muchacho.

—Ha sido un día muy duro para todos nosotros, *optio*. Pero todavía estamos aquí.

—Mi centurión no...

—¿Macro? ¿Macro ha muerto? —No lo sé, señor —respondió Cato

lentamente—. Eso creo.

—Es una lástima. Una verdadera lástima. —Vespasiano se movió intranquilo ante la noticia, debatiéndose entre expresar su genuino pesar y mantener la imagen de imperturbabilidad que tanto se esforzaba en proyectar—. Era un buen hombre, un buen soldado. Con el tiempo hubiera sido un buen centurión jefe. Lo siento. Tú lo admirabas, ¿verdad?

—Sí, señor. —Cato sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Encárgate de que tus hombres coman algo y descansen. Ahora vete.

El joven saludó y estaba a punto de darse la vuelta para irse cuando Vespasiano añadió en voz baja:

—No dejes que el dolor nuble tu criterio, hijo. Tenemos unos días muy difíciles por delante y no quiero que desperdicies tu vida en una búsqueda de venganza. Ahora tus hombres cuentan contigo.

Capítulo XXV

—¿Estás seguro de eso?

Vitelio asintió con la cabeza.

—¿Y le informaste con detalle sobre nuestra situación?

—Sí, señor. Se lo conté todo.

Vespasiano volvió a leer el mensaje de Aulo Plautio, no fuera el caso de que hubiera pasado por alto algún matiz que le permitiera tener argumentos para rescindir la orden. Pero no había nada. Por una vez, los administrativos del cuartel general de Plautio habían suprimido toda ambigüedad y habían redactado un conjunto de órdenes con esa clase de escueta elegancia que se podría comparar favorablemente con las crónicas de César. En un breve párrafo se le ordenaba a la segunda legión subir a bordo de unos transportes suministrados por la armada y desembarcar en la otra orilla del Támesis. Un barco de guerra fue todo lo que se consideró necesario para proporcionar apoyo a la operación. La segunda legión tenía que hacerse con el control de la orilla del río y establecer una cabeza de puente. Si tenían éxito, a Vespasiano se le mandarían refuerzos de la novena legión.

—¡Es una locura! —se quejó el legado, y arrojó el informe sobre su escritorio portátil—. Una completa locura. No estamos en condiciones de llevarlo a cabo. Hay algunos hombres que todavía están ahí fuera en el pantano y los que han regresado al águila... ¿De qué diablos cree Plautio que estamos hechos?

—¿Quiere que vuelva e intente hacerle cambiar de opinión, señor?

Vespasiano levantó la mirada de pronto. Estaba a punto de lanzar un ataque contra el tribuno por aprovechar cualquier oportunidad para quitarle autoridad cuando se dio cuenta de que Vitelio estaba encorvado a causa del cansancio. El tribuno parecía agotado y no daba la sensación de estar en condiciones de ejercitar su astucia habitual. Aquel hombre necesitaba un descanso y, en cualquier caso, no serviría de nada mandarlo de vuelta para discutir el asunto con el general. Las órdenes habían sido dictadas y Vespasiano tenía la obligación de cumplirlas con los recursos que tuviera disponibles. Cualquier intento de recurrir a evasivas o de retrasarse dañaría su reputación. Podía imaginar perfectamente las críticas de los senadores de Roma si se enteraban de que se había resistido a mandar a sus tropas al otro lado del río. Aquellos que tuvieran experiencia en campaña intercambiarían miradas de complicidad y cuchichearían misteriosamente sobre su falta de determinación; incluso podrían llegar al extremo de atribuirle calladamente a su cobardía. Vespasiano se puso rojo de ira sólo con pensarlo.

Habría un sentimiento de amargura entre los soldados cuando se les explicara el ataque propuesto. Tras la batalla en el Medway, los mortíferos juegos del gato y el ratón del día anterior en el pantano y ahora aquel ataque desesperado contra

una nueva ribera defendida, seguro que se despertarían los recuerdos del reciente motín en Gesoriaco. Si no hubiera sido por la inexorable eliminación de los cabecillas del motín por parte de Narciso, no se habría acometido la invasión de Britania y lo que era aún peor, la autoridad del emperador habría disminuido de forma fatídica. Ya era bastante malo tener a gente como los Libertadores confabulando contra el emperador como para que encima los comandantes de un ejército alentaran sin saberlo el malestar de los rangos inferiores. Si la segunda legión se negaba a cumplir sus órdenes más tarde en aquella misma mañana, ¿cuánto tardaría en extenderse la noticia a las otras legiones? No más de dos días como mucho.

Y las órdenes eran claras. No daban ningún margen para la interpretación. Vespasiano tendría que confiar en el criterio de su superior incluso cuando temía las consecuencias de hacerlo. Con un amargo suspiro de resignación miró a su tribuno superior, decidido a recuperar su reputación de comandante de los que no se detienen ante nada con tal de cumplir las órdenes.

—Informa primero a los oficiales del Estado Mayor. Van a estar ocupados durante las próximas horas. Yo hablaré con los centuriones cuando esté listo el plan. Quiero que los hombres coman bien; si el desembarco tiene éxito, puede que pase algún tiempo antes de que puedan volver a comer como es debido. Encárgate de que la cocina de campaña dé raciones dobles; pero no más que eso o hundirán los transportes.

Era un mal chiste pero Vitelio se las arregló para esbozar una breve sonrisa antes de saludar y abandonar la tienda del legado. Vespasiano se dejó caer en su taburete y maldijo a Plautio con toda la vehemencia que su frustración y desesperanza pudieron reunir. Era perfectamente consciente de hasta qué punto su estado de agotamiento condicionaba su estado de ánimo: ¿cuándo fue la última vez que había dormido? Hacía dos días, y sólo fue un breve descanso entre el ataque de las fortificaciones del río y cuando dio las órdenes para esa última fase del avance. Le dolía todo el cuerpo, le escocían los Ojos y le costaba mucho esfuerzo concentrarse. De algún insidioso recoveco de su mente surgió el deseo de cerrar los ojos sólo un momento, no más. Sólo un momento para que desapareciera la sensación de escozor. En cuanto se hizo la sugerencia sus párpados se cerraron y su cuerpo se abandonó a la cálida oleada de relajación que él le permitió. Nada más que un momento, se recordó a sí mismo vagamente.

—¡Señor! —Alguien le zarandeaba el hombro con suavidad. En sólo un instante Vespasiano se despertó por completo y se dio cuenta de lo que había ocurrido. Desató en silencio su furia contra sí mismo. El ordenanza que lo había despertado retrocedió respetuosamente ante su airada expresión. ¿Cuánto tiempo había dormido? No osó preguntárselo al ordenanza, que sospecharía de una debilidad muy humana en su legado. Al dirigir la mirada más allá de aquel

hombre, Vespasiano vio que un pálido resplandor bordeaba la parte inferior de la tienda y se filtraba por las rendijas de los faldones cerrados. Por lo tanto, no hacía mucho que había amanecido. Con eso su vergüenza se mitigó.

—¿Están reunidos mis oficiales? —Sí, señor. Le están esperando en la tienda de oficiales, Algunos todavía no han regresado del pantano, pero en cuanto lleguen les diré que acudan ante usted, señor.

—Muy bien. Ahora déjame solo. —El ordenanza saludó y desapareció en silencio por entre los faldones de la tienda. Al instante, Vespasiano se pegó un puñetazo en la pierna y se maldijo con amargo reproche. ¡Mira que quedarse dormido en un momento como aquél! Haber cedido ante tal debilidad cuando su reputación y la de su legión iban a ponerse a prueba de forma extraordinaria. Era algo imperdonable y decidió fervientemente no dejar que volviera a ocurrir.

Se puso en pie, se alisó la túnica y se dirigió hacia el pequeño jarro y el cuenco de bronce que había en una esquina. Se vació el contenido del jarro en la cabeza. Lo habían llenado de agua sacada directamente del río durante la noche y todavía estaba lo bastante fresca para que sus sentidos pudieran volver a un estado más consciente. Se enderezó se secó y se peinó el mojado cabello negro con las manos para ponerlo en su sitio. Una rápida ojeada al espejo de bronce pulido reveló una barba de tres días que le raspó la palma de la mano cuando se la pasó por la mejilla. La barba, los Ojos hundidos y su demacrado semblante se combinaban para darle el aspecto de uno de esos pobres desgraciados de los bajos fondos que mendigaban en el exterior del Circo Máximo de Roma. Pero no había tiempo para un arreglo cosmético y se consoló pensando que sus oficiales del Estado Mayor tendrían un aspecto igual de descuidado.

Cuando levantó el faldón de la portezuela de su tienda, Vespasiano vio que el amanecer ya estaba muy avanzado; el pálido disco de color naranja pendía justo encima del horizonte, ligeramente envuelto en las volutas de humo de las hogueras que se extinguían. Algunos de los soldados ya hablaban y tosían en el frío aire del alba mientras los centuriones y sus *optios* empezaban a despertar al resto. La renuencia de los hombres a moverse y empezar la rutina diaria de la vida de la legión era palpable y Vespasiano se obligó a saludarlos alegremente al pasar.

Los centuriones y tribunos de la legión allí congregados se pusieron de pie con fría formalidad cuando Vespasiano entró en la tienda del cuartel general. Con un gesto de la mano les indicó que volvieran a sus taburetes. Fue entonces cuando vio a Vitelio, bien afeitado y vestido con una túnica limpia. Aunque al hombre se le veía cansado, el contraste con los otros oficiales y con él mismo llamaba la atención y el antiguo antagonismo hacia Vitelio afloró a su corazón.

—Me temo que no hay tiempo para ceremonias, caballeros —dijo Vespasiano al tiempo que se inclinaba sobre la mesa de mapas y se apoyaba en ella con los dedos extendidos—.

El general ha decidido que la batalla siga adelante y nos ha vuelto a tocar un papel destacado.

Aunque los tribunos ya se imaginaban que habría malas noticias, no pudieron evitar unos gruñidos de consternación ante la perspectiva de más lucha.

—Antes de que nadie lo pregunte, el general es consciente de nuestras condiciones y la orden de ataque prevalece.

—¿Por qué nosotros, señor? —preguntó el tribuno Plinio.

—Porque estamos aquí, Plinio. Tan simple como eso.

—Pero la vigésima apenas tiene ni un rasguño —insistió Plinio en un tono amargo que obviamente reflejaba el estado de ánimo de los demás oficiales, muchos de los cuales asintieron con la cabeza y mascullaron en señal de aprobación. Vespasiano compartía su resentimiento totalmente, sobre todo después de todo por lo que había pasado la segunda legión últimamente y todo lo que habían conseguido. Pero su rango exigía un estoico acatamiento de las órdenes.

—La vigésima quedará de reserva. Plautio quiere mantener a una unidad intacta para hacer frente a posibles contraataques y para que sean la punta de lanza de cualquier avance que podamos realizar. —Eso era muy cierto, reflexionó Vespasiano: no mencionó que utilizarían a la segunda para agotar al enemigo. La guerra de desgaste era una táctica que costaba digerir cuando los efectivos que iban a reducirse eran tus propios soldados.

El tribuno Plinio todavía no se había calmado. —Si es que llevamos a cabo algún avance —dijo enojado—. A este ritmo, señor, estaremos todos muertos antes de que la vigésima pierda un solo hombre.

—Tal vez. O tal vez no. Pero las órdenes se van a cumplir, tribuno —replicó Vespasiano con firmeza—. Si hay alguien aquí que no quiera tomar parte en esto, aceptaré gustoso su renuncia... después del asalto.

Se oyó un murmullo de risas contenidas en la tienda y el tribuno se sonrojó.

—Entonces bien, caballeros. Vamos a los detalles. —El clima de relajación desapareció rápidamente y los centuriones y tribunos centraron su atención en Vespasiano.

—La armada tiene que unirse a nosotros esta mañana. El general ha facilitado un tirreme para proporcionar apoyo al desembarco y diez transportes para conducir a la legión al otro lado del Támesis. Tal como habrán calculado ya los más listos de entre vosotros, tendremos que hacer tres viajes para llevar al otro lado lo que queda de la legión. Eso significa que el primer grupo deberá ocupar la zona de desembarco hasta que el resto pueda añadirse al ataque. Si las cosas van mal no habrá ninguna posibilidad de retirada, los transportes habrán ido en busca del siguiente grupo. —Vespasiano hizo una pausa para dejar que el asunto les entrara en la cabeza—. Como ustedes comprenderán, caballeros, la primera oleada bien podría resultar una misión suicida. Bien, no quiero ordenar a

nadie que cruce en los primeros transportes, así que voy a pedir voluntarios. — Levantó la vista y echó un rápido vistazo por la estancia. Algunos de los oficiales evitaron su mirada mientras que otros se revolviéron nerviosos en sus asientos. Los ojos de Vespasiano se posaron en un brazo alzado en la parte de atrás de la tienda que se mantenía recto apuntando al cielo. Dentro de la tienda la luz todavía era débil y los cansados ojos del legado no distinguían la identidad del oficial.

—¡Levántate! —El oficial se puso en pie entre los murmullos de asombro de los demás.

—Te estás ofreciendo voluntario para ir en el primer grupo? —preguntó Vespasiano, que apenas pudo ocultar la sorpresa en su voz.

—Sí, señor. En la primera embarcación del primer grupo. —¿Y crees que tus hombres se sentirán con ánimos?

—Sí, señor. Están listos y quieren venganza. —Entonces la tendrán, centurión interino. ¿Pero crees que eres la persona adecuada para dirigirlos en este asalto?

Cato se sonrojó, enojado. —Lo soy, señor. Vespasiano esbozó una forzada sonrisa ante la determinación del joven por vengar a su centurión. No había duda de su coraje, pero era necesario que los líderes estuvieran por encima de las motivaciones personales en plena batalla. ¿Se podría confiar en que ese chico antepusiera el deber al desquite? ¿o se limitaría a lanzarse sobre el enemigo y luchar como una furia hasta que lo mataran, sin acordarse de la responsabilidad que tenía hacia los hombres que estaban a sus órdenes? Vespasiano sopesó la situación y tomó una decisión rápida. El primer grupo tendría poco tiempo para coordinar una defensa del punto de desembarco, por lo que bien podría aprovechar cualquier frenesí bélico disponible.

—Muy bien, centurión interino. Y buena suerte. ¿Alguien más está dispuesto a unírsele?

La respuesta instantánea de Cato había avergonzado a los veteranos y todos sin excepción levantaron los brazos.

—Bien —dijo el legado—. Os llegarán las últimas órdenes cuando la legión haya comido. Ahora será mejor que despertéis a vuestros soldados y les hagáis saber lo que Roma quiere hoy a cambio de su dinero.

Mientras los oficiales salían en fila de la tienda, Vespasiano cruzó la mirada con Cato y levantó un dedo para indicarle por señas que se acercara.

—¿Señor? —¿Estás seguro de lo que haces?

Cuando Cato asintió con un movimiento de la cabeza, Vespasiano se inclinó hacia él para que los hombres que salían de la tienda no pudieran oír lo que decía.

—No es necesario que encabeces el ataque. Tú y tus hombres debéis de estar agotados y tú estás herido.

—Sobreviviré —dijo Cato entre dientes—. Estamos cansados, señor, y no quedamos muchos en nuestra centuria. Pero eso no nos hace distintos de cualquier otra centuria, señor. La diferencia estriba en que nosotros tenemos más

motivos para luchar que la mayoría. Creo que en este sentido puedo hablar en nombre de los hombres de Macro.

—Ahora son tus hombres, hijo.

—Sí, señor.

Cato se puso tenso y alzó la barbilla.

—¡Buen chico! —exclamó Vespasiano con aprobación—. Y asegúrate de tener cuidado, joven Cato. Prometes llegar lejos. Si sobrevives a esto podrás sobrevivir a cualquier cosa.

—Sí, señor. —Y ahora vete. Te veré luego, al otro lado del río. Cato saludó y siguió a los demás oficiales fuera de la tienda.

Mientras veía irse al joven, Vespasiano sintió una punzada de culpabilidad. Era cierto que el muchacho prometía y la retórica rastrera que había utilizado había funcionado, como él ya sabía. El *optio* (el centurión interino, se corrigió Vespasiano) se sentiría enardecido por la confianza que su superior le había expresado. Pero era probable que eso hiciera que lo mataran mucho antes. Era una pena. El muchacho era agradable y lo había hecho muy bien durante el poco tiempo que había servido con las águilas. Pero ésa era la naturaleza del mando. Fueran cuales fueran los sentimientos que uno albergara, la batalla tenía que ganarse, el enemigo debía ser vencido y ambas cosas tenían su precio... calculado con la sangre de los soldados de su legión.

Capítulo XXVI

El sol caía de lleno sobre los soldados apiñados en el barco de transporte de baos anchos. Las túnicas de lana bajo la pesada armadura hacían sudar a los hombres y la tela húmeda se les pegaba a la piel de forma muy molesta. El olor resultante, combinado con los residuos del pantano, hacía que la atmósfera a bordo del transporte fuera fétida hasta la náusea. El calor, el miedo y el agotamiento nervioso habían conseguido hacer que uno o dos hombres devolvieran, lo que sumó por tanto el hedor de su vómito a los demás olores.

A un lado, el Támesis seguía su curso cristalino, perturbado únicamente por el monótono chapoteo y el borboteo agitado del movimiento del agua contra la proa y la popa del transporte cuando la tripulación se esforzaba para mantener la embarcación alineada con el barco de guerra que iba justo delante. Perfectamente sincronizados, los enormes remos del trirreme se elevaban sobre la superficie del río derramando brillantes cascadas de agua y se deslizaban hacia delante antes de volver a sumergirse en el río para hacer avanzar la roda puntiaguda hacia la otra orilla.

Desde la pequeña cubierta de proa Cato recorrió con la mirada las concentradas filas del enemigo que lo esperaba para recibirles. Durante toda la mañana los britanos se habían ido agrupando para repeler el asalto que todos podían ver que se preparaba en la orilla romana del Támesis. La reunión de los transportes y el barco de guerra y la densa aglomeración de legionarios dispuestos a embarcar hacían que los últimos planes de Plautio fueran evidentes para todo aquel que los viera.

Por consiguiente, el puñado de exploradores de la caballería britana se había marchado a toda prisa para transmitir la noticia del inminente asalto por el río. Las dispersas tropas del ejército de Carataco volvieron a formar rápidamente y se dirigieron hacia la ribera frente a los barcos romanos.

El ataque ya se había visto retrasado por la necesidad de descargar los suministros que llevaban los transportes y a los legionarios les irritó profundamente tener que trasladar a pulso la carga pesada y difícil de manejar sobre el burdo embarcadero y quitarla luego de en medio. Mientras ellos trabajaban, más y más britanos iban llegando para reforzar la otra orilla. Para los que constituían la primera oleada de ataque, la perspectiva de enfrentarse a un contingente aún mayor les inquietaba y maldecían a los compañeros que se ocupaban de descargar los barcos de transporte, exhortándolos a que terminaran el trabajo más deprisa.

El primer barco de transporte se hallaba aún a cierta distancia de la orilla cuando los britanos pusieron voz a su grito de guerra, una nota que iba aumentando progresivamente de intensidad, luego bajaba y volvía a subir. Para el inexperto Cato, las fuerzas del enemigo parecían contarse por miles, pero era

imposible hacer una estimación exacta de aquel hervidero de gente. Lo que sí estaba claro era que los britanos superaban claramente en número al primer grupo de ataque de la segunda legión y el creciente volumen de su desafío era enervante. Cato se puso de espaldas a ellos y se obligó a sacudir la cabeza y a sonreír.

—Les gusta la música, ¿verdad? —le dijo al soldado de su centuria que tenía más cerca—. Luego entonarán otra melodía diferente.

Uno o dos de los hombres le devolvieron la sonrisa, pero muchos sólo mostraban la resignación en su rostro o se esforzaban por ocultar el miedo que les hacía poner de manifiesto toda clase de nerviosos gestos reveladores. Pocas horas antes, aquellos mismos hombres parecían tener muchas ganas de vengar a su centurión, pero Cato se dio cuenta de que las aspiraciones causadas por la ira tendían a moderarse en gran medida ante la perspectiva inminente de llevarlas a cabo.

Mientras permanecía ahí de pie por encima de ellos, Cato vio que la mayoría de los hombres le estaba mirando y una repentina sensación de estar siendo juzgado le abrumó pesadamente. Sabía que incluso en aquellos momentos algunos de ellos todavía se sentían agraviados por su nombramiento como *optio*.

Aquéel era el momento en el que Macro les hubiera dirigido unas últimas palabras de ánimo antes de entrar en acción. Le vinieron al pensamiento unas cuantas frases que podría extraer de las historias que había leído, pero ninguna parecía apropiada y, peor aún, ninguna parecía ser el tipo de cosa que un joven de diecisiete años podía decir sin aparecer como un auténtico pretencioso.

Por un momento los legionarios y su centurión interino se quedaron frente a frente en un silencio que cada vez era más incómodo. Cato miró por encima de su hombro y vio que ya podía distinguir claramente los rasgos individuales de los britanos. Fuera lo que fuera lo que dijera, tenía que decirlo enseguida. Se aclaró la garganta.

—Sé que el centurión tendría algo bueno que decirnos en estos momentos. La verdad es que ojalá estuviera él aquí para decirlo. Pero Macro no está y sé que yo no puedo ocupar su lugar. Tenemos esta oportunidad de hacerles pagar caro su muerte y quiero ver cómo muchos de ellos se van a hacerle compañía al infierno.

Unos cuantos soldados respaldaron ese sentimiento y Cato sintió que se establecía algún tipo de conexión entre él y aquellos endurecidos veteranos.

—Dicho esto, debéis saber que Caronte no hace descuentos para grupos, así que... ¡ahorrad el dinero y permaneced vivos!

Era un mal chiste, pero unos hombres con su vida en juego valoran hasta la más mínima palabra de alivio.

Algo cayó al agua muy cerca del transporte y Cato se volvió hacia el lugar de donde había venido el sonido justo cuando una dispersa descarga de

proyectiles de honda pasaba vibrando a cierta distancia de la proa y cortaba la tranquila superficie del río.

—¡Poneos los cascos! —gritó Cato, y rápidamente se abrochó la correa bajo la barbilla al tiempo que se agachaba bajo la amurada de la cubierta de proa. Por delante de ellos, el trirreme giró río arriba y dejó que la distancia recorrida fuera la adecuada antes de echar el ancla. El primer barco de transporte se deslizó bajo su popa y se dirigió hacia la orilla del río situada a unos cien pasos más allá. Los proyectiles de las hondas seguían golpeando la embarcación, pero tanto la tripulación como los legionarios se agacharon lo suficiente para hacer que la descarga resultara inofensiva.

—¡Tranquilos los remos! —bramó el capitán del barco de transporte; los remeros se apoyaron en los mangos de las palas y esperaron a que los demás transportes se acercaran y formaran una línea de manera que pudieran alcanzar la orilla al mismo tiempo, y las tropas desembarcaran a la vez. Bajo la lluvia de proyectiles de los honderos y arqueros, los torpes transportes maniobraron para ponerse en posición y aguardaron a que el trirreme iniciara el bombardeo del enemigo concentrado en la ribera del río.

Una súbita serie de fuertes chasquidos cortaron el aire cuando se soltaron los brazos de torsión de las ballestas y se dispararon las pesadas flechas hacia los britanos de la orilla. El movimiento de sus filas señaló el paso de las flechas y los gritos y chillidos de los heridos se sumaron al sonido de su grito de guerra. Instantes después, los arqueros auxiliares del trirreme empezaron a añadir sus descargas al ataque y los britanos escasamente protegidos cayeron como hojas. Mientras que el fuego de apoyo empezaba a abrir huecos en la orilla, el capitán del transporte que iba en cabeza dio la señal para que empezara el asalto y los remeros se inclinaron sobre sus palas. Los transportes avanzaron y los legionarios de a bordo se pusieron los escudos encima de la cabeza para protegerse de la lluvia de flechas y proyectiles de honda. A las tripulaciones no se les había proporcionado protección y mientras el primer transporte se acercaba a la orilla, el remo de babor cayó al río cuando los dos miembros de la tripulación que lo manejaban se desplomaron: uno de ellos había sido alcanzado por dos flechas y yacía en cubierta dando alaridos mientras que su compañero quedó tendido sin moverse, muerto por un proyectil de honda que le entró por un ojo hasta el cerebro. La resistencia del remo de babor pronto empezó a hacer girar la proa de la embarcación. Al darse cuenta del peligro, Cato dejó el escudo y la jabalina, agarró el mango suelto y sacó del agua la pala del remo. Al no estar acostumbrado a su peso y dificultad de manejo, intentó como pudo mantener la proa del transporte alineada con la orilla mientras los proyectiles de honda chocaban contra ella con un vibrante repiqueteo y las flechas golpeaban la cubierta haciendo saltar astillas.

Se arriesgó a mirar por la borda y vio que la orilla estaba cerca, que en

cualquier momento el barco tomaría tierra y empezaría el asalto. Una repentina sensación de frenado indicó que la quilla había entrado en contacto con la superficie del lecho del río. El transporte cesó su avance y el capitán ordenó a la tripulación que se pusiera a cubierto. Cato dejó el remo y recuperó el escudo y la jabalina, consciente de que todos los ojos de la centuria estaban clavados en él.

—Recordad, muchachos —gritó—, esto es por Macro... Jabalinas en ristre!

Los hombres se pusieron en pie y los primeros subieron a la cubierta de proa dispuestos a arrojar sus jabalinas.

—¡Lancen a discreción! —El resto de la centuria pasó sus jabalinas hacia delante para dárselas a los que estaban en la cubierta de proa y los continuos disparos fueron derribando a más enemigos hasta que se terminaron las lanzas. Cato se volvió para mirar y vio que el trirreme había dejado de lanzar proyectiles.

Ese era el momento. Por un instante su mente empezó a considerar los terribles riesgos y la absurdidad de lo que estaba a punto de hacer y supo que si se retrasaba un poco más le faltaría el coraje. Tensó los músculos y saltó por la borda de la embarcación al tiempo que les gritaba a los demás que le siguieran. El agua le llegaba al pecho y las botas le resbalaban sobre el blando légamo del fondo del río. A su alrededor el resto de la centuria saltó al agua y se precipitó hacia la orilla.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Cato por encima de todo el alboroto.

Los britanos sabían que debían ganar la lucha antes de que los romanos pudieran afirmarse en la orilla y se metieron en el río para enfrentarse al ataque. Los dos bandos cayeron precipitadamente uno sobre otro a poca distancia de los transportes. Un hombre enorme avanzó por el agua y fue directo hacia Cato con la lanza levantada por encima de la cabeza, lista para atacar. Cato empujó su escudo hacia adelante cuando le sobrevino el golpe y mandó la lanza a un lado. El contraataque se realizó con una precisión que hubiera llenado de orgullo al centurión Bestia, y la espada con mango de marfil del centurión muerto se clavó profundamente en el costado del britano. Cato la retiró de un tirón justo a tiempo para golpearle la cabeza al próximo enemigo. Mientras luchaba se fue abriendo camino hacia la costa paso a paso, con los dientes fuertemente apretados al tiempo que un aullido inhumano en su garganta desafiaba a todo aquel que se encontraba por delante. El agua revuelta emitía unos destellos blancos y plateados bajo la brillante luz del sol, y unas motas color carmesí se elevaban centelleando como rubies antes de caer de nuevo y salpicar a los combatientes.

El agua que rodeaba las piernas de Cato se iba volviendo de un turbio color rojo a medida que más romanos se abrían camino por el bajío y trataban de unirse a los legionarios que habían desembarcado momentos antes. Los transportes ya estaban siendo empujados de nuevo hacia el río y se dirigían en busca de la segunda oleada de asalto con toda la rapidez que le permitían sus

remos. Cato y los demás estarían solos hasta que el siguiente grupo pudiera sumarse a la batalla y lo único que importaba era vivir hasta entonces. Ahora el agua ya sólo le llegaba al tobillo y debía tener cuidado de no resbalar en el barro. Paraba los golpes con su escudo y arremetía con su espada a un ritmo constante, rechinando los dientes para soportar el dolor de sus quemaduras. El resto de la centuria combatía cerca de él y formó una pared de escudos de forma automática mientras los años de incesante entrenamiento daban fruto. La demencial confusión inicial se había terminado y el combate empezó a tomar un cariz más familiar para los romanos.

—¡Moveos a la izquierda, conmigo! —gritó Cato al tiempo que divisaba a los soldados más cercanos de otro de los transportes. Lentamente, su centuria fue avanzando hacia la hierba corta de la orilla del río y empezaron a avanzar lateralmente para acercarse a sus compañeros. Durante todo ese tiempo los britanos no dejaron de golpear sus escudos con espadas, hachas y lanzas. El soldado que estaba junto a Cato se desplomó con un grito agudo cuando la hiriente punta de una lanza siniestramente dentada le atravesó la pantorrilla. El britano que se hallaba al otro extremo de la lanza arrancó ésta de un salvaje tirón y el legionario cayó de espaldas, chillando. La centuria cerró filas y siguió adelante, y los gritos de su compañero cesaron de pronto cuando los britanos lo masacraron sin perder ni un minuto. Poco a poco, los pequeños grupos de legionarios se juntaron unos con otros hasta que pudieron formar una línea sólida de unos cuatrocientos o quinientos hombres. Sin embargo, los britanos seguían apiñándose a su alrededor a miles, tratando desesperadamente de hacerlos retroceder hacia el río.

—¡Cuidado, muchachos! —gritaba una y otra vez Cato mientras cortaba y daba estocadas a cualquier cara o cuerpo que se ponía al alcance de su espada. El escudo con el que se enfrentaba al enemigo vibraba y se estremecía con un ruido sordo con el impacto de los golpes; un esfuerzo inútil que ponía de manifiesto el pobre entrenamiento de aquellos guerreros britanos que luchaban con una furia desatada y que simplemente arremetían contra cualquier parte del invasor que se pusiera delante de sus armas. Pero los britanos compensaban su falta de calidad con su número y, aunque el suelo estaba literalmente cubierto de sus muertos y moribundos, ellos seguían adelante como si estuvieran poseídos por demonios. Tal vez lo estaban. Al dar un rápido vistazo Cato vio una dispersa línea de hombres de extrañas vestimentas y enmarañadas barbas que animaban a los britanos con los brazos alzados al cielo a modo de súplica mientras lanzaban salvajes maldiciones. Con un estremecimiento de horror, Cato se dio cuenta de que aquellos hombres debían de ser druidas, cuyas proezas se les relataban a los niños romanos para asustarlos.

Pero sólo tuvo tiempo de echar una brevísima mirada antes de tener que afrontar el siguiente momento difícil un bloque de britanos, mejor armados y

más decididos que sus compañeros, se enfrentó de pronto a la sexta centuria y la obligó a retroceder hacia el río. Cayeron varios hombres de Cato, a otros los atropellaron, otros perdían el equilibrio en el barro resbaladizo y de pronto la pared de escudos empezó a desmoronarse. Antes de que Cato pudiera volver a formar a sus hombres, notó una presencia a su lado. Sólo tuvo tiempo de mirar a la derecha y vislumbrar el rostro gruñón de un britano de cabello negro antes de que éste chocara con su costado y ambos cayeran al bajío del río.

Un destello cegador de la luz del sol. Después, una brillante rociada que duró un instante y el mundo se oscureció ante los ojos de Cato. La boca y los pulmones se le llenaron de agua cuando, de forma instintiva, trató de coger aire. El britano todavía estaba encima de él y movía frenéticamente las manos tratando de agarrarlo del cuello. Cato había soltado la espada y el escudo al caer; se aferró a su atacante con la intención de valerse de él para impulsarse fuera del agua que, de un modo extraño, carecía de los sonidos de la batalla. Pero el britano poseía un físico poderoso y lo sujetó con fuerza hacia abajo. El angustioso anhelo por respirar y la inminencia de su muerte le proporcionaron a Cato una desesperada reserva de fuerza. Sus manos buscaron a tientas la cara del britano y le metió los dedos en los ojos. De repente el hombre soltó la garganta de Cato y éste salió a la superficie, resoplando agua y tratando de recuperar el aliento. Sus dedos seguían aferrados al rostro de aquel hombre; el britano dio un grito de dolor y trató de agarrar a Cato de los brazos antes de que algún instinto le hiciera propinar un puñetazo a su oponente. El golpe alcanzó a Cato en la mejilla y todo se volvió blanco por un instante antes de volver a encontrarse bajo el agua con el peso de aquel hombre otra vez sobre él.

Esa vez Cato pensó que seguramente se ahogaría. Sentía que la cabeza le iba a estallar y no conseguía nada con sus frenéticas contorsiones. Miraba fijamente la plateada superficie del agua. El aire que proporcionaba la vida, apenas a treinta centímetros de distancia, bien podría haber estado a más de un kilómetro y, mientras todo se iba borrando, el último pensamiento de Cato fue para Macro: la pesadumbre por no haber conseguido vengar al centurión. Entonces, el agua se tiñó de rojo y la sangre espesa atenuó la luz del sol. Las manos del britano seguían aferradas a su cuello, pero ahora otra mano se metió en el agua, lo agarró por el arnés, tiró de él hacia arriba y lo sacó a la brillante luz del sol. Cato salió a la superficie en medio de un charco de color rojo y llenó de aire sus ardientes pulmones. Entonces vio el cuerpo del britano. Tenía la cabeza casi cercenada, sólo un poco de cartílago y nervio la unían al torso.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el legionario, que seguía sujetándolo del arnés, y Cato consiguió asentir con la cabeza mientras tragaba más aire. Un pequeño grupo de hombres de la centuria montaba guardia junto a ellos y rechazaban los golpes de los britanos más próximos.

—¿Mi espada?

—Aquí la tiene, señor —el legionario la sacó del agua—. Es una buena espada. Debería cuidarla.

Cato asintió con un movimiento de la cabeza. —Gracias.

—No es nada, señor. La centuria no puede permitirse el lujo de perder más de un centurión por día.

Con una última sacudida para que se le despejara la cabeza, Cato recuperó su escudo y alzó su espada. El ritmo de la batalla se había aflojado de forma notable al notarse los efectos del cansancio. Ni los romanos ni los britanos parecían tan entusiasmados por aquel martirio como lo habían estado poco antes y había lugares en los que pequeños grupos se hallaban unos frente a otros, todos esperando que el otro hiciera el primer movimiento. Al volver la vista hacia el río, Cato vio que el segundo grupo de ataque casi había terminado de embarcar en los transportes.

—¡Ahora ya queda poco, muchachos! —exclamó en voz alta, tosiendo con el esfuerzo de gritar con agua todavía alojada en los pulmones—. ¡El segundo grupo ya viene hacia aquí!

Una serie de golpes descomunales que provenían del trirreme llamaron su atención y, al seguir con la mirada el arco que describían los proyectiles, vio que una nueva columna de guerreros britanos se acercaba por la orilla del río. En medio de la columna había un carro de guerra, ampulosamente ornamentado incluso para ser britano, sobre el cual había un alto jefe con una larga y suelta cabellera rubia. Levantó su lanza y dio un grito y sus hombres contestaron con un rugido que surgió de lo más profundo de sus gargantas. Había algo en su atuendo y en la confiada manera que tenían de no hacer caso de los misiles lanzados desde el barco que era horriblemente familiar.

—¿Son los hijos de puta que nos atacaron anoche?

—Podría ser. —El legionario entrecerró los ojos—. No me quedé el tiempo suficiente para memorizar los detalles.

Los druidas trataban frenéticamente de lanzar a sus guerreros contra el primer grupo de ataque de los romanos. Cuando vieron aparecer la nueva columna chillaron de alegría y animaron a sus hombres con renovada ferocidad.

—¡Cuidado, muchachos! ¡Un nuevo enemigo por el flanco izquierdo!

Se hizo correr la voz rápidamente por la línea y el centurión más próximo a la nueva amenaza organizó a sus hombres para proteger el flanco, cerrando filas sobre lo que quedaba del primer grupo de ataque y justo a tiempo, puesto que los recién llegados ni siquiera intentaron desplegarse, sino que se precipitaron a una carga desenfrenada y se lanzaron contra la línea romana. Con un grito salvaje y un agudo choque de armas, los britanos trataron de abrirse camino entre los romanos a golpes de espada y fue evidente para todo el mundo que la lucha se estaba decantando a favor de los nativos.

Una ansiosa mirada hacia el río mostró a Cato que el primer transporte ya

había salido y los remos se movían furiosamente para alcanzar la orilla opuesta. El grito de guerra de las nuevas tropas y las exhortaciones de los druidas hicieron renacer el espíritu guerrero de los britanos que, una vez más, cargaban contra los escudos romanos.

—¡Contenedlos! —gritó Cato—. ¡Sólo un poco más! ¡Contenedlos!

Los restos de la sexta centuria se unieron con otro puñado de legionarios y resistieron con todas sus fuerzas en el pedazo de terreno que habían ocupado a orillas del Támesis. Uno a uno fueron cayendo, y la pared de escudos se cerró en un grupo aún más apretado de hombres hasta que pareció que su destrucción estaba próxima. El flanco izquierdo (si es que podía decirse que las mal echas agrupaciones de desafiantes romanos constituían una línea) se derrumbó bajo el feroz ataque de los guerreros de élite britanos. Dado que no había ninguna posibilidad de rendirse o escapar, los romanos luchaban hasta morir allí donde se encontraban.

De los mil hombres más o menos que habían llevado a cabo el primer asalto no quedaban más de la mitad y Cato se horrorizó al ver que a los transportes se los llevaba la corriente río abajo. Tomaron tierra a unos doscientos pasos más allá de la desesperada lucha de sus compañeros y la segunda oleada desembarcó sin encontrar oposición, tan concentrados estaban los britanos en destruir los restos del primer ataque. Cato alcanzó a ver la cimera escarlata del legado y, tras él, el estandarte del águila cuando los recién llegados se apresuraron a formar en línea de batalla y marcharon río arriba con rapidez. Los britanos vieron el peligro y se volvieron para enfrentarse a ellos. Cato observó desesperado cómo el avance de Vespasiano se ralentizaba y luego se detenía para vérselas con la feroz resistencia a unos cincuenta pasos de distancia de donde se encontraba el malparado primer grupo de ataque.

Por la izquierda, los romanos se habían visto obligados a retroceder y formaban un arco compacto cuya base era el río, y los britanos intuían una victoria inminente. Sus gritos de guerra sonaban entonces con un nuevo tono exacerbado mientras arremetían a golpes de hacha y espada contra los legionarios. En un momento todo habría terminado, pisotearían a los últimos hombres de la primera oleada de ataque y los hundirían en el fango.

Pero el final no llegó. Un cuerno de guerra britano hizo sonar una serie de notas por encima de la cacofonía de la batalla y, para asombro de Cato, los britanos empezaron a retirarse.

Con un último intercambio de golpes, el guerrero con el que luchaba retrocedió con cuidado hasta que estuvo fuera del alcance del arma de Cato. Entonces se dio la vuelta y subió corriendo por la orilla, y por todas partes los brillantes colores de los britanos se apartaron de los escudos romanos y se alejaron hacia los druidas agrupados en torno al jefe, que estaba montado en su carro. Luego, en buen orden defensivo, el enemigo marchó por la ligera

elevación de la ribera y desapareció, bajo el renovado acoso del trirreme.

Cato recorrió con la mirada el campo de batalla, sobre el que se desparramaban los cuerpos destrozados de los muertos y los gritos de los heridos, y apenas podía creer que siguiera vivo. A su alrededor, los restantes miembros de su centuria se miraban con asombro los unos a los otros.

—¿Por qué carajo se han ido? —dijo alguien entre dientes. Cato sacudió la cabeza cansinamente y enfundó su espada.

Los recién llegados encabezados por Vespasiano cambiaron la dirección de su avance y formaron una cortina entre los britanos que se retiraban y el lamentablemente pequeño número de supervivientes del primer grupo de ataque. —¿Los hemos echado? ¿No han podido aguantarlo?

—¡Piensa un poco! —exclamó Cato con brusquedad—. Tiene que haber sido otra cosa. Tiene que haberlo sido.

—¡Mirad allí! A la izquierda. —Cato miró y vio unas diminutas formas oscuras que subían por la curva del río: caballería.

—¿Es nuestra o de ellos? Me imagino que debe de ser nuestra.

En efecto, al frente de la columna se divisaba un banderín de la caballería romana. El despliegue de fuerzas de Plautio río arriba en busca de un vado no había sido en vano. Algunas cohortes bátavas habían llegado al flanco britano a tiempo para salvar a la vanguardia de la segunda legión. Pero a los recién llegados no se les recibió con gritos de triunfo. Los hombres simplemente se sentían aliviados de haber sobrevivido y estaban demasiado cansados para poder hacer otra cosa que no fuera dejarse caer en la orilla del río y descansar sus miembros exhaustos. Pero Cato se dio cuenta de que aún no podía hacer eso. Su sentido del deber no se lo permitía. Primero tenía que pasar lista a su centuria, comprobar si se encontraban en condiciones de continuar luchando y entonces presentar su informe al legado. Sabía que eso era lo que tenía que hacer pero, ahora que el peligro inmediato había pasado, su mente se había quedado atontada a causa de la fatiga. Lo que más ansiaba era tomarse un descanso. Incluso parecía que sólo el hecho de pensarlo aumentaba infinitamente su necesidad física de dormir. Los párpados se le cerraron lentamente antes de que se diera cuenta, empezó a inclinarse hacia delante y se hubiera caído al suelo de no haber sido por un par de brazos que lo agarraron de los hombros y lo sujetaron, devolviéndolo a su posición.

—¡Cato! —¿Qué? ¿Qué? —consiguió responder mientras intentaba con todas sus fuerzas abrir los ojos.

Las manos lo sacudieron para tratar de sacarlo de su exhausto estupor.

—¡Cato! ¿Qué demonios le has hecho a mi centuria?

Tal vez la pregunta sonara severa, pero bajo ella había el familiar tono refunfuñón al que se había acostumbrado durante los últimos meses. Se obligó a levantar la cabeza, a abrir los ojos que le escocían y a encararse con aquel que le

había preguntado.

—¿Macro?

Capítulo XXVII

—¡Me alegra ver que todavía me reconoces debajo de toda esta mierda! — Macro sonrió y le dio una palmada en el hombro a su *optio*, con cuidado de no darle en el lado herido.

Cato contempló en silencio el espectáculo que tenía ante él. La cabeza y el pecho del centurión estaban cubiertos de sangre seca y manchados de barro; tenía el aspecto de un muerto viviente. A decir verdad, para Cato, cuya reciente ferocidad había sido inducida por el dolor causado por la muerte de su centurión, la visión de Macro con vida y sonriendo delante de sus narices era demasiado impactante para poderla aceptar. Atontado por el agotamiento y la incredulidad, se limitó a mirar fijamente sin comprender nada, boquiabierto.

—¿Cato? —El rostro de Macro se arrugó en un gesto de preocupación. El *optio* se balanceó, con la cabeza caída y el brazo con el que manejaba la espada colgando sin fuerzas a un lado. Por todo alrededor se extendían los cuerpos retorcidos de romanos y britanos. El río manchado de sangre lamía suavemente la costa, su superficie rota por los brillantes montículos de cadáveres. Por encima de sus cabezas, el sol caía de lleno sobre la escena. Reinaba una abrumadora sensación de calma que en realidad era una lenta adaptación después del terrible estruendo del conflicto. Hasta el trino de los pájaros sonaba extraño a oídos de los hombres que acababan de emerger de la intensidad de la batalla. De pronto Cato fue consciente de que estaba cubierto de mugre y de sangre de otros hombres y la náusea le subió desde la boca del estómago. No pudo contenerse y devolvió, salpicando el suelo con su vómito delante de Macro antes de que al centurión le diera tiempo a apartarse. Macro hizo una mueca pero rápidamente alargó los brazos para agarrar al muchacho por los hombros cuando a Cato le fallaron las piernas. Lentamente ayudó al *optio* a ponerse de rodillas.

—Tranquilo, chico —dijo con suavidad—. Cálmate. —Cato vomitó otra vez, y otra, hasta que no le quedó nada dentro y entonces le vinieron arcadas y el estómago, el pecho y la garganta se le contrajeron espasmódicamente, la boca abierta, hasta que al fin se le pasó y pudo recuperar el aliento. Un fino hilo de baba describía una curva hacia abajo a través del ácido hedor entre sus manos extendidas. Toda la fatiga y la tensión de los últimos días habían encontrado una vía de escape y su cuerpo ya no pudo más. Macro le dio unas palmaditas en la espalda y lo observó con incómoda preocupación, deseoso de reconfortar al muchacho pero demasiado cohibido para hacerlo delante de los demás soldados. Al final, Cato se sentó y apoyó la cabeza entre las manos, con la suciedad de su rostro salpicada de sangre. Su delgado cuerpo temblaba con el frío del completo agotamiento; no obstante, una última reserva de fuerza mental lo mantenía despierto.

Macro movió la cabeza en señal de total comprensión. Todos los soldados

llegaban a este punto en algún momento de sus vidas. Sabía que finalmente el muchacho había sobrepasado el límite de resistencia física y emocional. Ya no serviría de nada que lo exhortaran a cumplir con su deber.

—Descansa, chico. Yo me encargaré de los muchachos. Pero ahora tú debes descansar.

Por un breve instante pareció que el *optio* quería protestar. Al final asintió con la cabeza y lentamente se tumbó en la orilla del río cubierta de hierba, cerró los ojos y se quedó dormido casi enseguida. Macro lo observó un momento y luego desabrochó la capa del cuerpo de un britano y la puso sobre Cato con cuidado.

—¡Centurión Macro! —retumbó la voz de Vespasiano—. Me habían dicho que estaba muerto.

Macro se puso en pie y saludó.

—Le informaron mal, señor.

—Eso parece. Explíquese.

—No hay mucho que explicar, señor. Me tiraron al suelo, me llevé a uno de ellos por delante y nos dieron por muertos a ambos. En cuanto pude regresé a la legión. Llegué justo a tiempo de saltar en uno de los barcos del segundo grupo. Pensé que Cato y los muchachos podrían necesitar ayuda, señor.

Vespasiano bajó la mirada hacia la acurrucada figura del *optio*.

—¿El chico está bien? —Macro asintió con la cabeza.

—Se encuentra bien, señor. Sólo está exhausto. —Por encima del hombro del legado, los lozanos tribunos y otros oficiales de Estado Mayor se mezclaban con los cansados legionarios que habían sobrevivido al asalto del río. La presencia del legado de pronto hizo que Macro frunciera el ceño preocupado.

—De momento el chico está acabado, señor. No puede hacer nada más hasta que haya descansado.

—¡Tranquilo! —se rió Vespasiano—. No tenía intención de asignarle otra tarea. Sólo quería cerciorarme de que estaba bien. Esta mañana ese joven ha hecho mucho por su emperador.

—Sí, señor. Sí lo ha hecho.

—Asegúrate de que descanse todo lo necesario. Y ocúpate de tu centuria. Se han portado magníficamente bien. Deja que descansen. La legión tendrá que arreglárselas sin ellos durante el resto del día. —Vespasiano intercambió una sonrisa con su centurión—. Sigue con tu trabajo, Macro. ¡Me alegro de tenerte de vuelta!

—Sí, señor. Gracias, señor. —Vespasiano saludó, se dio la vuelta y se fue a organizar la defensa de la cabeza de puente. Los oficiales del Estado Mayor se separaron para dejarle pasar y luego se apresuraron a seguirle.

Con una última mirada para asegurarse de que su *optio* seguía descansando plácidamente, Macro se marchó para ocuparse de reconfortar a los soldados de su centuria que había sobrevivido. Caminó con cuidado por entre los cuerpos

tendidos en el suelo y gritó la orden para que la sexta centuria se reuniera.

Cato se despertó con un sobresalto y se incorporó, bañado en un sudor frío. Había estado soñando que se ahogaba, atrapado por un guerrero enemigo en un río de sangre. La imagen se disipó poco a poco y fue sustituida por el color azul que se desvanecía en el naranja. A sus oídos llegaron los crujidos y traqueteos de la cocina de campaña. Un acre aroma de estofado le inundó el olfato.

—¿Estás mejor ahora? —Macro se inclinó sobre él. Macro estaba vivo. Cato se incorporó como pudo y se quedó reclinado. Anocheceía el sol acababa de ponerse y bajo la tenue luz vio que la legión estaba acampada a lo largo de la orilla del río. Se habían llevado los cadáveres y unas ordenadas hileras de tiendas se extendían por todas partes. A lo lejos, la silueta del terraplén y la empalizada señalaba el lugar donde se habían levantado fortificaciones alrededor del campamento.

¿Quieres algo de comer? —Cato miró en torno de él y vio que estaba tendido cerca de una pequeña fogata sobre la cual una gran olla de bronce se aguantaba sobre unos trébedes. Un débil borboteo acompañaba al vapor que suavemente flotaba sobre el borde y el aroma le hizo sentir de pronto un apetito voraz.

—¿Qué es?

—Liebre —contestó Macro. Con un cucharón sirvió un poco en el plato de campaña de Cato—. Este lugar está lleno. Nunca en mi vida había visto tantas. Los muchachos se han pasado la tarde disparándoles al azar. Aquí tienes.

—Gracias, señor. —Cato dejó el plato sobre la hierba a su lado. Tomó la cuchara que Macro le ofrecía y empezó a remover la humeante comida, impaciente por empezar a comer. Al mismo tiempo, había una pregunta que necesitaba que le contestaran—. Señor, ¿cómo lo hizo?

Macro se reclinó en su asiento, se rodeó las rodillas con los brazos y sonrió. Se había quitado la sangre y la inmundicia que le habían dado un aspecto tan siniestro unas horas antes y estaba sentado descalzo y vestido con su túnica.

—Me preguntaba cuándo me ibas a interrogar. Tuve suerte, supongo. La Fortuna debe de haberme echado el ojo. La verdad es que creí que todo había terminado. Sólo quería matar a todos los cabrones que pudiera antes de que acabaran conmigo. Conseguimos retenerlos durante un rato. Entonces algunos de ellos lograron meterse entre los escudos y pillaron a uno de los muchachos. En cuanto cayó, se nos echaron encima en un momento. Uno de ellos saltó sobre mí, de un golpe me mandó la espada a un lado y caímos sobre los arbustos que había junto al camino. Conseguí sacar mi daga y se la clavé en la garganta. ¡Casi me ahogo con la sangre de ese hijo de puta!

» Bueno, me quedé quieto mientras el resto se amontonaba encima. Debieron de pensar que estaba muerto y estaban impacientes por encargarse de ti y los demás muchachos. Cuando estuve seguro de que se habían ido, me quité de encima al britano y me deslicé dentro del pantano. Me mantuve alejado de los

caminos y me dirigí hacia el río y luego seguí hacia abajo. De todos modos tuve que tener cuidado porque todavía había muchos de ellos por ahí. Al final me uní a algunos muchachos de la séptima cohorte y regresamos con la legión justo a tiempo de ver como vosotros arremetais contra los britanos al otro lado del río. La verdad es que no tienes ningún respeto por la centuria de otro hombre, ¿no es cierto? Apenas te nombran centurión interino que ya pones a los muchachos bajo la muela.

Cato dejó de soplar la cuchara de estofado y levantó la vista.

—Los chicos querían hacerlo, señor. —Eso es lo que dicen. Pero yo creo que ya y hemos tenido bastantes heroicidades por ahora. Otro combate como ése y ya no quedará centuria.

—¿Hemos tenido muchas bajas? —preguntó Cato con aire de culpabilidad.

—Unas cuantas. Los fondos funerarios se van a resentir de mala manera —añadió el centurión—. Esperemos que al menos podamos compensar el déficit cuando lleguen los reemplazos.

—¿Reemplazos?

—Sí. Me lo ha dicho uno de los administrativos del Estado Mayor. Hay una columna en camino desde la Galia. Con un poco de suerte obtendremos algunos soldados de la octava. Pero la mayoría son nuevos reclutas que han mandado de los centros de instrucción de la legión. —Sacudió la cabeza—. Un puñado de malditos reclutas a los que hacerles de niñera en medio de una campaña. ¿Puedes creerlo?

Cato no dijo nada. Bajó la vista hacia su plato de campaña y siguió comiendo. Cuando se había unido a la segunda legión, lo último que se esperaba era que antes de un año estaría con las águilas luchando por su vida en tierras bárbaras. Técnicamente él todavía era un recluta; su instrucción básica había terminado pero todavía tenía que llegar el primer aniversario del día en que se había incorporado a la segunda legión. Su embarazoso silencio no pasó desapercibido.

—¡Ah, tú eres bueno, Cato! Puede que no seas nada del otro mundo con la instrucción y todavía tienes que aprender a nadar, pero se te da bien la batalla. Lo conseguirás.

—Gracias —murmuró él, no del todo seguro de la mejor manera de encajar el hecho de ser condenado por tan vagos elogios. No es que le importara, puesto que poseía un temperamento que siempre le hacía sospechar de cualquier alabanza de que era objeto. En cualquier caso, el estofado estaba delicioso, y ya había terminado el plato de campaña y apuraba el fondo con la cuchara.

—Hay mucho más, muchacho. —Macro metió de nuevo el cucharón en la olla y lo hundió bien para asegurarse de darle a Cato mucha carne—. Hártate mientras puedas. En el ejército nunca está garantizada la próxima comida. A propósito, ¿cómo van tus quemaduras? —Por instinto, Cato se llevó la mano al vendaje de su costado y descubrió que se lo habían cambiado, le habían envuelto

el pecho con una banda de tela limpia, lo bastante sujeta como para que no se cayera y al mismo tiempo no tan apretada como para que le molestase. Habían hecho un buen trabajo y Cato levantó la mirada agradecido.

—Gracias, señor. —No me des las gracias a mí. Lo hizo el cirujano Niso. Parece ser que lo han asignado al cuidado de nuestra centuria y tú te has encargado de tenerle ocupado.

—Bueno, ya le daré las gracias en algún momento.

—Puedes hacerlo ahora. —Con un gesto de la cabeza Macro señaló por encima del hombro de Cato—. Ahí viene.

Cato giró la cabeza y vio la enorme mole del cirujano que surgía de entre las sornbras de las tiendas. Levantó la mano para saludarle.

—¡Cato! Al fin te has despertado. La última vez que te vi bajabas por el Leteo. Apenas murmuraste cuando te cambié el vendaje.

—Gracias. Niso se dejó caer al lado del fuego entre Cato y su centurión y olisqueó la olla.

—¿Liebre?

—¿Qué otra cosa podría ser? —respondió Macro.

—¿Os sobra un poco?

—Sírvete tú mismo.

Niso se desenganchó el plato de campaña del cinturón y, haciendo caso omiso del cucharón, hundió el plato en el estofado y lo sacó lleno hasta casi el borde. Con una ávida mirada ansiosa se humedeció los labios.

—Por favor, estás en tu casa —dijo Macro entre dientes, Niso metió la cuchara en la superficie del guiso, sopló un momento y sorbió con cuidado.

—¡Delicioso! Centurión, algún día serás una buena esposa para alguien.

—¡Vete a la mierda! —Y qué, Cato, ¿cómo tienes hoy las quemaduras? —El *optio* se tocó el vendaje con mucha delicadeza y al instante hizo un gesto de dolor.

—Me duelen. —No me sorprende. No les has dado ni un momento de respiro. Algunas de las heridas están abiertas y podrían haberse infectado si no las hubiese limpiado cuando te cambié las vendas. En serio, vas a tener que cuidarte un poco más. Es una orden, por cierto.

—¿Una orden? —protestó Macro—. ¿Y quién diablos os creéis que sois vosotros los médicos?

—Estamos cualificados para cuidar de la salud de las tropas del emperador, eso es lo que somos. El legado me dijo que me asegurara de que Cato descansaba. Está exento de servicio y fuera de la línea de batalla hasta que yo lo diga.

—¡No puede hacer eso! —protestó Cato. Macro le lanzó una mirada severa y Cato se calmó al darse cuenta de la estupidez de su objeción.

—Más vale que lo aproveches al máximo, muchacho, puesto que la orden viene del legado —dijo Macro con brusquedad.

Niso asintió con un vigoroso movimiento de la cabeza y volvió a su estofado. Macro alargó la mano para coger uno de los leños mal cortados y lo colocó con cuidado entre las llamas. Una pequeña nube de chispas se elevó en forma de remolino y Cato las siguió con la mirada hacia el cielo aterciopelado hasta que su brillo se apagó y se perdieron contra las deslumbrantes lucecitas de las estrellas. A pesar de haber dormido durante la mayor parte del día, Cato todavía sentía que el agotamiento le pesaba en todos los nervios de su cuerpo y hubiera estado temblando de frío de no ser por la hoguera.

Niso se terminó el estofado, dejó el plato en el suelo y se tumbó de lado, mirando a Cato.

—Bueno, *optio*. Así que vienes de palacio. —Sí.

—¿Es cierto que Claudio es tan cruel e incompetente como todos sus predecesores?

Macro soltó un resoplido. —¿Qué clase de pregunta es ésa para que la haga un buen romano?

—Una bastante razonable —replicó Niso—. Además, yo no soy romano de nacimiento. Resulta que soy africano, aunque con un poco de sangre griega también. De ahí mi ocupación y mi presencia aquí. El único lugar del que las legiones pueden conseguir experiencia médica decente es de Grecia y las provincias orientales.

—¡Malditos extranjeros! —exclamó Macro con desdén—.

Los vences en la guerra y se aprovechan de nosotros en época de paz.

—Así ha sido siempre, centurión. Las compensaciones por haber sido conquistados.

Pese a la frivolidad de los comentarios, Cato intuyó un dejo de amargura detrás de las palabras del cirujano y tuvo curiosidad.

—¿De dónde eres pues? —De una pequeña ciudad en la costa africana. Cartagonova. Supongo que nunca has oído hablar de ella.

—Creo que sí. ¿No es allí donde se encuentra la biblioteca de Arquelónides?

—¡Vaya! Sí. —El rostro de Niso se iluminó de placer—. ¿La conoces?

—Sé algo sobre ella. Está construida sobre los cimientos de una ciudad cartaginesa, creo.

—Sí. —Niso asintió con la cabeza—. Así es. Sobre los cimientos. Todavía se ven las líneas de la antigua muralla de la ciudad y los trazos de algún conjunto de templos y astilleros. Pero eso es todo. La ciudad fue completamente arrasada al final de la segunda guerra patriótica.

—El ejército romano no hace las cosas a medias —dijo Macro con cierto orgullo.

—No, supongo que no.

—¿Y estudiaste medicina allí? —preguntó Cato, tratando de desviar la discusión hacia un terreno más seguro.

—Sí. Durante unos años. Lo que se puede aprender en una pequeña ciudad comercial es limitado. Así que me fui al este, a Damasco, y trabajé para adquirir práctica ocupándome de la amplia variedad de dolencias que los ricos mercaderes y sus esposas imaginaban sufrir. Bastante lucrativo, pero aburrido. Me hice amigo de un centurión allí acuartelado. Cuando lo trasladaron a la segunda hace unos meses me fui con él.

No puedo decir que no haya sido emocionante, pero echo de menos el estilo de vida de Damasco.

—¿Es tan bueno como dicen? —preguntó Macro con el entusiasmo propio de los que creen que el paraíso debe de existir en algún lugar en esta vida—. Es decir, las mujeres tienen bastante fama, ¿no es cierto?

—¿Las mujeres? —Niso arqueó las cejas—. ¿Es lo único en lo que pensáis los soldados? En Damasco hay cosas más importantes que sus mujeres.

—No me cabe duda. —Macro trató de ser refinado por un momento—. ¿Pero es cierto lo de las mujeres?

El cirujano suspiró. —Las legiones que guarnecían la ciudad ciertamente así lo creían. Dirías que nunca habían visto una mujer. Montones de babosos borrachos tambaleándose de un burdel a otro. No tanto en busca de la paz romana como a la caza de una pieza para los romanos.

Niso se quedó mirando fijamente al fuego y Cato vio que sus labios se quedaban inmóviles y trazaban una apretada y amarga línea. Macro también tenía la mirada clavada en el fuego, pero las perezosas llamas dejaban ver una sonrisa en su rostro mientras su mente se concentraba en los exóticos placeres de un destino oriental.

La diferencia entre aquellos dos representantes de la raza dominante y la conquistada preocupaba a Cato. ¿Qué valor tenía un mundo gobernado por zafios mujeriegos que trataban con prepotencia a sus mejor educadas razas sometidas? Macro y Niso no eran un ejemplo característico, por supuesto, y la comparación tal vez fuera injusta, pero, ¿siempre se daba el caso de que la fuerza triunfaba sobre el intelecto? Sin duda los romanos habían triunfado sobre los griegos, sobre toda su ciencia, arte y filosofía. Cato había leído lo suficiente para conocer la gran cantidad de cosas del patrimonio griego de las que se habían apropiado los romanos posteriormente. A decir verdad, el destino de Roma dependía de su habilidad para arrollar sin piedad a otras civilizaciones y subsumirlas. La idea era muy inquietante y Cato dirigió la mirada hacia el río.

No había duda de que los britanos eran unos bárbaros.

Aparte de tener el aspecto adecuado para serlo, la falta de ciudades y la ciencia para proyectarlas, carreteras de grava y las cosechas organizadas en fincas agrícolas evidenciaba claramente una calidad de existencia inferior. Los britanos, decidió Cato, carecían del refinamiento necesario para poder ser considerados civilizados. Si se tenía que dar crédito a las historias traídas de las

islas neblinosas por mercaderes y comerciantes, los nativos malvivían encima de enormes yacimientos de plata y oro. Parecía algo típico de la caprichosa naturaleza de los dioses que a las gentes más primitivas se les concediera la posesión de los recursos más valiosos; recursos que ellos poco sabían apreciar y de los que las razas más avanzadas, como los romanos, podían hacer mucho mejor uso.

Además, estaba la siniestra cuestión de los druidas. No se sabía mucho sobre ellos y todo lo que Cato había leído describía el culto en unos términos escabrosos y horripilantes. Se estremeció al recordar el bosquecillo que él y Macro habían descubierto pocos días antes. Aquel lugar era oscuro y frío, y lleno de amenaza. Aunque no sirviera de otra cosa, la conquista de las islas neblinosas conduciría a la destrucción del oscuro culto druidico.

El asco que de pronto sintió hacia los britanos hizo que Cato detuviera esa línea de pensamiento. Como argumentos que justificaban la expansión del Imperio, parecían simples y verosímiles. Tanto era así que Cato no podía evitar desconfiar de ellos. Según su experiencia, aquellas cosas de la vida que se consideraban verdades simples y eternas sólo lo eran debido a una deliberada limitación del pensamiento. Se le ocurrió que todo lo que había leído en latín siempre había presentado a la cultura romana con los mejores términos posibles y como infinitamente superior a todo lo que producía cualquier otra raza, ya fuera «civilizada», como los griegos, o «bárbara», como aquellos britanos. Tenía que haber otro aspecto de las cosas.

Miró a Niso y se fijó en la piel oscura, las facciones morenas, el pelo rizado, grueso y abundante y los amuletos de extraño diseño que llevaba en las muñecas. La ciudadanía romana que se le había otorgado al alistarse a la legión era algo menos que superficial. Era una mera etiqueta legal que le confería una cierta posición social. Aparte de eso, ¿qué clase de persona era? —¿Niso?

El cirujano levantó la vista de las llamas y sonrió. —¿Puedo preguntarte algo personal? La sonrisa se desvaneció levemente y las cejas del cirujano se movieron, más cerca una de otra. Asintió con un movimiento de la cabeza.

—¿Cómo es no ser romano? —La pregunta era delicada y directa y Cato se avergonzó de haberla hecho, pero la suavizó con un intento de explicarse—. Es decir, sé que ahora tú eres ciudadano romano. Pero, ¿cómo era antes? ¿Qué piensan de Roma los demás?

Niso y Macro le estaban mirando fijamente. Niso con el ceño fruncido y con suspicacia, Macro estupefacto sin más. Cato lamentó no haber mantenido la boca cerrada. Pero lo consumía un deseo de saber más, de distanciarse de la visión del mundo que le habían inculcado desde que nació. De no haber sido por los tutores de palacio, era una visión que hubiera aceptado sin dudar, sin la más mínima noción de que era parcial.

—¿Qué piensan de Roma los demás? —repitió Niso. Consideró la pregunta

durante un momento mientras se rascaba suavemente la espesa barba que le cubría el mentón—. Interesante pregunta. No es fácil de responder. Depende en gran medida de quién eres. Si resulta que eres uno de esos reyes clientes que se lo debe todo a Roma y que teme y odia a sus súbditos, entonces Roma es tu única amiga. Si eres un mercader de grano en Egipto que puedes sacar una fortuna de la distribución de trigo al pueblo de Roma, o un gladiador y proveedor de bestias que les facilita a los ciudadanos los medios para malgastar el tiempo, entonces Roma es la fuente de tu riqueza. Los productores de artículos de primera calidad y las fábricas de armas de la Galia, los comerciantes de especias, sedas y antigüedades, todos ellos obtienen su sustento de Roma.

Dondequiera que haya dinero que se pueda conseguir gracias al voraz apetito de Roma por los recursos, el entretenimiento y el lujo, entonces allí hay un parásito que alimenta la demanda. Pero en cuanto a todos los demás —Niso se encogió de hombros—, no sé qué decirte.

—¿No sabes qué decir o no quieres decirlo? —intervino Macro con enojo.

—Centurión, soy un invitado en tu hoguera y sólo ofrezco mi punto de vista a petición de tu *optio*.

—¡Estupendo! Entonces dínos cuál es. Dínos qué mierda es lo que piensan.

¿Lo que piensan? —Niso arqueó una ceja—. Yo no puedo hablar en nombre de los demás. Sé muy poco sobre los productores de grano del Nilo, obligados a renunciar a la mayor parte de su cosecha cada año sin que se tenga en cuenta el rendimiento real. No tengo ni idea de lo que significa ser un esclavo al que han capturado en la guerra y vendido a una cadena de presos de una mina de plomo, y que nunca volverá a ver a su esposa o a sus hijos o de ser un galo cuya familia ha poseído una tierra durante generaciones y que ve cómo es dividida en centurias y puesta en manos de una muchedumbre de legionarios dados de baja.

—¡Retórica barata! —dijo Macro bruscamente—. En realidad no lo sabes.

—No, pero puedo imaginarme cómo deben sentirse. Y tú también... si lo intentas.

—¿Por qué tendría que intentarlo? Nosotros ganamos, ellos perdieron y eso demuestra que somos mejores. Si les molesta, entonces pierden el tiempo. No puede molestarte lo que es inevitable.

—Buen aforismo, centurión. —Niso se rió en señal de apreciación—. Pero no hay nada de inevitable en los impuestos que recauda el Imperio, o el grano, el oro y los esclavos que saca de sus provincias. Todo para mantener a las masas de miserables que viven en Roma. ¿Te extraña que a la gente le embargue la amargura y el resentimiento cuando mira a Roma?

Para un fatalista como Macro, todo aquello no era más que palabrería provocadora, y apretó los dientes. Si hubiera estado bebiendo, simplemente se hubiese hartado de la conversación y le hubiera clavado un puñetazo en toda la cara a ese tipo. Pero estaba sobrio y, en cualquier caso, Niso era su invitado, así

que tuvo que soportar la charla.

—Entonces, ¿por qué convertirse en romano? —le cuestionó al cirujano—. ¿Por qué, si tanto nos odias?

—¿Quién dijo que os odiara? Ahora soy uno de vosotros.

Reconozco que el hecho de ser romano me otorga una categoría especial dentro del Imperio pero, aparte de eso, no siento nada más por Roma.

—¿Y qué hay de nosotros? —preguntó Cato con calma—.

¿Qué pasa con tus compañeros?

—Es distinto. Vivo con vosotros y lucho codo a codo con vosotros cuando es necesario. Eso crea un vínculo especial entre nosotros. Pero, si dejas mi ciudadanía y mi nombre romanos a un lado, soy otra persona. Alguien que lleva los recuerdos de Cartago arraigados en su sangre.

—¿Tienes otro nombre? —Aquello era algo que Cato no había considerado.

—Claro que sí —dijo Macro—. Todo aquel que se une a las águilas y adopta la ciudadanía debe tomar un nombre romano.

—¿Y cuál era el tuyo antes de que te convirtieras en Niso?

—Mi nombre completo es Marco Casio Niso —le dijo a Cato con una sonrisa—. Así es como se me conoce en el ejército y en cualquier documento legal y profesional. Pero antes de eso, antes de convertirme en romano, yo era Gisgo, de la saga de los Barca.

Cato alzó las cejas y un frío dedo le hizo cosquillas en los pelos de la nuca. Se quedó mirando fijamente al cirujano un momento antes de atreverse a hablar.

—¿Eres un pariente suyo?

—Un descendiente directo.

—Ya veo —murmuró Cato mientras trataba aún de asimilar las implicaciones de esa afirmación. Miró al cartaginés—. Interesante.

Macro echó otro leño al fuego y rompió el hechizo.

—¿Os importaría decirme qué demonios es tan interesante? ¿Que Niso tuviera un nombre curioso?

Antes de que Cato pudiera explicárselo, los interrumpieron. De la oscuridad surgió un oficial, con el bruído peto reflejando la luz de la hoguera.

—Cirujano, ¿tú eres el que se llama Niso? —Niso y Macro se levantaron de un salto y se pusieron en rígida posición de firmes ante el tribuno Vitelio. Cato fue más lento y se estremeció con el doloroso esfuerzo de ponerse en pie.

—Sí, señor. —Pues ven conmigo. Tengo una herida de la que necesito que te ocupes.

Sin decir una palabra más, el tribuno se dio la vuelta y salió dando grandes zancadas y apenas le dejó tiempo al cirujano para tirar los restos de su estofado, limpiar la cuchara en la hierba y volvérselo a sujetar todo al cinturón antes de salir corriendo para alcanzar al tribuno. Cato se dejó caer en el suelo mientras Macro se quedaba mirando cómo Niso desaparecía entre una hilera de tiendas.

—Un tipo extraño, ese Niso. No estoy del todo seguro de qué pensar de él, excepto que todavía no me gusta. Habrá que ver cómo nos llevamos tras unas cuantas copas.

—Si es que bebe —añadió Cato.

—¿Qué?

—Hay algunas religiones orientales que lo prohíben.

—¿Por qué diablos van a querer perderse el vino? —Cato se encogió de hombros. Estaba demasiado cansado para la especulación teológica—. ¿Y qué eran todas esas gilipolleces sobre su nombre? —Cato se apoyó para recostarse y miró por encima de la hoguera hacia Macro.

—Su familia descende de los Barca.

—Sí, eso ya lo he oído —dijo Macro con marcado énfasis—, Barca. ¿Y?

—¿Le dice algo el nombre de Aníbal Barca, señor? —Macro se quedó callado un momento.

—¿El mismísimo Aníbal Barca?

—El mismo —Macro se puso en cuclillas junto al fuego y soltó un silbido.

—Bueno, eso contribuye en cierta medida a explicar su actitud hacia Roma. ¿Quién hubiera pensado que tendríamos a un heredero de Aníbal luchando con el ejército romano? —Se rió ante aquella ironía.

—Sí —dijo Cato en voz baja—. ¿Quién lo hubiera pensado?

Capítulo XXVIII

El trabajo en las fortificaciones de la cabeza de puente continuó con la primera luz del amanecer. Del Támesis se había levantado una espesa neblina que envolvía el campamento de la segunda legión con su pegajoso frío. Bajo el pálido brillo del sol naciente, una columna de legionarios salió andando penosamente por la puerta norte del campamento de marcha que se había formado a toda prisa cuando el cuerpo principal de la legión fue transportado al otro lado del río. El resto del ejército pronto se uniría a la segunda para seguir con la campaña y las fortificaciones tenían que ampliarse para acomodar a las otras legiones y cohortes auxiliares. Alrededor de la empalizada de la segunda legión, los zapadores habían delimitado un vasto rectángulo con los postes de medición. El día anterior se había levantado una considerable extensión de terraplenes y los zapadores se pusieron a trabajar enseguida para aumentar las defensas.

Con las armas cuidadosamente amontonadas allí cerca, los legionarios siguieron excavando la zanja circundante y apilaban la tierra que sacaban formando un parapeto interior. Cuando la tierra estuvo comprimida, se colocó una capa de troncos por encima para formar una sólida plataforma tras la empalizada de estacas afiladas clavadas en el cuerpo del terraplén. Una cortina de hombres montaba guardia a unos cien pasos frente a los compañeros que trabajaban y más allá, a lo lejos, cabalgaban las distantes figuras de los exploradores de caballería de la legión. Los comentarios de César sobre la táctica relámpago de los aurigas britanos estaban frescos en la memoria del comandante de la legión, y se había cerciorado de que cualquier enemigo que se acercara sería divisado a tiempo para advertir al equipo de zapadores.

Con un incesante esfuerzo, los terraplenes se extendieron desde el río en secciones de unos treinta metros cada vez.

Los años de instrucción aseguraban que todo soldado supiera cuál era su obligación y el trabajo se llevó a cabo con una eficiencia que complació a Vespasiano cuando se dirigió hasta allí a caballo para comprobar qué tal marchaba el trabajo. Pero estaba absorto y preocupado. Sus pensamientos volvían otra vez más a la reunión de oficiales superiores a la que había asistido el día anterior. Estuvieron presentes todos los comandantes de la legión, así como su hermano Sabino, que entonces hacía de jefe del Estado Mayor de Plautio.

Aulo Plautio había elogiado sus logros y anunciado que los exploradores del ejército informaban de que no había un contingente significativo de soldados enemigos en muchos kilómetros al frente. Los britanos se habían llevado una paliza y se habían retirado mucho más allá del Támesis. Vespasiano había argumentado que tenían que perseguir y destruir al enemigo antes de que Carataco tuviera la oportunidad de reagruparse y reforzar su ejército con aquellas tribus que apenas empezaban a darse cuenta del peligro que

representaban las legiones situadas en el extremo sur de la isla. Cualquier retraso en el avance romano tan sólo podía beneficiar a los nativos. Aunque los romanos se las habían ingeniado para cosechar los campos por los que habían pasado durante las primeras semanas de la campaña, los britanos se habían dado cuenta rápidamente de la necesidad de negarle al enemigo los frutos de la tierra. La vanguardia del ejército romano avanzaba sobre los restos humeantes de campos de trigo y almacenes de grano y las legiones dependían por completo del depósito de Rutupiae, desde el cual los largos convoyes de suministros formados por carros tirados por bueyes avanzaban hacia las legiones con su carga. Cuando las condiciones lo permitían, las provisiones se trasladaban en barco a lo largo de la costa en los transportes de bajo calado escoltados por los barcos de guerra de la flota del canal. Si los britanos se aprovechaban de su mayor capacidad de maniobra y concentraran sus ataques sobre aquellas líneas de suministro, el avance romano hacia el interior se demoraría seriamente. Era preferible atacar a los britanos entonces, cuando todavía no se habían recuperado de sus derrotas en el Medway y el Támesis.

El general había asentido ante los argumentos de Vespasiano, pero eso no le hizo cambiar su estricta observancia de las instrucciones que había recibido de Narciso, el primer secretario del emperador Claudio.

—Estoy de acuerdo con todo lo que dices, Vespasiano. Con todo. Créeme, si existiera alguna ambigüedad en las órdenes, me aprovecharía de esas lagunas. Pero Narciso es completamente preciso: en el momento en que hayamos asegurado una cabeza de puente en la otra orilla del Támesis, tenemos que detenernos y esperar a que el emperador llegue y se ponga personalmente al mando de la última fase de esta campaña. Cuando hayamos tomado Camuloduno, Claudio y su séquito se irán a casa, y nosotros consolidaremos lo que tengamos y nos prepararemos para la campaña del año que viene. Aún pasarán unos cuantos años antes de que la isla esté dominada. Pero debemos asegurarnos de que somos lo bastante fuertes para enfrentarnos a Carataco. Le hemos vencido antes, podemos volver a hacerlo.

—Siempre que mantengamos nuestra ventaja —replicó Vespasiano—. Ahora mismo Carataco no dispone de un ejército como tal, sólo los restos desperdigados de las fuerzas que hasta ahora hemos vencido. Si seguimos adelante podemos acabar con ellos fácilmente y eso significaría el fin de cualquier resistencia efectiva antes de que lleguemos a Camuloduno. —Vespasiano hizo una pausa para elegir cuidadosamente las palabras que iba a pronunciar—. Sé lo que dicen las órdenes, pero, ¿Y si destruimos los restos del enemigo y luego volvemos a la cabeza de puente? ¿No satisfaría eso nuestras necesidades estratégicas y los fines políticos del emperador?

Plautio juntó las manos y se inclinó hacia delante sobre su escritorio.

—El emperador necesita una victoria militar. La necesita para sí mismo y

nosotros se la vamos a ofrecer. Si hacemos lo que dices y aplastamos completamente la oposición, ¿con quién combatirá entonces cuando llegue aquí?

—Y si dejamos a Carataco en paz hasta que venga Claudio, puede que no podamos vencer a los britanos de ninguna manera. Tal vez llegue a tiempo de unirse a la huida en desbandada hacia los barcos. ¿Cómo quedaría eso en su trayectoria política?

—¡Vespasiano! —interrumpió Sabino al tiempo que le lanzaba una severa mirada a su hermano menor—. Estoy seguro de que la cosa no llegará a ese extremo. Incluso si Carataco se las arregla para reunir otro ejército, nosotros dispondremos del refuerzo de los soldados que el emperador traiga con él. La mayor parte de la octava, algunas cohortes de la guardia pretoriana y hasta elefantes. ¿No es así? —Sabino miró por encima de la mesa hacia donde estaba Plautio.

—Así es. Más que suficiente para arrasar todo lo que los britanos nos pongan por delante. Cuando esos salvajes vean a los elefantes, saldrán corriendo.

—¡Elefantes! —rió con amargura al recordar un vívido relato de la batalla de Zama que había leído cuando era niño—. Me da la impresión de que supondrán más peligro para los nuestros que para el enemigo. Los soldados de la octava son en su mayoría un puñado de ancianos inválidos y reclutas novatos y los pretorianos están acostumbrados a la vida fácil de Roma. No los necesitamos, a ninguno de ellos, si atacamos ahora.

—Lo cual no podemos hacer bajo ninguna circunstancia —dijo Plautio con firmeza—. Ésas son las órdenes y nosotros las obedecemos. No intentamos interpretarlas ni eludirlas. Y no se hable más del asunto. —El general se quedó mirando fijamente a Vespasiano y el último intento de protesta del legado se perdió en su garganta. No tenía sentido continuar con el tema, aunque todos los presentes debían de saber que era lo más razonable desde el punto de vista militar. El despliegue efectivo de la estrategia militar había quedado anulado por la agenda política.

Sabino advirtió la resignación de su hermano y rápidamente desvió la discusión hacia el próximo punto de la orden del día.

—Señor, tenemos que considerar la asignación de los reemplazos. Es de lo más urgente.

—Muy bien. —Plautio estaba ansioso por cambiar de tema—.

He revisado las cifras de vuestros efectivos y he decidido la distribución. La parte más importante va a la segunda legión. —Le dedicó una sonrisa apaciguadora a Vespasiano—. Tu unidad es la que más bajas ha sufrido desde que desembarcamos.

Plautio terminó su distribución de reemplazos, la cual sólo dejó descontento con su suerte al comandante de la vigésima. No se le habían concedido soldados de más y, lo que era aún peor, su legión quedó relegada al papel de reserva

estratégica, un movimiento garantizado a disminuir su participación en la gloria que se preparaba, suponiendo que la campaña concluyera con el éxito de los invasores.

—Una última cuestión, caballeros. —Plautio se echó hacia atrás y se aseguró de que recibía toda la atención de cada uno de los oficiales—. Me han llegado informes de que el enemigo está utilizando equipo romano: espadas, proyectiles de honda y algunas armaduras de escamas. Si se tratara de uno o dos artículos nada más, tal vez no me preocuparía. Ya se sabe que es habitual que un veterano dado de baja venda su equipo del ejército a algún vendedor ambulante. Pero la cantidad que se ha recuperado hasta el momento es demasiado grande para pasarla por alto. Parece que alguien ha estado pasando armas a los britanos. Nos ocuparemos de ello cuando termine la campaña, pero hasta entonces quiero que se anoten todos los artículos que recuperéis en el campo de batalla. Cuando encontremos al traficante podremos rematar el combate con una bonita crucifixión.

De pronto, los temores que Vespasiano albergaba sobre los contactos de su esposa con los Libertadores afloraron al frente de sus pensamientos, acompañados por un escalofrío que le recorrió la espalda.

—Este comerciante ha estado bastante atareado, señor —dijo Hosidio Geta con tranquilidad.

—¿Y eso significa...? —Significa que debe de dirigir una considerable organización exportadora si ha estado transportando por barco la cantidad de equipo que hasta ahora hemos encontrado. No es el tipo de operación que pasa fácilmente inadvertida.

—¿Tienes alguna objeción en decir claramente lo que piensas?

—Ninguna, señor.

—Pues hazlo, por favor. —Creo que nos encontramos ante algo un poco más siniestro que un oportunista esperando sacar un rápido beneficio. La cantidad de armas que la novena ha encontrado hasta ahora es demasiado grande. Quienquiera que sea el que esté respaldando esta operación tiene acceso a dinero, a algunos responsables de las fábricas de armas y a una pequeña flota de embarcaciones mercantes.

—Los Libertadores surgiendo de nuevo de entre las sombras, sin duda —sugirió Vitelio con una sonrisa burlona.

Geta se dio la vuelta en su taburete hacia él.

—¿Tienes una explicación mejor, tribuno?

—Yo no, señor. Sólo repetía un rumor que corre por ahí.

—Entonces, si no te importa, límitate únicamente a expresar aquellos comentarios que contribuyan a las deliberaciones de tus superiores. El resto te lo puedes guardar para impresionar a los tribunos subalternos.

Una cascada de risas se extendió entre los oficiales superiores y Vitelio se

sonrojó de amarga humillación.

—Como quiera, señor. —Geta movió la cabeza satisfecho y se volvió hacia el general.

—Señor, tenemos que informar al palacio enseguida. Sea quien sea el responsable de abastecer a los britanos con nuestro equipo correrá a ponerse a salvo en cuanto se haga público lo que hemos descubierto.

—Ya hay un despacho dirigido a Narciso en camino —replicó Plautio con aire de suficiencia.

A Vespasiano se le ocurrió que el general quería que todos los allí presentes creyeran que él ya había sido mucho más previsor que el más avezado de sus comandantes. Bien podría ser que se hubiera enviado un mensaje al primer secretario, pero el legado dudaba que en él se mencionara una sola palabra de las conclusiones de Geta. Ese otro mensaje seguiría apresuradamente al primero en el momento en que concluyera la reunión. La rapidez con la que Plautio pasó al siguiente punto de discusión no hizo más que afianzar sus sospechas.

Finalmente Plautio empujó su silla hacia atrás y dio por terminada la reunión. Los legados y los oficiales superiores del Estado Mayor se levantaron de sus asientos y salieron en fila hacia donde su escolta de caballería aguardaba para llevarlos de vuelta a sus legiones. Cuando Vespasiano iba a despedirse de su hermano, Plautio lo llamó.

—Quiero hablar contigo un momentito. ¿Nos disculpas, Sabino?

—Por supuesto, señor.

Cuando estuvieron a solas, Plautio sonrió.

—Tengo buenas noticias para ti, Vespasiano. Habrás oído decir que el emperador va a traer consigo a un séquito considerable.

—¿Aparte de los elefantes?

El general se rió por cortesía.

—No te preocupes por ellos. Sólo son para dar tono y no podrán acercarse a menos de un kilómetro y medio de la línea de batalla, al menos por lo que a mí respecta. Todos los generales tienen que aparentar que obedecen órdenes en público; en privado tratamos de hacer lo que debemos para alcanzar la victoria. Los generales deben asegurarse de obedecer a los emperadores, cualesquiera que puedan ser sus relativos méritos militares. ¿No estás de acuerdo?

Vespasiano sintió que se quedaba lívido mientras notaba que el temor y la ira se escapaban a su control.

—¿Se trata de otra prueba de lealtad, señor? —Esta vez no, pero haces bien en ser prudente. No, simplemente intentaba tranquilizarte y que vieras que tu general al mando no es el idiota que al parecer tú crees que es.

—¡Señor! —protestó Vespasiano—. ¡Nunca ha sido mi intención...!

—Calma, legado. —Plautio levantó las manos—. Sé lo que tú y los demás debéis de estar pensando. En vuestro lugar yo sentiría lo mismo. Pero yo soy el

representante del emperador y mi trabajo es hacer lo que él dice. Si desobedeciera sus órdenes se me condenaría por insubordinación o algo peor. Si no consigo derrotar al enemigo también estoy condenado, pero al menos podré defenderme diciendo que no hacía más que cumplir órdenes. —Plautio hizo una pausa—. Debes de pensar que soy débil y despreciable. Tal vez. Pero algún día, si tu estrella sigue ascendiendo, te encontrarás en mi situación, con un talentoso e impaciente legado ansioso por llevar a cabo la estrategia militar necesaria sin considerar ni por un momento la agenda política de la cual ésta emana. Espero que entonces recuerdes mis palabras.

Vespasiano no respondió, se limitó a quedarse mirando con frialdad al general, avergonzado de su incapacidad para hacer frente a los comentarios condescendientes de aquel hombre. Los sermones pronunciados por los oficiales superiores no había más remedio que escucharlos con silenciosa frustración.

—Y ahora —continuó diciendo Plautio—, la buena noticia que te prometí. Tu esposa y tu hijo van a viajar con el emperador. —¿Flavia va a estar entre su séquito? Pero, ¿por qué?

—No te entusiasmes demasiado con ese honor. Es un grupo grande, más de cien personas, según el despacho de Narciso. Supongo que Claudio quería rodearse de gente variopinta que lo entretuviera mientras está fuera de Roma. Sea cual sea la razón, tendrás la oportunidad de volver a verla. Toda una monada, si mal no recuerdo.

Aquel comentario rastrero avinagró a Vespasiano aún más. Asintió con la cabeza, sin ninguna intención de expresar orgullo masculino al poseer una esposa de aspecto tan llamativo. Lo que había entre ellos iba más allá de cualquier atracción superficial. Pero eso era personal y él no iba a confiar tal intimidad a nadie. La emocionante perspectiva de que Flavia pronto estaría de camino hacia él quedó rápidamente sumergida en la preocupación por el hecho de su inclusión en el séquito del emperador. A las personas se les solicitaba que atendieran al emperador en sus viajes por uno o dos motivos. O bien eran grandes animadores o aduladores, o eran gente que representaba una sobrada amenaza para él, por lo que éste no osaba perderlos de vista.

En vista de su reciente conspiración, Flavia podía estar en el mayor peligro posible, si es que sospechaban de ella. Entre toda la pompa del grupo de viajeros de la corte imperial, la vigilarían en secreto. El más mínimo atisbo de traición podía acarrear que cayera en las siniestras garras de los interrogadores de Narciso.

—¿Eso es todo, señor? —Sí, eso es todo. Asegúrate de que tú y tus hombres aprovecháis al máximo el tiempo mientras aguardamos a que llegue Claudio.

Capítulo XXIX

En cuanto las fortificaciones estuvieron listas, tres de las otras legiones se trasladaron al otro lado del Támesis y se dirigieron a las áreas que se les habían asignado. Las cohortes auxiliares y la vigésima legión se quedaron atrás para vigilar a los animales de tiro del ejército que pastaban en todas las franjas de pradera disponibles, dispersos por una vasta extensión de terreno. Una sucesión de pequeños fuertes se extendía a lo largo de las líneas de comunicación por todo el camino que llevaba a Rutupiae y, de vez en cuando, los convoyes de suministros avanzaban lentamente hasta el frente y volvían vacíos, aparte de aquellos que llevaban a los inválidos destinados a una baja prematura y la subsiguiente dependencia del reparto de trigo en Roma. En aquellos momentos la mayor parte de los suministros se transportaban siguiendo la costa y, desde allí, río arriba en los barcos de la flota invasora.

Se había establecido un enorme depósito de abastecimiento en el campamento de la legión y cada día se descargaban más víveres, armas y equipo de repuesto que los jefes de intendencia anotaban con todo detalle y que luego se depositaban en el interior de la cuadrícula meticulosamente señalizada que habían preparado los zapadores. La próxima vez que el ejército se dirigiera al campo de batalla, estaría tan bien aprovisionado y armado como lo había estado al inicio de la campaña.

Los legionarios descansaron mientras esperaban la llegada del emperador y de los miembros de su círculo, aunque todavía había muchas cosas que hacer. Había que guarnecer los muros del fuerte, cavar las letrinas y ocuparse de su mantenimiento, mandar a un destacamento a conseguir leña, hacerse con cualquier suministro de grano o animales de granja que pudieran encontrar y otras muchas tareas rutinarias que formaban parte de la vida militar. Al principio las patrullas de aprovisionamiento se habían formado con cohortes enteras pero, como los exploradores de caballería continuaban informando de que había pocas señales del enemigo, se permitió que grupos menos numerosos de legionarios abandonaran el campamento durante el día.

Aunque Cato estaba exento de servicio hasta que se hubiera recuperado por completo de sus quemaduras, se encontró con que necesitaba ocupar el tiempo haciendo algo útil. Macro se burló de su petición de ayudarlo a ponerse al día con la administración. La mayoría de veteranos trataban por todos los medios de tener el mayor tiempo libre posible, y habían aprendido todas las trampas y triquiñuelas posibles para abandonar el servicio. Cuando Cato se personó en la tienda del centurión y se ofreció a ayudar, el primer impulso de Macro fue preguntarle qué tramaba el *optio* en realidad.

—Sólo quiero hacer algo útil, señor. —Ya veo —respondió Macro al tiempo que se rascaba la barbilla con un aire meditabundo—. Algo útil, ¿eh?

—Sí, señor. —¿Por qué? —Me aburro, señor.

—¿Te aburres? —contestó Macro con verdadero horror.

La posibilidad de rechazar la oportunidad de disfrutar del abanico de actividades que un legionario podía desarrollar estando fuera de servicio era algo que nunca había considerado. Reflexionó unos momentos sobre el asunto. Cualquier *optio* normal hubiera ideado algún truco para hacerse con alguna ración extra o alguna paga de la contaduría de la centuria. Pero Cato había hecho gala de una integridad deplorable en su administración de los archivos de la centuria. En sus momentos más benévolos, Macro suponía que Cato debía de estar dirigiendo su poderosa inteligencia hacia alguna oportunidad, que hasta la fecha se le había pasado por alto, de enriquecimiento personal a costa del ejército. En sus momentos menos benévolos atribuía la escrupulosidad del muchacho a la ignorancia de juventud con respecto a las costumbres del ejército, una actitud que la experiencia acabaría enmendando. Pero allí estaba, disconforme con su situación de exención del servicio y, aunque pareciera mentira, solicitando algo que hacer.

—Bueno, déjame pensar —dijo Macro—. Hace falta saldar las cuentas de los fallecidos. ¿Qué te parece eso?

—Muy bien, señor. Empezaré ahora mismo. Mientras el desconcertado centurión miraba, Cato abrió la tapa del arcón donde se guardaban los documentos de la centuria y con cuidado extrajo las cuentas financieras y los testamentos de todos los soldados señalados como «baja por defunción» en el resumen de efectivos más reciente. Antes de que pudieran validarse los testamentos, todas las cuentas de los fallecidos tenían que ponerse al día y deducir todos los gastos de los artículos del equipo de los ahorros acumulados. El valor neto del patrimonio del legionario se repartía de acuerdo con los términos establecidos en su testamento. Si no había ninguna declaración de últimas voluntades, ya fuera oral o escrita, entonces, estrictamente hablando, el patrimonio se concedía al pariente varón de más edad. Pero en la práctica, la mayoría de los centuriones afirmaban que el hombre había hecho un testamento oral en el que legaba sus bienes materiales a los fondos funerarios de la unidad. Tales fuentes de ingresos adicionales eran necesarias en el servicio activo para financiar la enorme cantidad de lápidas conmemorativas que hacían falta. El aumento de la demanda incrementaba los precios, y el dolor que sentían los mamposteros de la legión por la muerte de sus compañeros quedaba en cierta medida mitigado con las considerables sumas que podían ganar preparando sus lápidas.

Cato estaba sentado tranquilamente a la sombra del toldo frente a la tienda del centurión y pasaba el dedo de un artículo a otro mientras sumaba mentalmente las deudas y el total lo restaba de las cifras en la columna de ahorros. Muchos de los muertos habían dejado atrás más deudas que ahorros, lo cual indicaba que

eran nuevos reclutas, que siempre tenían menos posibilidades de sobrevivir que los experimentados veteranos. La mayor parte de los nombres no le decían nada, pero algunos de ellos destacaban en la página y lo llenaban de tristeza: Pírax, el veterano de trato fácil que le enseñó a Cato cómo funcionaba todo cuando llegó al cuartel; Harmonio, ese asqueroso impasible y desinteresado que entretenía a sus compañeros con imitaciones de animales de corral y con pedos ensordecedores cuando se lo pedían (quizás eso último no representara una gran pérdida para la civilización, decidió Cato tras una reflexión). Todos eran personas como él, seres humanos que antes vivían, respiraban y reían, con sus compendios de virtudes y defectos. Hombres junto a los que había marchado durante los últimos meses, hombres que se conocían unos a otros mejor de lo que muchos conocen a sus propias familias. Ahora estaban muertos y su rica experiencia de la vida quedaba reducida a una hilera de cifras en un pergamino de registros financieros y a los pocos efectos personales que constituían su legado.

El estilo de Cato se agitaba sobre una tablilla encerada y temblaba entre sus dedos inseguros. Recordó que le habían dicho que la muerte sería su constante compañera durante todo su servicio en el ejército. Había creído comprender muy bien las implicaciones, pero ahora sabía que existía un amplio abismo entre los elegantes conceptos expresados con frases bien construidas y la sórdida realidad de la guerra.

Durante los días que pasaron mientras se recuperaba, tuvo dificultades para dormir normalmente. Se quedaba tumbado en la tienda de su sección con los ojos cerrados mientras que su mente trabajaba con fervor y unas terribles imágenes de carnicerías surgían espontáneamente de su imaginación, como si las estuviera viendo. Incluso cuando estaba despierto le asaltaban sin cesar las mismas imágenes, hasta que empezó a dudar de su cordura. A medida que el agotamiento nervioso lo iba invadiendo, empezó a oír sonidos procedentes de los márgenes de su mundo de vigilia: un apagado eco del choque de espadas, Pírax chillando su nombre o Macro bramándole que corriera para salvar la vida.

Cato necesitaba hablar con alguien, pero no podía desahogarse con Macro. Su alegre falta de sensibilidad y el carácter campechano que lo hacían tan admirable tanto en la vida diaria como en el fragor de la batalla eran precisamente lo que imposibilitaba que Cato se confiara a él. Sencillamente, no podía esperar que el centurión comprendiera el tormento por el que estaba pasando. Tampoco quería revelar lo que consideraba como una debilidad suya. La mera posibilidad de que Macro sintiera lástima por él, o peor aún, desprecio, lo llenaba de odio hacia sí mismo.

La imagen más espantosa de entre la atormentadora secuencia de batallas volvía a repetirse cuando al fin se dormía. Soñaría que el guerrero británico lo sujetaba bajo el agua otra vez. Sólo que en aquella ocasión el agua sería sangre, y su espesa rojez salada le llenaría los pulmones y lo asfixiaría. Y el guerrero no

moriría, sino que miraría a través del río rojo con el rostro horriblemente mutilado por una salvaje herida, pero petrificado en una mueca espantosa mientras sus manos sujetarían a Cato bajo el agua, lejos de la superficie.

Cato se despertaría con un grito y se encontraría sentado muy erguido, con la piel cubierta de un sudor frío y pegajoso y avergonzado por las maldiciones que farfullarían en la tienda los soldados a los que habría molestado. No podría volver a dormirse y pasaría la larga noche tratando de apartar de su pensamiento aquellas terribles imágenes hasta que el grisáceo amanecer diluyera la densa oscuridad que lo envolvía en el interior de la tienda.

Por eso se había presentado en la tienda de su centurión, desesperado por tener alguna tarea que le exigiera fijar su atención durante largos intervalos de tiempo, lo bastante largos para expulsar a los demonios que acechaban en los límites de su conciencia. Completar las cuentas de los soldados muertos le exigía la concentración suficiente para mantener a raya los peores excesos de memoria e imaginación, pero se centraba en la tarea con tal determinación que terminó el trabajo mucho antes de lo deseado. De manera que Cato repasó los cálculos una vez más para cerciorarse de que eran correctos, o al menos eso fue lo que se dijo.

Al final ya no quedaron más excusas para dudar de su competencia matemática, por lo que enrolló ordenadamente los pergaminos y los volvió a colocar con cuidado en el arcón de documentos. Ya terminaba cuando una sombra cayó sobre el escritorio de campaña.

—Hola, *optio* —dijo Niso—. Veo que ese negrero que tienes por centurión sigue haciéndote trabajar.

—No, lo hago porque quiero. —Niso ladeó la cabeza y la apoyó sobre una larga y fina lanza con tres puntas.

—¿Porque quieres? Creo que se me debió de pasar por alto un poco de conmoción cerebral cuando te examiné. O eso o que la fiebre se está adueñando de ti. Sea como sea, te iría bien un descanso. Y, mira por dónde, a mí también.

—¿A ti? —No pongas esa cara de asombro. Algunos de nuestros heridos sobreviven a mi tratamiento hasta varios días. No puedo hacer que se mueran lo bastante deprisa. Así que lo que hace falta es un poco de diversión. En mi caso eso significa pescar. Y ya que estamos acampados junto a un río no quiero desperdiciar la oportunidad. ¿Quieres venir conmigo?

—¿A pescar? No sé. Nunca lo he probado. —¿Nunca has pescado? —Niso retrocedió fingiendo estar horrorizado—. ¡Pero, hombre! ¿Qué pasa contigo? La antigua práctica de separar del agua a nuestros primos con escamas es un derecho inalienable del ser humano. ¿Dónde te has equivocado?

—He vivido en Roma casi toda mi vida. No se me ocurrió ir a pescar.

—¿Ni siquiera con el poderoso Tíber rugiendo a través del corazón de tu ciudad?

—Lo único que alguien sacó nunca del Tíber fue un repugnante acceso de eso que llaman la Venganza de Remo. —Ja! —Niso dio una palmada con sus enormes manos—. Aquí no existe esa posibilidad, así que venga, vámonos. Al atardecer estarán comiendo y la verdad es que podríamos atrapar alguno.

Tras vacilar sólo un momento, Cato asintió con la cabeza, cerró la tapa del arcón y volvió a deslizarse el pestillo en su sitio. Entonces, la pareja se dirigió hacia la puerta del muro este.

Macro volvió a levantar el faldón de su tienda para observarlos y sonrió. Había estado sumamente preocupado por el humor sombrío del muchacho durante los últimos días. Más de una vez había pasado a ver a Cato y había visto su mirada perdida y el ceño fruncido que apenas cambiaba, y que evidenciaban una silenciosa angustia que él había visto en muchísimos legionarios tras una dura lucha. La mayoría de los hombres se sobreponían bastante pronto, pero Cato aún no era un hombre, y Macro poseía suficiente sensibilidad como para darse cuenta de que el joven no tenía alma de soldado. Puede que fuera un *optio* de la magnífica segunda legión, pero bajo la armadura y la túnica reglamentaria del ejército había una persona de carácter completamente distinto. Y esa persona estaba sufriendo y necesitaba hablar de ello con alguien que no perteneciera al mundo cerrado de la sexta centuria.

Por mucho que le desagradara la despreocupada falta de respeto de Niso, Macro era consciente de que el cirujano y Cato compartían una sensibilidad similar, y de que el muchacho quizá hallara un poco de consuelo hablando con él. Desde luego, Macro esperaba que así fuera.

Capítulo XXX

—Está bueno —murmuró Macro a la vez que mascaba el trozo de pescado—. ¡Condenadamente bueno! —Le sonrió encantado al cartaginés que estaba a su lado. Se hallaban sentados en el exterior de su tienda. Un fuego que se extinguía brillaba entre las cenizas grises y seguía desprendiendo calor mientras atraía hacia la muerte a los mosquitos y demás insectos. Cualquier duda que Cato hubiera podido tener sobre la receta de Niso para la trucha se había disipado y en esos momentos se servía otro pedazo de pescado del cesto caliente que Niso había llevado a la tienda.

La excursión de pesca había sido una nueva experiencia y Cato la había disfrutado más de lo que había pensado en un principio. Era raro estar sentado y observar cómo la luz del sol rielaba en la corriente, abandonarse a la agradable música de la naturaleza. El susurrar de las olas en la suave brisa se había fundido con el chapaleo del agua, y la tensión de cada uno de los momentos pasados en aquella campaña había empezado a desaparecer. La admiración de Cato por Niso había aumentado mientras el cartaginés combinaba la hábil pesca con alguna que otra tanda de conversación en voz baja.

—Una exquisitez africana —explicó Niso—. Lo aprendí de nuestro cocinero cuando era niño. Se puede hacer con casi cualquier pescado. El secreto radica en la elección de las hierbas y especias.

—¿Y dónde guardas tú eso en campaña? —preguntó Macro.

—Con los suministros médicos. La mayoría de ingredientes se puede utilizar para hacer distintos cataplasmas.

—¡Qué práctico! —Sí, ¿verdad? —Cato observó al cartaginés mientras éste comía de su plato de campaña. Parecía estar muy orgulloso de su linaje y sin embargo servía en las tropas del ejército que les había dominado. Era interesante, reflexionó él, cómo se adaptaba la gente. Dejó su plato de campaña en el suelo a su lado.

—Niso —dijo—, ¿qué se siente al ser cartaginés y servir en el ejército romano, dada nuestra historia mutua?

Niso dejó de masticar un momento. —Alguien me preguntó lo mismo hace unos pocos días. ¿Qué se siente? La mayor parte del tiempo estoy demasiado ocupado para pensar en ello. Después de todo, ya ha pasado mucho tiempo. No parece que tenga mucho que ver conmigo. De todas formas, ahora formamos parte del Imperio y ése es el mundo en el que vivo. Mira el ejército romano.

Ya no es un ejército romano como tal. Mira cuántas razas diferentes sirven ahora con las águilas. Galos, hispánicos, jirios, sirios e incluso algunos germanos. Luego están las cohortes auxiliares. Casi todas las razas del Imperio están representadas en sus filas. Todos tenemos puesto un interés personal en Roma. Y sin embargo, hay veces que me pregunto... —La voz de Niso se fue apagando

por un momento y dirigió la mirada hacia las ascuas refulgentes—. Me pregunto si no hemos entregado a Roma demasiado de nosotros mismos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Macro entre un bocado y otro.

—No estoy del todo seguro. Es sólo que allí donde viajes dentro del Imperio, e incluso más allá, encuentras arquitectura romana, soldados y administradores romanos, obras romanas en nuevos teatros romanos, dramas históricos y poesía romana en las bibliotecas, ropa romana en las calles, palabras romanas en boca de gente que nunca verá Roma.

—¿Y qué? —Macro se encogió de hombros—. ¿Hay algo mejor que Roma?

—No lo sé —respondió sinceramente Niso—. Quizá no mejor, pero sí diferente. Y son las diferencias lo que a la larga cuenta.

—Son las diferencias las que conducen a la guerra —sugirió Cato.

—Por lo general no. Con más frecuencia son las similitudes entre nuestros gobernantes. Todos van detrás de lo mismo: obtener ventajas en la política interna, el engrandecimiento personal... en resumen, poder, riqueza y un hueco en la historia. Siempre es igual cuando hablas de Julio César, Aníbal, Alejandro, Jerjes o cualquier otro. Son los hombres como éstos los que hacen las guerras, no el resto de nosotros. Estamos demasiado ocupados preocupándonos por la próxima cosecha, por cómo garantizar el suministro de agua a la ciudad, por si nuestras esposas nos son fieles, por si nuestros hijos llegarán a la edad adulta. Esto es lo que inquieta a las personas modestas de todo el Imperio. La guerra no sirve a nuestros fines. Nos obligan a entrar en ella.

—¡Y una mierda! —soltó Macro—. La guerra sirve a mis fines. Yo elegí alistarme en el ejército, nadie me obligó a hacerlo. Si no fuera por el ejército todavía estaría en un asqueroso agujero ocupado de manera ilegal ayudando a mi padre a pescar para vivir. Unas buenas campañas más y habré ahorrado lo suficiente para retirarme por todo lo alto. Y eso mismo vale para Cato. —Por un momento fulminó a Niso con la mirada; luego, satisfecho por haber dicho lo que quería decir, siguió devorando su trozo de pescado.

Cato hizo un movimiento con la cabeza, avergonzado, y trató de desviar la conversación hacia un terreno más seguro.

—Pero no cabe duda de que las guerras de Roma se justifican en términos de lo que viene después. Piensa en cómo ha cambiado la Galia al ser parte del Imperio. Allí donde sólo había laxas confederaciones de tribus enfrentadas ahora tenemos orden. Eso tiene que servir a los intereses de los galos tanto como a los nuestros. Extender los límites de la civilización es el destino de Roma.

Niso sacudió la cabeza tristemente.

—Eso tal vez es lo que a la mayoría de romanos les gustaría pensar. Pero podría ser que otras naciones tuvieran el suficiente desparpajo como para creer que ya estaban civilizadas, aunque con un criterio de civilización distinto.

—Niso, muchacho. —Macro adoptó su tono de persona de mucho mundo—.

En mis tiempos vi muchas de esas otras supuestas civilizaciones y, créeme, no tienen nada que enseñarnos. No nos superan en nada. Roma es la mejor, de raíz, y cuanto antes lo reconozcan las demás, como has hecho tú, mejor.

Niso se sobresaltó y el brillo de los rescoldos se reflejó por un instante en sus ojos muy abiertos antes de que bajara la mirada.

—Centurión, yo me uní al ejército para obtener los derechos que la ciudadanía romana te otorga. Lo hice por motivos pragmáticos, no idealistas. No comparto tu sentimiento sobre el destino de tu Imperio. Con el tiempo desaparecerá, al igual que han desaparecido todos los imperios, y todo lo que quedará serán unas estatuas rotas medio enterradas en los desiertos que simplemente suscitarán curiosidad a los viajeros que pasen por allí.

—¿Caer Roma? —se burló Macro—. ¡No digas tonterías, por favor Roma es la más grande en todos los sentidos. Roma es, bueno... díselo tú, Cato. Tú tienes más facilidad de palabra que yo.

Cato le lanzó una mirada furiosa a su centurión, enojado por la incómoda situación a la que le había empujado. Por mucho que pudiera creer en la mayoría de las afirmaciones de Macro sobre Roma, era muy consciente de la deuda que el Imperio tenía con otras culturas y no quería ofender a su nuevo amigo cartaginés.

—Creo que lo que usted quiere decir, señor, es que en cierto modo el Imperio romano marca un hito en la historia, en el sentido de que nosotros representamos una amalgama de las mejores cualidades que pueden darse en el ser humano, junto con la bendición de los dioses más poderosos. Todas las guerras que hacemos tienen el propósito de proteger a aquellos que disfrutan de los beneficios del Imperio del peligro de los bárbaros que no pertenecen a él.

—¡Así es! —exclamó Macro triunfalmente—. ¡Esos somos nosotros! ¡Bien dicho, muchacho! No lo hubiera podido expresar mejor. ¿Qué dices a eso, Niso?

—Digo que tu *optio* es joven. —Niso trataba con todas sus fuerzas de que no se notara la amargura en su voz—. Con el tiempo adquirirá sus propios conocimientos, no unos de segunda mano. Quizás aprenda algo de los pocos romanos que poseen verdadera sabiduría.

—¿Y quiénes podrían ser éstos? —preguntó Macro—. Los malditos filósofos, sin duda.

—Podrían ser ellos. Pero también podrían estar entre los hombres que nos rodean. He hablado con algunos soldados romanos que comparten mi opinión.

—¿Ah, sí? ¿Con quién?

—Tu tribuno Vitelio, por ejemplo.

Macro y Cato intercambiaron una mirada de asombro.

Niso se inclinó hacia adelante.

—Ahí tenéis a un hombre que considera a fondo las cosas.

Conoce los límites del Imperio. Sabe lo que la expansión del Imperio ha

costado a su gente, tanto a los romanos como a los no romanos. Sabe... —Niso se detuvo al darse cuenta de que había hablado más de la cuenta—. Lo único que quiero decir es que él piensa detenidamente en esas cosas, nada más.

—¡Oh, él piensa detenidamente las cosas, claro que sí! —replicó Macro con resentimiento—. Y te apuñala por la espalda si por casualidad te cruzas en su camino. ¡Ese cabrón!

—Señor —interrumpió Cato, ansioso por calmar la desagradable tensión entre ellos—, sea cual sea nuestra opinión sobre el tribuno, es mejor que nos la guardemos para nosotros por ahora.

Si Niso se había hecho amigo de Vitelio, entonces debían tener mucho cuidado de no decir nada que el tribuno pudiera utilizar contra ellos, en caso de que Niso repitiera su conversación. La traición con el arcón de la paga de César todavía les dolía, y el hecho de que a Vitelio no lo hubieran llamado para dar cuenta de ello lo convertía en un peligroso enemigo.

Macro refrenó su genio y se quedó sentado en silencio, mordisqueando una corteza de pan mientras fruncía el ceño ante el oscuro paisaje de interminables líneas de tiendas y fogatas.

Niso esperó un momento y luego se levantó y se sacudió las migas de la túnica.

—Ya nos veremos, Cato.

—Sí. Y gracias por el pescado.

El cartaginés hizo un gesto con la cabeza, se dio la vuelta y se alejó con brío.

—Yo en tu lugar —dijo Macro en voz baja— procuraría alejarme de él. El tipo frecuente malas compañías. No deberíamos fiarnos de él.

Cato apartó la mirada de su centurión para dirigirla hacia la sombra de Niso que se alejaba rápidamente y luego volvió a mirar a Macro. Se sentía mal por la manera en que su superior había tratado al cirujano y avergonzado por haberse sentido obligado a secundar su simplista argumentación. ¿Pero qué otra alternativa tenía? Y, de todas formas, Niso estaba equivocado. Sobre todo en el juicio que se había formado sobre el tribuno Vitelio.

Capítulo XXXI

En cuanto terminaron de levantar los parapetos, el general Plautio ordenó a los soldados que construyeran una serie de fuertes para proteger los accesos al campamento principal. Al mismo tiempo, los zapadores empezaron con el pontón. Clavaron unos pilares en el río y durante el día aseguraban los barcos en posición mientras que por la noche tendían la calzada. Al trabajar desde ambas orillas, los zapadores iban cubriendo el espacio a un ritmo constante y pronto los soldados y los suministros podrían atravesar libremente el Támesis. Niso los observaba desde un tocón de árbol por encima del río, con la mirada posada en el brillante reflejo de las antorchas sobre el agua oscura. Tenía el cejo fruncido mientras miraba hacia abajo, al río, y estaba tan inmerso en sus pensamientos que no se dio cuenta de que tenía visita hasta que el hombre se sentó en un tronco cercano.

—¡Vaya, amigo cartaginés, si que tienes un aspecto sombrío! —Vitelio soltó una risita—. ¿Qué pasa?

Niso dejó a un lado sus oscuros pensamientos y forzó una sonrisa.

—Nada, señor. —Venga, vamos, puedo leer el cuerpo de una persona como si fuera un libro. ¿Qué te pasa?

—Tan sólo necesitaba estar solo un rato —respondió lacónicamente el cirujano.

—Ya veo —replicó Vitelio, y se levantó del tronco—. Entonces discúlpame, por favor. Pensé que podríamos hablar, pero ya me doy cuenta de que no quieres...

Niso movió la cabeza en señal de negación. —No hace falta que se vaya. Sólo estaba pensando, eso es todo.

—¿Sobre qué? —Vitelio volvió a sentarse con suavidad—.

Fuera lo que fuera parece haberte alterado.

—Sí. —Niso no dijo nada más y se limitó a quedarse mirando de nuevo hacia el otro lado del río, dejando al tribuno sentado en silencio a su lado.

Vitelio era lo bastante astuto como para saber que el hombre al que quería manipular necesitaba confiar en él primero. Y lo que es más, debía parecer considerado y mostrar empatía hasta un punto que indicara compasión más que camaradería. Así que esperó pacientemente a que Niso hablara. Durante un rato el cirujano siguió mirando el río en silencio. Luego cambió de posición y volvió la cabeza hacia el tribuno, sin ser completamente capaz de cambiar la expresión de desesperanza de su rostro.

—Es extraño pero, por muchos años que haya servido a Roma, todavía me siento, y me hacen sentir, como un forastero. Puedo curar las heridas de los hombres, hablo con ellos en su lengua y comparto su sufrimiento en largas campañas. Sin embargo, cuando saco a relucir mi raza u orígenes es como si un

agrio olor se interpusiera entre nosotros. Veo que casi retroceden físicamente. Por la manera en que muchos de ellos reaccionan, cualquiera diría que soy Aníbal en persona. En cuanto menciono Cartago parece que nada haya cambiado en los últimos trescientos años. ¿Pero qué he hecho yo para que actúen de esta manera?

—Nada —contestó Vitelio con tacto—. Nada en absoluto. Es la forma en que nos han educado. Aníbal es un nombre que ha pasado a nuestro folclore. Y ahora todo lo cartaginés se asocia con el terrible monstruo al que una vez le faltó muy poco para arrasar Roma.

—¿Y así es como va a ser siempre? —La dolorosa amargura en el tono de voz de Niso era evidente—. ¿No es hora de que vuestra gente cambie?

—Claro que sí. Pero no mientras todavía se pueda sacar ventajas políticas de los antiguos miedos. La gente necesita a alguien a quien odiar, de quien sospechar, a quien echarle la culpa de la injusticia que hay en sus vidas. Ahí es donde entráis vosotros. Y por «vosotros» me refiero a los no romanos que conviven con los ciudadanos. Fíjate en Roma. Al principio se vio amenazada por los etruscos, después por los celtas, luego por los cartagineses. Todas fueron amenazas muy reales contra nuestra supervivencia que nos hicieron mantenernos unidos. Pero cuando nos convertimos en la nación más poderosa de la tierra y ya no hubo enemigos que hicieran temblar a Roma, nos encontramos con que seguía siendo conveniente tener a alguien a quien temer y odiar. Ser romano significa pensar que eres el mejor. Y ser el mejor sólo tiene sentido si hay algo menos digno con lo que compararte y a lo que enfrentarte.

—Y vosotros los romanos pensáis realmente que sois la raza superior en todo el mundo, supongo.

—La mayoría sí lo hace y, tal como lo verían ellos, lo que hay de verdad en eso se hace más evidente con cada victoria sobre un enemigo, con cada pedazo de tierra que se añade al Imperio. Eso anima al populacho de Roma y le proporciona algo de lo que estar orgulloso mientras se gana la vida a duras penas en medio de una terrible miseria.

—¿Y usted, tribuno? —Niso clavó sus ojos oscuros en el oficial—. ¿Usted qué cree?

—¿Yo? —Vitelio bajó la mirada hacia la negra forma de sus botas—. Yo creo que los romanos no son ni mejores ni peores que otros pueblos. Creo que algunos de nuestros dirigentes son lo bastante cínicos para darse cuenta de que no se puede sacar ningún provecho político de esa idea. En realidad, son conscientes de que mientras puedan conseguir que el descontento de la gente no se centre en las verdaderas condiciones de su existencia, la plebe seguirá trampeando y causará pocos problemas a sus gobernantes. Ésa es una de las razones por la que Roma tiene tantas festividades públicas y espectáculos. Pan, circos y prejuicios: los tres pilares sobre los que se sostiene Roma.

Niso lo observó en silencio un momento. —Todavía no me ha dicho qué es lo que usted cree, tribuno.

—¿No lo he hecho? —Vitelio se encogió de hombros—. Tal vez sea porque hoy en día uno tiene que ser muy discreto con lo que cree. —Se llevó la mano al costado y se sacó un pequeño odre del cinturón, lo destapó, apretó y dirigió un chorro del líquido a su boca—. ¡Ah! ¡Esto sí que está bueno! ¿Quieres un poco?

—Gracias. —Niso cogió el odre, echó la cabeza hacia atrás y bebió. Tragó y chasqueó los labios—. ¿Qué es?

—Un vino de familia. De un viñedo que mi padre posee en la Campania. Llevo bebiéndolo desde que era un crío. Es bueno.

—¿Bueno? ¡Exquisito! —Tal vez. Sea como sea, encuentro que ayuda a aclarar el mundo si se toma en cantidad suficiente. Es fuerte y un poco cunde mucho. ¿Más?

—Sí, señor. Se turnaron para beber y pronto el cálido vino empezó a surtir efecto en su interior y Niso se fue sumiendo en un estado de ánimo más animado y receptivo. El vino parecía haber afectado de la misma manera al tribuno. Éste levantó una rodilla y la rodeó con las manos.

—Vivimos en una época extraña, Niso. —Vitelio tuvo mucho cuidado de arrastrar las palabras—. Tenemos que ser cautos con lo que decimos y a quién se lo decimos. Me preguntaste qué creía yo.

—Sí.

—¿Puedo fiarme de ti? —Vitelio se volvió y le sonrió—. ¿Puedo permitirme confiar en ti, mi amigo cartaginés? ¿Puedo suponer que eres quien pretendes ser y no algún astuto espía del emperador?

A Niso le dolió aquella acusación, tal como Vitelio esperaba.

—Señor, hace poco tiempo que nos conocemos. —El vino hacía que se le trabara la lengua al hablar—. Sin embargo, creo, estoy seguro, de que podemos confiar el uno en el otro. Al menos, yo confío en usted.

Vitelio esbozó una débil sonrisa y dio una palmada en el hombro al cartaginés.

—Y yo también confío en ti. De verdad que sí. Y te voy a decir lo que creo. —Hizo una pausa para mirar con detenimiento a su alrededor. Aparte del incesante y duro trabajo de los zapadores, sólo un puñado de hombres se movían entre las tiendas alineadas. Seguro de que nadie los oiría.

Vitelio se inclinó para acercarse más a su interlocutor.

—Lo que yo creo es lo siguiente. Que el legítimo destino de Roma ha sido distorsionado por los Césares y sus compinches. La única preocupación del emperador ha sido mantener contenta a la plebe. No importa nada más. Elimina a Claudio y el populacho no necesitará estar tan consentido todo el tiempo. Y eso significa que se puede aliviar la carga al resto del Imperio. Entonces quizá podamos esperar un Imperio basado en la asociación entre naciones civilizadas en lugar de uno basado en el miedo y la opresión. Quién sabe, puede que incluso

Cartago volviera a su justa posición en un imperio como ése...

Vitelio vio el efecto que sus palabras causaban en Niso. Su rostro estaba entonces petrificado en una expresión de fervor idealista. Vitelio tuvo que contenerse para no sonreír. Le divertía enormemente que las personas fueran tan fácilmente sobornables por causas morales. Les proporcionabas una serie de atractivos ideales para que se hicieran ilusiones y podías ordenarles hacer cualquier cosa en pro de la causa. Busca a un hombre que ansíe ser importante y conseguir la admiración de los demás y tendrás a un fanático. La gente así era idiota, se dijo a sí mismo Vitelio. Peor que idiotas. Eran un peligro para otras personas, pero, lo que era más importante, eran un peligro para ellos mismos. Los ideales eran un producto de imaginaciones engañadas. Vitelio creía ver el mundo romano tal como era en realidad: el medio por el cual aquellos con astucia suficiente para moldearlo según sus deseos podían conseguir sus objetivos, nada más. La gente demasiado estúpida para darse cuenta de eso no era más que un instrumento listo para ser utilizado por hombres mejores.

O por mujeres, reflexionó al recordar la habilidad con que Flavia había llevado a cabo su juego contra el emperador a espaldas de su marido. Ella y sus amigos podrían haber tenido éxito de no ser por los brutales métodos de Narciso y sus agentes imperiales, como el mismo Vitelio. Vitelio se acordó del hombre al que tuvieron que golpear hasta casi matarlo, antes de que revelara el nombre de Flavia. Después lo habían ejecutado inmediatamente y, en aquellos momentos, la única persona aparte de él que conocía la complicidad de Flavia era Vespasiano.

—El renacer de Cartago —musitó Niso—. Sólo me he atrevido a soñar con ello.

—Pero primero debemos acabar con Claudio —dijo Vitelio en voz baja.

—Sí —susurró Niso—. ¿Pero cómo? —Vitelio lo miró fijamente, como si considerara cuán lejos podría llegar por ese camino. Tomó otro trago de vino antes de seguir hablando con una voz apenas más alta que la del cirujano.

—Hay una manera. Y tú puedes ayudarme. Necesito hacer llegar un mensaje directamente a Carataco. ¿Lo harás?

Había llegado el momento de decidirse y Niso bajó la cabeza, la colocó entre las manos y trató de pensar. El vino ayudó a simplificar el proceso, aunque sólo fuera porque evitaba que cualquier pensamiento frío y lógico interfiriera con sus emociones y sueños. Sin que le costara mucho, tuvo claro que Roma nunca lo aceptaría en su seno. Que Cartago siempre sería tratada con cruel desprecio. Que las iniquidades del Imperio durarían siempre... a menos que Claudio fuera eliminado. La verdad era evidente y molesta. Ebrio como estaba, la perspectiva de lo que debía hacer le llenó el corazón de frío terror.

—Sí, tribuno. Lo haré.

Capítulo XXXII

—¿Dónde está tu amigo cartaginés? —preguntó Macro. Estaba sentado con los pies apoyados en su escritorio mientras admiraba la vista que desde su tienda tenía sobre el río. Habían terminado ya de cenar y los diminutos insectos se arremolinaban en la tenue luz. Macro se dio un manotazo en el muslo y sonrió cuando, al levantar la mano, ésta reveló una minúscula mancha roja y el pringue de un mosquito destrozado—. ¡Ja!

—¿Niso? —Cato alzó la vista de la carta que estaba escribiendo en su escritorio de campaña, con la pluma en la mano sobre el tintero de arcilla negra de color gris—. Hace días que no le veo, señor.

—¡Pues adiós y buen viaje! Confía en mí, muchacho. Es mejor evitar a los de su calaña.

—¿Los de su calaña?

—Ya sabes, cartagineses, fenicios y todas esas arteras naciones comerciantes. No te puedes fiar de ellos. Se las saben todas.

—Niso parecía una persona bastante honesta, señor.

—Tonterías. Iba detrás de algo. Todos hacen lo mismo. Cuando se dan cuenta de que no tienes nada de lo que ellos querían, se largan.

—Yo más bien creo que se largó, como usted dice, debido al carácter de la conversación que tuvimos esa noche que nos hizo la cena, señor.

—Piensa lo que quieras. —Macro se encogió de hombros, con la mano preparada sobre otro molesto insecto que zigzagueaba de manera peligrosa junto a su brazo. Dio un cachete, falló y el mosquito se alejó revoloteando con un zumbido agudo—. ¡Hijo de puta! —Eso es un poco fuerte, señor.

—Hablaba con un bicho, no de tu amigo —replicó Macro con irritación—, aunque los dos son igual de latosos.

—Si usted lo dice, señor. —Sí que lo digo, naturalmente. ¡Y ahora creo que necesito beber algo! —El centurión se puso en pie y arqueó la espalda, con las manos en las caderas—. ¿Ya estamos organizados para esta noche?

A la centuria le tocaba el turno de guardia en el lado este de la empalizada; las recientes bajas en combate implicaban que cada guardia tenía que durar casi dos veces más de lo normal. No era justo pero, tal como Cato había llegado a aprender, la imparcialidad no era algo que estuviera muy presente en la mentalidad militar.

—Sí, señor. He mandado la lista de turnos al cuartel general y yo mismo haré las rondas para asegurarme.

—Bien. No quiero que ninguno de nuestros muchachos trate de echar una cabezadita. Nuestras tropas ya están bastante mermadas, gracias a los habitantes del lugar. No puedo permitirme el lujo de empeorar las cosas y que lapiden a alguno de ellos hasta morir.

Cato asintió con la cabeza. Dormirse durante la guardia, al igual que otras muchas infracciones del servicio activo, acarrearla la pena de muerte. La ejecución debían llevarla a cabo los compañeros del culpable.

—Muy bien, si alguien me necesita, estaré en la tienda del comedor de centuriones.

Cato lo miró mientras desaparecía en la oscuridad a un paso ágil. Los centuriones habían conseguido agenciarse cierta cantidad de ánforas de vino de uno de los capitanes de los barcos de transporte. El envío iba dirigido a un tribuno de la decimocuarta, pero el hombre se había ahogado una noche que decidió ir a nadar un poco después de haber tomado demasiado falerno y ellos se apoderaron de la nueva remesa antes de que al capitán, un poco corto de entendederas, se le ocurriera devolverla al remitente. Ellos habían dado cuenta de la bebida mucho antes de que el mercader de vinos galo se enterara de que su cliente ya no le podría pagar la factura.

Al quedarse solo, Cato se apresuró a terminar los asuntos administrativos del día sin que le interrumpieran y puso los pergaminos en su sitio. Aquella era su oportunidad de disfrutar de un poco de paz y tranquilidad. A pesar de la admiración y la simpatía que sentía por su centurión, Macro era fastidiosamente sociable y se empeñaba en conversar en los momentos más inoportunos. Tanto era así que a menudo Cato se encontraba apretando los dientes con frustración mientras Macro no paraba de chacharear con su estilo soldadesco.

Cato era plenamente consciente de lo difícil que le resultaba mantener una conversación sobre temas triviales con sus compañeros militares incluso entonces, tras haber pasado varios meses en el ejército. La espontánea jocosidad masculina de los legionarios le irritaba terriblemente. Ordinaria, obvia y lamentable, para ellos era como un acto reflejo, pero a él le era muy difícil participar, más aún porque temía que si trataba de utilizar el argot apropiado lo descubrirían al instante. No había nada peor, reflexionó él, que el que te sorprendan en un condescendiente intento de confraternizar con los soldados rasos.

De vez en cuando Cato trataba de desviar sus conversaciones con Macro hacia temas más estimulantes. Pero la expresión perdida y a veces molesta con la que eran recibidos sus esfuerzos hacia que rápidamente se mordiera la lengua. Macro compensaba su falta de sofisticación con generosidad de espíritu, coraje, honestidad e integridad moral, pero justo en aquellos momentos Cato quería alguien con quien hablar, alguien como Niso. Había disfrutado de la excursión de pesca y había esperado cultivar una amistad verdadera con el cartaginés. La tranquila sensibilidad del cirujano era como un bálsamo para las crudas emociones que crispaban su interior. Pero la rotunda hostilidad de Macro había alejado a Niso. Y lo que era aun peor, éste parecía estar cayendo bajo el hechizo del tribuno Vitelio. Así que, ¿con quién podría desahogarse ahora?

Cato se preguntaba si la respuesta sería llevar un diario y consignar sus preocupaciones por escrito. O mejor todavía, le escribiría a Lavinia y sacaría el mejor partido posible del papel de poeta-filósofo atormentado que había estado interpretando para impresionarla. Aunque para él habían sido muy reales las traumáticas experiencias en combate, era asimismo lo bastante analítico e inteligente como para considerarlas instructivas de alguna manera. Le conferirían un sentido de enigmático hastío de la vida que sin duda impresionaría a Lavinia.

Cato aplanó cuidadosamente con el antebrazo un pergamino en blanco, mojó la pluma en el tintero, limpió el exceso de tinta y colocó la punta sobre la lisa superficie. Todavía había suficiente luz para escribir durante un rato antes de que tuviera que recurrir al pálido resplandor de la lámpara de aceite y se tomó tiempo para ordenar detenidamente sus pensamientos. La pluma entró en contacto con el pergamino y trazó con pulcritud el saludo formal: «Saludos de Quinto Licinio Cato a Flavia Lavinia».

La pluma hizo una interminable pausa mientras Cato afrontaba el familiar desfase de la primera frase. Frunció el ceño ante el esfuerzo de crear una línea de inicio que impresionara sin que fuera innecesariamente florida. Una frase burlona provocaría en Lavinia un estado de ánimo no adecuado para lo que seguiría. Por el contrario, un tono demasiado serio al principio podría ser molesto. Se dio una palmada en un lado de la cabeza.

—¡Vamos! ¡Piensa! —Levantó la vista para asegurarse de que nadie lo había oído y se sonrojó al cruzarse con la brillante mirada de un legionario que pasaba. Cato le devolvió el saludo y sonrió con timidez antes de volver a mojar la pluma con tinta y escribir la primera frase. «Querida mía, apenas hay instante en el que no piense en ti.»

No estaba mal, pensó, y las palabras eran ciertas, aunque el espíritu no lo fuera del todo. Durante los pocos momentos en los que su vida no estaba ocupada con algún que otro servicio, en efecto, pensaba en Lavinia. Especialmente en aquella vez que habían hecho el amor en Gesoriaco poco antes de que ella se hubiera marchado a Roma con su ama, Flavia.

Bajó la cabeza y continuó. Esa vez la inspiración le vino con facilidad y su pluma se apresuró a escribir las palabras que manaban de su corazón mientras se movía adelante y atrás con rapidez entre el tintero y el pergamino. Le habló a Lavinia sobre la manera tan personal en que la amaba, de la pasión que ardía en sus entrañas con sólo pensar en ella y de cómo cada día que pasaba restaba uno al tiempo que faltaba para estar de nuevo el uno en brazos del otro.

Cato paró para leer lo que había escrito y hacía una mueca aquí y allá, cuando sus ojos se detenían en alguna que otra frase fácil, tópico o expresión poco fluida. Pero estaba contento con el efecto global. Ahora quería contarle las cosas nuevas que le habían pasado. Lo que había estado haciendo desde que se

separaron. Quería aliviarse de la carga de todos los acontecimientos terribles que se sentía obligado a recordar pero que no lograba entender. El sentimiento de culpa al acordarse de una estocada mortal, el hedor del campo de batalla a los dos días de la lucha, el fétido y oleoso humo de las piras funerarias que tapaba el sol y asfixiaba los pulmones de aquellos que se encontraban en la misma dirección del viento. La forma en que la sangre y los intestinos brillaban cuando se desparramaban en un radiante día de verano.

Lo que más deseaba era confesar aquel terror que le retorció las entrañas y que había sentido cuando el transporte se había acercado a las filas de britanos que chillaban en la otra orilla del Támesis. Quería explicarle a alguien lo poco que le había faltado para encogerse de miedo en los imbornales y negarse a gritos a aguantar nada más.

Pero de la misma manera que tuvo miedo de que sus compañeros reaccionaran con indignación y lástima ante su debilidad, también temía que Lavinia lo considerara menos que un hombre. Y, consciente de su juventud y falta de experiencia mundana comparado con otros hombres de la legión, temía que ella lo despreciara por ser un niño asustado.

El atardecer dio paso a la noche, iluminada únicamente por el delgado cuarto menguante de la luna, y al final Cato decidió que no podía contarle a Lavinia más que un simple resumen de la batalla en la que había combatido. Encendió la lámpara y, bajo su parpadeante luz, se inclinó sobre el pergamino y describió con dinamismo y sencillez la evolución de la campaña hasta el momento. Casi había terminado cuando apareció Macro, que regresaba del comedor de los centuriones, y que maldijo en voz alta al golpearse el dedo del pie con una estaquilla de la tienda.

—¿Quién carajo puso eso ahí? —Su enojo hacía que arrastrara aún más las palabras. Pasó junto a Cato dando trompicones, entró en la tienda y se desplomó pesadamente sobre su cama de campaña, que acto seguido se vino abajo con el chasquido de algo que se astilla. Cato alzó los ojos al cielo y sacudió la cabeza antes de limpiar la pluma y recoger sus artículos de escritorio.

—¿Cómo se encuentra, señor? —¡Pues bastante mal! Esta maldita cama de mierda ha querido matarme. Y ahora esfúmate y déjame solo.

—¡Por supuesto, señor! Ya me esfumo. —Cato sonrió mientras se ponía en pie y agachaba la cabeza bajo la orla del toldo—. Le veré por la mañana, señor.

—Por la mañana, ¿por qué no? —respondió Macro de forma distraída al tiempo que forcejeaba con su túnica. Entonces decidió abandonar y se dejó caer sobre los restos de su cama de campaña. Luego se apoyó en el codo de una sacudida.

—¡Cato! —¿Señor? —Tenemos órdenes de ver al legado mañana a primera hora. ¡No vayas a olvidarte, muchacho!

—¿Al legado? —Sí, al maldito legado. Y ahora vete al carajo y déjame

dormir un poco.

Capítulo XXXIII

El toque de guardia de primera vela sonó desde el cuartel general, inmediatamente seguido de los toques de las otras tres legiones acampadas en la orilla izquierda del Támesis y, un instante después, por el de la legión que todavía se encontraba en la orilla derecha. Aunque el general Plautio estaba con el contingente más numeroso, coordinando los preparativos para la siguiente fase del avance, las águilas de las cuatro legiones seguían alojadas en un área del cuartel general construida en el otro lado del río, así que, oficialmente, el ejército todavía no había cruzado el Támesis. Se le concedería ese triunfo a Claudio. El emperador y las águilas atravesarían juntos el Támesis. Sería un espectáculo magnífico, Vespasiano no tenía ninguna duda sobre ello. Se sacaría la mayor ventaja política posible del avance hacia la capital enemiga de Camuloduno. El emperador, que llevaría una deslumbrante armadura ceremonial, y su séquito encabezarían la procesión y, en algún lugar de entre el largo cortejo de seguidores, estaría Flavia.

Flavia, al igual que todas las personas cercanas al emperador, iba a estar estrechamente vigilada por los agentes imperiales; todos aquellos con quienes hablara y toda conversación que pudieran oír serían debidamente anotados y enviados a Narciso. Vespasiano se preguntaba si el liberto en quien más confiaba el emperador acompañaría a su señor en aquella campaña. Todo dependía de la confianza que Claudio tuviera en su esposa y en el prefecto de la guardia pretoriana que estaba al mando de las legiones que habían permanecido en Roma. Vespasiano sólo había visto una vez a Mesalina, en un banquete de palacio. Pero le bastó esa sola vez para darse cuenta de que una mente aguda como una aguja contemplaba el mundo desde detrás de la deslumbrante máscara de su belleza. Sus ojos, muy maquillados al estilo egipcio, lo habían atravesado con una ardiente mirada y Vespasiano no pudo hacer más que evitar apartar la mirada. Mesalina había sonreído con aprobación ante su temeridad al tiempo que le tendía la mano para que se la besara.

—Deberías tener cuidado con éste, Flavia. —Había dicho ella—. Un hombre que con tanta facilidad sostiene la mirada a la esposa del emperador es un hombre que sería capaz de cualquier cosa. —Flavia forzó una débil sonrisa y rápidamente se llevó de allí a su marido.

Era irónico, pensó Vespasiano al recordar el acontecimiento, que hubiera sido él y no Flavia a quien habían señalado como conspirador en potencia, por mucha sutileza con que lo hubiesen hecho. Flavia había parecido ser la esposa leal y ciudadana modelo en todos los sentidos y nunca le había dado motivos para temer que pudiera involucrarse en algo más peligroso que una excursión a los baños públicos.

Considerándolas desde el presente, las pequeñas comidas sociales que había

dado o a las que había sido invitada sin su presencia parecían entonces decididamente siniestras, especialmente cuando algunas de aquellas personas con las que había comido habían sido condenadas después de la investigación que llevó a cabo la red de espías de Narciso. Vespasiano aún no sabía hasta qué punto estaba relacionada con aquellos que conspiraban contra Claudio. Hasta que no le planteara la cuestión no podía estar seguro. Incluso entonces, suponiendo que no fuera ni sombra de la traidora de sangre fría que Vitelio afirmaba que era, ¿cómo podría saber él si su versión de los hechos era auténtica? La posibilidad de que Flavia mintiera y de que él no fuera capaz de darse cuenta de la falsedad lo llenaba de una terrible sensación de inseguridad.

Llegó a sus oídos el ruido de unos pasos sobre las tablas del exterior de la tienda que le hacía de oficina y rápidamente agarró el pergamino que tenía más cerca y concentró la mirada en él: una solicitud del cirujano jefe de la legión para aumentar la capacidad del hospital.

Tuvo lugar un intercambio de palabras en voz baja antes de que el centinela gritara:

—¡Espere aquí! —El faldón de la tienda se abrió y un rayo de luz cayó inclinado sobre su escritorio e hizo que Vespasiano entrecerrara los ojos al levantar la vista.

—¿Qué pasa? —Disculpe, señor, el centurión Macro y su *optio* han venido a verle. Dice que se le ordenó venir aquí después del toque de la primera vela.

—Bueno, entonces llegan tarde —se quejó Vespasiano—. Que entren.

El centinela se agachó al salir y se puso a un lado mientras sostenía el faldón de la tienda.

—Muy bien, señor. El legado les recibirá ahora. Dos figuras entraron bajo el rayo de luz, se acercaron a su escritorio, estamparon los pies contra el suelo y se pusieron en posición de firmes.

—El centurión Macro y el *optio* Cato se presentan tal como se les ordenó, señor.

—Llegas tarde.

—Sí, señor. —Por un momento Macro pensó en disculparse, pero no dijo nada. En el ejército no se admitían disculpas. O se hacía lo que a uno le ordenaban o no, y no había excusas.

—¿Por qué? —¿Señor? —¿Por qué llegas tarde, centurión? El toque de primera vela sonó y a hace un rato.

—Sí, señor. —Vespasiano sabía cuándo le andaban con evasivas. Mientras su vista se volvía a adaptar a la tenue luz del interior de la tienda vio que al centurión Macro le pesaban los ojos y tenía un aspecto cansado. Dado el historial de aquel hombre, decidió que una advertencia extraoficial sería suficiente.

—De acuerdo, centurión, pero si esto vuelve a repetirse habrá consecuencias.

—Sí, señor. —Y si alguna vez me entero de que dejas que la bebida interfiera

en tus obligaciones, te juro que haré que vuelvas a la tropa. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor —respondió Macro con un enérgico movimiento de la cabeza.

—De acuerdo, caballeros, entonces tengo trabajo para vosotros. No es nada demasiado peligroso pero de todas maneras es importante y no va a obstaculizar la recuperación del *optio*. —Vespasiano rebuscó entre unos cuantos documentos que había a un lado del escritorio y con cuidado sacó una hoja pequeña con un sello en una esquina—. Aquí tienes tu salvoconducto. Llevarás a tu centuria de vuelta a Rutupiae. Allí te encontrarás con los reemplazos de la octava. Quiero que escojas a los mejores para la segunda. Haz que se alisten con nuestros efectivos enseguida y, que las otras legiones se queden con el resto. ¿Entendido?

—Sí, señor. —Y si eres rápido, puedes embarcar a tus hombres en uno de los transportes que llevan a los heridos hacia la costa. Podéis retiraros.

De nuevo solo en su tienda, Vespasiano se puso a pensar en otro asunto que le había estado preocupando. Aquel mismo día, más temprano, él y otros comandantes de la legión habían sido convocados por el general Plautio para ser informados sobre los últimos intentos de negociación con las tribus britanas. Las noticias de Adminio no eran buenas. El hecho de que el ejército romano no hubiera seguido su avance hacia la capital de Carataco había alarmado a las tribus que se habían comprometido con Roma. Les habían dado a entender que la confederación encabezada por los catuvelanios quedaría eliminada en cuestión de semanas. Por el contrario, los romanos se estaban ocultando dentro de los parapetos de sus fortificaciones mientras que Carataco reconstruía su ejército con rapidez. Los catuvelanios habían dirigido graves amenazas contra las tribus que retrasaban su unión con las que ya oponían resistencia a Roma. Plautio había contraatacado lanzando sus propias amenazas, por mediación de Adminio, sobre las consecuencias de incumplir los supuestos acuerdos a los que habían llegado con el Imperio.

Adminio informó de que ahora las tribus habían planteado un compromiso. Si Camuloduno caía en manos de las legiones antes del final de la actual temporada de guerra, cumplirían su anterior promesa de hacer las paces con Roma. Pero si Carataco seguía teniendo el control de su capital, se sentirían obligados a unirse a la confederación de tribus que habían jurado destruir a Plautio y a su ejército. Reforzado de ese modo, el ejército de Carataco sería mucho más numeroso que el de Plautio. La derrota, si no la retirada, sería inevitable y las águilas serían expulsadas de las costas britanas.

Una vez más, Vespasiano maldijo el forzoso retraso mientras el ejército esperaba que aparecieran Claudio y su cortejo. Ya habían pasado cuatro semanas y Plautio dijo que podía pasar otro mes más antes de que se empezase a avanzar sobre Camuloduno. Como muy pronto, cuando las águilas llegaran ante la capital ya sería septiembre, y eso suponiendo que pudieran sacarse fácilmente de encima a Carataco y su nuevo ejército. Todo porque el emperador se empeñó

en estar presente cuando avanzaran.

Aún era posible que la vanidad de Claudio los matara a todos.

Río abajo, los restos de la sexta centuria esperaban pacientemente a que terminaran de embarcar a los heridos. Los ordenanzas médicos de la legión subían con cuidado a los diversos heridos por las rampas de embarque de los transportes y dejaban las camillas bajo los toldos extendidos sobre las cubiertas. Era un espectáculo bastante deprimente. Se trataba de hombres a los que les darían la baja médica del ejército y a los que mandarían a sus casas con miembros amputados o huesos destrozados que nunca se curarían del todo. Aquellos hombres eran compañeros y algunos de ellos buenos amigos, pero los soldados de la centuria de Macro se quedaron en silencio, incómodos al saber el negro futuro que aguardaba a los inválidos. Muchos de ellos todavía sentían dolor y gritaban al menor movimiento brusco.

Cato bajó por el embarcadero provisional buscando a Niso, esperando que fuera posible renovar su amistad de algún modo. No fue muy difícil encontrar al cartaginés. Estaba sobre un montón de sacos de grano, bramando instrucciones e insultos a sus ordenanzas mientras éstos subían con dificultad las camillas a bordo de los transportes. Cuando Cato se acercó, Niso lo saludó de manera cortante con un movimiento de la cabeza.

—Buenos días, *optio*. ¿Qué puedo hacer por ti? Cato había estado a punto de subir y unirse a él, pero su tono gélido le hizo abandonar su propósito.

—¿Y bien, *optio*?

—Niso, y o... y o sólo quería saludarte.

—Bueno, pues ya lo has hecho. Y ahora, ¿hay algo más?

Cato lo miró fijamente con el ceño fruncido y luego sacudió la cabeza en señal de negación.

—Entonces, si no te importa, tengo mucho trabajo que hacer... ¡Hacedlo otra vez y os tiraré al río de una patada en vuestros malditos culos romanos! —les gritó a un par de ordenanzas que, al forcejear con un soldado con sobrepeso, habían hecho que el muñón de la pierna, en carne viva, golpeará contra un costado del transporte. El hombre daba alaridos de dolor.

Cato aguardó un momento más, con la esperanza de ver algún atisbo de cambio en la actitud del cartaginés, pero Niso le estaba dejando muy claro que no tenía nada más que decirle. Cato se alejó lleno de tristeza y regresó a la centuria. Se sentó a cierta distancia de Macro y se quedó mirando fijamente hacia el río.

Al final, subieron al último de los heridos y el capitán del transporte hizo una señal a Macro.

—¡Es hora de moverse, muchachos! ¡Id subiendo! —Los miembros de la centuria ascendieron en fila india por el tablón de embarque y se dejaron caer pesadamente sobre la cubierta, desde donde los guiaron hacia la proa. Macro dio

permiso a sus soldados para quitarse las mochilas y la armadura. Los marineros apartaron el transporte de la orilla del río mientras algunos de los legionarios los observaban ociosamente. La mayor parte de la centuria se tumbó en cubierta y echó una cabezadita bajo el cálido sol.

Mientras que Cato miraba hacia el espacio cada vez mayor que se abría entre el barco y la costa, vio a Niso que conducía a sus ordenanzas cuesta arriba de vuelta a las tiendas del hospital. En sentido opuesto, caminando a grandes zancadas con toda tranquilidad, iba el tribuno Vitelio. Vio a Niso y con una ancha sonrisa levantó la mano para saludarlo.

Capítulo XXXIV

Aunque sólo habían pasado dos meses desde que la segunda legión había tomado tierra en Rutupiae, el fuerte construido a toda prisa para vigilar la playa durante el desembarco había sido transformado en un inmenso depósito de suministros. Había montones de barcos anclados en el canal que esperaban su turno para acercarse al embarcadero y descargar sus mercancías. Más de una docena de embarcaciones estaban amarradas junto al muelle y cientos de tropas auxiliares se llevaban los sacos y ánforas de las profundas bodegas de los cargueros de manga ancha para amontonarlos en los carros y transportarlos en grandes cantidades hasta el depósito.

En lo alto de la corta cuesta que ascendía desde la costa se alzaba una puerta muy fortificada y, más allá, la rampa de tierra y la empalizada invadían el paisaje. Unos graneros contruidos sobre bajos pilares de ladrillo se extendían en largas hileras hasta llegar a uno de los lados del depósito. Junto a ellos había unos montones cuidadosamente diferenciados de ánforas tapadas llenas de aceites, vino y cerveza. También había otras zonas destinadas a las reservas militares de jabalinas, espadas, botas, túnicas y escudos.

Un pequeño recinto cercado contenía una apretada multitud de prisioneros britanos que llevaban varios días agachados bajo el sol que caía implacable. A su debido tiempo los conducirían a todos a las bodegas de algún barco que volviera a la Galia y, tras un largo viaje, acabarían en el gran mercado de esclavos de Roma.

A poca distancia de los muros del enorme depósito se encontraba el matadero de campaña, donde los hábiles carniceros mataban cerdos y bueyes. A un lado de aquellas instalaciones había un gigantesco montón de intestinos, órganos y otras partes de desecho de los animales muertos. El montón refulgía bajo la brillante luz del sol y una bandada de gaviotas y otros carroñeros se atiborraban entre un frenesí de aleteos y agudos chillidos. El sonido llegaba claramente al otro lado del canal, transportado por una ligera brisa que, lamentablemente, también arrastraba con ella el hedor despedido por el amontonamiento de vísceras.

El fétido olor se fue intensificando a medida que el transporte se iba acercando al embarcadero y más de un soldado de Macro sintió que se le revolvía el estómago. Pero más o menos a unos treinta metros del embarcadero el hedor del montón de despojos dejó de llegar directamente hasta el barco y el aire se volvió más respirable. Cato se agarró a la barandilla de madera y tomó aire unas cuantas veces para limpiarse los pulmones. Con mano experta, el timonel hizo girar el ancho gobernalle que estaba suspendido sobre la aleta: el barco de transporte se deslizó con fluidez y giró de manera que el bao quedó frente al embarcadero.

—¡Remos! —bramó el capitán haciendo bocina con las manos, y la tripulación rápidamente recogió los remos palmo a palmo y los puso sobre la cubierta. De proa a popa había hombres con rollos de cabo de amarre y, cuando el barco se acercó lentamente al embarcadero, les lanzaron las cuerdas a otros que esperaban junto a los amarraderos. Estos últimos tiraron del transporte y lo arrimaron a los pilares de madera con una suave sacudida antes de atar las amarras.

Inmediatamente se colocó una pasarela con bisagras por encima de la borda y un tribuno subalterno se acercó corriendo desde la cuesta que había junto al embarcadero, donde montones de soldados yacían sobre camillas y parihuelas. Cerca de ellos había algunos auxiliares hispanos en cucullas. El tribuno miró por la cubierta, se cruzó con la mirada de Macro y se le acercó a toda prisa. — ¡Centurión! ¿Qué cargamento tienes?

—Mi centuria y algunas bajas médicas, señor. —Macro saludó y sacó una tablilla de cera plegada del morrón que colgaba de su cinturón—. Éstas son mis órdenes, señor. Tenemos que recoger a los reemplazos para la segunda legión y conducirlos hasta el Támesis.

El tribuno echó un vistazo a la tablilla y movió la cabeza en señal de aprobación al ver la marca del sello de la segunda legión en la cera.

—Muy bien. Haz desembarcar a tus hombres y dirígios al cuartel general. Allí os suministrarán algunas tiendas y víveres para pasar la noche. Venga, en marcha. —Agitó la mano con impaciencia y se quedó de pie junto a la pasarela mientras tamborileaba con los dedos sobre la barandilla hasta que el último miembro de la centuria de Macro hubo pisado tierra. Cato observó cómo el tribuno gritaba una orden y los auxiliares empezaban a acarrear la larga hilera de camillas a bordo del barco de transporte. Muchos de los heridos tenían muñones vendados allí donde antes había habido piernas y brazos, mientras que un soldado con la cabeza envuelta con una tela ensangrentada pronunciaba a gritos palabras sin sentido que dirigía a todos los que le rodeaban. Cato se quedó mirando a aquel hombre y se estremeció.

—Habrás más como él antes de que se termine esta campaña —dijo Macro en voz baja.

—Creo que yo preferiría morirme.

Macro observó al hombre, que de pronto empezó a retorcerse de forma violenta, amenazando con caerse de la pasarela y arrastrar con él a los que llevaban la camilla, con lo que todos irían a parar al agua que había debajo de ellos.

—Yo también, muchacho. —Macro gritó la orden de marcha al tiempo que recogía su arnés, y los soldados se dirigieron colina arriba y cruzaron la puerta principal del depósito. En el cuartel general, un administrativo civil de voz melosa aceptó a regañadientes las solicitudes de equipo nuevo que el intendente de la

segunda le había entregado a Macro. El administrativo hizo un rápido recuento de la centuria y les asignó algunas tiendas en la esquina más alejada.

—¿Y nuestros víveres? —Puedes coger unas galletas de los almacenes de la octava.

—¡Galletas! No quiero galletas. Mis hombres y yo queremos un poco de carne fresca y pan. Encárgate de ello.

El administrativo dejó la pluma, se echó hacia atrás y se cruzó de brazos.

—La carne fresca y el pan no están disponibles. Son para los soldados del frente. Y ahora, centurión, si no te importa, tengo trabajo de verdad con el que seguir.

—¡Esto ya es el colmo, maldita sea! —explotó Macro al tiempo que dejaba caer su mochila y alargaba la mano para agarrar de la túnica al administrativo. Con un fuerte tirón arrastró al administrativo hacia el otro lado de la mesa; sus papeles se desparramaron y el tintero se volcó.

—Y ahora escúchame, mierdecilla —le dijo Macro con los dientes apretados—. ¿Ves a estos soldados? Son todo lo que queda de mi centuria. El resto murió en el frente. ¿Te enteras? ¿Y dónde demonios estabas tú cuando los mataron? —resopló y lentamente desenroscó los puños de la túnica del administrativo—. Bien, sólo voy a decirlo una vez. Quiero carne fresca y pan para mis hombres. Quiero que nos lo lleven a las tiendas. Si no está allí antes del toque de guardia nocturno, volveré aquí y te destruiré personalmente. ¿Lo has entendido?

El administrativo agitó la cabeza en señal de afirmación, con los ojos de par en par a causa del terror.

—No te oigo. Habla alto, y con energía.

—Sí, centurión.

—¿Sí qué?

—Sí, me encargaré de la comida de tus soldados y... ¿os apetecería un poco de vino?

Por detrás de Macro los hombres dieron gritos de aprobación, Macro se permitió esbozar apenas una sonrisa y asintió con la cabeza.

—Es muy considerado por tu parte. Creo que podríamos llevarnos bien después de todo.

Se volvió hacia sus hombres, que profririeron una irregular ovación antes de que los condujera a las tiendas. Cato le dedicó una sonrisa de triunfo al administrativo y, acto seguido, se dio la vuelta y se reunió con su centurión.

Mientras disfrutaba un poco con las aclamaciones de sus soldados, Macro reconoció que debía vigilar su genio. Arremeter contra un mero administrativo de ninguna manera aumentaba su autoridad. El cansancio y los restos de su resaca eran los responsables, y tomó nota mentalmente de ser prudente con el vino aquella noche. Entonces recordó que el vino era gratis; sería una grosería a la vez que una estupidez dejar pasar una oportunidad como aquella. Decidió que

lo compensaría bebiendo menos vino otra noche.

No pasó mucho tiempo antes de que Macro estuviera mordisqueando con satisfacción un tierno pedazo de carne de vacuno, asado vuelta y vuelta sobre las brasas de una hoguera. Cato estaba sentado enfrente. Se limpió cuidadosamente los jugos de la carne que rodeaban sus labios y volvió a meterse el trapo en el cinturón.

—Los reemplazos que nos van a dar mañana, señor.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Cómo lo haremos?

—Según la vieja costumbre del ejército. —Macro tragó un bocado antes de continuar—. Nosotros escogemos primero. Los mejores nos los quedaremos para nuestra centuria. Cuando tengamos de nuevo todos los efectivos, los mejores de entre los que queden irán a las otras centurias de la cohorte, luego a las otras cohortes y los que queden se los daremos a las demás legiones.

—Eso no es muy justo, señor. —No, no lo es —asintió Macro—. No es justo en absoluto, pero ahora mismo es condenadamente estupendo. Ya va siendo hora de que nuestra centuria tenga un respiro, y aquí está. Así que vamos a alegrarnos y a sacar el mejor provecho del asunto, ¿de acuerdo? —Sí, señor.

La idea de compensar las bajas sufridas por su tristemente mermada centuria era de lo más gratificante, y Macro apuró de un trago su abollada taza, la llenó de nuevo y la volvió a vaciar rápidamente. Entonces se detuvo para soltar un eructo desgarrador que hizo volver la cabeza a los que estaban cerca y se tumbó de espaldas en el suelo con los brazos cruzados bajo la cabeza. Sonrió, bostezó y cerró los ojos.

Al cabo de unos momentos, unos ronquidos familiares retumbaban entre las sombras al otro lado del resplandor de la hoguera y Cato maldijo su suerte por no haber podido dormirse primero. Los demás miembros de la centuria también habían comido hasta saciarse y habían bebido más vino del que les convenía puesto que aquella noche, al menos, no tenían servicio de guardia. Casi todos estaban dormidos y durante un rato Cato se quedó sentado con los brazos en torno a las rodillas, cerca del fuego. En el vacilante centro de la hoguera, el anaranjado resplandor se ondulaba y fluía de un modo hipnótico y se encontró con que su mente, embotada por el vino, se dejaba llevar por un ensueño elíseo. Una visión de Lavinia se interpuso sin esfuerzo delante de las llamas y se permitió contemplar la belleza de aquella imagen antes de apoyar la cabeza en su capa doblada y abandonarse al sueño.

Capítulo XXXV

—¿Nombre? —le espetó Macro al legionario que estaba frente al escritorio.

—Cayo Valerio Máximo, señor. —¿Tribu? —Velina.

—¿Cuánto tiempo has servido con las águilas? —Ocho años, señor. Siete con la vigésima tercera Marcia antes de que fuera disuelta, y luego me mandaron a la octava.

—Ya veo. —Macro asintió con un grave movimiento de la cabeza. La vigésima tercera había estado muy implicada en el motín de Escriboniano y había pagado el precio máximo por su tardía lealtad hacia el nuevo emperador. Fuera como fuera, el hombre que estaba ante él era un veterano y parecía bastante fuerte. Y lo que era aún más revelador, su equipo estaba en perfectas condiciones: correas y hebillas brillaban al sol y estaba equipado con una de esas nuevas armaduras laminadas que estaban teniendo mucho éxito en el ejército.

—Veamos tu espada, Máximo —gruñó Macro. El legionario se llevó la mano al costado y con rapidez sacó la espada de su vaina, le dio la vuelta y presentó la empuñadura al centurión. Macro cerró el puño sobre el mango de una manera respetuosa y alzó la hoja para inspeccionarla de cerca. El cuidado puesto en mantenimiento era evidente de inmediato y un ligero roce en el filo reveló un agradable afilado.

—¡Bien! Muy bien —Macro le devolvió el arma—. Al final del día sabrás la unidad a la que te han asignado. ¡Puedes retirarte!

El legionario saludó, se dio la vuelta y se alejó, con demasiada rigidez para el gusto de Macro.

—¿Lo anoto para la segunda, señor? —preguntó Cato, que estaba sentado junto a Macro con cuatro pergaminos desenrollados ante él. Mojó la pluma con tinta y la sostuvo preparada sobre el pergamino de la segunda.

Macro sacudió la cabeza en señal de negación. —No, no podemos quedarnos con él. Mírale la pierna izquierda.

Cato vio una vívida línea blanca que le iba del muslo a la pantorrilla y se dio cuenta de que la tirantez del tejido de cicatrización hacía que el hombre arrastrara ligeramente la pierna.

—Sería un lastre para sí mismo y, lo que es más importante, para nosotros en una marcha forzada. Anótalo para la vigésima. Sólo está en condiciones de realizar servicios de reserva.

Macro levantó la vista hacia la fila de legionarios que estaban a la espera de asignación.

—¡El siguiente! —A medida que iba pasando el día, la larga hilera de reemplazos se fue reduciendo lentamente al tiempo que las listas de nombres en los pergaminos de Cato se hicieron más largas. El proceso no se terminó hasta última hora de la tarde cuando, bajo la luz de la lámpara, Cato cotejó sus listas

con el recuento que había mandado el cuartel general de la octava legión para asegurarse de que no se hubiera omitido ningún nombre. Dicho sea en su honor, Macro había compensado las cifras de manera que cada legión obtenía unos reemplazos proporcionales a sus bajas. Pero los mejores soldados se destinaron a la segunda legión.

A la mañana siguiente Cato se levantó al clarear el día e hizo que cuatro hombres de su centuria reunieran a los reemplazos de cada legión y los alojaran en las unidades que les habían sido asignadas para que así se acostumbraran a su nuevo destino lo antes posible. Macro se entretuvo yendo al cuartel general para ver qué pasaba con los equipos de los reemplazos. De algún modo las solicitudes se habían traspapelado y un administrativo había ido a buscarlas, dejando al centurión sentado en uno de los bancos alineados en la entrada del cuartel general. Mientras esperaba, Macro empezó a sentirse como un cliente rastreo que esperara a su patrocinador en Roma y se revolvió enojado en el banco hasta que al final no pudo aguantar más. Al irrumpir en la tienda se encontró con que el administrativo estaba de vuelta en su escritorio y tenía las solicitudes a un lado.

—¿Las has encontrado entonces? Bien. Ahora vendré contigo mientras arreglamos las cosas.

—Estoy ocupado. Tendrás que esperar.

—No. No voy a esperar. Levántate, muchachito.

—No puedes darme órdenes —respondió el administrativo con aire altanero—. Yo no pertenezco al ejército. Formo parte del servicio imperial.

—¿Ah, sí? Debe de ser un buen chorro. Ahora vamos, antes de que retrases más la campaña.

—¿Cómo te atreves? Si estuviéramos en Roma te denunciaría al prefecto de la guardia pretoriana.

—Pero no estamos en Roma —gruñó Macro al tiempo que se inclinaba sobre el escritorio—. ¿O sí?

El administrativo vislumbró una amenaza de violencia inmediata en la ceñuda expresión del centurión.

—De acuerdo entonces, «señor» —dijo, dándose por vencido—. Pero que sea rápido.

—Tan rápido como quieras. No me pagan por horas. —Con Macro a la zaga, el administrativo corrió de un lado a otro del depósito y autorizó la provisión de todas las armas y el equipo solicitados, así como unos carros para transportarlo todo durante la marcha de vuelta al Támesis.

—No puedo creer que no tengas ningún barco de transporte disponible. —Lo provocó Macro.

—Me temo que no, señor. Todos los barcos disponibles se han enviado a Gesoriaco para el emperador y sus refuerzos.

Por eso nos han mandado a nosotros delante. Para echar una mano con el

papeleo.

—Me preguntaba qué hacíais todos vosotros en el cuartel general.

—Cuando hace falta organizar algo como es debido, —el administrativo sacó pecho—, hay que llamar a los expertos.

—¡No me digas! —dijo Macro con desdén—. ¡Qué tranquilizador!

Tras la comida de mediodía Macro reunió a los nuevos reclutas de su centuria y los hizo formar frente a su tienda.

Eran todos buenos soldados: aptos, experimentados y con unas hojas de servicio ejemplares. Cuando condujera de nuevo a la sexta centuria contra los britanos, se abriría camino por el centro de las filas enemigas. Satisfecho con su selección, se volvió hacia Cato con una sonrisa.

—Muy bien, *optio*. Será mejor que presentes a éstos a la segunda legión.

—¿Yo?

—Sí, tú. Es una buena práctica de mando.

—¡Pero, señor!

—Que sea algo inspirador. —Le dio un suave golpe con el codo—. Adelante. —Retrocedió y entró en su tienda donde, sentado en un taburete, empezó a afilar la hoja de su daga tranquilamente.

Cato se quedó solo frente a dos filas de hombres con el aspecto más duro que había visto nunca. Se aclaró la garganta con nerviosismo, puso la espalda rígida y se irguió cuanto pudo, con las manos entrelazadas detrás mientras su mente se apresuraba a buscar las palabras adecuadas.

—Bueno, me gustaría daros la bienvenida a la segunda legión. Hasta ahora hemos tenido bastante éxito en la campaña y estoy seguro de que pronto estaréis tan orgullosos de vuestra nueva legión como lo estabais de la octava. —Recorrió con la mirada las filas de rostros inexpresivos y la confianza en sí mismo mermó.

—Cre-creo que os vais a encontrar con que los muchachos de la segunda os reciben bastante bien; de alguna manera, somos como una gran familia. —Cato apretó los dientes, consciente de que se estaba revolcando en el fango de los tópicos—. Si tenéis algún problema del que queráis hablar con alguien, la puerta de mi tienda está siempre abierta.

Alguien dio un resoplido burlón. —Me llamo Cato y no dudo que muy pronto me aprenderé vuestros nombres en nuestro camino de vuelta a la legión... Esto... ¿Alguien quiere hacer alguna pregunta en este momento?

—¡*optio*! —Un hombre de un extremo de la fila levantó la mano. Tenía unas facciones sorprendentemente duras y, Por suerte, Cato logró acordarse de su nombre.

—Cicerón, ¿no es cierto? ¿Qué puedo hacer por ti? —Sólo me preguntaba si el centurión nos está tomando el pelo. ¿De verdad eres nuestro *optio*?

—Sí. ¡Claro que lo soy! —Cato se sonrojó.

—¿Cuánto tiempo hace que estás en el ejército, *optio*? —Una serie de risitas

recorrieron ligeramente la línea de soldados.

—El suficiente. Y ahora, ¿algo más? ¿No? Bien, se pasa lista al despuntar el día en orden de marcha completo. ¡Podéis retiraros!

Mientras los reemplazos se alejaban con toda tranquilidad, Cato apretó los puños por detrás de la espalda, enojado, avergonzado de su actuación. Por detrás de él, en el interior de la tienda, se oía el regular sonido áspero de la hoja de Macro sobre la piedra de afilar. No podía hacer frente a las inevitables burlas de su centurión. Por fin el ruido cesó.

—Cato, hijo. —¿Señor? —Puede que seas uno de los muchachos más inteligentes y valientes con los que he servido.

Cato se ruborizó.

—Bueno... gracias, señor. —Pero ése fue el peor discurso de bienvenida que he presenciado en toda mi vida. He oído alocuciones más inspiradoras en las juergas de jubilación de los administrativos de contaduría. Creía que tú lo sabías todo sobre este tipo de cosas.

—Yo he leído sobre este tipo de cosas, señor.

—Entiendo. Entonces será mejor que complementes tu teoría con un poco más de práctica.

Eso le sonó muy bien a Macro y sonrió ante la afortunada expresión. Se sentía más que satisfecho de que su subordinado no hubiera podido hacerlo bien a pesar de su privilegiada educación palatina. Tal como ocurría a menudo, la evidencia de un punto débil en el carácter de otro hombre le producía un cálido y afectuoso sentimiento, y le sonrió a su *optio*.

—No importa, muchacho. Ya has demostrado muchas veces lo que vales.

Mientras Cato se esforzaba por encontrar una respuesta satisfactoria, percibió que una oleada de entusiasmo se extendía por el depósito. En el lado que daba al embarcadero, los hombres subían apresuradamente por el terraplén interior hacia la empalizada, donde se apiñaban a lo largo de la ruta de los centinelas.

—¡Pero bueno! ¿Qué está pasando? —Macro salió de la tienda y se quedó al lado de su *optio*.

—Debe de ser algo que llega del mar —sugirió Cato. Mientras miraban, se amontonaron más hombres en la empalizada al tiempo que otros surgían de entre las tiendas para unirse a ellos. Entonces se oyeron unos gritos, apenas audibles por encima del creciente barullo del excitado parloteo.

—¡El emperador! ¡El emperador!

—¡Vamos! —dijo Macro, y se dirigió a paso rápido hacia el otro extremo del depósito con Cato pisándole los talones. Pronto se mezclaron con la demás gente que se apresuraba hacia el canal. Tras muchos empujones y jadeos, consiguieron abrirse camino con dificultad hasta el camino de la guardia y avanzaron como pudieron hacia la empalizada.

—¡Abrid paso ahí! —bramó Macro—. ¡Abrid paso! ¡Que pasa un centurión!

Los soldados respetaron el rango a regañadientes y momentos después Macro se encontraba apretujado contra las estacas de madera, con Cato a su lado, ambos mirando fijamente hacia el canal, observando el espectáculo que serenamente se iba acercando desde el mar. A unos cuantos kilómetros de distancia, bañada de lleno por el resplandor del sol de la tarde, la escuadra imperial avanzaba hacia ellos. El buque Insignia del emperador iba flanqueado por cuatro trirremes que a su lado empequeñecían de forma considerable. Era una enorme embarcación de gran eslora y ancha manga con dos mástiles altísimos que se alzaban entre la proa y la popa, ambas almenadas de manera elaborada. Dos enormes velas de color púrpura colgaban de sus palos, extendidas y bien sujetas en su sitio de manera que las águilas doradas que llevaban estampadas causarían la mejor impresión. Cato había visto ese barco en otra ocasión, en Ostia, y se había maravillado ante sus enormes dimensiones. Unos inmensos remos se alzaban por encima del agua, se movían hacia adelante a un reluciente unísono y volvían a sumergirse suavemente en el mar. Por detrás del buque insignia, toda una hilera de barcos de guerra entró en el canal, seguida de unos barcos de transporte y luego de la escolta de retaguardia de la armada, y para entonces el buque insignia ya se acercaba a la costa con toda la majestuosa elegancia de que fue capaz su altamente cualificada tripulación. El buque insignia tenía tal calado que, de haber intentado dirigirse hacia el pantalán, hubiese encallado. En cambio, la embarcación viró hasta situarse a unos cuatrocientos metros de la costa y se echaron las anclas a proa y popa. Los trirremes siguieron adelante rápidamente con rumbo al embarcadero con sus cubiertas atestadas de los uniformes blancos de la guardia pretoriana. Cuando los barcos de guerra echaron las amarras, los pretorianos desembarcaron en fila y formaron a lo largo de la pendiente en el exterior del depósito.

—¿Ves al emperador? —preguntó Macro—. Tus ojos son más jóvenes que los míos.

Cato escrutó la cubierta del buque insignia, recorriendo con la mirada el remolino de tropas del séquito del emperador. Pero no había ninguna señal de clara deferencia y Cato movió la cabeza en señal de negación.

Los legionarios esperaban, nerviosos, un indicio de Claudio. Alguien inició una cantinela que se impuso con rapidez con el grito de: « ¡ Queremos al emperador! ¡ Queremos a Claudio! » . Sonaba a lo largo de la empalizada y se propagaba por el canal hacia el buque insignia. A pesar de algunas falsas alarmas, seguía sin haber ni rastro del emperador y poco a poco el clima cambió de la expectación a la frustración y luego a la apatía mientras las cohortes pretorianas marchaban hacia el lado del depósito más alejado del matadero de campaña y empezaban a acampar para pasar la noche.

—¿Por qué no desembarca el emperador? —preguntó Macro.

De su niñez en el palacio imperial Cato recordaba los largos protocolos de los

que iban acompañados los desplazamientos oficiales del emperador y no le costó mucho imaginarse la razón de aquel retraso.

—Supongo que lo hará mañana, cuando se le pueda brindar una ceremonia de bienvenida digna de su autoridad.

—¡Vaya! —Macro estaba decepcionado—. ¿Entonces esta noche no hay nada que valga la pena ver?

—Lo dudo, señor. —Bueno, vale, supongo que habrá algún trabajo que podamos hacer. Y todavía queda un poco de ese vino por beber. ¿Vienes?

Cato ya conocía a Macro lo suficiente como para reconocer la diferencia entre una verdadera alternativa y una orden dictada con educación.

—No, gracias, señor. Me gustaría quedarme a mirar un rato.

—Como quieras. A medida que iba anocheciendo, los soldados que había en el parapeto empezaron a dispersarse poco a poco. Cato se inclinó hacia adelante con el codo apoyado en el espacio que había entre dos estacas y la barbilla sobre la palma de la mano mientras observaba el despliegue de embarcaciones que en esos momentos llenaban el canal alrededor del barco insignia. Algunas de las naves transportaban soldados, otras llevaban a los miembros del servicio imperial y algunas otras a los ricamente ataviados integrantes del séquito imperial. Más a lo lejos se hallaban anclados unos grandes barcos de transporte con unos curiosos bultos de color gris que asomaban por el borde de sus bodegas. Cuando los trirremes que habían descargado a los pretorianos se alejaron, los grandes transportes se colocaron junto al embarcadero y Cato pudo ver con más claridad la carga que contenían.

—¡Elefantes! —exclamó. Compartieron su sorpresa los pocos hombres que quedaban a lo largo de la empalizada. Hacía más de cien años que los elefantes no se utilizaban en combate. Aunque ofrecían un espectáculo aterrador a aquellos que se enfrentaban a ellos en el campo de batalla, los soldados bien entrenados podían neutralizarlos rápidamente. Además, mal manejados, los elefantes podían constituir un mismo peligro tanto para el enemigo como para los soldados de su propio bando. Los ejércitos modernos casi no los utilizaban y los únicos elefantes que Cato había visto alguna vez eran los de los recintos para las bestias que había detrás del Circo Máximo. A saber qué hacían aquellos allí, en Britania. Seguramente, pensó él, el emperador no tenía intención de usarlos en combate. Debían de haberlos traído con algún propósito ceremonial, o para infundir el temor a los dioses en los corazones de los britanos.

Mientras observaba uno de los transportes en los que estaban los elefantes, quitaron una sección del lateral de la embarcación y llevaron a pulso una ancha plataforma hasta el embarcadero. Los marineros bajaron una rampa muy desgastada hasta la bodega y sobre ella, así como por encima del portalón, extendieron una mezcla de paja y tierra. A los animales debía de hacerles mucha falta el consuelo de aquellos olores familiares tras el vacilante movimiento

durante el viaje por mar desde Gesoriaco. Cuando se hubo cerciorado de que todo estaba en su sitio, el capitán dio la orden de descargar a los elefantes. Al cabo de un momento, y en medio de un ansioso barritar, un conductor de elefantes consiguió que uno de ellos subiera por la rampa hasta cubierta. A pesar de que Cato ya los había visto antes, la repentina aparición de la inmensa mole gris de la bestia con sus siniestros colmillos lo intimidó, y se quedó sin respiración hasta que se tranquilizó al ver que allí donde estaba se encontraba a salvo. El conductor del elefante dio unos golpecitos con su vara en la parte posterior de la cabeza del animal y éste subió pesadamente y con vacilación hacia el portalón, haciendo que el transporte se inclinara un poco debido al desplazamiento del peso. El elefante se detuvo y levantó la trompa, pero el conductor le propinó un varazo y el elefante cruzó hasta el embarcadero con unas evidentes expresiones de alivio por parte de la tripulación.

El último elefante pisó tierra firme cuando la luz del sol se desvanecía y las lentas y pesadas bestias fueron conducidas hacia un recinto situado a cierta distancia de aquellos otros animales temerosos de los elefantes. Mientras Cato y los legionarios que quedaban los miraban alejarse con su curioso modo de andar, lento y oscilante, los transportes cedieron el espacio a más embarcaciones todavía; entonces se trataba de los barcos de guerra elegantemente pintados que llevaban a los sirvientes del emperador y a su séquito. Por el portalón desfiló la élite de la sociedad romana: patricios vestidos con túnicas de rayas rojas y sus esposas envueltas en sedas exóticas y muy bien peinadas. Tras ellos salieron los miembros de la nobleza menor, los hombres ataviados con caras túnicas y sus esposas con respetables estolas. Por último sacaron el equipaje, que fue transportado por la pasarela por un montón de esclavos supervisados con meticulosidad por el mayordomo de cada casa, que se aseguraba de que nada se rompía.

Mientras los miembros de cada una de las casas se reunían en diferentes grupos a lo largo del embarcadero, los administrativos del cuartel general del depósito corrían de un lado a otro en busca de los nombres que tenían en sus listas y acompañaban a sus invitados hasta la zona de tiendas preparada para ellos en un recinto fortificado anexo al depósito. De los recién llegados, pocos se dignaron a levantar la vista hacia los legionarios alineados en la empalizada. Por su parte, los legionarios observaban en silencio, maravillados ante la exuberante riqueza de la aristocracia romana, cuyo estilo de vida dependía de la sangre y el sudor derramados por los soldados de las legiones.

Mientras la mirada de Cato recorría sin rumbo la colorida multitud que había en el embarcadero, un rostro entre el gentío se volvió bruscamente hacia él de una manera que le llamó la atención de inmediato. Sintió que el corazón se le encogía en el pecho y notó una rápida aceleración de su pulso. Su respiración se calmó al tiempo que se empapaba de aquella larga cabellera negra, sujeta hacia

atrás con peinetas, de la fina línea de las cejas y del rostro en forma de corazón que terminaba con una suave punta en la barbilla. Llevaba una estola de color amarillo brillante que resaltaba las esbeltas curvas de su cuerpo. Era inconfundible y él se quedó estupefacto, ansioso por gritar su nombre pero sin atreverse a hacerlo. Ella se volvió hacia su ama y ambas siguieron con su conversación.

Cato se apartó de golpe de la empalizada y bajó corriendo por el terraplén interior en dirección a la puerta principal del depósito; todo el cansancio de las últimas semanas desapareció de su cuerpo ante la perspectiva de volver a estrechar a Lavinia entre sus brazos.

Capítulo XXXVI

—¡Lavinia! —gritó Cato al tiempo que se abría paso entre el remolino de personajes del séquito del emperador, ajeno a las expresiones de asombro y las ásperas maldiciones que le seguían. Por delante de él, a poca distancia, vio pasar fugazmente la estola amarilla a través de un hueco entre la multitud y Cato siguió avanzando hacia ella, y volvió a gritar—: ¡Lavinia!

Ella oyó que pronunciaban su nombre, giró la cabeza para ver de dónde provenía la voz y su mirada se fue a posar en Cato al tiempo que éste se deslizaba entre un senador y su esposa a unos seis metros de distancia.

—¿Cato?

Junto a Lavinia, su ama, Flavia, se volvió y siguió su mirada. El rostro de Flavia esbozó una sonrisa cuando ella, también, vio al joven que había conocido en el palacio imperial años antes. Mientras fue una figura menor en la corte, Flavia se había interesado en aquel tímido muchacho y se había encargado de que tuviera libre acceso a la biblioteca de palacio y lo protegió cuanto pudo de la bravuconería endémica que existía entre los esclavos imperiales. A cambio, Cato le había sido completamente leal desde entonces.

—¡Eh! —protestó el senador—. ¡A ver si miras por dónde vas, muchacho!

Cato no le hizo caso y corrió los últimos pasos con los brazos extendidos en tanto que la expresión de Lavinia se transformaba en una sonrisa de alegría bajo unos ojos abiertos de par en par. Ella dejó escapar un chillido de bienvenida, levantó los brazos y, un instante después, quedó fundida en su abrazo. Cato se echó hacia atrás, llevó las manos a sus mejillas y le acarició la suave piel al tiempo que se maravillaba, una vez más, de la oscura y penetrante belleza de sus ojos. Ella sonrió y no pudo evitar reírse ante la pura dicha del momento, y él se rió con ella.

—¡Oh, Cato! ¡Tenía tantas esperanzas de verte aquí! —Bueno, ¡pues aquí estoy! —Se inclinó y la besó en la boca antes de que su maldita timidez volviera y le hiciera tomar conciencia de la multitud que los rodeaba. Se echó atrás y miró a su alrededor. Había varias personas mirándolos fijamente, algunos con divertida sorpresa, otros con el ceño fruncido ante lo indecoroso de aquel comportamiento en público. El senador aún miraba enojado. Cato le dedicó una sonrisa de disculpa y volvió sus ojos a Lavinia.

—¿Qué... qué estáis haciendo aquí? Creía que estabais de camino a Roma.

—Lo estábamos —dijo Flavia al tiempo que se acercaba a un lado de la pareja—. Acabábamos de llegar a Lutecia cuando recibí instrucciones de Narciso de volver a Gesoriaco y esperar allí al emperador.

—¡Y aquí estamos! —concluyó Lavinia alegremente. Entonces bajó la mirada y vio la pálida cicatriz que Cato tenía en el brazo—. ¡Oh, no! ¿Qué te ha ocurrido? ¿Estás bien?

—Por supuesto que estoy bien. Es tan sólo una quemadura.

—Pobrecito mío —susurró Lavinia, y le besó la mano.

—¿Te la han curado como es debido? —preguntó Flavia al tiempo que examinaba la cicatriz—. Sé cómo son estos matasanos del ejército. No confiaría ni en que supieran tratar un resfriado.

Aquellas atenciones estaban avergonzando a Cato y rápidamente insistió en que todo iba bien... sí, tenía mala pinta, pero se estaba curando; no, no tenía ninguna otra herida; sí, se aseguraría de tener más cuidado en el futuro; no, no fue culpa de Macro.

—¿Y me echaste mucho de menos? —concluyó Lavinia en voz baja mientras observaba atentamente su expresión.

—¿Viven los peces en el mar? —replicó Cato con una sonrisa.

—¡Oh, cómo eres! —Lavinia le dio un golpe en el pecho—. Podías limitarte a decir que sí.

—Bueno, pues sí. Sí que lo hice. Muchísimo. —Cato volvió a besarla y automáticamente deslizó la mano por su espalda hacia la suave curva de sus nalgas.

Lavinia soltó una risita. —¡Por Júpiter! No puedes esperar, ¿verdad? —Cato dijo que no con la cabeza.

—Pues en ese caso —Lavinia se inclinó y le susurró al oído—, tendremos que organizar algo un poco más tarde...

—¡Escuchad un momento! —se inmiscuyó Flavia—. Odio interrumpir este desagradable reencuentro amoroso, pero creo que sería apropiado un lugar más solitario, ¿no os parece?

Las tiendas dispuestas para el séquito del emperador tenían lujosos detalles y, para Cato, privado de aquel estilo de vida desde hacía casi un año, constituían un grato paliativo frente a los toscos y funcionales alojamientos de las legiones. Flavia, Lavinia y él estaban sentados en pesadas sillas de bronce colocadas alrededor de una mesa baja sobre la cual había pastelitos dulces y galletas saladas ingeniosamente dispuestos sobre bandejas de oro. Cato estaba junto a Lavinia, mientras que el ama de ésta se hallaba al otro lado de la mesa, donde la luz de la lámpara de aceite era débil.

—¡Qué bonito! —Cato señaló con la cabeza el ornamentado refrigerio, consciente del abollado plato de campaña que le esperaba cuando volviera a su tienda.

—No es mío —dijo Flavia—. Mi marido no aprueba las fruslerías. Es parte del servicio que Narciso ha preparado para los acompañantes del emperador. Por si acaso nos entra añoranza.

—Son muy bonitos, ¿verdad? —Lavinia sonrió, mostrando sus perfectos dientes blancos a Cato. Tomó un pastelito relleno y le hincó el diente. Se le cayeron encima unas cuantas migas y pedacitos y Cato los siguió con la mirada

hasta llegar a sus pechos. Entonces parpadeó y volvió los ojos a su rostro al tiempo que se ruborizaba.

—Muy bonitos, querida. —Flavia alargó la mano y hábilmente sacudió las migas de la estola de su sirvienta—. Pero no son mas que un refrigerio al fin y al cabo. Uno no debería preocuparse demasiado por las apariencias. Es la esencia de las cosas lo que importa. ¿No es cierto, Cato?

—Sí, mi señora —asintió Cato preguntándose por qué Flavia intentaba prevenirlo sobre Lavinia—. Pero, puesto que la esencia de las cosas es una conjetura, ¿no sería mejor que simplemente juzgáramos por las apariencias, mi señora?

—Piensa eso si lo prefieres. —Flavia se encogió de hombros, nada convencida por la sofistería simplista de Cato—. Pero la vida será una dura maestra si insistes en verlo así.

Cato asintió con la cabeza. No estaba de acuerdo con ella pero no tenía ningún interés en arriesgarse a perturbar la alegre atmósfera de la reunión.

—¿Puedo tomar un poco más de vino, mi señora? —Flavia señaló la copa de Cato con un gesto y un esclavo con una licorera se apresuró a salir de entre las sombras de la parte posterior de la tienda. Cato le tendió la copa y el esclavo la llenó con rapidez y se retiró discretamente, igual de silencioso y tranquilo que antes.

—Yo no bebería mucho de eso —dijo Lavinia con una sonrisa pícara al tiempo que le daba un suave codazo en las costillas a Cato.

—Por usted, mi señora. —Cato alzó su copa—. Por usted y por su marido.

Flavia hizo un gentil gesto con la cabeza y se reclinó en su asiento con la mirada clavada en el joven *optio*.

—¿Y el legado disfruta de una campaña satisfactoria? —Cato no respondió enseguida. Sin duda la campaña estaba siendo un éxito tal y como iban las cosas, pero la experiencia de cómo habían vencido las tropas de las legiones todavía era demasiado reciente como para tener una gran sensación de triunfo. Cualquier éxito al que pudieran aludir los futuros historiadores cuando escribieran sobre la invasión de aquella isla nunca reflejaría el dolor, la sangre, la inmundicia y el desmoralizador agotamiento que había causado. A Cato le pasó por la cabeza la imagen de Pírax, asesinado mientras intentaba salir del barro. Sabía que los historiadores considerarían la muerte de Pírax como un lamentable detalle sin importancia que no merecía ocupar un lugar en la historia.

—Sí, mi señora —respondió Cato con cautela—. El legado se ha ganado la gloria que le corresponde. La segunda ha desempeñado muy bien su papel.

—Tal vez. Pero me temo que la plebe quiere heroísmo y no eficiencia.

Cato sonrió con amargura. Su recién adquirida categoría de ciudadano romano técnicamente lo clasificaba como uno de los plebeyos de los que Flavia hablaba con tanto desprecio. No obstante, la acusación era muy válida.

—La segunda ha demostrado su valía en todas las batallas que ha llevado a cabo. Puede estar orgullosa de su marido. Además, no es lo mismo que si nadie ayudara a los britanos.

—¿No? —No, mi señora. Una y otra vez nos hemos encontrado con que los britanos están utilizando espadas y proyectiles de honda romanos.

—¿Se los quitan a nuestros soldados? —Eso es muy improbable. Hasta ahora hemos ganado todos los combates, ellos no han recogido nada del campo de batalla. Alguien debe de abastecerlos.

—¿Alguien? ¿A quién te refieres? —No tengo ni idea, mi señora. Todo lo que sé es que el legado está investigando el asunto y dijo que informaría al general.

—Ya veo. —Flavia movió la cabeza en actitud pensativa al tiempo que retorció el dobladillo de su manto. Sin levantar la mirada, siguió hablando—. Y bien, supongo que vosotros dos querréis poneros al día de unos cuantos asuntos. Hace una noche preciosa para dar un paseo. Un largo paseo, diría yo.

Lavinia tomó de la mano a Cato mientras se ponía rápidamente en pie y le dio un fuerte tirón. Cato se levantó y bajó la cabeza para inclinarse ante Flavia.

—Me alegro de verla de nuevo, mi señora. —Yo también de verte a ti, Cato. Lavinia lo condujo hacia el faldón de la tienda. Antes de que salieran, Flavia les dijo a sus espaldas:

—Divertíos, mientras podáis.

Capítulo XXXVII

Iba a romper el alba y una lechosa neblina gris se había levantado del canal. Flotaba sobre la puerta del depósito como una pegajosa mortaja, iluminada por el cercano brillo de las antorchas que se extinguían en los puestos de los centinelas. Los soldados iban arrastrando los pies en silencio en las columnas de las unidades que tenían asignadas y su apagada conversación se veía interrumpida tan sólo por alguna tos salida de unos pulmones que no estaban acostumbrados al húmedo ambiente de la isla. Tenían ante ellos un largo día de marcha. Les habían dado de comer a toda prisa unas gachas recalentadas que en esos momentos eran como una piedra en sus estómagos.

A casi todos ellos les esperaba una nueva vida en una legión de la que acaso antes sólo hubieran oído hablar y cuyos soldados no harían otra cosa que aceptarlos a regañadientes durante los próximos meses hasta que hubieran demostrado que eran mejores de lo que implicaba su categoría de legionarios de reserva. Para muchos de ellos la transición a una unidad de combate no les supondría un problema, puesto que los habían mandado a la octava desde una de las legiones fronterizas. Como parte de los preparativos para la invasión de Britania, el Estado Mayor del Imperio había sacado de aquellas legiones que se enfrentaban a unos inactivos bárbaros a cohortes veteranas y las hizo marchar hacia la Galia para unirse de forma temporal a la octava.

Los soldados de más edad que habían albergado esperanzas de finalizar su carrera bajo las águilas de forma pacífica lógicamente estaban resentidos por haber sido envueltos en la fase decisiva de la campaña de aquel año. Ya no estaban tan sanos ni eran tan rápidos como antes, por lo que las probabilidades de sobrevivir a las batallas que se preparaban no eran demasiadas.

Luego estaban los jóvenes, nuevos reclutas, recién salidos de la instrucción y más temerosos de sus oficiales que de cualquier enemigo. Ataviados con una reluciente y bruñida armadura laminada, cuyo coste se les descontaría de su exigua paga durante muchos años todavía, con unas túnicas de un color rojo que aún no había empezado a desteñirse y con la empuñadura de la espada sin suavizar por el uso frecuente, estaban ansiosos por atacar y desarrollar la fácil arrogancia de los veteranos. —¿Estamos todos? —preguntó Macro mientras se acercaba a Cato a grandes zancadas al tiempo que se abrochaba la correa del casco.

—Sí, señor.

—Entonces, en marcha —Macro se volvió hacia la poco visible cabeza de la columna y gritó—: ¡Formen filas!

Las tropas formaron rápidamente en orden de marcha, de cuatro en fondo.

—¡Columna preparada!... ¡Al frente, marchen! Hasta el recluta más novato había realizado suficiente instrucción como para responder al instante a la orden

y la columna empezó a avanzar como un solo hombre al paso de marcha habitual. El crujido producido por las botas al presionar el suelo terroso quedaba amortiguado por la húmeda atmósfera. Con Cato a su lado, Macro esperó a que pasara la avanzada antes de ocupar su posición a la cabeza del cuerpo principal. Cuando pasaron por delante de la puerta del depósito, Cato giró la cabeza, miró hacia la pasarela del centinela y recorrió con la vista el oscuro contorno de la empalizada, hasta que sus ojos vieron a Lavinia. Rápidamente levantó la mano para que ella pudiera distinguirlo y su corazón dio un vuelco cuando ella alzó el brazo como respuesta.

—Por lo que veo no has dormido mucho esta noche.

—No señor. —Cato volvió a girarse—. No he dormido nada.

—¡Bien por ti, muchacho! —Macro le dio un codazo, pero Cato ya no se ofendía por la brusquedad de su centurión—. ¿Te sientes mejor ahora? Yo encuentro que un rápido revolcón en el heno me deja fresco como una rosa.

—No fue tan rápido como eso, señor. —Cato bostezó antes de poder evitarlo.

—Entiendo. Bueno, será mejor que no te quedes dormido durante la marcha. Si lo haces te abandonaré en los tiernos brazos de los britanos.

La marcha de vuelta a la legión les llevaba por la misma ruta que había seguido el ejército en su avance tan sólo unas semanas antes. Los zapadores habían estado muy atareados desde entonces. A ambos lados del camino, el sendero se había despejado de maleza y cualquier posible escondite para las fuerzas enemigas. La cima de todas las colinas y todos los vados estaban entonces protegidos por un pequeño fuerte guarnecido con cohortes auxiliares. La columna de reemplazos adelantó a unos pesados carros de suministros que transportaban víveres y equipo hacia las legiones. En dirección opuesta avanzaban lentamente las carretas que regresaban del frente y se dirigían al depósito para cargar y realizar otro viaje. Todo formaba parte de la incesante eficiencia romana que garantizaría que el avance sobre Camuloduno tuviera lugar con unas legiones adecuadamente armadas y bien alimentadas.

La próxima vez que irrumpieran en el campo de batalla, el emperador en persona iría al frente de las legiones, acompañado por sus cohortes pretorianas de élite y por los enormes y pesados elefantes que serían conducidos contra las tropas enemigas y abrirían enormes brechas en sus filas al arrollarlas. Cato casi podía compadecerse de los nativos. Pero no del todo. No después del horror y la desesperación de las recientes batallas. Lo que él quería ahora era un rápido final de la campaña. Un sencillo golpe aplastante que destrozara completamente la voluntad de los britanos de resistirse a lo inevitable. Si Carataco y su ejército podían ser derrotados por completo, seguramente las otras tribus se darían cuenta de que no tenía sentido seguir luchando. La isla se iba a convertir algún día en una provincia, de eso no había duda. No ahora que el emperador estaba allí. No importaba cuántas legiones o elefantes serían necesarios, doblegarían a los

britanos. Cato se prometió que, cuando todo terminara, encontraría la manera de volver a estar con Lavinia.

Cada noche, cuando la luz del día casi había desaparecido, Macro detenía a su columna en los campamentos de marcha temporales anexos a los fuertes. Antes del alba despertaba a sus hombres y la columna reanudaba su avance mucho antes de que el sol hubiera asomado la cabeza por encima del lejano horizonte. Aquel duro ritmo era tanto una manera de poner a prueba a sus nuevos soldados como el resultado de su deseo de volver a la legión. Le complacía el hecho de que ninguno de los hombres que había escogido para su centuria rompiera filas y se uniera a la irregular columna de rezagados destinados a otras legiones. Sólo hubo unos pocos de los escogidos para la segunda que no pudieron seguir el ritmo que imponía. Vespasiano iba a estar contento con sus reemplazos. Con hombres como aquéllos en su legión, la segunda se haría con una buena reputación durante el resto de la campaña. Y Vespasiano, Macro lo sabía, no era un hombre que se olvidara de los que le servían bien.

Producía una extraña sensación seguir la misma ruta que hacía tan poco habían tomado al precio de muchas vidas.

Allí estaba el sendero del bosque donde Togodumno había tendido una emboscada a la segunda y donde los hubiera aplastado de no ser por la oportuna intervención de la decimocuarta legión. Macro vio incluso el roble en la lejana colina donde había matado a Togodumno en combate singular mientras el jefe britano huía con sus hombres hacia el pantano.

Al día siguiente atravesaron un pontón sobre el Medway donde, apenas unas semanas antes, sus compañeros se habían batido en retirada bajo tal lluvia de flechas y proyectiles de honda que el agua que fluía tranquila se tiñó de sangre. Entonces la ruta se desviaba hacia el norte, pasaba por encima de una cadena de colinas poco empinadas y luego descendía hacia el Támesis, atravesaba el pantano invadido de aulagas y seguía hasta la orilla derecha del río, y allí esperaron a que unos barcos de transporte los llevaran a la otra orilla, donde se hallaba el contingente principal del ejército. El puente casi estaba terminado y a los zapadores los hacían trabajar duro para tenerlo terminado en el momento en que el emperador condujera los estandartes del águila y sus refuerzos hacia territorio enemigo.

La columna de reemplazos aguardó cansada a que los transportes fueran de acá para allá cruzando el Támesis. Al final les tocó el turno a los reemplazos de la segunda. Al desembarcar, Macro ordenó a su centuria que rompiera filas y condujo al resto de la columna hasta el cuartel general para que formaran en la ancha avenida frente a la entrada principal. En el interior de la tienda del personal administrativo entregó la lista después de haber tachado los nombres de los soldados que había elegido para su centuria.

—Parece que sólo has escogido lo mejor para nosotros, centurión.

Macro se volvió y se puso rápidamente en posición de firmes al ver a su legado.

—Sí, señor. Lo mejor.

—Bien hecho. —Vespasiano se puso el casco de brillante cimera roja—. Ahora me presentaré a ellos oficialmente.

Cato, mientras tanto, llevó su equipo a la tienda de su sección y luego se fue en busca de Niso, decidido a averiguar el motivo de la fría formalidad que el cirujano mostraba hacia él. Cato todavía no había llegado a esa edad en la que las opiniones de los demás ya no fueran el punto crítico de sus relaciones sociales. Más que nada se esforzaba por ser digno de respeto y como mínimo quería una explicación por parte de Niso acerca de la repentina interrupción de su amistad.

Pero Niso no estaba en el hospital de campaña, ni en su tienda, ni sentado junto al embarcadero. Finalmente Cato regresó al hospital de campaña y le preguntó a uno de los ordenanzas dónde podría encontrar a Niso.

—¿Niso? —El ordenanza arqueó las cejas.

Cato asintió con la cabeza y el rostro del ordenanza se iluminó fugazmente al reconocerlo.

—Tú eres ese amigo tuyo, ¿verdad? Me sorprende que no lo sepas.

—¿Que no lo sepa? —Cato sintió que la sangre se le helaba en las venas—. He estado fuera del campamento. ¿Qué ha ocurrido?

—Niso se ha ido.

—¿Se ha ido? —Ha desaparecido. Hace dos días. Salió del campamento para ir a pescar y no regresó.

—¿Quién fue la última persona que lo vio?

—No lo sé. —El ordenanza se encogió de hombros—. Se suponía que tenía que encontrarse junto al río con alguien que no apareció. Eso es lo que dicen.

—¿Con quién se tenía que encontrar?

—Con un tribuno. El que lleva las divisas. Vitelio. —Cato asintió con un lento movimiento de la cabeza.

Capítulo XXXVIII

Era mediodía y Vespasiano no había llegado todavía al último de los puestos de avanzada fortificados que rodeaban el campamento principal. No había avisado de la inspección porque quería sorprender a todas las guarniciones en su nivel habitual de disponibilidad operativa en vez de presenciar un espectáculo preparado para la visita de un oficial de alto rango. A Vespasiano le produjo una gran satisfacción ver que le daban el alto en cada fuerte cuando se acercaba cabalgando y que le negaban rotundamente la entrada a menos que diera la contraseña correcta. Tras las puertas, casi todos los fortines estaban bien ordenados, con las armas de la infantería a mano y un adecuado abastecimiento de munición en las plataformas de las ballestas.

El último fuerte no fue una excepción y cuando Vespasiano y su escolta de caballería atravesaban la puerta al trote, éste se vio de inmediato frente a una línea de legionarios en estado de alerta de un lado a otro de la entrada. Su *optio* les dio la orden para que cerraran la puerta justo en el momento en que entró el último miembro de la escolta del legado. —¿Qué es esto Cato? —Vespasiano saludó con la mano a los legionarios mientras desmontaba—. ¿Una guardia de honor?

—Una precaución, señor. —Cato saludó—. La puerta siempre es el punto más débil de una defensa.

—¿Arquímedes?

—Sí, señor. De su tratado sobre guerra de asedio.

—Bueno, pues tiene razón, y parece ser que tú le haces caso. ¿Cuáles son tus efectivos?

—Cuarenta hombres, señor. Y cuarenta en la otra mitad de la centuria en el siguiente puesto de avanzada con el centurión Macro.

—Así que volvéis a estar de nuevo al completo, con la flor y nata de la nueva tanda de soldados. De ahora en adelante sólo voy a esperar lo mejor de la sexta centuria de la cuarta cohorte. Asegúrate de que no me decepcione.

—Sí, señor. —Muy bien, echemos un vistazo.

Vespasiano salió dando grandes zancadas para llevar a cabo su inspección, con el preocupado *optio* detrás de él. Las tiendas fueron revisadas en busca de cualquier señal de cuerdas tensoras flojas, costuras rotas o ropa de cama desordenada. Se inspeccionaron las letrinas para asegurarse de que no habían alcanzado el nivel en que debían rellenarse y cavar otras nuevas. Luego Vespasiano trepó por la rampa de turba e inició un recorrido por la empalizada. En la plataforma de las ballestas examinó detenidamente los mecanismos de los cabrestantes para comprobar que estuvieran adecuadamente preparados y movió la cabeza en señal de aprobación al percibir el aroma de aceite de linaza de los muelles de torsión. Se hallaba experimentando con el engranaje elevador

cuando se oyó un grito procedente de la torre de vigilancia.

—¡Enemigo a la vista! —El legado y el *optio* dirigieron rápidamente la mirada hacia la rígida silueta del centinela sobre la plataforma de caballete situada muy por encima de sus cabezas.

—¿En qué dirección y qué contingente? —preguntó Cato con brusquedad.

—¡Al oeste, señor! Quizás a unos tres kilómetros de distancia. —El centinela señaló con su jabalina—. Un pequeño grupo de jinetes, tal vez quince o veinte se dirigen hacia aquí.

—¡Vamos! —Vespasiano subió primero por la tosca escalerilla de madera de la torre de vigilancia. Salió por la abertura de la plataforma y se puso junto al centinela al tiempo que Cato subía como podía tras él.

—Allí, señor. —El centinela señaló de nuevo y más allá de la punta de la jabalina había una distante colina. Vespasiano pudo distinguir las diminutas figuras de unos caballos que galopaban por delante de una fina mancha marrón formada por el polvo que levantaban con los cascos. El terreno que se extendía desde la pequeña fortaleza era en su mayor parte de pastos, salpicados de ocasionales bosquecillos de robles, pero los jinetes no trataban de ocultarse y se dirigían con un sonido retumbante hacia el fortín.

—No creo que tengan intención de atacarnos —dijo Vespasiano entre dientes.

—De todas maneras, señor, creo que deberíamos poner a los soldados en estado de alerta —dijo Cato.

—De acuerdo.

Cato gritó la orden y los soldados tomaron las armas y cubrieron el muro. El legado siguió observando a los jinetes que se aproximaban. Se acercaban rápidamente y entonces pudo distinguir que había dos grupos. Un grupo de tres iba en cabeza y, a juzgar por las frecuentes miradas que echaban por encima del hombro, era evidente que los demás los iban persiguiendo. Ahora se oían los agudos gritos de los perseguidores.

—¡Cargad la ballesta! —gritó Cato hacia la empalizada. Los ballesteros tensaron los cabrestantes y el ruido metálico del trinquete compitió con el excitado alboroto de los soldados que observaban la persecución. El humor de los soldados era comprensible, pero no tolerable, y Vespasiano alzó una ceja y miró al *optio*.

Cato estaba apoyado en la barandilla.

—¡Silencio ahí! ¡Voy a formular cargos contra el próximo que abra la boca!

En aquellos momentos los jinetes se encontraban a apenas unos cuatrocientos metros de distancia y Vespasiano pudo distinguir cómo se agitaban las capas de color púrpura y el pelo largo de los tres perseguidos. La distancia entre los dos grupos se había reducido a unos pocos metros y los hombres que iban a la zaga soltaban aullidos de triunfo, dispuestos a caer sobre su presa con sus lanzas de caballería de hoja estrecha. El hombre que estaba más cerca del fortín levantó la

mirada de pronto e hizo una señal con el brazo a los romanos.

Vespasiano se sobresaltó.

—¡Es Adminio! ¡Abre la puerta, *optio*! ¡Date prisa, hombre!

La sección que se encontraba junto a la entrada sacó el barrote y tiró de la puerta hacia dentro. Cato ordenó a los ballesteros que estuvieran preparados. — ¡Apuntad al segundo grupo y disparad en cuanto el primero salga de en medio!

Cuando los jinetes subieron al galope hacia el fortín apenas unos quince metros separaban a los dos grupos. Adminio y su escolta dieron un giro brusco y, formando un arco, se acercaron a la puerta por un lado, despejando así el camino a los ballesteros. Uno de los legionarios apretó la palanca de disparo y la ballesta arrojó su proyectil con un fuerte chasquido. Se oyó un golpe seco cuando la flecha alcanzó a uno de los soldados de caballería britanos por debajo de la garganta, lo atravesó por completo y se clavó en la frente greñuda del caballo que iba justo detrás. Bestia y jinete se desplomaron con un remolino de patadas justo delante del jinete que les seguía. Sólo un puñado de ellos consiguieron seguir adelante detrás de su presa. Cuando vieron la puerta, el britano que iba en cabeza se dio cuenta de que había perdido la carrera y arrojó su lanza a Adminio y sus hombres. La forma oscura del arma describió una curva por los aires y alcanzó de lleno al último de los soldados, entre los hombros, y éste cayó a un lado al tiempo que Adminio espoleaba a su caballo y entraba en el fortín.

La sección de soldados de la puerta corrió hacia la abertura y presentaron sus escudos y jabalinas a los britanos que perseguían a Adminio. Al ver a los legionarios los jinetes se detuvieron con salvajes expresiones de ira y unos rasgos que dejaban traslucir su frustración.

—¡A por ellos! —gritó Cato desde la torre de vigilancia—. ¡Usad las jabalinas!

La sección respondió enseguida y al cabo de unos momentos habían caído dos hombres más y sus caballos, que empezaron a retorcerse sobre el camino de tierra frente a la puerta. Los demás se dieron la vuelta y se alejaron al galope, inclinados sobre los cuellos de sus animales para protegerse de las jabalinas que les pudieran lanzar.

Cato siguió al legado escalera abajo y ambos fueron corriendo hacia la puerta. Adminio había desmontado y se hallaba tendido de espaldas en el suelo, respirando con dificultad y con los ojos apretados de dolor. Su túnica tenía un largo desgarrón a un lado y estaba empapada de sangre.

—Está herido. —Vespasiano se volvió hacia la escolta para gritar la orden de que trajeran inmediatamente a un cirujano del campamento principal. Adminio abrió los ojos de golpe al oír el sonido de la voz del legado y con gran esfuerzo intentó levantarse apoyándose en un codo.

—¡Tranquilo! Descansa. He mandado a buscar un cirujano. —Vespasiano se arrodilló junto a Adminio—. Por lo que veo, las negociaciones con las tribus no

han ido tan bien esta vez.

Adminio esbozó una débil sonrisa, con el rostro lívido a causa de la pérdida de sangre. Levantó la mano y apretó el puño en el cierre de la capa del legado. Cato hizo ademán de acercarse pero Vespasiano le hizo señas para que se apartara.

—¡Te-tengo algo que decirte! —susurró Adminio ansiosamente—. Una advertencia.

—¿Una advertencia?

—Hay un complot para asesinar a vuestro emperador.

—¿Qué?

—No conozco todos los detalles... Sólo oí un rumor en la última reunión de representantes tribales.

—¿Qué rumor? Cuéntame.

—Yo iba disfrazado... porque Carataco estaba allí, intentando que los demás se unieran a su lucha contra Roma... Uno de sus consejeros estaba borracho... empezó a jactarse de que los invasores pronto abandonarían la isla... que estallaría una guerra entre los romanos cuando el emperador fuese asesinado. Aquel hombre me dijo que sería un britano el que asestaría el golpe... y un romano el que proporcionaría los medios al asesino.

—¿Un romano? —Vespasiano no pudo ocultar su conmoción—. ¿Ese consejero de Carataco mencionó algún nombre?

Adminio negó con la cabeza. —Lo interrumpieron antes de que pudiera hacerlo. Carataco lo llamó y tuvo que irse.

—¿Carataco sabe lo que ese hombre contó?

Adminio se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Y esos que os perseguían, ¿podría ser que los hubieran Mandado tras vosotros?

—No. Nos tropezamos con ellos. No nos estaban siguiendo.

—Entiendo. —Vespasiano se quedó pensativo un momento y luego se volvió hacia Cato—. ¿Has oído todo esto?

—Sí, señor. —No vas a revelar una sola palabra de lo que Adminio ha dicho. Ni una sola palabra a menos que yo te dé permiso expreso. A nadie. ¿Entendido?

Vespasiano y su escolta regresaron al campamento principal a última hora de la tarde. El legado ordenó a sus hombres que se retiraran y se fue derecho al cuartel general de Plautio. La frente arrugada de Vespasiano era una elocuente expresión de su inquietud mientras iba andando a grandes zancadas entre las hileras de tiendas. Acaso el rumor que Adminio le había transmitido no fuera más que una bravuconada de borracho de uno de los seguidores de Carataco, deseoso de que los demás pensarán que era una persona enterada de importantes secretos, pero no podía hacerse caso omiso de aquella amenaza después de la gran cantidad de armas romanas que se estaban encontrando en manos de los

nativos. Todo aquello olía a una gran conspiración. ¿Era posible que la red de los Libertadores llegara hasta Britania? Si ése era el caso, entonces se trataba verdaderamente de una fuerza que se debía tener en cuenta. Si la información de Adminio estaba bien fundada, había un traidor en el ejército.

El primero que se le pasó por la cabeza a Vespasiano fue Vitelio. Pero, ¿iba el tribuno a arriesgar su vida hasta ese punto? Vespasiano lamentó no conocer lo suficiente a ese hombre para poder formarse una opinión. ¿Era Vitelio tan arrogante e imprudente como para volver a realizar otro intento directo de favorecer sus elevadas ambiciones políticas? Sin duda no era tan tonto como para hacerlo.

Por otro lado, podría ser que el contacto romano del asesino ni siquiera perteneciera al ejército. Ahora que las tropas se habían establecido definitivamente en el Támesis, ya había una gran cantidad de civiles que seguían al ejército: comerciantes de esclavos de Roma en busca de alguna ganga, mercaderes de vino deseosos de abastecer a las legiones, administradores de fincas que trazaban el mapa de las mejores tierras de labranza para comprárselas rápidamente al emperador y toda clase de seguidores de la campaña y negociantes. Quizás el traidor se hallara en el propio séquito imperial. No había duda de que una persona así debía estar bien situada para ayudar a un asesino. Esa posibilidad hizo que a Vespasiano se le cayera el alma a los pies, como una roca, y de pronto se sintió muy cansado y completamente deprimido.

Flavia formaba parte del séquito imperial. Toda aquella terrible incertidumbre sobre la mujer a que él quería amar sin reservas le torturaba de nuevo. ¿Cómo podía? ¿Cómo podía Flavia arriesgarse tanto? Ya no sólo por ella misma, sino por él y por el hijo de ambos, Tito. ¿Cómo podía exponerlos a todos a tal peligro? Pero quizá Flavia, se dijo, fuera inocente. Tal vez el traidor fuera otra persona. Era lo más probable.

Fuera cual fuera la verdad, si realmente existía una conspiración para asesinar al emperador, el general Plautio debía ser informado enseguida. A pesar del riesgo para Flavia.

Capítulo XXXIX

El general estaba a punto de salir de su tienda de mando cuando llegó Vespasiano. Aulo Plautio llevaba su armadura ceremonial completa y el sol de la tarde se reflejaba intensamente en la magnífica coraza y el yelmo dorado. En torno a él se hallaban agrupados sus oficiales superiores con un atuendo igual de llamativo. Una reata de caballos muy bien almohazados era conducida cuesta arriba, donde aguardaría fuera de la tienda de mando del general.

—¡Ah! Estás aquí, Vespasiano. Confío en que te haya ido bien el día.

—Señor, tengo algo que decirle. En privado. —¿En privado? —Plautio parecía irritado—. Entonces tendrá que esperar.

—Pero, señor, es vital que le diga lo que sé ahora mismo. —Mira, no podemos retrasarnos más. El emperador y los refuerzos están justo al otro lado de las colinas que hay cruzando el río. Tenemos que ir a recibirlo con todas las formalidades cuando entre en el campamento sur. Ahora ve y ponte la ropa de ceremonia. Luego únete a mí al otro lado del río lo antes que puedas.

—Señor...

—Vespasiano, has recibido tus órdenes. Ten la amabilidad de cumplirlas.

Los caballos habían llegado a la tienda de mando y, sin dirigirle otra palabra o mirada a Vespasiano, Aulo Plautio montó en una lustrosa yegua negra y tiró de las riendas para dar la vuelta y dirigirse hacia el puente recién terminado. Tras un repentino golpe de sus talones enfundados en botas, la bestia dio una sacudida y avanzó a medio galope y el resto de miembros del Estado Mayor subieron apresuradamente a sus monturas y salieron a toda prisa para alcanzarlo. Vespasiano se los quedó mirando mientras se alejaban con el brazo levantado para protegerse la boca del polvo que se arremolinaba en el aire. Entonces, se dio un manotazo en el muslo con enojo y se dirigió de vuelta a su legión.

Claudio y sus refuerzos habrían llegado al campamento de la orilla sur poco antes de anochecer de no haber sido por Narciso. El caso fue que la columna se detuvo al otro lado de las colinas mientras el liberto seguía adelante en su litera para realizar los arreglos necesarios para una entrada espectacular. La litera se detuvo frente a las filas de oficiales allí reunidos, los cuales aguardaron con silenciosa expectación a que saliera su ocupante. Con una concienzuda precisión los portadores bajaron la litera hasta el suelo y un par de lacayos se precipitaron hacia las cortinas de seda y las echaron atrás. Los penachos de los yelmos de los oficiales se inclinaron cuando éstos estiraron el cuello para ver bien la litera, esperando como poco que el emperador emergiera de ella por uno de esos giros inesperados del protocolo. Hubo un audible suspiro de decepción cuando quien apareció fue Narciso, que se puso en pie y saludó al general.

—¡Aulo Plautio! ¡Qué campamento tan estupendo tienes aquí! —Narciso hizo una pausa para examinar las capas de color escarlata y los petos bruñidos

agrupados ante él—. Hola, caballeros, estoy de lo más emocionado con esta bienvenida. No tendríais que haberlo hecho, de verdad.

Aulo Plautio apretó los dientes en un esfuerzo por controlar su genio. Se quedó callado mientras el liberto se acercaba a él con una amplia sonrisa y le daba un fuerte apretón de manos.

—Y ahora no nos entretengamos más. Tenemos que pasar a hacer los preparativos para la llegada del emperador. Que tus oficiales de Estado Mayor se queden para ayudar en la organización. El resto de estos chicos pueden ir y esperar dondequiera que vayan tus soldados entre los combates.

Mientras los oficiales pululaban con impaciencia por la abarrotada tienda de su comedor, Narciso dio rápidas instrucciones a fin de que se reunieran los materiales necesarios para conseguir el efecto teatral que el primer secretario del emperador deseaba. Vespasiano, bañado, perfumado y vestido con las galas ceremoniales, logró reunirse con los oficiales, que habían vuelto a congregarse en el exterior del cuartel general, justo cuando empezaba el acto.

Mucho después de que la noche tapara los últimos rayos de sol, un estridente atronar de trompetas en la puerta principal anunció la llegada de Claudio. La avenida que iba de la puerta a la casa de madera del general estaba flanqueada por legionarios que sostenían en alto unas antorchas encendidas. Bajo la luz de las llamas doradas y anaranjadas, la cohorte superior de la guardia pretoriana desfilar hacia el interior del campamento. El blanco immaculado de sus uniformes y escudos engendraba cierto resentimiento contenido en los hombres que habían tenido que combatir para abrirse paso hasta el Támesis. Siguieron entrando más cohortes que formaron en la plaza de armas frente a la casa del general. Luego aparecieron un montón de jovencitos vestidos con túnicas de color púrpura que llevaban unos cestos de mimbre dorados y que tiraron pétalos de flores por todo el recorrido. Finalmente, otro toque de trompetas rompió el aire de la noche, acompañado en esa ocasión de otro trompeteo distinto que pocos hombres del ejército invasor habían oído antes.

Por la avenida de titilantes antorchas aparecieron los elefantes con su pesado andar y con el mismísimo emperador montado en el primero de la fila. En el momento justo, los legionarios situados a lo largo del recorrido empezaron a gritar ¡Imperator! imperator! ¡Imperator!», la aclamación tradicional para un amado y respetado comandante. Claudio estaba sentado detrás de un conductor de elefantes en un elaborado trono hecho especialmente para ser colocado sobre una de esas bestias. Sin inclinar ni volver la cabeza, el emperador movió una mano como respuesta al saludo. Llevaba una magnífica coraza de plata con incrustaciones de piedras preciosas que refulgían como ojos de color rojo y verde a la luz de las antorchas. Sobre él caía una capa con el tono púrpura imperial. En la frente llevaba una corona de oro cuyo lustre reflejaba el parpadeante resplandor.

Para un espectáculo tan espléndido como aquél, el miembro principal del elenco se habría beneficiado de un ensayo general. El insólito bamboleo de un elefante causa molestias en el estómago a alguien que no tenga experiencia en montar esos animales y el movimiento exigió unos frecuentes ajustes de la corona para mantenerla en un ángulo estéticamente agradable. Por lo demás, Vespasiano consideró que Claudio lo estaba haciendo bastante bien.

El conductor del elefante detuvo a la bestia que llevaba al emperador y la hizo descender con una serie de golpes y órdenes ya establecidos. Las rodillas de las patas anteriores se doblaron con garbo y el emperador, que seguía saludando con la mano de forma despreocupada a las tropas que lo aclamaban, casi salió despedido de su trono y sólo evitó esa indignidad echándose hacia atrás y agarrándose a los brazos del asiento. Con todo, la corona imperial se cayó. Rebotó en el costado del elefante y hubiera aterrizado en el suelo si Narciso no hubiera dado un salto adelante y la hubiese interceptado hábilmente con una mano. La bestia bajó su parte trasera y el emperador tiró de una palanca oculta para soltar el lateral del trono, que se desplegó, proporcionando así una serie de escalones de ángulos precisos que descendían hasta el suelo.

—¡Anda! ¡Muy ingenioso! —se maravilló Vitelio, que se hallaba en su puesto junto a Vespasiano.

El emperador descendió, se volvió a colocar la corona que Narciso le había devuelto discretamente y avanzó renqueando para saludar al general de su ejército.

—Mi querido Aulo Plautio. ¡Ve-ve-verte de nuevo m-me alegra el corazón!

—El placer y el honor son ambos míos, César —dijo Plautio, e inclinó la cabeza.

—Sí, mu-muy amable por tu parte, t-t-tengo que reconocerlo.

—Espero que César haya tenido un cómodo viaje.

—No. N-no mucho. Hubo un poco de to-tormenta tras zarpar de Ostia y a las carreteras de la Galia les hace fa-falta una mejora. Pero los muchachos de la a-a-armada britana fueron muy complacientes. ¿Y sabes, P-Plautio? ¡todos los fuertes por los que he p-p-pasado desde que tomé tierra en Rutupiae me han aclamado como imperator! ¿Qué te parece? —Le brillaban los ojos de orgullo y el tic nervioso que nunca había logrado dominar del todo destacó su satisfacción con un brusco movimiento lateral de la cabeza que casi volvió a tirarle la corona. En aquel momento colgaba, ligeramente torcida, por encima de su ojo izquierdo y, tras él, Narciso tuvo que detener su mano cuando la alargó de forma instintiva para enderezar el símbolo del cargo de su amo. Claudio giró repentinamente sobre sus talones para dirigirse a su primer secretario.

—¡Narciso!

—¿César?

—¿Cuántas veces me llamaron Imperator?

—Dieciocho veces, incluidas las de esta noche, César.

—¡Ve veis! ¿Qué me decís a esa? ¡Más de lo que nunca consiguieron Augusto o Tiberio!

Narciso inclinó la cabeza y sonrió con modestia ante la hazaña.

—César —dijo Plautio respetuosamente— No más de lo que se merece. Se hizo a un lado y señaló a sus oficiales superiores con un gesto de la mano—. ¿Me permite presentarle a mis legados y tribunos, César?

—¿Qué has dicho? —Claudio acercó un oído hacia él. Las tropas se habían entusiasmado demasiado con sus aclamaciones y se estaba haciendo difícil mantener una conversación a la distancia prescrita entre emperador y subordinado. Otra convención completamente distinta existía entre el emperador y el liberto, puesto que este último ocupaba un escalafón social tan bajo que no había protocolo. Claudio le hizo una señal a Narciso para que se acercara y le gritó al oído.

—Mira, es muy a-amable por su parte y todo eso, p-p-pero tendrías que, decirle a alguien que los hiciera callar. No oigo n-n-nada.

—¡Enseguida, César! —Narciso hizo una reverencia, retrocedió y señaló a los centuriones jefe de la guardia pretoriana allí reunidos, luego señaló al suelo delante de sus pies. Vespasiano observó atónito cómo inmediatamente los centuriones acudían allí como respuesta a la llamada del liberto.

Estaba claro que Narciso se hallaba tan bien situado junto al emperador que podía exigir obediencia inmediata por parte de aquellos ciudadanos de Roma libres de nacimiento que en teoría eran socialmente superiores a él. Se dieron las instrucciones con rapidez, los centuriones salieron a toda prisa al tiempo que agitaban los brazos hacia los soldados alineados en el recorrido y enseguida empezó a decaer el griterío.

—¡Ah! ¡Mu-mucho mejor! Y bien, Plautio, ¿qué de-dedecías?

—Mis oficiales, César. Me gustaría presentárselos.

—¡Claro que sí! Es una idea e-estupenda —el emperador recorrió la fila de legados y tribunos, dispuestos según legiones, mientras que al pasar iba repitiendo una serie de frases hechas.

—¿Estáis teniendo una buena campaña? Lamento no haber podido u-unirme a vosotros antes. Quizá la p-p-próxima vez, ¿eh?... Tuvisteis unos buenos co-co-combates, por lo que he oído. ¡Espero que les hayáis d-d-demostrado lo duros que somos los romanos!... ¡Espero que me hayáis dejado suficientes b-bárbaros para una batalla decente! ¡Tengo que pepe-pelear mucho para ponerme al día!

Hasta que se acercó a Vespasiano. Se aproximó cojeando tras dejar al último tribuno de la novena legión y se detuvo frente al legado de la segunda.

—¿Estáis teniendo...? ¡Vaya, pero si es Flavio Vespasiano! ¿Cómo estás, muchacho?

—Estoy bien, César. —Bien, eso es bueno. Muy bu-bueno. He oído cosas

excelentes sobre tu hermano últimamente. Debes de estar orgulloso de él.

—Sí, César —respondió Vespasiano con mucha frialdad antes de poder contenerse.

—Pero bueno, si sigue así, y quizás algún día puedas tener el mando de tu propia legión.

—César —Narciso se le acercó con soltura—. Este es el hermano Flavio que está al mando de la segunda.

—¿Entonces quién es el otro?

—Flavio Sabino. Adscrito al Estado Mayor.

Al emperador se le iluminó levemente el semblante cuando lo comprendió. —¡Ajá! Entonces éste es el que tiene esa e-e-esposa. ¿Cómo se llama?

—Flavia, César —contestó Vespasiano.

—¡Eso es! Así se llama. Tiene esa preciosa e-esclava, ¿no, verdad? No me importaría echarle un vistazo más de cerca algún día, a la esclava, claro está —se apresuró a añadir Claudio mientras Vespasiano trataba de ocultar su indignada expresión.

—Pero tu Flavia también es una gu-gu-guapa potra. Aunque un p-poco descarada, ¿eh, Narciso? —El emperador hizo amago de guiñarle el ojo a su liberto, pero su tic le ganó la batalla y el rostro se le convulsionó. Narciso se ruborizó ligeramente y se volvió hacia Plautio.

—Presente al siguiente oficial, por favor.

—Vitelio, tribuno superior de la segunda, César.

—Vitelio, muchacho, ¿te van bien las cosas?

—Como siempre, César —dijo Vitelio con una sonrisa de suficiencia.

—Tu padre te manda sa-saludos y espera... espera... —El semblante de Claudio se arrugó, meditabundo, antes de recordar lo que quería decir—. ¡Ah! ¡Ya lo tengo! ¡Espera que mantengas el buen nombre de la fa-familia! ¡Ya está! ¿Te unirás a nosotros en el festejo de esta noche?

—Lo siento, César, pero debido a la pesada naturaleza de las obligaciones con las que mi legado me colma, necesito acostarme temprano.

Claudio se rió.

—Tú te lo pierdes, muchacho. Cu-cuídате, joven Vitelio, y llegarás muy le- lejos.

—Ésa es mi intención, César. Claudio siguió por la fila de oficiales y Vitelio se arriesgó a hacerle un rápido guiño a su legado, que estaba que echaba chispas. Cuando ya había atendido al último de los oficiales superiores, Claudio saludó a los estandartes de manera formal y realizó la preceptiva libación en el altar del ejército. Luego Narciso acompañó al emperador hacia las dependencias que se habían preparado para él con todo lujo de detalles entre las paredes de la casa del general. En cuanto Claudio se perdió de vista, el general Plautio ordenó a los oficiales que rompieran filas y dio la señal para que las unidades pretorianas y

los elefantes se retiraran. Iban a ser acuartelados en tiendas que ya estaban preparadas junto a la plaza de armas, la posición más cercana posible al emperador al que habían jurado proteger con sus vidas.

Vespasiano se dirigió apresuradamente hacia su comandante y se puso frente a él con decisión, resuelto a comunicar su advertencia sin más demora. Plautio lo observó cansinamente y frunció los labios.

—¿No puedes esperar hasta que hayas visto a tu esposa?

—No, señor.

—De acuerdo entonces, sólo un momento.

—Era obvio que tendría que retrasar las demás tareas programadas para antes de acostarse.

—En privado, señor —por encima del hombro del general, Vespasiano vio que Vitelio se quedaba lo suficientemente cerca como para oírlos—. Lo que tengo que decir sólo lo puede escuchar usted.

—¡Maldita sea! No tengo tiempo para esto.

—Sí que lo tiene, señor. Créame.

El hecho de que el legado se arriesgara a ser tan insubordinado no le pasó por alto a Plautio. Asintió con un rápido movimiento de cabeza, fue delante hasta el vestíbulo del cuartel general y giró para entrar en la primera oficina. Los administrativos levantaron la mirada de sus papeles, sorprendidos.

—Marchaos —ordenó Plautio, y los administrativos dejaron las plumas al instante y salieron disparados de la estancia. Plautio cerró el faldón y se dio la vuelta enojado—. Y ahora, ¿te importa decirme qué es tan condenadamente importante para que tenga que oírlo en persona y en privado?

Vespasiano se lo explicó.

Capítulo XL

Ya había pasado un buen rato desde que en el campamento de la orilla derecha la gente se hubiera acomodado para pasar la noche, cuando alguien levantó la portezuela de los aposentos de Flavia. Una sombra oscura entró con cautela y sin hacer ruido se acercó sigilosamente a la cama de viaje. Vespasiano se colocó con cuidado bajo la tenue luz de la única lámpara de aceite que seguía ardiendo sobre un soporte cercano y bajó la mirada hacia su esposa, maravillándose ante su perfección en reposo. La piel de Flavia era tersa bajo aquel suave resplandor anaranjado y, con los labios entreabiertos, respiraba profundamente a un ritmo regular que sonaba como el lejano océano. Oscuros mechones de su cabello caían sobre la almohada cilíndrica de seda y Vespasiano se inclinó para olerlos, sonriendo ante el familiar aroma. Al enderezarse, dejó que su mirada se deslizara hasta su pecho, que se elevaba y descendía suavemente con cada respiración, y luego se fijó en las ondas de seda que, con unas curvas más pronunciadas, se ceñían al contorno de su cuerpo.

Por un momento se abandonó al puro amor que sentía por ella. La tenía tan cerca que casi era carne de su carne, tan cándida en su sueño que le pareció la misma mujer de la primera época, ardiente y vertiginosa de su pasión. Sabía que realmente el fruto de aquella pasión estaba acostado en la habitación de al lado.

Había mirado a Tito antes de acercarse a su mujer. El chico estaba tendido boca arriba, con un brazo levantado por encima de la cabeza y la boca abierta, con su oscura mata de pelo suave al tacto. Muchos de los rasgos de su madre se reproducían en él como en una angelical miniatura y, aun así, Vespasiano había sentido una punzada de furia hacia su mujer por estropear el momento.

Se quedó un rato de pie contemplando a su esposa y luego se deslizó lentamente sobre el blando colchón. Hubo un leve susurro de la seda al rozar contra la lana más basta de la túnica militar y un desplazamiento de la cómoda posición que el cuerpo de ella había adoptado mientras dormía. Flavia dio la vuelta y se quedó de lado, con lo que alteró el ritmo de su respiración y un fuerte chasquido en la parte posterior de la garganta dio paso a un resoplido. Sus ojos parpadearon, se abrieron, se cerraron un momento y volvieron a separarse de nuevo, mucho más esa vez. Sonrió.

—Creí que no vendrías nunca.

—Ahora ya estoy aquí. —Eso ya lo veo. Sólo me preguntaba dónde te habías metido.

—Tenía trabajo que hacer.

Flavia levantó la cabeza y la recostó en su mano.

—¿Tan importante era que no podías venir a verme primero?

Vespasiano asintió con un movimiento de la cabeza.

—Sí, tan importante como eso, me temo. Ella se lo quedó mirando fijamente

un momento y de pronto le pasó el brazo por el cuello y lo atrajo hacia sí. Sus labios se encontraron. Suaves y vacilantes al principio, y luego con la reconfortante firmeza de una larga y afectuosa relación. Vespasiano se echó hacia atrás y llevó la mirada a sus ojos cerrados.

—No sabes cuánto lo necesitaba —susurró ella—. ¿No hay más de lo mismo?

—Después.

—¿Después?

—Tenemos que hablar. No puedo esperar.

—¿Hablar? —Flavia sonrió—. ¡No puede ser! —Deslizó la mano hacia el dobladillo de la sábana de seda y la bajó, dejando al descubierto su cuerpo desnudo; cual sinuosa serpiente que mudara la piel, pensó Vespasiano. La inquietante comparación le hizo volver a pensar en lo que debía hacer en aquel preciso momento. Sin más dilación. Le agarró la mano con dulzura y volvió a subir la sábana hasta cubrirle el pecho. Sus movimientos pausados asombraron a Flavia. Estaba ofendida y frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? Dímelo, querido. Vespasiano clavó en ella unos ojos fríos, sin atreverse a hablar antes de que pudiera controlar sus emociones.

Flavia ya estaba preocupada y rápidamente se echó hacia atrás y se incorporó, de manera que se quedó sentada frente a su marido.

—No me quieres. Se trata de eso. ¿No es verdad? —Sus ojos almendrados se abrieron asustados y le temblaron los labios. Apretó la mandíbula para detenerlos.

Eso no era lo que Vespasiano había previsto, que tuviera que convencerla de que la amaba antes de acusarla de traición. Dijo que no con la cabeza.

—¿Entonces qué pasa? ¿Por qué estás tan frío conmigo, esposo?

En esos momentos había miedo reflejado en su rostro y una mirada que Vespasiano se resistía a interpretar como una de sospecha de que se habían descubierto sus intrigas. Afortunadamente, no era eso.

—¡Cerdo! —Le propinó un fuerte bofetón—. ¿Quién es ella? ¿Cómo se llama esa fulana? —¿Pero qué dices? —Vespasiano la agarró por la muñeca cuando su mano volvía a bajar dispuesta a asestar otro golpe—. ¡No hay ninguna otra mujer! ¡Se trata de ti!

—¿De mí? —Flavia se quedó helada—. ¿Qué pasa conmigo? —Tengo que saber cosas de ti... y de tu relación con los Libertadores.

—No sé de lo que estás hablando. —Bajó las manos, las oyó en el pecho y se lo quedó mirando, respondiendo la mirada inquisidora con lo que parecía ser sinceridad.

—¿Has oído hablar de los Libertadores, Flavia? —Por supuesto. Hace meses que circulan disparatados rumores acerca de ellos. ¿Pero eso qué tiene que ver conmigo?

Vespasiano bajó la mirada y cuando volvió a hablar, su voz tenía un timbre de

gravedad.

—Flavia, sé que estuviste implicada en el complot contra el emperador. Sé que trabajabas con los que trataban de hacer que el ejército se amotinara antes de que empezara la invasión. Tú intentaste ocultármelo, pero ahora lo sé todo.

Conspirar con los llamados Libertadores ya era bastante grave pero, ¿cómo pudiste involucrar a Tito en tu traición? ¿Cómo pudiste? ¿A tu propio hijo? También sé que intentaste hacer que mataran a Narciso. ¿Y en qué andáis ahora tú y tus amigos libertadores? ¡En abastecer de armas a nuestros enemigos!

Conspirar para asesinar al em...

—¡Esto es ridículo! —exclamó Flavia bruscamente—. ¿De que locura proviene todo este veneno?

—De ti, mi esposa. —Estás loco.

—No, sólo ciego —dijo Vespasiano en voz baja—. Hasta hace poco.

Flavia se sentó muy erguida, dispuesta a reanudar sus protestas, pero Vespasiano le dio un golpe con el dedo, señalándola.

—¡No! Déjame terminar. Nunca habría dudado de ti, nunca. Creía que éramos del mismo parecer, que teníamos el mismo propósito en la vida. Confiaba en ti hasta en el más mínimo detalle. Entonces, cuando me revelaron tus confabulaciones, pensé que las acusaciones eran ridículas. Pero cuando me obligué a reconstruir los pormenores, tu culpabilidad resultó incuestionable. ¡Oh, Flavia! ¡Si supieras el daño que me has hecho! —¿Quién te lo dijo? ¿Quién me acusa?

—Eso no importa. —Claro que importa. Y eres tan ingenuo de fiarte de la palabra de otra persona. Creerías a otro antes que a tu mujer.

—Creo a mi propio entendimiento. He tenido que considerarlo todo detenidamente por mí mismo.

—Esposo, ¿no se te ocurrió cuestionar los motivos de la persona que hizo que cuestionaras los míos? ¿Por qué querrían plantar tales semillas de duda en tu pensamiento? Si me revelas la fuente de esas falsas acusaciones, tal vez sea capaz de explicar su verdadero propósito.

La sinceridad de su expresión y de su voz hizo que Vespasiano se interrumpiera. ¿Era aquél el indicio de inocencia que él buscaba? ¿Podría estar realmente libre de culpa? ¿Podría ser que sus deliberaciones sobre la traición de Flavia estuvieran totalmente equivocadas después de todo?

—El nombre —insistió ella. ¿Por qué tenía tanto empeño en que le dijera el nombre?, se preguntó Vespasiano. Sin duda, si era inocente, aquel nombre importaba mucho menos que el contenido de las acusaciones. Entonces se le pasó por la cabeza que el verdadero motivo por el que quería conocer ese nombre podría ser la venganza, o la intención de acabar con la fuente de las acusaciones para proteger a aquellos que incriminaba.

—No hay ninguna necesidad de que sepas el nombre.

—Sí que la hay, esposo. Ya te dije por qué.

—Había pensado que tendrías más interés en convencerme de tu inocencia que de la culpabilidad de otra persona, lo que hubiera parecido lo más natural.

—Entiendo. —Flavia se echó hacia atrás, apartándose de él y contempló a su marido con frialdad mientras consideraba el paso siguiente—. ¿Crees que soy antinatural, una especie de monstruo? ¡El mismo monstruo que le dio la vida a tu hijo!

—¡Ya es suficiente, Flavia! —Vespasiano estaba demasiado agotado como para seguir con una disputa de esa índole. Se apartaba demasiado del ámbito de la discusión que él había previsto.

Se había forjado la ilusión de que conocía lo suficiente a su esposa como para detectar cualquier falsedad. Él había planteado sus acusaciones y ella las había negado, pero seguía queriendo tener claro si estaba o no relacionada con los Libertadores.

—Mira, yo tengo que preguntártelo. Tengo que saber en qué andas metida. Si estás cooperando con los enemigos del Emperador, en la medida que sea, debes decírmelo. Haré cuanto pueda para protegerte de las consecuencias. No soy idiota, Flavia. Si hay alguna manera de ocultar el asunto a los agentes de Narciso, lo haré. Es mejor mantener en secreto la culpabilidad que exponerse peligrosamente. Pero debes jurarme que interrumpirás todo contacto con esos traidores y que nunca volverás a tratar con ellos. Cuéntamelo todo, júrame eso y nunca diré nada. —Se la quedó mirando fijamente para evaluar el efecto de sus palabras y esperó su respuesta.

Flavia le tomó la mano y se la llevó al pecho.

—Esposo, juro por mi vida que no tengo nada que ver con los Libertadores. Lo juro.

Vespasiano quería creerla. Lo deseaba con todas sus fuerzas pero, a pesar del juramento de Flavia, en el fondo, una pequeña reserva de duda lo inquietaba de forma misteriosa y no iba a quedarse convencido. —Muy bien. Aceptaré tu palabra. Y lo haré con mucho gusto. Pero, Flavia, si me estás tratando como a un estúpido y alguna vez lo descubro...

Las amenazas no eran necesarias. Se dio cuenta de que ella ya sabía cuáles iban a ser las consecuencias de un descubrimiento como aquél. Flavia le devolvió su perspicaz mirada un instante antes de asentir con un solemne movimiento de la cabeza.

—Entonces nos entendemos el uno al otro. —Vespasiano le apretó la mano para que estuviera segura de sus sentimientos, fuera lo que fuera lo que ocurriera entre los dos—. Y ahora, estoy cansado, muy cansado. ¿Hay sitio para dos en esta cama?

—Claro que sí, esposo. —Bien. No sabes cuánto he echado de menos dormir entre tus brazos.

—Lo sé —susurró Flavia. Vespasiano se quitó la túnica por la cabeza y se inclinó para desabrocharse los cordones de las botas. Mientras se desnudaba, Flavia le rozó la espalda con unos dedos vacilantes y se la acarició suavemente de esa manera que sabía que a él le gustaba. Pero aquella noche no habría pasión. Entre ellos había habido demasiada incertidumbre y dolor. Vespasiano se deslizó bajo la sábana y besó a su esposa en la frente con dulzura. Ella esperó por si hacía algo más, pero los ojos de Vespasiano se cerraron y pronto su respiración adquirió un ritmo profundo y acompasado.

Ella se lo quedó mirando un rato, luego se dio la vuelta y arqueó el cuerpo con delicadeza para acomodarlo en la curva del de su marido, sintió el áspero roce del vello de sus genitales contra la suave piel de sus nalgas. Pero no hubo placer en aquel reencuentro con su marido y, mucho después de que éste se hubiera quedado dormido, ella seguía despierta, sumamente preocupada. Le dolía haber engañado a su esposo, pero había realizado un juramento anterior por la vida de su hijo al que debía dar prioridad. Los Libertadores exigían un secreto absoluto y amenazaban con la más terrible de las venganzas con aquellos que no lo mantuvieran. Aunque los había servido fielmente durante dos años, al final, el terror diario a ser descubierta fue demasiado para poder soportarlo. Ya no colaboraba con los Libertadores y en eso había sido honesta con su marido. Aun así, se había enterado de lo suficiente para saber que el suministro de armas a los britanos lo habían organizado los Libertadores cuando el anterior emperador, el demente Calígula, había decidido invadir Britania. El plan siempre había sido poner trabas a cualquier campaña que pretendiera potenciar el prestigio imperial. Con cada una de las derrotas militares y todas las campañas de murmuraciones que se lanzaran a las calles de Roma se iría minando gradualmente la credibilidad de la familia imperial. Al final, la plebe le rogaría a la aristocracia que se hiciera con el control del Imperio. Ése sería el mayor logro de los Libertadores.

Flavia había terminado dándose cuenta de que aquel día estaba muy lejano. Las pocas personas que conocía que habían estado vinculadas a la organización secreta estaban muertas, y Flavia no quería compartir su suerte. Había dado un mensaje cifrado al punto de contacto habitual Romano: una caja numerada en la oficina de un agente de correos en el Aventino. Flavia sencillamente había escrito que ya no iba a colaborar más con su causa. Sabía que era poco probable que los Libertadores aceptaran su retirada con la misma facilidad con la que ella la había presentado. Tendría que mantenerse alerta.

A Flavia le causó una profunda consternación que Vespasiano hubiera descubierto su implicación con los Libertadores. Y si él lo había hecho, ¿quién más? ¿Narciso? Pero si el primer secretario lo supiera a esas alturas ya estaría muerta. A menos que el liberto estuviera llevando a cabo un Juego más intrincado y la utilizara como cebo para atraer a otros miembros de la conspiración.

Capítulo XLI

Alejado de los festejos en honor del emperador, Cato estaba siguiendo la ronda por el fuerte que tenía asignado su mitad de la centuria. A unos quinientos pasos de distancia a lo largo de la colina se hallaba el fuerte vigilado por Macro y los otros cuarenta soldados. La línea de puestos de avanzada formaba un perímetro alrededor del campamento principal del río, a eso de un kilómetro y medio río abajo, y desde las líneas se obtenía una buena vista de la campiña al norte del Támesis. Durante el día no podía aproximarse ninguna fuerza britana sin ser detectada y las pequeñas guarniciones dispondrían de tiempo suficiente para recurrir al ejército principal si fuera necesario.

Sin embargo, por la noche la situación era muy distinta. Los centinelas aguzaban la vista y el oído para identificar cualquier ruido sospechoso o movimiento en las sombras al lado de las paredes de turba. Con la llegada del emperador, los guardias estaban más nerviosos de lo habitual y Cato había ordenado que las rondas nocturnas se relevaran cada vez que las trompetas del campamento principal señalaran la hora.

Era mejor eso que no tener a los soldados exhaustos al siguiente turno, o que creyeran descubrir al enemigo por culpa de una imaginación demasiado estimulada.

Cato subió las toscas escaleras de madera que llevaban a la pasarela del centinela y recorrió los cuatro lados del fuerte asegurándose de que todos los soldados estaban alerta y no habían olvidado el alto ni la contraseña. Se intercambiaron palabras en voz baja cada vez que uno de los soldados dio su informe y, como siempre, no había indicios de actividad del enemigo. Por último Cato trepó a la torre de vigilancia con sus laterales de mimbre y sus defensas frontales. A doce metros del suelo, atravesó la abertura de la parte posterior y saludó al soldado que vigilaba los accesos del norte.

—¿Todo tranquilo? —Sin novedad, *optio*. Cato asintió con la cabeza, se apoyó en el ancho poste de madera en la parte de atrás de la torre y deslizó la mirada por la pendiente hacia el campamento principal, delineado por un cúmulo de brillantes puntitos anaranjados de teas y hogueras. Más allá se extendían las estrechas líneas de antorchas que delimitaban el puente sobre el gris plateado del imponente Támesis y que, formando una ancha curva, desaparecían en la noche. En la otra orilla relucía el contorno del campamento donde en aquellos momentos dormían el emperador, sus seguidores y los refuerzos. Y en algún lugar entre ellos dormía Lavinia. El corazón le dio un vuelco al pensar en ella.

—Apuesto a que esos cabrones de ahí se están dando la gran vida.

—Supongo que sí —contestó Cato, que compartía la sospecha innata en todo centinela de que la diversión sólo empezaba cuando uno iniciaba su guardia.

La idea de Lavinia disfrutando de la buena vida de la corte imperial a apenas

un kilómetro y medio de distancia lo llenó de inquietud y celos. Mientras que sus obligaciones lo mantenían alejado de ella en aquel puesto de avanzada sumido en la oscuridad, otros podrían estar cortejándola. Una imagen de los extravagantes jóvenes aristócratas de la corte lo llenó de terror y, al tiempo que daba un puñetazo contra las defensas laterales de mimbre alejó a Lavinia de su mente y se obligó a pensar en asuntos más inmediatos. Habían pasado algunas horas desde la última vez que había abandonado el fuerte para ir a comprobar la línea de piquetes. Eso lo mantendría ocupado y le evitaría ocuparse por Lavinia.

—Continúa —le susurró al centinela, y se dirigió de nuevo a las escaleras para descender a la penumbra del fuerte. No se había perdido el tiempo en construir alojamientos permanentes y los soldados que estaban fuera de servicio dormían y roncaban en el suelo, dado que preferían exponerse a las enojosas picaduras de los insectos a tener que sufrir la sofocante atmósfera del interior de sus tiendas de cuero. Cato fue andando con cuidado a lo largo de la parte interior del muro de turba hasta que llegó al único portón del fuerte. Una rápida orden dirigida al encargado de la sección responsable de los ocho soldados de guardia bastó para que retiraran la barra y uno de los paneles girara hacia adentro. Se adentró en la noche sin separarse de la oscura mole del fuerte. Detrás de él la puerta traqueteó al volver a su sitio.

Fuera de las tranquilizadoras paredes de turba, la noche rebosaba de una sensación de peligro inminente y Cato sintió que el cosquilleo de un escalofrío le recorría la espalda a causa de la tensión. Al mirar atrás vio el oscuro contorno de la alta empalizada que ya estaba demasiado lejos para servir de consuelo y su mano se deslizó hasta el pomo de su espada mientras avanzaba a grandes zancadas y sin hacer ruido por la crecida hierba. Unos cien pasos más adelante Cato aminoró la marcha al prever el primer alto y, en efecto, una voz surgió de la oscuridad desde muy cerca y una negra figura se alzó entre la hierba.

—¡Alto ahí! ¡Identifíquese!

—Azules triunfadores —replicó Cato en voz baja. Utilizar su equipo de cuadrigas favorito como contraseña quizá no fuera muy original, pero era fácil de recordar.

—Pasa, amigo —respondió agriamente el centinela al tiempo que volvía a ponerse a cubierto. Seguro que era partidario del equipo rival, pensó Cato mientras seguía avanzando con sigilo. Al menos el hombre estaba alerta. Aquel puesto era el más peligroso de los turnos de vigilancia, y cualquier soldado que se quedara dormido allí estaba pidiendo que un explorador britano le cortara el cuello. Y sin duda los exploradores estaban ahí fuera. Tal vez Carataco hubiera retirado la fuerza principal de su ejército, pero el comandante britano sabía valorar un buen servicio de inteligencia y continuaba investigando las líneas romanas al amparo de la oscuridad. Durante las últimas semanas había tenido lugar más de una feroz refriega a altas horas de la noche.

Unos cien pasos más adelante, Cato empezó a buscar al próximo centinela. Se agachó, aminoró el paso y avanzó con mucho sigilo hacia el lugar donde debía encontrarse el soldado. Nadie le dio el alto y Cato levantó la mirada enseguida para comprobar que todavía se hallaba en línea con los terraplenes de su fuerte y los de Macro. Sí que lo estaba, y bastante cerca, y allí estaba la hierba pisoteada donde el centinela había permanecido en cuclillas. Pero no había rastro de él.

Cato se preguntó si debía llamarlo en voz alta. Cuando estaba a punto de hacerlo, le asaltó la terrible idea de que hubiera podido pasarle algo al centinela. ¿Y si un explorador britano lo había descubierto y lo había matado? ¿Y si el explorador todavía estaba allí cerca? Cato llevó la mano a la empuñadura de su espada y la desenvainó lentamente a la vez que crispaba el rostro ante el roce metálico de la hoja.

—No te muevas, *optio* —susurró una voz en un tono tan bajo que podría haberla confundido con el murmullo de la brisa al agitar la hierba de no ser porque casi no corría el aire. Al oírla, a Cato se le heló la sangre en las venas y luego sintió que la furia surgía en su interior. Aquella no era manera de dar el alto. ¿A qué demonios jugaba ese soldado?

—Por aquí, *optio*. Agáchate. —¿Qué es lo que ocurre? —le preguntó Cato también con un susurro.

—Tenemos compañía. Cato se agachó y, a gatas, se deslizó por la hierba en dirección a la voz del centinela. El centinela, Escaro, era uno de los reemplazos y Cato recordó que era un hombre con una buena hoja de servicios. Allí estaba, una forma oscura en cuclillas, con la jabalina sujeta de forma que no se viera. No llevaba un escudo que pudiera representarle una carga si tenía necesidad de echar a correr de vuelta al fuerte. Cato se arrastró hasta llegar a su lado.

—¿Qué pasa? —Escaro no respondió enseguida y por un momento permaneció completamente inmóvil, con la cabeza vuelta en una dirección, cuesta abajo hacia territorio enemigo. Levantó el brazo y señaló hacia las sombras de unos altos arbustos que crecían a medio camino en la pendiente.

—¡Allí! —Cato siguió la dirección de su dedo pero no vio otra cosa que quietud. Sacudió la cabeza en señal de negación.

—No veo nada. —No mires, escucha. El *optio* ladeó la cabeza y dirigió el oído hacia los arbustos, tratando de distinguir cualquier ruido extraño. Un único pájaro cuyo canto no reconoció repetía una y otra vez un melancólico reclamo al que un búho que andaba de caza sumó lacónicamente su suave ululato antes de quedarse bruscamente en silencio. Cato lo dejó correr. Fuera lo que fuera lo que allí hubiese, o se había marchado o lo más probable era que se tratara sencillamente de un producto de la imaginación de Escaro. Tomó nota mentalmente para asegurarse de que a partir de entonces a Escaro le asignaran únicamente servicio de guardia en la torre. En aquel preciso momento se oyó un resoplido proveniente de los arbustos. Un caballo.

—¿Lo has oído? —Sí.

—¿Quieres que baje a echar un vistazo?

—No. Esperaremos aquí A ver quién es.

Podría tratarse de un explorador romano que se hubiera perdido durante la patrulla y no fuera consciente de lo mucho que se había acercado a sus propias líneas. Así que esperaron, agazapados con rigidez y con los tensos sentidos aguzados por si captaban alguna otra señal del intruso. El búho volvió a ulular, esa vez más fuerte, y Cato estuvo a punto de maldecirlo cuando se oyó un alboroto debajo de ellos y una figura oscura se distanció de los matorrales: un hombre que llevaba un caballo. Guió al animal cuesta arriba hasta que casi llegó a la altura de donde se encontraban Cato y Escaro, por lo que debió de pasar a unos tres metros de ellos. El jinete siguió avanzando con mucho cuidado por si el terreno tenía algún obstáculo que pudiera hacerle tropezar y llamar la atención, cosa que no quería. Las pisadas del caballo eran mucho más inconfundibles, pues seguía a su jinete con un amortiguado roce de firmes pasos, ajeno a la necesidad de que no los descubrieran. Cuando el jinete se encontraba a no más de unos seis metros, Cato le dio un suave codazo a Escaro y susurró: « Ahora ».

El centinela se puso en pie de un salto, con el brazo que sostenía la jabalina alzado y retrocediendo con soltura hacia la posición de tiro al tiempo que gritaba el alto. Cato se desplazó a un lado con la espada desenfundada, dispuesto a pelear.

—¡No se mueva e identifíquese! —El jinete se echó atrás de un salto con un grito de alarma e hizo que el caballo respingara a un lado con un relincho asustado. El momento de sorpresa pasó en un instante y antes de que Cato o Escaro pudieran reaccionar, el jinete ya había subido a su montura y la espoleaba con un golpe de talones.

—¡No dejes que se escape! —exclamó Cato. Hubo un movimiento poco claro y un escalofriante golpe sordo. El jinete lanzó un grito y por un instante se tambaleó en su silla. Entonces se dobló hacia un lado y, con la cabeza por delante, se cayó del caballo. La bestia retrocedió y casi estuvo a punto de caer de espaldas sobre su jinete antes de irse a un lado en el último momento y salir galopando cuesta abajo adentrándose en la noche. Se oyó un breve crujido en la hierba cuando Cato y Escaro echaron a correr hacia el jinete. Estaba tendido boca arriba y respiraba con dificultad, con el asta de la jabalina enterrada en su estómago. Gritó unas cuantas palabras en una lengua extraña antes de perder el conocimiento.

—¿Quieres que lo mate, *optio*? —preguntó Escaro al tiempo que apoyaba el pie en el pecho de aquel hombre y le arrancaba la jabalina con un húmedo ruido de ventosa.

—No. —Cato estaba desconcertado por el lenguaje que había utilizado el individuo. No se parecía a ninguna de las lenguas celtas que él había oído—. Échame una mano, llevémoslo a donde haya un poco de luz.

Escaro lo agarró por debajo de los hombros y Cato de los pies. Calculó las distancias relativas que había hasta su fuerte y hasta el del centurión.

—Vamos, ¡Macro querrá ver esto! —El jinete era un hombre corpulento y ambos llevaron la incómoda carga con gran dificultad a lo largo de la colina y hacia el fuerte. Mientras se acercaban al portón, Cato tuvo tiempo para que el prematuro alto le produjera una gran satisfacción; sin duda los hombres de Macro estaban alerta y vigilaban con mucha atención.

—¡Azules triunfadores! —exclamó Cato.

—Cuando las ranas crien pelo —oyó rezongar a alguien.

—¡Abrid la puerta!

—¿Quién anda ahí?

—¡El *optio*! ¡Y ahora abrid la maldita puerta!

Al cabo de un momento la puerta se abrió hacia dentro y, no sin esfuerzo, Cato y Escaro llevaron el cuerpo hacia el interior y lo dejaron en el suelo a la vez que se inclinaban para recuperar el aliento.

—¿Qué es todo esto? —bramó la voz de Macro—. ¿Quién fue el imbécil de mierda que dio la orden de abrir la puerta? ¿Pretendéis que nos maten a todos?

—Soy yo, señor —dijo Cato jadeando—. Atrapamos a alguien que intentaba atravesar la línea de piquetes. Un jinete. —¡Llevad una luz allí! —ordenó Macro, y un centinela salió corriendo a buscar una antorcha—. ¿No estás herido, muchacho?

—No, señor... Escaro lo alcanzó con la jabalina... antes de que pudiera hacer nada.

El centinela volvió con la antorcha que crepitaba, reluciente, en su mano.

—Bueno, veamos qué es lo que habéis atrapado. —Macro tomó la antorcha y la sostuvo sobre el cuerpo tendido en el suelo. Bajo la parpadeante luz pudieron distinguir unas buenas botas de cuero, un vendaje alrededor de la rodilla y el muslo izquierdo de aquel hombre y una cuidada túnica de color azul. Cato miró el rostro del jinete y dio un grito ahogado de asombro.

—¡Niso!

Capítulo XLII

Vitelio estaba a punto de repetir el reclamo del búho cuando vio que el centinela daba el alto. Al instante se tiró sobre la hierba, con el corazón latándole con fuerza, e intentó oír lo que pasaba.

—¡No dejes que se escape! —Un agudo grito de dolor atravesó la oscura noche y luego le llegó el chacoloteo de los cascos de un caballo que se perdió rápidamente en la distancia hasta que sólo se oyeron unas débiles voces y unos gemidos. Su corazón latió unas cuantas veces más antes de que se arriesgara a levantar la cabeza por encima de la hierba para echar un vistazo rápido. Dirigió la mirada rápidamente de un lado a otro y vio la forma oscura de dos hombres inclinados sobre algo que llevaban hacia el fuerte más cercano.

No había duda: a Niso lo habían capturado mientras intentaba cruzar de vuelta al otro lado de las líneas Romanas. Vitelio contuvo el exabrupto que casi se le escapó de los labios y pegó un puñetazo en el suelo con enojo. ¡Maldito Niso! se maldijo a sí mismo. Maldito idiota de mierda. Nunca debió haberse valido del cartaginés; era un cirujano, no lo habían formado en las artes del espionaje. Pero no había nadie más a quien pudiera utilizar, reflexionó. Había tenido que conformarse con un aficionado y la catástrofe de aquella noche era el resultado. Al parecer, Niso había caído en manos romanas vivo. ¿Y si lo interrogaban antes de morir? Porque iba a morir, si no a causa de las heridas sí por la lapidación a la que lo iban a condenar por abandonar su unidad delante de las narices del enemigo. Si hacían hablar a Niso, entonces él, Vitelio, sin duda se vería implicado.

La situación era sumamente peligrosa. Mejor sería regresar al campamento antes de que lo echaran en falta. Necesitaba con urgencia tiempo para pensar, tiempo para encontrar una estrategia que le permitiera salir del apuro.

Vitelio se puso en cucullas, se dio la vuelta y bajó por la pendiente en dirección a las brillantes hogueras del ejército. Le había dicho a aquel *optio* corto de entendederas de la novena que estaba en la puerta realizando una inspección externa de los parapetos. Eso habría llevado bastante tiempo, más que suficiente para que pudiera acercarse a las colinas y encontrarse con Niso en el lugar que habían acordado unos días antes.

Ahora no había modo de saber cómo había respondido Carataco a su plan. No tenía manera de saberlo a menos que pudiera ver a Niso y hablar con él antes de que muriera. Era una mala suerte desastrosa. No, se corrigió, lo desastroso había sido la manera de planearlo todo. La culpa era suya. No debería haber utilizado a Niso y nunca tendría que haber elegido aquel punto de encuentro. La mayoría de oficiales no disponían piquetes entre los fuertes durante la noche. ¡Pero él tuvo que escoger la sección de la línea de frente vigilada por un oficial concienzudo!

Tras dar la contraseña, Vitelio pudo volver a cruzar el portón. Le dio las

gracias al *optio* de guardia con un gesto de la cabeza y le aseguró que las defensas del perímetro estaban en perfectas condiciones. Vitelio volvió a pasar sigilosamente entre las hileras de tiendas y se dirigió a sus dependencias, donde se dejó caer sobre su cama de campaña completamente vestido. Tal vez pudiera dormir después, pero ahora debía considerar detenidamente la nefasta situación en que había dejado la captura de Niso. No había ninguna duda que Niso tenía que ser silenciado. Si el centinela no se había preocupado ya de eso, él mismo lo haría. Luego tenía que recuperar la respuesta de Carataco del cuerpo de Niso antes de que lo registraran más a conciencia. Hasta las mejores claves se podían descifrar en cuestión de días y la simplicidad de lo que habían acordado quedaría dilucidada en el momento en que alguien reconociera lo que estaba examinando. Si ocurría, sólo le quedaba la esperanza de que el mensaje no incluyera ningún detalle que lo implicara directamente.

Bastaría con que un tufillo de su complicidad llegara a las narices de Narciso, que siempre se lo olía todo, para que lo ejecutaran de manera dolorosa y sin armar revuelo. Estaba jugando a un juego muy arriesgado. La política siempre había sido peligrosa y, cuanto más arriba subía, mayores eran los riesgos que tenía que correr. Eso eximiría a Vitelio, pero no hasta el punto de no preocuparle. Tenía demasiado respeto por la inteligencia de los demás jugadores como para subestimarlos. Por fortuna, muchos de sus rivales que le devolvían el cumplido, eran la clase de gente cuya inteligencia quedaba fatalmente ensombrecida por su arrogancia al igual que Cicerón, y necesitaban un constante reconocimiento de su poderosa capacidad intelectual, y era en aquellos momentos cada vez más frecuentes de debilidad cuando la caída final quedaba asegurada. Vitelio había roto esa norma sólo una vez y únicamente para persuadir a Vespasiano que las consecuencias de desenmascarlo serían mucho más calamitosas para el legado que para él. Aun así, seguía teniendo la sensación de que había hablado demasiado y juró que nunca más volvería a decir una palabra más de las necesarias.

Vitelio se enorgullecía del hecho de haber aprendido rápidamente a no suscribir nunca la causa de otra persona, la mera noción de «organización secreta» era una estupidez; las posibilidades de traición y de quedar al descubierto aumentaban de manera casi exponencial cada vez que una organización de esas reclutaba a un nuevo miembro. No, era más seguro trabajar solo, hacia un fin específico, sin obligaciones hacia las causas de los compañeros. Mantenerse aislado de grupos como aquellos era a la vez su fortaleza y su debilidad, tal como demostraba su actual ardid.

En aquellos momentos, entre los oficiales superiores todo el mundo suponía que las armas que habían descubierto en manos de los britanos debían de haberlas suministrado los Libertadores. Estaba claro que aquellos traidores habían dado por sentado que los britanos volverían a arrojar al mar a los invasores y que

una catástrofe de esa índole conduciría a la caída de Claudio. En medio del subsiguiente caos, los Libertadores se veían a sí mismos emergiendo como paladines de una nueva República. De haber fallado la invasión, nadie se habría alegrado tanto de ello como Vitelio. Si el sistema político se mantuviera inestable el tiempo suficiente, él tendría tiempo de mejorar su posición política. Un día, cuando estuviera completamente seguro de que fuera el momento propicio, él se haría con el poder.

Ahora, la que se consideraba la última traición de los Libertadores supondría el descrédito de su reputación en Roma. Desde las viviendas ilegales de los barrios más bajos de la Suburbia hasta las más ricas mesas del janículo, los Libertadores iban a ser maldecidos con los términos más duros. Vitelio trataba de aumentar su condenación con el complot para matar a Claudio. Le hubiera sido imposible llevar a cabo su plan solo, pero el cuidadoso cultivo del arraigado resentimiento de Niso había dado su fruto. Carataco resultó ser un aliado entusiasta cuando se mencionó la posibilidad por medio de aquel mensaje que llevaba el prisionero al que Vitelio ayudó a escapar. Cualquier desorden político en Roma que hiciera que los invasores se retiraran de Britania compensaba la lacra de estar implicado en un asesinato.

A Vitelio, Carataco le resultó simpático. Nunca había conocido al cabecilla britano en persona, pero el carácter de la mente de ese hombre se evidenciaba en sus planes para el complot. A pesar de contar con la terrible desventaja de provenir de una cultura guerrera que valoraba el honor de un hombre por encima de todo lo demás, Carataco era admirablemente pragmático. Iba a oponer resistencia a Claudio antes de que llegara a Camuloduno. Era una cosa segura. Dejar que la ciudad cayera sin que una sola espada se alzara en su defensa acabaría con cualquier voluntad de resistencia en las demás tribus de la isla. Debía mantenerse la postura desafiante, incluso al precio de otra derrota más. Siempre quedaba la posibilidad, por improbable que fuera, de que la batalla se ganara, de que al menos pudieran hacer que la victoria romana fuera tan pírrica que la invasión se retrasase.

Si el combate que se avecinaba terminaba en otra derrota de los britanos, entonces se podía intentar el asesinato durante la subsiguiente rendición de las tribus, de la que se encargaría el emperador en persona. Carataco se las había arreglado para convencer a uno de sus seguidores de que aceptara la misión suicida de empuñar el arma. A Vitelio sólo le faltaba encargarse de que a aquel hombre se le proporcionara un cuchillo tras el registro previo a la presentación ante el emperador. Pero, sin el mensaje que llevaba Niso, Vitelio no conocería la identidad del asesino. Si no la sabía, no se podía atentar contra la vida del emperador.

Tanto si el asesinato de Claudio tenía éxito como si no, se culpaba a los Libertadores. Bien podría ser un cuchillo britano el que se hundiera en el corazón

de Claudio, pero seguro que los que investigarían el complot encontrarían alguna manera de implicar a los Libertadores, sobre todo si se les animaba a hacerlo.

De repente Vitelio se sentó derecho en su cama de campaña, enojado consigo mismo. No tenía sentido pensar en los placeres que el futuro le reservaba cuando en cualquier momento Niso podía revelar su participación en la confabulación. Al mismo tiempo, poco podía hacer al respecto hasta que Niso, o alguna noticia sobre él, llegara al campamento base. Entonces podría justificar su interés haciendo el papel de amigo preocupado. Mientras tanto, se reprendió, debía mantener la calma. No debía mostrar inquietud, no fuera que alguien que lo viera lo recordara cuando prestara testimonio en cualquier investigación que se realizara si ocurría lo peor. Mejor sería pensar en algo más agradable.

Fue entonces cuando recordó haber visto a Flavia entre el séquito imperial. Detrás de la esposa de Vespasiano estaba aquella esclava terriblemente atractiva con la que una vez tuvo una aventura cuando la segunda legión estaba destacada en Germania. Hasta ese viejo chocho libidinoso de Claudio se había fijado en ella. Mientras recordaba las facciones de su rostro, Vitelio sonrió ante la perspectiva de reanudar su relación.

Capítulo XLIII

—¡Ponedlo bajo las lámparas! —gritó el cirujano jefe mientras los legionarios entraban la camilla a la tienda de tratamiento—. ¡Tened cuidado, idiotas!

Cato caminaba junto a ellos y apretaba un trapo manchado de sangre contra la herida. El cirujano jefe, un hombre de piel morena como Niso, les ayudó a poner la camilla encima de la mesa de reconocimiento, que estaba hecha de madera, y luego aflojó la cuerda que hacía descender las lámparas por la polea. Bajo su tenue luz sacó la compresa para examinar el punto de entrada de la jabalina, pero tanto la parte delantera como los costados de su torso estaban cubiertos de una capa pegajosa de color rojo. El cirujano agarró una esponja de un cuenco de bronce sumamente bruñido y limpió la sangre. Dejó al descubierto un agujero oscuro, del diámetro del dedo de una persona, que al instante se llenó de sangre. Volvió a colocar la compresa.

—¿Dónde lo encontrasteis?

—Intentaba cruzar las líneas de piquetes —respondió Cato—. Uno de nuestros soldados lo detuvo.

—¡Y que lo digas! —El cirujano levantó la compresa de nuevo para examinar la herida e hizo una mueca al ver el incontenible flujo de sangre.

De pronto, Niso alzó la cabeza al tiempo que soltaba un grito y la volvió a dejar caer en la mesa con un golpe sordo, entre murmullos y gemidos.

—Tenemos que detener la hemorragia. Parece que ya ha perdido demasiada sangre. —El cirujano jefe levantó la vista—. ¿Cuánto tiempo dices que hace que lo encontrasteis?

Cato hizo un rápido cálculo basándose en los toques de guardia.

—Media hora. —¿Y ha estado sangrando así todo el tiempo?

—Sí, señor.

—Entonces está arreglado. No puedo hacer nada.

—Algo se debe de poder hacer, señor —dijo Cato con desesperación.

—¿Es amigo tuyo? —Cato vaciló un momento antes de mover la cabeza afirmativamente.

—Bueno, *optio*. Lo siento muchísimo por tu amigo Niso, pero la verdad es que no hay nada que pueda hacer por él. Es la clase de herida que siempre es mortal.

Niso estaba temblando y sus gemidos tenían un tono de lamento. Sus ojos parpadearon y de repente se abrieron como platos, y miraron a su alrededor con aturrido pánico antes de posarse en Cato.

—Cato... —Niso alargó la mano.

—No te muevas, Niso —le ordenó Cato—. Necesitas descansar. Vuelve a tumbarte.

—No. —Niso esbozó una débil sonrisa y luego sus labios se crisparon cuando un terrible espasmo se apoderó de él—. Me estoy muriendo. Me muero, Cato.

—¡Tonterías! ¡No vas a morirte! —¡El maldito cirujano soy yo! ¡Sé lo que me está ocurriendo! —Sus ojos centellearon con fiereza y se cerraron con fuerza cuando el siguiente espasmo recorrió su cuerpo—.

¡Ah! ¡Cómo duele!

—Tranquilo, Niso. —El cirujano jefe le dio unas palmaditas en el hombro—. Muy pronto habrá terminado. ¿Quieres te te facilite las cosas?

—¡No! Nada de drogas. —Estaba jadeando, con una respiración áspera y superficial.

Su mano seguía agarrada a la de Cato con tanta fuerza que casi le hacía daño, y trataba desesperadamente de aferrarse al mundo de los vivos mientras que la muerte se lo llevaba poco a poco. Con sumo esfuerzo y empujado por la chispa de conciencia que le quedaba, agarró a Cato con la otra mano y tiró del *optio* para acercarlo a su boca. —Dile al tribuno, dile que... —La voz se apagó hasta que quedó en un susurro y Cato ni siquiera estaba seguro de lo que eran, palabras o el estertor de un moribundo. Lentamente sus manos se aflojaron y su respiración se debilitó dando paso al silencio. La cabeza de Niso quedó colgando hacia atrás y sus ojos sin vida se congelaron, la boca caída y ligeramente abierta.

Por un momento se hizo el silencio, luego el cirujano jefe le buscó el pulso. No encontró nada.

—Ya está. Se ha ido. Cato seguía sosteniéndole la mano a Niso, consciente de que sólo era un pedazo de carne por cuyo interior ya no circulaba ni un atisbo de vida. Sintió furia ante su impotencia para salvarle la vida a aquel hombre. Había perdido demasiada sangre; él había intentado contener la hemorragia, pero no dejaba de salir a borbotones.

—¿Dónde demonios ha estado estos últimos días? —preguntó el cirujano jefe.

—No tengo ni idea. —¿Qué te dijo al final?

Cato sacudió la cabeza en señal de negación.

—No lo sé.

—¿Te dijo algo? —insistió el cirujano jefe—. ¿Dijo sus ritos mortuorios?

—¿Ritos mortuorios?

—Es cartaginés, como yo. ¿Qué dijo justo antes de morir? Te susurró algo.

—Sí. Pero no lo entendí... Algo sobre una campaña, creo. —Entonces me temo que tendré que realizar los ritos mortuorios por él.

El cirujano jefe le soltó la mano a Cato y lo empujó suavemente para que se apartara del cuerpo.

—Será sólo un momento pero tiene que hacerse, de lo contrario se verá obligado a permanecer en la tierra, como vuestros lémures romanos.

La idea del inquieto espíritu de Niso recorriendo las sombras de la tierra llenó de horror a Cato, que se apartó de la mesa de reconocimiento. El cirujano jefe apretó su mano derecha contra el corazón del muerto y empezó a salmodiar un antiguo ritual púnico. Terminó rápidamente y entonces se volvió hacia Cato.

—¿Quieres ofrecerle también los ritos romanos? —Cato dijo que no con la cabeza.

—¿Quieres quedarte con él un momento? —Sí. El cirujano jefe hizo salir a los legionarios y Cato se quedó a solas con el cuerpo de Niso. No estaba seguro de cuáles eran sus sentimientos. Sentía dolor por haber perdido un amigo y amargura de que hubiera muerto inútilmente por la punta de una jabalina romana. También sentía cólera. Niso había traicionado su amistad, primero abandonándolo a favor del tribuno Vitelio y, en segundo lugar, desertando... o lo que fuera que estuviera tramando cuando había desaparecido del campamento. Las últimas palabras que Niso había pronunciado habían sido para Vitelio, y eso era lo que más indignaba a Cato. Fuera cual fuera la razón por la que Niso desapareció, Cato sospechaba que tenía algo que ver con Vitelio. Aquellas emociones contradictorias daban vueltas y más vueltas en su interior mientras miraba fijamente el cadáver.

—Ya has hecho las paces, *optio* —dijo en voz baja el cirujano jefe cuando volvió a entrar en la tienda al cabo de un rato. Ahora me temo que tenemos que hacernos cargo de él.

Con este calor tenemos que procurar ocuparnos de los cuerpos lo más rápidamente posible.

Cato asintió con la cabeza y se quedó a un lado de la tienda mientras el cirujano jefe hacía una señal a un par de ordenanzas médicos. Con una eficiencia nacida de la cruda experiencia habitual, los médicos enderezaron el cuerpo y empezaron a despojarlo de toda la ropa y efectos personales.

—No tienes que quedarte a verlo si no quieres —dijo el cirujano jefe.

—Estoy bien, señor. De verdad.

—Como quieras. Me temo que yo tengo que irme. Tengo otros deberes que atender. Lamento no haber podido salvar a tu amigo —añadió el cirujano jefe con delicadeza.

—Usted hizo lo que pudo, señor. Los ordenanzas estaban atareados quitándole la ropa al muerto y separaban aquellas prendas que no estaban manchadas de sangre y se podían volver a usar. Las demás las dejaban a un lado para deshacerse de ellas. La herida había dejado de sangrar ahora que el corazón ya no latía. La piel manchada de sangre que la rodeaba fue rápidamente enjuagada con un cubo de agua. Uno de los ordenanzas empezó a deshacer el vendaje que envolvía la rodilla izquierda de Niso. De pronto se detuvo y estiró el cuello para mirar más cerca.

—¡Vaya! ¡Qué raro! —dijo entre dientes.

—¿Qué es raro? —replicó su compañero al tiempo que sacaba las botas.

—Debajo de este vendaje no hay nada. No hay ninguna herida, ni siquiera un araño.

—¡Pues claro que tiene que haberla! La gente no se pone vendajes para

divertirse.

—No. Te estoy diciendo que ahí no hay nada. Sólo esas extrañas marcas.

La curiosidad pudo más que la profunda pena de Cato y éste se acercó a ver qué estaba causando aquel leve alboroto.

—¿Qué problema hay?

—Ven, *optio*. Mira esto. —El ordenanza le dio las vendas—. En la pierna no tiene ni un rasguño, pero hay unas extrañas marcas negras en este vendaje.

Cato se dirigió a un lado de la tienda en el que se había montado un tosco banco y se sentó en él despacio mientras miraba las curiosas líneas y curvas escritas en una de las caras de la venda. No logró encontrarles ningún significado. Decidió que hacía falta examinarlas más detenidamente a la luz del día y se metió el vendaje dentro de la túnica.

Levantó la vista hacia el cadáver que estaba sobre la mesa.

Niso tenía una expresión serena y apacible en el rostro ahora que la tensión de la agonía había terminado. ¿Qué habría estado haciendo esos últimos días?

Cato percibió la presencia de otra persona en la tienda. El tribuno Vitelio había entrado con tanto sigilo que nadie se había dado cuenta. Se quedó de pie entre las sombras junto a la portezuela de la tienda y miró el cadáver. Por un momento no reparó en Cato y el *optio* vio que el desasosiego y la frustración recorrían el rostro del tribuno. Desasosiego y frustración, pero no dolor. Entonces Vitelio lo vio y frunció el ceño.

—¿Qué estás haciendo aquí? Se supone que estás de servicio.

—Yo traje a Niso, señor. —¿Qué le ha ocurrido? —Uno de mis centinelas lo sorprendió intentando cruzar nuestras líneas. No respondió al alto y cuando trató de escapar el centinela lo abatió con la jabalina.

—Eso sí que es mala suerte —dijo Vitelio entre dientes, y luego añadió en voz más alta: Muy mala suerte. No hemos tenido ocasión de interrogarlo y descubrir a qué ha estado jugando desde que desapareció del campamento. ¿Pudo decir algo antes de morir?

—Nada que tuviera sentido, señor. —Ya veo —dijo el tribuno en voz baja. Casi sonó aliviado—. Bueno, será mejor que vuelvas a tu unidad, enseguida.

—Sí, señor. —Cato se puso en pie e intercambió un saludo con el tribuno. Fuera del sofocante calor de la tienda la atmósfera era fresca y húmeda; faltaba poco para que amaneciera. Cato se encaminó hacia el portón de entrada, deseoso de alejarse de Vitelio lo más pronto posible.

Dentro de la tienda, Vitelio se acercó al cuerpo de Niso al que, en aquel momento, los dos ordenanzas frotaban con aceites aromáticos, listo para la cremación. El tribuno recorrió a Niso con la mirada antes de dirigirla a sus ropas y escrutarlas.

—¿Busca algo, señor? —No, sólo me preguntaba si le habíais encontrado algo... poco usual.

—No, señor, nada fuera de lo corriente.

—Entiendo —Vitelio se rascó el mentón y examinó atentamente la expresión del ordenanza—. Bien, si encontráis algo fuera de lo normal, cualquier cosa, me lo traéis inmediatamente.

Después de que el tribuno se hubiera ido, el otro ordenanza se volvió hacia su amigo.

—¿Por qué no le dijiste lo del vendaje?

—¿Qué vendaje?

—El que llevaba puesto.

—Bueno, ahora ya no está aquí. Por otro lado, —el ordenanza hizo una pausa para escupir en la esquina de la tienda—, yo no me involucro en los asuntos de los oficiales. Si le cuento lo del vendaje seguro que inmediatamente me veo mezclado en algo. ¿Entiendes?

—Tienes razón.

Capítulo XLIV

Al amanecer cambió la guardia en el fuerte y Cato condujo a su media centuria cuesta abajo de vuelta al campamento. Se habían terminado los nervios de la vigilancia nocturna y los soldados tenían ganas de pasarse el día descansando, especialmente porque el ejército pronto volvería a ponerse en camino. Todos los rigores de marchar con las mochilas y los arneses totalmente cargados, construir campamentos de marcha y comer interminables platos de gachas de mijo empezarían de nuevo.

Aunque el cielo despejado prometía otro día perfecto, aquella mañana Cato no pudo compartir el despreocupado humor de los demás. Niso estaba muerto. La guerra ya desperdiciaba bastantes vidas humanas sin contar las víctimas de accidentes. Lo que hacía más difícil de soportar la muerte de Niso eran las misteriosas circunstancias de su anterior desaparición. Si lo hubieran matado en combate habría sido triste, mas no inesperado. Pero había algo muy raro en su muerte. Cato desconfiaba de su manera de comportarse en los últimos días que le vio. Necesitaba saber más cosas y en aquel momento la única pista consistía en el vendaje extrañamente marcado que llevaba metido en la túnica. Estaba convencido de que la solución al misterio de alguna u otra manera recaía en Vitelio. El tribuno había persuadido a Niso, lo había transformado y lo había hecho cómplice de la traición, fuera cual fuera, que Vitelio podría estar planeando.

Cato tenía que hablar con alguien. Alguien en quien pudiera confiar y que se tomara sus sospechas en serio. Macro se burlaría de sus temores, o como mucho presentaría una queja formal contra el tribuno. Tenía que ser otra persona... Lavinia. Por supuesto. La iría a buscar, la llevaría a algún lugar tranquilo lejos del campamento y le abriría el corazón.

Se quitó la armadura y las armas, se restregó para quitarse las manchas de sangre de la cara y las manos y se puso una túnica limpia.

Mientras cruzaba el puente se fijó en la frenética actividad del campamento de la orilla derecha: el ejército se estaba preparando para pasar a la ofensiva. Cato tuvo que andar con mucho cuidado entre el enorme bagaje del séquito imperial y de la guardia pretoriana. A diferencia del campamento de la otra orilla, en éste reinaba un ambiente de ansiosa expectación, como si el ejército estuviera a punto de ofrecer una espectacular demostración militar más que de salir a luchar contra un resuelto y peligroso enemigo. Los carros de la corte imperial estaban cargados con mobiliario caro que no estaba diseñado para salir de los tocadores de Roma y que, como consecuencia, se había estropeado. Había enormes arcones de ropa, instrumentos musicales, vajillas decoradas y una plétora de otros artículos de lujo, todos ellos al cuidado de esclavos de casas ricas que viajaban en malas condiciones. Las carretas de las cohortes de la guardia

pretoriana estaban abarrotadas de uniformes ceremoniales y pertrechos, listos para la espectacular celebración de la victoria del emperador en Camuloduno.

Cato se abrió paso fuera del parque de vehículos y se encaminó hacia el recinto ocupado por los miembros del séquito imperial. Un portón lo comunicaba con el campamento principal, aunque sólo estaba abierta una de las dos grandes puertas de madera. El paso estaba vigilado por una docena de Pretorianos con su blanco uniforme de campaña y la armadura completa. Cuando Cato se acercó a la puerta abierta, los guardias que había a cada lado cruzaron las lanzas. —¿Propósito de tu visita?

—Ver a una amiga mía. Sierva de la señora Flavia Domitila.

—¿Tienes un pase firmado por el primer secretario? —No.

—Entonces no entras. —¿Por qué? —Órdenes.

Cato les lanzó una mirada fulminante a los guardias, que se cuadraron y le devolvieron una mirada indiferente, totalmente imperturbables. Cato sabía que no podría convencerlos para que lo dejaran entrar. Los soldados de la guardia pretoriana eran expertos guardianes y obedecían las órdenes al pie de la letra. Lanzarles una sarta de improperios sólo serviría para gastar saliva inútilmente, decidió Cato. Por si fuera poco, el guardia que había hablado con él poseía el físico de gladiador, no era la clase de hombre con el que le gustaría enfrentarse si alguna vez se encontraban fuera de servicio.

Cato se dio la vuelta y volvió paseando al parque de velos. En medio de la confusión de soldados, administrativos y esclavos, dirigió la mirada hacia el otro lado del cercado que rodeaba al séquito del emperador. Había toda una serie de carros que ya habían sido cargados y puestos a un lado, cerca de la empalizada. Había un carro en concreto que le llamó la atención: una cosa pesada con cuatro ruedas abarrotada de tiendas de cuero vivamente decoradas, plegadas y atadas. La carga era tan alta que llegaba al mismo nivel que la empalizada. Cato rodeó el parque de vehículos para así poderse acercar a las carretas sin que lo vieran los guardias. Después de comprobar rápidamente que nadie lo observaba, se deslizó entre los carros cargados y se abrió camino hasta aquel que transportaba las tiendas. Trepó por él, se tumbó en la parte de arriba y sólo levantó la cabeza para mirar detenidamente por encima de la empalizada hacia el recinto donde se hallaban los compañeros de viaje del emperador.

Lejos de las miradas del ejército, la elite de la sociedad romana estaba acampada sin la más mínima concesión a las privaciones de una campaña. Unas tiendas inmensas se extendían por todo el recinto y, a través de las aberturas de las que estaban orientadas de cara a él, en su interior Cato vio revestimientos de ornamentadas baldosas para el suelo y mobiliario caro. A algunos miembros de la corte imperial les habían montado toldos en el exterior de sus tiendas y se hallaban recostados sobre bancos tapizados mientras los esclavos que se habían traído de la ciudad les servían. El centro del recinto se había dejado abierto para

que sirviera de espacio social, pero la intensidad de la fiesta de la noche anterior era la causa de que estuviera casi vacío. Cato miró atentamente las pocas figuras que se veían pero ninguna de ellas era Lavinia.

Así que se quedó tumbado en lo alto del carro y esperó, y en algún momento casi se quedó dormido bajo el cálido brillo del sol. Cada vez que una figura femenina salía de alguna tienda, Cato alzaba la cabeza y aguzaba la vista para ver si se trataba de Lavinia.

Y entonces, al fin, no muy lejos de donde estaba, se abrió el faldón de la entrada de una tienda y una esbelta mujer vestida con una diáfana estola de color verde salió rápidamente a la sombra del toldo. Estiró los brazos y bostezó antes de salir a la luz del sol, donde Cato pudo ver su cabellera negro azabache. A Cato le inundó una embriagadora sensación de ligereza. Observó a Lavinia un momento, pendiente de cada uno de sus movimientos cuando se apoyó en el poste que sostenía la parte delantera del toldo y alzó el rostro hacia el sol.

Luego se rascó el trasero y se dio la vuelta para volver a entrar en la tienda. Cato empezó a levantarse, deseoso de que ella lo viera y no se fuera tras aquella breve y seductora aparición. Si ella lo veía, Cato le podría indicar que podían encontrarse fuera del recinto. Cato levantó la mano y estaba apunto de agitarla cuando un movimiento en su visión periférica le llamó la atención.

El tribuno Vitelio cruzaba la puerta del recinto a grandes zancadas. El escalofrío que Cato siempre experimentaba cuando veía a ese hombre le volvió al instante mientras, de forma horriblemente inevitable, el tribuno se dirigió directamente hacia Lavinia, que se encontraba de espaldas a él y no era consciente de que el tribuno se acercaba. Vitelio se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros. Ella giró sobre sus talones con un sobresalto. Cato se puso de rodillas, preparado para salir corriendo a rescatarla sin pensar en la posibilidad de llegar hasta ella en aquel recinto tan bien vigilado. Levantó las manos para llamarla pero, antes de que emitiera un solo sonido, de pronto alguien tiró de él por los pies con gran fuerza y lo sacó de encima del carro. Cayó por un lado y fue a parar al suelo con un fuerte golpe que le cortó la respiración. Un par de botas se acercaron pesadamente a su cara y al cabo de un instante fue puesto en pie mientras él trataba de recobrar el aliento como un pez varado en la playa.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo, muchacho? —Cato reconoció el rostro del guardia pretoriano de la puerta del recinto. Trató de responder pero la ausencia de aire en sus pulmones hizo que, en lugar de eso, sólo pudiera emitir un resuello.

—¿Te niegas a responder, eh? Muy bien, veamos si mi centurión te puede soltar la lengua y quizás algunos dientes, y a puestos.

El guardia enroscó el puño en el pelo de Cato y, medio a tirones, medio a rastras, lo llevó por el parque de carros hacia la tienda del cuartel general. Los esclavos y legionarios que cargaban el resto de carretas se detuvieron a observar

aquel espectáculo tan poco edificante. Algunos de ellos se rieron y Cato notó cómo se ruborizaba por la vergüenza de ser tratado como un travieso colegial.

Capítulo XLV

—¿Todo listo? —El general Plautio echó un vistazo a su alrededor. Los últimos oficiales formaban a un lado del camino que iba del puente al campamento principal—. Pues bien, dad la señal.

Sabino hizo un gesto con la cabeza al tribuno del estado mayor a cargo de las comunicaciones, quien gritó una rápida orden a los trompetas y cornetas allí reunidos para que prepararan sus instrumentos de metal. Hubo una breve pausa mientras tomaban aire y fruncían los labios y luego, tras contar mentalmente hasta tres, una nota ensordecedora atravesó el río como un trueno. Aun estando entrenados para la batalla, los caballos del Estado Mayor se movieron inquietos al oír el estruendo y las filas bien ordenadas de oficiales superiores se desbarataron momentáneamente. En la otra orilla del río los bronce de las cohortes de la guardia pretoriana respondieron a la señal.

—Vamos allá —dijo Plautio entre dientes.

Las blancas figuras de las primeras filas de pretorianos salieron del otro campamento y, con toda la precisión de un desfile, marcharon hacia el puente a paso militar. Los bruídos cascos de bronce refulgían bajo el brillante sol de la mañana en vívido contraste con las oscuras nubes que se iban acercando poco a poco desde el sur. La brisa era tranquila y húmeda antes de la tormenta que se avecinaba.

—Ojalá no marcharan al paso —se quejó el prefecto de los zapadores—. No es bueno para mi puente. Cualquier idiota sabe que las tropas deben romper el paso al cruzar por un puente.

—¿Y arruinar el efecto estético? —replicó Vespasiano—. Narciso no lo toleraría. Tú reza para que no haga marchar al paso a los elefantes.

El zapador se sobresaltó, alarmado, ante aquella posibilidad, pero se tranquilizó al darse cuenta de que el legado estaba siendo irónico.

—Lo último que necesitamos es una campaña truncada —bromeó Vitelio, y los oficiales superiores hicieron una mueca.

La larga columna blanca se extendió a lo largo del puente como una enorme oruga hasta que por fin la cabeza llegó a la orilla norte y empezó a subir por la pendiente hacia el portón principal.

—¡Vista... a la derecha! —bramó el primer centurión mientras conducía a sus hombres junto al general y su Estado Mayor. Con perfecta sincronización, los pretorianos volvieron la cabeza de golpe mientras que los soldados de la derecha, que marcaban la posición, seguían con la vista al frente para asegurarse de que se mantuviera debidamente la alineación. El general Plautio saludó con aire de gravedad al tiempo que las centurias pasaban por delante a paso rápido.

Al otro lado de la puerta principal se hallaba formado el resto del ejército, listo para avanzar hacia el enemigo. Las cohortes pretorianas encabezaban la

ofensiva en territorio hostil. Su privilegiada posición en cabeza de la línea de marcha implicaba que el polvo levantado por el paso de miles de botas claveteadas no les obstruía la garganta ni les ensuciaba las radiantes túnicas y escudos. Al otro extremo del puente se hizo un pequeño hueco en la columna y entonces apareció una ondulante barrera de color escarlata y oro cuando los estandartes del ejército salieron a paso decidido. Por detrás, dominando sobre ellos, iba el primero de los elefantes, lujosamente engalanado, que llevaba al emperador.

—Ahora veremos lo buen zapador que eres —dijo Plautio al tiempo que observaba con interés el puente a la espera de los primeros indicios de derrumbamiento. A su lado, el prefecto de los zapadores parecía consternado ante la posibilidad de que un hundimiento imperial encontrara la manera de introducirse en su curriculum vitae.

El bamboleante avance de los elefantes ofrecía un espectáculo peculiar tras la rígida regularidad de las cohortes pretorianas y, para alivio del prefecto, la línea de enormes bestias iba en absoluto sincronizada y el puente permaneció estable. Tras el último elefante se abrió un espacio. El séquito Imperial y sus carros viajarían con el resto del convoy de bagaje a la retaguardia del ejército, y no se pondrían en marcha hasta al cabo de unas horas.

Pasó el último de los estandartes y entonces el emperador salió del puente y el conductor del elefante le dio unos golpecitos al animal a un lado de la cabeza para hacer que se detuviera frente a Plautio y sus oficiales.

—Buenos días, César.

—General —Claudio saludó con un movimiento de la cabeza—. Confío en que no haya p-problemas con el avance.

—Ninguno, César. Su ejército está formado y listo para seguirle hacia una gloriosa victoria. —Era una frase trillada y Vespasiano se esforzó para contener una expresión divertida, pero el emperador pareció tomárselo en serio.

—¡Estupendo! ¡Maravilloso! Me muero de ganas de caer sobre esos britanos. ¡Démosles una fuerte dosis de acero romano! ¡Eh, Plautio?

—Bueno, sí, claro que sí, César. El último de los elefantes se detuvo y Narciso se acercó a caballo. Iba a lomos de un pequeño pony que se sobresaltó, nervioso, cuando uno de los elefantes levantó la cola y depositó un pequeño montículo justo en su camino. El primer secretario esquivó rápidamente el desagradable obstáculo y siguió trotando hasta situarse al lado de la bestia en la que iba su señor.

—¡Ah! Estás ahí, Narciso. ¡Ya era hora! Creo que ahora me trasladaré a la silla de manos.

—¿Está seguro, César? Piense en la heroica imagen que ofrece ahí arriba sobre una bestia tan magnífica. ¡Un auténtico dios conduciendo a sus hombres a la guerra! ¡Qué estampa tan inspiradora para los soldados!

—No, cuando este es-estúpido elefante me haga vomitar no lo será. ¡Conductor! Haga descender a este animal ahora mismo.

Después de su última experiencia al desmontar de un paquidermo, Claudio se agarró con fuerza a los brazos de su trono y se echó hacia atrás tanto como pudo cuando las patas delanteras del elefante se doblaron. De nuevo a salvo en tierra firme, el emperador miró al animal con desaprobación. —¡No sé cómo se las arreglaba ese sinvergüenza de A-Aníbal! Bueno, Narciso. Que me traigan la litera enseguida.

—Sí, César. Haré que la vayan a buscar inmediatamente al convoy de bagaje.

—¿Qué hace otra vez allí?

—Usted mismo lo ordenó, César. Quizá recuerde que tenía intención de encabezar el avance a lomos de un elefante.

—¿Ah sí? —Quería «ser más Aníbal que Aníbal». ¿Se acuerda, César? — ¡Hum! Sí. Bueno, eso era ayer. Además —Claudio señaló hacia el sur—, no me apetece tener que aguantar encima de un e-e-elefante cuando todo eso estalle.

Narciso se volvió para mirar las negras nubes que avanzaban en grandes cantidades hacia el Támesis. Un fogonazo de luz blanca proveniente de su interior los iluminó y, momentos después, un profundo estruendo retumbó en dirección al campamento romano.

—La litera, por favor, Narciso. Lo más rápido que puedas. —Enseguida, César. Mientras el primer secretario se apresuró a pasar las líneas traseras, el emperador se puso a observar con el ceño fruncido la tormenta que se avecinaba, como si su desagrado fuera a desviarla. Una irregular línea blanca descendió hasta clavarse en el pantano a una corta distancia río arriba y un sonido terrible, como de metal al romperse, atravesó el aire.

Sabino maniobró su caballo para situarse junto a su hermano.

—No podía fallar, maldita sea —dijo en voz baja—. No levantamos el culo durante casi dos meses esperando al emperador con un sol glorioso y en cuanto reanudamos la ofensiva se nos viene encima una tormenta.

Vespasiano soltó una queda y amarga risita al tiempo que asentía con la cabeza.

—Y no hay esperanzas de que nos paremos a esperar a que amaine, supongo.

—Ninguna, hermano. Hay un buen trecho que recorrer en esta campaña y Claudio no osa estar ausente de Roma más tiempo del absolutamente necesario. El avance sigue adelante haga el tiempo que haga.

—¡Oh, mierda! —Vespasiano notó una gota en la mano.

A continuación se oyó el suave golpeteo de las pesadas gotas de lluvia sobre los cascos y escudos. Por toda la ancha superficie del Támesis, un frente gris se extendía hacia la orilla izquierda. De pronto el aguacero empezó en serio, cruzando el aire con un siseo y repiqueteando sobre cualquier superficie. Con la

lluvia se levantó una ligera brisa que zarandeó las ramas de los árboles en los bosquecillos cercanos y agitó las gruesas capas militares de los oficiales cuando éstos se apresuraron a envolverse en ellas. Claudio levantó la vista hacia el cielo justo cuando un relámpago estallaba sobre el mundo con una deslumbrante cortina de luz blanca y la enojada expresión de su rostro se heló durante el más breve de los instantes.

—¿Crees que esto podría ser un presagio? —preguntó Sabino medio en serio.

—¿Qué clase de presagio? —Una advertencia de los dioses. Una advertencia sobre el resultado de esta campaña, quizás.

—¿O una advertencia dirigida a Claudio? —Vespasiano se volvió para intercambiar una mirada de complicidad con su hermano mayor.

—¿De verdad lo crees? —Tal vez O puede que sólo sea una señal de los dioses anunciando que va a llover a cántaros unos cuantos días.

La desaprobación de Sabino por aquella despreocupada manera de mofarse de la superstición se hizo evidente por su ceño fruncido. Vespasiano se encogió de hombros y se volvió para observar al emperador, que le gritaba algo al cielo. Sus palabras quedaban ahogadas por el estrépito de los truenos y el golpear de la lluvia. Los elefantes se empujaban nerviosamente unos a otros a pesar de los mejores esfuerzos de sus conductores, y la agitación de aquellas enormes bestias estaba empezando a afectar a los caballos. —¡Sacadlos de aquí! —les gritó Plautio a los conductores—. ¡Apartadlos del camino! ¡Rápido! ¡Antes de que perdáis el control sobre ellos!

Los conductores de los elefantes percibieron el peligro, así que les dieron patadas con los talones frenéticamente y apearon las arrugadas calvas grises de sus monturas hasta que las bestias se apartaron del camino pesadamente y se dirigieron hacia el borde del río, alejándose del puente todos apiñados.

Claudio dejó de reprender a los dioses y se encaminó por el sendero hacia los oficiales a caballo.

—Dónde está mi co-condenada litera? —Ya viene, César —respondió Narciso a la vez que señalaba en dirección al puente, que en ese momento era cruzado al trote por una docena de esclavos cargando una enorme silla de mano dorada de dos plazas. Cuando la litera llegó a la orilla más cercana, por el sendero bajaban unos pequeños arroyos y lo que momentos antes era una superficie seca y dura se había vuelto resbaladiza. Los portadores trataban con todas sus fuerzas de no perder el equilibrio mientras se dirigían hacia el emperador, el cual los aguardaba con furiosa impaciencia. Cuando alcanzaron terreno llano aceleraron el paso y rápidamente dejaron la litera en el suelo junto al emperador.

—¡Ya era hora! —Claudio estaba empapado, tenía el ralo cabello cano pegado a la cabeza en desordenados mechones, su capa, que antes era de un intenso color púrpura, se había oscurecido y colgaba en húmedos pliegues por

encima de sus hombros. Con una última e iracunda mirada hacia los cielos se metió en la litera. A través de las cortinas llamó al general Plautio.

—¿Sí, César?

—¡Pongámonos en marcha! Este ejército se-seguirá con la ofensiva tanto si llueve como si hace sol. ¡E-e-encárguese de ello!

—¡César!

Con un rápido movimiento de la mano Plautio hizo una señal a sus oficiales allí congregados, los cuales dieron la vuelta a sus caballos y, formando una tosca columna, se dirigieron a sus unidades para prepararse para el avance. Sabino siguió cabalgando junto a su hermano menor con la cabeza metida entre los pliegues de su capa. La cimera de ceremonia de su yelmo estaba empapada y colgaba de manera lamentable de su soporte. A su alrededor arreciaba la lluvia, acompañada de frecuentes destellos brillantes seguidos de oscuridad y de truenos ensordecedores que hacían temblar a la mismísima tierra. No era difícil darse cuenta de que la tormenta había estallado justo cuando el ejército abandonaba el campamento, como una señal de que los dioses no aprobaban el avance sobre Camuloduno. Sin embargo, los sacerdotes del ejército habían leído las entrañas al alba y el suelo había dejado ir libremente los estandartes cuando los abanderados de la legión habían ido a recogerlos de su santuario. A pesar de estos contradictorios indicios de favor divino, Claudio había ordenado de todas formas que el ejército avanzara según la estrategia que les había resumido a sus oficiales superiores. Sabino estaba preocupado.

—Lo que quiero decir es que incluso yo sé que deberíamos reconocer el terreno por delante de la línea de avance.

Estamos en territorio enemigo y quién sabe las trampas que Carataco puede habernos preparado. El emperador no es un soldado. Lo único que sabe sobre la guerra es lo que ha aprendido en los libros, no de su experiencia en el campo de batalla. Si nos limitamos a seguir adelante a ciegas hacia el enemigo, nos estamos buscando problemas.

—Sí.

—Alguien tiene que intentar razonar con él, sacarlo del error. Plautio es demasiado débil para poner objeciones y el emperador considera que Hosidio Geta es un idiota. Tiene que ser otra persona.

—Por ejemplo yo, supongo.

—¿Por qué no? Parece que le caes bastante bien y gozas del respeto de Narciso. Podrías tratar de que adoptara una estrategia más segura.

—No —respondió Vespasiano con firmeza—. No voy a hacerlo.

—¿Por qué, hermano? —Si el emperador no quiere escuchar a Plautio, difícilmente va a escucharme a mí. Plautio está al mando del ejército. Abordar al emperador es cosa suya. Y no hablemos más del asunto.

Sabino abrió la boca con la intención de hacer otro intento para persuadir a su

hermano, pero la expresión petrificada del rostro de Vespasiano, que conocía desde la niñez, lo desalentó. Cuando Vespasiano decidía que un asunto estaba zanjado, no había manera de hacerle cambiar de opinión, e intentarlo sería perder el tiempo. A lo largo de los años Sabino se había acostumbrado a verse frustrado por su hermano menor; además, había llegado a darse cuenta de que Vespasiano era una persona más capaz que él. Eso no quería decir que Sabino hubiera llegado a admitirlo, y siguió haciendo su papel de hermano mayor y más sabio lo mejor que pudo. Aquellos que llegaban a conocer bien a los dos hermanos no podían evitar establecer una contundente comparación entre la calma competencia y férrea determinación del joven Flavio y la nerviosa y tensa superficialidad de Sabino, demasiado dispuesta a complacer a los demás.

Vespasiano guió a su caballo para que siguiera a los otros oficiales colina arriba hacia la puerta principal. Se alegró de que su hermano se hubiera callado. Era cierto que Plautio y más legados se habían preocupado muchísimo por la excesivamente atrevida estrategia que les había resumido un excitado emperador. Claudio había hablado y hablado, y su tartamudeo fue empeorando mientras daba una larga conferencia en la que divagó sobre historia militar y la genialidad de la audaz y directa ofensiva. Al cabo de un rato Vespasiano había dejado de escuchar y empezó a pensar en asuntos más personales. Tal como siguió haciendo ahora.

A pesar de las protestas de Flavia, todavía no podía librarse de la sospecha de que ella estaba relacionada con los Libertadores. Se habían dado demasiadas coincidencias y oportunidades para la conspiración en los últimos meses para que él se limitara a desestimarlas basándose en la palabra de su esposa. Y eso hacía que se sintiera peor aún por todo el asunto. Habían intercambiado un voto privado de fidelidad en todas las cosas cuando se habían casado, y su palabra debía bastarle. La confianza era la raíz de cualquier relación y debía crecer con fuerza para que la relación se desarrollara y madurara. Pero sus dudas roían aquella raíz y, mientras la iban carcomiendo insidiosamente, se abrían paso a través de los lazos entre marido y mujer. No tardó mucho en comprender que debía enfrentarse a ella y hablarle sobre la amenaza al emperador que había llegado a oídos de Adminio. Por lo tanto, aquel asunto no dejaría de ser, una y otra vez, un asunto que se interpondría entre él y Flavia, hasta que hubiera logrado apartar de sí el más mínimo ápice de duda e incertidumbre... o hasta que descubriera las pruebas de su culpabilidad.

—Debo regresar a mi legión —anunció Vespasiano—. Cuidate.

—Que los dioses nos protejan, hermano. —Preferiría que nouviésemos que contar con ellos —dijo Vespasiano, y le dedicó una sonrisa—. Ahora estamos en manos de mortales, Sabino. El destino no es más que un espectador.

Clavó los talones en su montura y la puso al trote, y pasó junto a las apiñadas líneas de legionarios que iban chapoteando hacia Camuloduno. En algún lugar por

delante de ellos Carataco estaría esperando con un nuevo ejército que habría reunido durante el mes y medio de gracia que Claudio le había dado. En aquella ocasión el jefe de los guerreros Británicos iba a combatir frente a su capital tribal y los dos ejércitos se enzarzarían en la más amarga y terrible batalla de campaña.

Capítulo XLVI

La tormenta continuó durante el resto del día. Los caminos y senderos por los que el ejército avanzaba pronto se convirtieron en grasientas ciénagas que succionaban las botas de los legionarios mientras éstos seguían adelante a duras penas bajo sus extenuantes cargas. Detrás, el convoy de bagaje no tardó en quedar empantanado y lo dejaron atrás bajo la vigilancia de una cohorte auxiliar. Al llegar la tarde el ejército tan sólo había cubierto unos dieciséis kilómetros y todavía se estaban cavando los parapetos defensivos cuando la exhausta retaguardia llegó penosamente a las líneas de tiendas.

Poco antes de que el sol se pusiera la tormenta amainó y, a través de un hueco entre las nubes, un brillante haz de luz naranja iluminó al empapado ejército, que se reflejaba en su equipo mojado y refulgía sobre el barro revuelto y los charcos. La cálida tensión de la atmósfera tormentosa había desaparecido y ahora el ambiente era fresco y limpio. Los legionarios montaron rápidamente las tiendas y se quitaron toda la ropa empapada. Las capas y las túnicas se arrojaron sobre los caballetes de las tiendas de cada sección y los hombres empezaron a preparar su cena, quejándose por la falta de leña seca. Los soldados se comieron las raciones de galleta y tiras de carne de ternera seca que llevaban en sus mochilas, maldiciendo al tiempo que arrancaban nervudos pedazos de carne y los picaban una y otra vez antes de poderse los tragar.

El sol se puso con un último despliegue relumbrante de luz a lo largo del horizonte y entonces las nubes volvieron a aproximarse, más densas y sombrías, llevadas a gran velocidad por la brisa que se había presentado de nuevo y que se intensificaba gradualmente. Mientras la noche avanzaba, el viento emitía unos agudos silbidos al pasar a través de las cuerdas tensoras y la lona de las tiendas retumbaba y se agitaba con las ráfagas más fuertes. En el interior de las tiendas, los legionarios tiritaban bien envueltos en las capas mojadas mientras intentaban calentar sus cuerpos lo suficiente como para poder dormir.

Bajo el clima de resentida depresión que se cernía sobre las tiendas de la sexta centuria, Cato estaba más abatido que la mayoría. Las costillas le seguían doliendo de forma punzante a causa de las patadas que había recibido del centurión de la guardia pretoriana cuando éste lo sorprendió espiando en el campamento del séquito imperial. Tenía los ojos hinchados y morados por las contusiones. Podía haber sido mucho peor, porque el castigo inmediato que se podía imponer sin que luego se hicieran preguntas tenía un límite. En aquellos momentos, una noche después, no tenía sueño. Estaba sentado encorvado y miraba al vacío a través de la rendija abierta entre los faldones de la tienda. Sus pensamientos no estaban ocupados por el nervioso temor anterior a la batalla que se preparaba. Ni siquiera consideraba perspectivas finales de gloriosa victoria o innoble derrota, sólo la muerte. Lo consumían amargos pensamientos celosos y

el miedo de que Lavinia, en cuyos brazos había estado hacia sólo unos días, en aquel mismo momento pudiera estar acostada con Vitelio.

Al final, el amargo veneno de su desesperación fue demasiado para él. Lo único que quería era olvidarlo, dejar de soportar aquel incesante sufrimiento. Su mano buscó a tientas el cinturón de la daga, sus dedos se cerraron sobre el pulido mango de madera y se tensaron cuando se dispuso a desenfundar la hoja.

Entonces aflojó la mano e inspiró profundamente. Eso era absurdo. Debía obligarse a pensar en otra cosa, algo que apartara su pensamiento de Lavinia.

Contra su pecho todavía tenía el vendaje limpio de sangre que Niso llevaba en la rodilla. Cato lo apretó con la mano y se forzó a pensar en las extrañas marcas que había en la cara interior de las vendas. Debían de tener algún significado, razonó. Aunque sólo fuera por las sospechosas circunstancias bajo las cuales se había obtenido aquel vendaje. Y si las marcas eran alguna clase de mensaje cifrado, ¿de quién provenía y a quién había tratado de entregárselo Niso?

Como respuesta a la última pregunta Cato ya sospechaba del tribuno Vitelio. Y puesto que las únicas personas que había al otro lado de las líneas romanas eran los nativos, de ello se deducía que el mensaje era suyo. Esoapestaba a traición, pero Cato no se atrevía a tomar medidas contra el tribuno sin disponer de pruebas irrefutables. Hasta el momento, todo lo que tenía era su propia mala opinión de Vitelio y unas extrañas líneas negras en una venda, nada que fuera suficiente para basar en ello una causa. Era demasiado desconcertante y, mientras Cato trataba de pensar en cómo iba a afrontar el problema, su cansada mente abrazó la sutil llegada del sueño. Los pesados párpados cayeron y se cerraron lentamente, y al cabo de poco Cato ya roncaba junto con el resto de los veteranos de la centuria.

A la mañana siguiente los legionarios empezaron su actividad con un rumor que se extendió por el campamento como fuego entre los arbustos: se había avistado al ejército enemigo. A un día de marcha hacia el este, una patrulla de reconocimiento de la caballería auxiliar se había topado con una serie de fortificaciones defensivas y baluartes. Las tropas auxiliares habían sido recibidas con una lluvia de flechas y lanzas que les obligó a retroceder lo más rápidamente que pudieron y a dejar a varios de sus soldados heridos o muertos tras las líneas britanas. En cuanto los auxiliares informaron al emperador, la noticia sobre su encuentro se extendió por el ejército. La perspectiva de una batalla enardeció a los legionarios y se sintieron aliviados de que el enemigo hubiese decidido entablar un combate como los de siempre en lugar de una prolongada guerra de guerrillas que podía alargarse antes que enfrentarlos.

Los soldados se olvidaron de las incomodidades del día anterior y mientras se vestían y armaban apresuradamente, tragarón el desayuno frío bajo un cielo plomizo por el que avanzaban raudas unas nubes oscuras empujadas por la fuerte brisa. Macro levantó la mirada con preocupación.

—Me pregunto si va a llover.

—Tiene todo el aspecto de que sí va a hacerlo, señor. Pero si Claudio se mueve con rapidez, tal vez podamos evitar la lluvia y llegar hasta los britanos antes de que caiga la noche.

—Y si no lo hacemos, será otro día de marcha con la ropa mojada —se quejó Macro—. Ropa mojada, un barro de mierda y comida fría. Bueno, ¿quién dice que esos malditos nativos no saldrán corriendo?

Cato se encogió de hombros. —Será mejor que hagas formar filas a los muchachos, porque De un modo u otro va a ser un día muy largo.

Los temores del centurión en cuanto al tiempo resultaron ser infundados. A medida que transcurría la mañana las nubes se fueron despejando, el viento amainó completamente y al mediodía el sol ya caía de lleno sobre el ejército. Una fina nube de vapor se levantaba de la ropa que se secaba y se cernía sobre los legionarios, que avanzaban penosamente tras la embarrada estela de la vanguardia pretoriana.

A media tarde la segunda legión rodeó un pequeño cerro y se vio ante las líneas enemigas. Delante de ellos, a unos tres kilómetros de distancia, se extendía una baja cadena de colinas plagada de defensas. Frente a ella había un extenso sistema de rampas y zanjas diseñado para desviar un asalto directo y exponer a los atacantes al fuego de los proyectiles durante el mayor tiempo posible antes de que pudieran llegar hasta los defensores. A la derecha de la línea enemiga las colinas descendían hacia una vasta extensión de tierras pantanosas cruzada por un ancho río que torcía por detrás de la colina describiendo una prolongada curva grisácea. A la izquierda de la línea enemiga la cadena de colinas desaparecía en un denso bosque que cubría el ondulado terreno hasta allí donde a Cato le alcanzaba la vista. La posición estaba bien escogida; cualquier atacante se vería obligado a realizar un asalto frontal ladera arriba entre el bosque y el pantano.

La decimocuarta legión había llegado por delante de la segunda y ya tenían muy adelantados los preparativos de las fortificaciones para que el ejército pasara la noche. Al pie de la loma había toda una cortina de auxiliares y más adelante unos cuantos grupos pequeños de exploradores de caballería realizaban una minuciosa inspección de las defensas enemigas. Un oficial del Estado Mayor le indicó el camino a la centuria de Macro hasta la hilera de estacas que delimitaban su línea de acampada y el centurión bramó el orden de desprenderse de las mochilas. No se reprimió el entusiasmo de los soldados mientras montaban las tiendas a toda prisa y luego se sentaban en la pendiente para mirar por encima de la poco profunda hondonada hacia las fortificaciones enemigas de enfrente. El sol centelleaba en los cascos y las armas de los Britanos que se apiñaban tras sus defensas. La tensión en la tranquila atmósfera se vio agudizada por el aumento de la humedad mientras que, de nuevo, las nubes se iban haciendo cada vez más densas por el sur, a lo largo del horizonte. Pero en aquella

ocasión no había ni un soplo de viento, y la miriada de soldados de un ejército que se disponía a acostarse para pasar noche flotaba de forma extraña en el aire en calma.

Al anochecer se encendieron las hogueras y, en la creciente penumbra, unas alfombras gemelas de destellos anaranjados se extendían una frente a otra por el valle poco profundo y el humo de las llamas emborronaba el aire por encima de cada uno de los ejércitos. Vespasiano había dado la orden de que a sus hombres se les diera una ración extra de carne para que se llenaran el estómago antes de la batalla que se preparaba y los legionarios se acomodaron agradecidos para comer el estofado de ternera salada y cebada mientras caía la noche. Cato estaba limpiando los restos de su estofado con una galleta cuando percibió un extraño sonido que el aire transportaba débilmente. Era un canturreo que iba aumentando de volumen y terminaba en un rugido acompañado por un apagado traqueteo. Se volvió hacia Macro, que se había terminado su plato con una voraz eficiencia y estaba tumbado boca arriba sacándose trozos de carne de entre los dientes con una ramita.

—¿Qué pasa allí, señor? —Bueno, a mi me parece que tratan de crear un poco de fiebre de batalla.

—¿Fiebre de batalla? —Claro. Saben que tienen las de perder. Hasta el momento les hemos dado una buena paliza en cada combate. No tendrán la moral muy alta, así que Carataco hará todo lo que pueda para hacer que peleen duro.

Un nuevo rugido surgió del campamento enemigo, y a continuación hubo otro rítmico traqueteo.

—¿Qué es ese ruido, señor? —¿Eso? Es el mismo truco que utilizamos nosotros. Una espada dando golpes contra un escudo. Haces que todo el mundo golpee al mismo ritmo y eso es lo que suena. Se supone que así el enemigo se caga de miedo. Al menos esa es la idea. Personalmente, a mí lo único que me da es dolor de cabeza.

Cato se terminó el estofado y dejó el plato de campaña en el suelo junto a él. El contraste entre los dos campamentos lo inquietaba. Mientras que el enemigo parecía estar realizando una especie de salvaje celebración, las legiones se estaban acomodando para pasar la noche, como si el día siguiente sólo fuera un día más.

—¿No deberíamos hacer algo con ese grupo? —¿Como qué? —No sé. Algo que les aguara la fiesta. Algo para desconcertarlos.

—¿Para qué molestarlos? —dijo Macro con un bostezo—. Deja que se diviertan. No supondrá ninguna diferencia cuando nuestros muchachos los ataquen mañana. Simplemente estarán más cansados que nosotros.

—Supongo que sí. —Cato se chupó las últimas gotas de estofado que tenía en los dedos. Arrancó un poco de hierba y limpió su plato de campaña—. ¿Señor?

—¿Qué quieres? —replicó Macro con voz soñolienta.

—¿Cree que el convoy de bagaje podrá alcanzarnos hoy?

—No veo por qué no. Hoy no ha llovido. ¿Por qué lo preguntas?

—Esto... sólo pensaba si mañana tendríamos el apoyo de los proyectiles.

—Si Claudio es sensato, tendremos todo el apoyo que podamos conseguir contra esas fortificaciones.

Cato se puso de pie. —¿Vas a alguna parte? —A las letrinas. Y tal vez dé un paseo rápido antes de volver, señor.

—¿Un paseo rápido? —Macro volvió la cabeza a un lado y susurró a Cato—. ¿No has tenido suficiente con las caminatas de los últimos días?

—Sólo necesito despejarme la cabeza, señor. —De acuerdo entonces. Pero te hace falta una buena noche de descanso de cara a mañana.

—Sí, señor. Cato se fue paseando hacia el centro del campamento. Si el convoy de bagaje hubiera alcanzado ya al ejército, tal vez pudiera ver a Lavinia. En esa ocasión no habría cerca que lo detuviera. Unos cuantos guardias, quizá, pero podía confundirlos fácilmente en la oscuridad. Y entonces podría estrechar de nuevo en sus brazos a Lavinia y oler el aroma de su cabello. Esa posibilidad lo llenaba de ansiosa expectativa y aceleró el paso al subir por la vía Pretoria en dirección a las tiendas del legado. El brío con el que caminaba lo hizo avanzar con tal ímpetu que casi tiró al suelo a una figura que salió de pronto por debajo del faldón de una tienda y se puso directamente en su camino. Así que chocaron, y Cato se dio un fuerte golpe en la barbilla contra la cabeza de la otra persona.

—¡Ay! ¡Maldito estúpido... Lavinia! —Al tiempo que se frotaba la cabeza, Lavinia lo miró con ojos de par en par.

—¡Cato! —Pero... qué... —farfulló mientras la sorpresa superaba su locuacidad—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo has llegado? —añadió al recordar los caminos embarrados que habían hecho que los carros de bagaje encallaran.

—Con el convoy de los proyectiles. En cuanto pudieron avanzar, mi señora Flavia dejó su carro para seguir adelante con el resto y los soldados de una catapulta nos llevaron. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Alguien tropezó conmigo, unas cuantas veces. Pero ahora no importa. —Cato quería estrecharla en sus brazos, pero la expresión distante y extraña que había en su mirada lo disuadió—. ¿Lavinia? ¿Qué ocurre?

—Nada. ¿Por qué?

—Pareces distinta.

—¡Distinta! —Soltó una risa nerviosa—. ¡Tonterías! Sólo estoy ocupada. Tengo que hacer un recado para mi señora.

—¿Cuándo podré verte? —Cato se arriesgó a cogerle la mano.

—No lo sé. Ya te encontraré. ¿Dónde están vuestras tiendas?

—Allí —señaló Cato—. Sólo tienes que preguntar por la sexta centuria de la

cuarta cohorte. —La repentina imagen de Lavinia deambulando entre las ensombrecidas tiendas y rodeada por miles de hombres hizo que se preocupara por su seguridad—. Sería mejor que te esperara aquí.

—¡No! Ya vendré yo a buscarte, si tengo tiempo. Pero ahora debes marcharte. —Lavinia se inclinó hacia delante y le dio un rápido beso en la mejilla antes de apretarle la mano con firmeza contra el pecho—. ¡Vamos!

Confundido, Cato retrocedió lentamente. Lavinia esbozó una sonrisa nerviosa y le hizo un gesto para que se alejara, como si estuviera bromeando, pero había una intensidad en su mirada que hizo que Cato se sintiera frío y atemorizado. Asintió con la cabeza, se dio la vuelta y se alejó, torció por la esquina de una hilera de tiendas y desapareció.

En cuanto las tiendas lo ocultaron a sus ojos, Lavinia se dio la vuelta y se apresuró a bajar por la vía Pretoria, a lo largo de la línea de antorchas que se alejaban de las tiendas del legado.

Si hubiera esperado un momento tal vez hubiese visto que Cato echaba un cauteloso vistazo desde la línea de tiendas. Vio que ella casi corría en dirección opuesta y, cuando estuvo seguro de que podía mantenerse oculto entre las sombras a ese lado de la vía Pretoria, la siguió, caminando sin hacer ruido entre tienda y tienda, sin perderla de vista. No fue muy lejos. Justo a la primera de las seis grandes tiendas de los tribunos de la segunda legión. La fría preocupación que había sentido hacía tan sólo un momento se convirtió en un escalofriante y gélido horror cuando vio que Lavinia levantaba con atrevimiento el faldón de la tienda de Vitelio y entraba en ella.

Capítulo XLVII

Con ademán grandilocuente, Claudio retiró la sábana de seda que cubría la mesa. Debajo, iluminada por el brillo de docenas de lámparas de aceite colgantes, había una modelada reproducción del paisaje que los rodeaba, tan detallada como pudieron hacerla los oficiales del Estado Mayor en el tiempo que tuvieron disponible, basándose en los informes de los exploradores. Los oficiales de la legión se apiñaron alrededor de la mesa y examinaron el paisaje con detenimiento. Para aquellos que habían llegado tras la puesta de sol era la primera oportunidad de ver lo que tendrían ante ellos al día siguiente. El emperador dejó un breve momento a sus oficiales para que se familiarizaran con el modelo antes de empezar con el resumen de las instrucciones.

—Caballeros, mañana por la ma-mañana iniciaremos el final de la conquista de estas tierras. Una vez hayamos vencido a Carataco y acabado con su ejército ya no habrá na-nada entre nosotros y la capital de los catuvelanios. Con la caída de Camuloduno, las demás tribus britanas se resignarán ante lo inevitable. Dentro de un año, cre-creo que puedo decirlo sin equivocarme, esta isla será una p-p-provincia tan pacífica como cualquier otra del Imperio.

Vespasiano escuchaba con silencioso desprecio y, a juzgar por las maliciosas miradas que intercambiaban, los demás oficiales compartían sus dudas. ¿Cómo iba a realizarse una conquista completa en tan sólo un año? Ni siquiera conocían la extensión de la isla; algunos exploradores afirmaban que sólo era la punta de una vasta masa de tierra. Si ése era el caso, las historias de las tribus salvajes del lejano norte eran ciertas. Tardarían muchos años más en pacificar la provincia. Pero para entonces Claudio habría tenido su triunfo en Roma y la Plebe, entretenida por una interminable orgía de luchas de gladiadores, cacerías de bestias y carreras de cuadrigas en el circo Máximo, ya haría tiempo que se habría olvidado de la distante Britania. La última página de la historia oficial de conquista de Britania por Claudio se habría escrito y sería copiada en pergaminos para colocarse en las principales bibliotecas públicas de todo el Imperio.

Mientras tanto, Plautio y sus legiones seguirían ocupadas en sojuzgar las plazas fuertes secundarias que se empeñarían en mantenerse firmes contra el invasor. Y mientras quedara algún druida con vida, siempre habría una resistencia armada constante y brillante que a menudo terminaría en una rebelión armada. Ya desde su sangrienta persecución por parte de Julio César, los druidas sentían por Roma y por todo lo Romano un odio inextinguible y ferviente.

—Dentro de dos días —continuó diciendo Claudio— estaremos festejándolo en Ca-Camuloduno. ¡Pensad en eso y en los años venideros po-podréis contar a vuestros nietos la re-recia batalla en la que participasteis y que ganasteis al lado del emperador Claudio! —Con los ojos brillantes y una sonrisa torcida en la boca, miró los rostros de sus oficiales de estado Mayor. Rápidamente, el general Plautio

juntó las manos e inició un aplauso que fue más automático que entusiasta.

—Gracias, gracias. —Claudio levantó las manos y el palmeteo se fue apagando obedientemente—. Y ahora dejaré que Narciso os hable de los detalles de mi p-plan de ataque. ¿Narciso?

—Gracias, César. El emperador se apartó de la mesa y su liberto de confianza ocupó su lugar con un largo y delgado bastón de mando en la mano. Claudio se acercó renqueando hasta una mesa lateral y empezó a comer algunos de los elaborados pastelitos y tartaletas que su equipo de jefes de cocina había conseguido hacer como por arte de magia. No prestó mucha atención a la presentación de Narciso y por lo tanto le pasó por alto el hosco resentimiento de los oficiales superiores del ejército ante el hecho de que las órdenes les fueran dadas por un burócrata civil que, además, no era más que un simple liberto.

Narciso saboreaba aquel momento y observó la maqueta en actitud pensativa antes de alzar el bastón de mando y empezar su alocución.

—El emperador ha decidido que se requieren tácticas atrevidas para un hueso tan duro de roer como éste. —Dio unos golpecitos a las ramitas que representaban la empalizada britana sobre las colinas—. No podemos valernos del terreno situado al sur debido al pantano y no podemos atravesar el bosque. Los exploradores han informado de que unos tupidos brezales crecen justo hasta el límite de la línea de los árboles.

—¿Lograron penetrar en el bosque? —preguntó Vespasiano.

—Me temo que no. Los britanos enviaron carros de guerra para ahuyentar a los exploradores antes de que éstos pudieran echar un buen vistazo. Pero informan de que, por lo que pudieron ver, el bosque es impenetrable y no había señales de caminos abiertos.

Vespasiano no se quedó satisfecho.

—¿No te parece sospechoso que los britanos no quisieran que los exploradores se acercaran demasiado al bosque?

Narciso sonrió. —Mi querido Vespasiano, que una vez a ti te tendieran una emboscada no es motivo suficiente para juzgar a otros sólo porque tú no reconociste el terreno de forma adecuada.

Se oyó una inhalación brusca por toda la tienda y los demás oficiales superiores esperaron la reacción de Vespasiano ante aquel indignante ataque a su profesionalidad. El legado apretó la mandíbula para reprimir el arrebato que le subía por la garganta. La acusación era extremadamente injusta; él había actuado según las órdenes directas de Plautio, pero sería de lo más indecoroso decirlo en esos momentos.

—Entonces sería prudente reconocer el terreno de forma adecuada en esta ocasión —respondió Vespasiano sin alterar la voz.

—Ya se han encargado de ello. —Narciso agitó la mano con displicencia. Detrás de él, el emperador abandonó la tienda con una bandeja atiborrada de

exquisiteces—. Y ahora, sigamos con los detalles. El convoy de los proyectiles se desplegará al amparo de la noche hasta tener las defensas enemigas a tiro. El ejército de tierra se alineará detrás de la guardia pretoriana, con los elefantes en nuestro flanco derecho. Las catapultas dispararán sobre la empalizada hasta que los pretorianos y los elefantes empiecen a avanzar por la pendiente. Yo diría que sólo con ver a los elefantes los britanos se pondrán nerviosos y se distraerán el tiempo suficiente para permitir que los pretorianos escalen las defensas. Tomarán y ocuparán la empalizada. La vigésima, decimocuarta y novena legiones atacarán por la brecha abierta por los pretorianos y se desplegarán en abanico al otro lado de las colinas. La segunda permanecerá en reserva tras dejar cuatro cohortes que, junto con las tropas auxiliares, vigilarán el campamento y el convoy de bagaje. En cuanto nos hayamos encargado de Carataco será sólo cuestión de seguir el camino hasta Camuloduno. Esto es todo, caballeros. —Narciso dejó que el bastón de mando se deslizara entre sus dedos hasta que golpeó contra el suelo de madera.

Aulo Plautio se dirigió rápidamente a la cabecera de la mesa de mapas.

—Gracias, una exposición de lo más sucinta. —Trato de no decir ni una palabra más de lo que es completa y estrictamente necesario —replicó Narciso.

—Perfecto. Y ahora, ¿hay alguna pregunta? —Si hubiera alguna pregunta —interrumpió Narciso— sólo sería indicio de que no han escuchado como es debido. Y estoy seguro de que tus hombres son tan profesionales como parecen. Hay un último punto en el orden del día. Me ha llegado la noticia de que alguien podría atentar contra la vida del emperador durante los próximos días. Continuamente tengo que ocuparme de rumores como éste y estoy convencido de que resultará ser otra falsa alarma. —Dirigió un leve gesto de la cabeza a Vespasiano y siguió hablando—. Pero nunca podemos estar seguros del todo. Les estaría de lo más agradecido si ustedes, caballeros, pudieran tener los ojos y oídos bien abiertos ante cualquier cosa que resulte remotamente sospechosa. General Plautio, y a puedes ordenarles que se retiren.

Por un instante Vespasiano estuvo seguro de que su general iba a explotar ante la insolencia del liberto y deseó que Plautio así lo hiciera. Pero en el último momento Plautio levantó la mirada, por detrás del hombro de Narciso, y vio a Claudio que lo observaba detenidamente a través de una rendija de los faldones de entrada a la tienda mientras masticaba un pastelito, ajeno a las migas que le ensuciaban sus magníficas galas imperiales. De manera cortante, el general hizo una señal con la cabeza a sus oficiales y éstos desfilaron rápidamente fuera de la tienda, deseosos de evitar verse envueltos en un enfrentamiento entre Plautio y el primer secretario.

Vespasiano esperó junto a la mesa de los mapas, resuelto a dar su opinión, y no hizo caso de la mirada de advertencia y las señas que le dirigió Sabino, el cual se había detenido brevemente en el umbral. Al final sólo quedaron Vespasiano,

Plautio, el emperador y su liberto.

—Me imagino que desaprueba mi plan, legado. —César —empezó a decir Vespasiano con cautela—, el plan es excelente. Quiere llevar a cabo esta guerra como un relámpago y abatir al enemigo con una deslumbrante ofensiva que lo aplastará antes de que pueda reaccionar. ¿Quién no querría luchar una guerra de este modo? Pero... —Miró a su alrededor para calibrar las expresiones de los rostros vueltos hacia él.

—Continúa, por favor —dijo Narciso con frialdad—. Tu silencio es atronador, ¿pero?

—El problema radica en el enemigo. Estamos dando por supuesto que se limitará a quedarse sentado en esas colinas para defenderlas. ¿Y si tienen tropas ocultas en el bosque? ¿Y si...

—Ya hemos hablado de esto, Vespasiano —respondió Narciso, como si le explicara algo una vez más a un colegial particularmente burro—. Los exploradores dicen que el bosque es infranqueable.

—Pero, ¿y si se equivocan? —¿Y si se equivocan? —lo imitó Narciso—. ¿Y si hay cuadrigas ocultas en zanjas esperando a saltar sobre nosotros en cuanto nos acerquemos? ¿Y si tienen a miles de soldados escondidos en los pantanos? ¿Y si se han aliado en secreto con una tribu de amazonas que alejen las ideas de invasión y conquista del pensamiento de nuestros hombres?

Su tono socarrón enfureció a Vespasiano. ¡Cómo se atrevía ese idiota a mostrar tanto desdén!

—Se ha reconocido el terreno a conciencia —siguió diciendo Narciso—. Conocemos las posiciones del enemigo, sabemos cómo aprovecharnos de nuestros puntos fuertes y de sus debilidades, hemos vencido a Carataco anteriormente y volveremos a hacerlo. En cualquier caso, ya se han dictado todas las órdenes, por lo que ahora es demasiado tarde para cambiar las cosas.

Plautio cruzó la mirada con Vespasiano y sacudió la cabeza para impedir cualquier otra polémica. La palabra del emperador era la ley, para los soldados aún más que para la mayoría, y no se podía discutir eso. Si Claudio deseaba librar esa guerra relámpago no había nadie que pudiera detenerle... excepto los britanos.

Capítulo XLVIII

La humedad de los últimos días y la proximidad del pantano y el río se combinaban para producir una neblina especialmente espesa que era más densa en el valle poco profundo que se extendía entre los dos ejércitos. Mucho antes de que el sol saliera y tiñera de naranja las lechosas espirales de nieve, los legionarios ya se habían vestido y habían comido y marchaban a ocupar sus posiciones para la batalla que se preparaba. De cada uno de los flancos de las cohortes pretorianas llegaba el ruido metálico de las catapultas cuando los soldados tiraban de las palancas de torsión y los trinquetes caían sobre las ruedas dentadas. Unos pequeños braseros refulgían mientras se preparaban los proyectiles incendiarios. Mucho más a la derecha se hallaban los elefantes, todos juntos, realmente nerviosos a causa de las pálidas volutas de niebla que los rodeaban por los cuatro costados.

Sobre un pequeño montículo cubierto de hierba situado justo en el exterior del campamento romano, el emperador y su Estado Mayor aguardaban las noticias sobre los preparativos de la batalla. Por debajo de ellos la niebla cubría la mayor parte del ejército romano y sólo unos vagos fragmentos de órdenes dadas a gritos, el chacoloteo de los cascos de los caballos y el traqueteo del equipo indicaban la presencia de miles de hombres. Un continuo torrente de mensajeros iba y venía mientras Plautio trataba de coordinar su ejército invisible. Afortunadamente, había previsto que aquella mañana habría niebla y durante la noche había ordenado a los zapadores que colocaran estacas para marcar la posición inicial de cada unidad. Aun así, el alba llegó y se fue y el sol ya estaba bastante alto en el horizonte antes de que se convenciera de que el ejército estaba en posición y listo para el ataque.

—César, las águilas aguardan sus órdenes —anunció por fin.

—Bueno, pues sigamos adelante con ello, ¿no? —replicó Claudio, irritado por el retraso; no formaba parte de su plan de batalla.

—Sí, César. —Plautio le hizo un gesto con la cabeza al tribuno encargado de las señales para que indicara el inicio del ataque. Todo el conjunto de trompetas del cuartel general atronó a la vez por el valle con un sonido ligeramente amortiguado por la pegajosa atmósfera. Casi al instante los cuernos de guerra britanos empezaron a retumbar su desafiante respuesta y entre el ruido, y cada vez más fuertes, llegaron los gritos de entusiasmo y los abucheos de los guerreros britanos que había en las colinas. Abajo, entre la niebla, un agudo y rítmico repiqueteo llegó a oídos de los oficiales del Estado Mayor romano. El ruido aumentó de volumen y se extendió a lo largo de todo el frente romano.

—¿Qué es este barullo? —preguntó Claudio con brusquedad.

—Son nuestros soldados que se anuncian, César. Golpean los escudos con sus jabalinas. Eso hace que se sientan bien y asusta al enemigo.

—A mí no-no me parece que estén demasiado asustados. —Claudio señaló hacia el otro lado del valle con un gesto de la cabeza.

—Bueno, entonces será sólo en beneficio de nuestros hombres, César.

—¡Es un maldito fastidio!

Una serie de fuertes chasquidos sonaron entre la niebla y una descarga de proyectiles incendiarios pasó zumbando sobre las defensas enemigas describiendo unos arcos llameantes antes de estrellarse contra la empalizada. Chispas, fragmentos de madera y trozos de persona salieron volando en todas direcciones cuando los pesados proyectiles dieron en el blanco. Los gritos de guerra de los britanos cesaron bruscamente, pero había alguien en el otro lado que conocía el peligro de quedarse allí quieto y recibir un castigo como aquél en silencio. Uno a uno los cuernos de guerra retornaron su bramido de guerra una vez más, a los que se unieron rápidamente los gritos de los guerreros situados tras las defensas.

Desde su posición junto a la zanja del campamento romano, los hombres de la segunda legión estaban bien situados para ver el castigo aéreo. Las catapultas lanzaban proyectiles constantemente y, por encima de las defensas britanas, las bolas en llamas y las estelas de humo oscuro surcaban continuamente el aire. Ya se había iniciado una serie de pequeños incendios y unas espesas manchas de humo se elevaban sobre las lejanas colinas.

—Pobres diablos —Macro sacudió la cabeza—. No me gustaría estar allí ahora mismo.

Cato miró de soslayo a su centurión, sorprendido ante aquella muestra de empatía por el enemigo.

—Tú nunca has visto lo que puede hacer un proyectil de catapulta, ¿verdad, muchacho?

—He visto las consecuencias, señor. —No es lo mismo. Tienes que estar en el lado donde caen esas cosas para apreciar del todo el efecto.

Cato miró las llamas y el denso humo negro que había en la loma de enfrente y esperó que los britanos tuvieran el sentido común de darse la vuelta y echar a correr. Durante las últimas semanas, las batallas que había llegado a valorar más eran las que a su término dejaban un menor número de muertos y heridos. Pero aquel día ya no le importaba. Tras haber visto a Lavinia la noche anterior, su corazón estaba atrapado en una fría desesperación que hacía que la vida le pareciera totalmente carente de sentido.

Los britanos eran una gente dispuesta a todo y levantaron sus estandartes de cola de serpiente sobre sus defensas. La ausencia de brisa hacía que los portaestandartes tuvieran que agitar los estandartes de un lado a otro para que se vieran completamente sus colas que, en la distancia, parecían frenos retorciéndose sobre un plato caliente. —¡Ahí van los pretorianos! —Macro señaló hacia el pie de la colina. Allí donde la niebla empezaba a disiparse apareció una

irregular línea de soldados que marchaban con sus yelmos de cresta blanca. Luego se vieron sus albas túnicas que salían de entre la niebla. Cuando la primera oleada de soldados quedó a la vista se les dio el alto y los oficiales alinearon las tropas; entonces, con una perfecta precisión militar, los pretorianos avanzaron hasta la primera línea de defensas; una serie de zanjas. La segunda línea ya emergía de la niebla. Los disparos de las catapultas disminuyeron y finalmente cesaron cuando a los encargados de las máquinas les llegó el aviso de que los pretorianos se aproximaban al enemigo.

En cuanto los britanos se dieron cuenta de que había pasado el peligro de las catapultas, volvieron a apiñarse en su empalizada y empezaron a lanzar una lluvia de flechas y proyectiles de honda sobre los romanos mientras éstos subían, no sin dificultad, por la empinada pared de la primera zanja. Se abrieron pequeñas brechas en las líneas de las cohortes que iban en cabeza, pero la implacable disciplina del ejército romano demostró su valía cuando se volvió a formar la línea al instante y se llenaron los huecos. Pero los terraplenes de las zanjas ya estaban salpicados con los cuerpos de uniforme blanco de los que habían sido abatidos. Los soldados de la primera línea treparon para salir de la última zanja, volvieron a formar bajo un fuego intenso e iniciaron el ascenso de la última pendiente hacia la empalizada. De pronto, a lo largo de todo el palenque, empezó a salir humo que se elevaba en el aire y, momentos después, unos bultos ardiendo se alzaron con la ayuda de largas horcas y fueron lanzados al otro lado. Rebotaron por la empinada cuesta hacia abajo al tiempo que arrojaban chispas en todas direcciones antes de chocar contra las líneas romanas y hacer que los pretorianos se dispersaran.

—¡Ay! —dijo Cato entre dientes—. Eso es una canallada. —Pero es efectivo. De momento. No obstante, no me gustaría ser un britano cuando esos pretorianos lleguen hasta ellos.

—Con tal de que nos dejen bastantes para vender como esclavos...

Macro soltó una carcajada y le dio una palmada en el hombro.

—¡Ahora piensas como un soldado!

—No, señor. Sólo pienso como alguien que necesita dinero —replicó Cato lacónicamente.

—¿Dónde se han metido esos elefantes? —Macro forzó la vista para intentar percibir algún movimiento en el distante flanco derecho de las líneas romanas—. Tu vista es mejor que la mía.

—¿Ves algo? —Cato miró pero no vio nada que perturbara el nivelado banco de niebla que se cernía sobre el pantano y sacudió la cabeza en señal de negación.

—Eso de usar elefantes es una maldita tontería. —Macro escupió al suelo—. Me pregunto quién fue el imbécil al que se le ocurrió la idea.

—Tiene la pinta de ser cosa de Narciso, señor. —Certo. ¡Mira! ¡Ya entra la guardia! —Los pretorianos habían llegado a la empalizada y logrado echar abajo

unos cuantos tramos. Mientras Cato y Macro observaban, sus delgadas jabalinas cayeron sobre los defensores antes de que éstos pudieran desenvainar las espadas y se abrieron camino a través de las brechas.

—¡Ánimo, pretorianos, a por ellos! —gritó Macro, como si sus palabras fueran a llegar al otro lado del valle—. —¡A por ellos!

El entusiasmo del centurión era compartido por aquellos que estaban en el montículo cubierto de hierba. Los oficiales estiraban el cuello para intentar ver mejor el lejano asalto. El emperador daba brincos sobre su montura con júbilo desenfrenado mientras las cohortes pretorianas cargaban contra el objetivo. Tanto era así que se le había olvidado la siguiente fase de su propio plan de batalla.

—¿César? —interrumpió Plautio.

—¡Vaya! ¿Y ahora qué pasa?

—¿Doy la orden para que avancen las legiones?

—¿Qué? —Claudio frunció el ceño antes de recordar los detalles necesarios—. ¡Por supuesto! ¿Por qué no se ha-ha dado ya? ¡Adelante, hombre! ¡Adelante!

Se hizo sonar la orden de avance, pero la niebla ocultaba cualquier señal de que se estuviera llevando a cabo hasta que, por fin, las primeras filas de la novena legión aparecieron como formas espectrales y surgieron gradualmente a la vista en la distante loma. Una tras otra, las cohortes sortearon las zanjas con exasperante lentitud, o al menos eso parecía visto desde el montículo. Algunos de los oficiales intercambiaban nerviosamente algunas palabras en voz baja mientras contemplaban el avance. Algo iba mal. Las filas de retaguardia de las cohortes pretorianas todavía eran visibles en lo alto de la empalizada. A esas alturas deberían haber avanzado más, pero parecía que se hubiesen parado en seco a causa de algo que no era visible desde aquel lado de las colinas. Los primeros legionarios de la novena ya se encontraban entre las últimas filas de pretorianos y las oleadas de cohortes que venían detrás seguían emergiendo de entre la niebla y avanzaban cuesta arriba.

—No se armará un poco de lí-lío si esto sigue así? —preguntó el emperador.

—Me temo que sí, César.

—¿Y por qué no hay nadie que haga nada? —Claudio miró a sus oficiales de Estado Mayor allí reunidos. Le dirigió una mirada perpleja a uno de ellos—. ¿Y bien?

—Mandaré a alguien que averigüe el motivo del retraso, César. —¡No te molestes! —replicó Claudio con vehemencia—. Si quieres que algo se haga como es de-de-debido tienes que hacerlo tú mismo. —Agarró las riendas con fuerza, clavó los talones en los flancos de su caballo y descendió por el montículo hacia la niebla.

—¡César! —gritó Narciso con desesperación—. ¡César! ¡deténgase!

Cuando Claudio salió a caballo de esa forma inconsciente, Narciso soltó una

maldición y se volvió rápidamente a los otros oficiales que observaban asombrados los acontecimientos.

—¿Y bien? ¿A qué esperáis? Allí va el emperador y a donde él va, le sigue su Estado Mayor. ¡Vamos!

Mientras el emperador desaparecía entre la niebla, sus oficiales salieron tras él en tropel y trataron desesperadamente de no perder de vista al gobernante del Imperio romano, que se precipitaba hacia el peligro.

—¿Qué demonios está ocurriendo? —preguntó Vespasiano. Estaba de pie junto a su caballo a la cabeza de las seis cohortes de su legión. Sin ninguna advertencia, el emperador y todo su Estado Mayor habían abandonado el montículo precipitadamente y algo que parecía la cola de una carrera de caballos se perdió en la niebla. Vespasiano se volvió hacia su tribuno superior, con las cejas arqueadas.

—Cuando tienes que ir, tienes que ir —sugirió Vitelio.

—Muy acertado por tu parte, tribuno.

—¿Cree que deberíamos seguirles?

—No. Nuestras órdenes son quedarnos aquí.

—Está bien, señor —Vitelio se encogió de hombros—. En cualquier caso, aquí la vista es mejor.

Vespasiano se quedó mirando la ladera de enfrente donde las sucesivas oleadas de atacantes se habían mezclado completamente antes de que ninguno de los oficiales tuviera oportunidad de detener el avance y reorganizar a sus hombres.

—Esto se podría convertir en algo parecido a un desastre si no tenemos cuidado.

—No es precisamente un espectáculo edificante, ¿verdad, señor? —Vitelio soltó una risita.

—Esperemos que eso sea lo peor que ocurra hoy —le respondió Vespasiano. Levantó la vista al cielo despejado, donde el sol de la mañana brillaba resplandeciente, y luego volvió a dirigir la mirada hacia la niebla—. ¿Dirías que se está disipando?

—¿Qué, señor? —La niebla. Creo que se está disipando. Vitelio se la quedó mirando un momento. No había duda de que los blancos hilos de niebla eran menos densos en los extremos y a través de ellos ya se veía el borroso contorno del que había a la izquierda.

—Creo que tiene razón, señor.

Narciso sólo podía atribuir el hecho de que el emperador sobreviviera a la loca carrera de un extremo a otro de su ejército a alguna especie de intervención divina. En medio de la espesa niebla casi era imposible seguir a Claudio. Los soldados se dispersaban a izquierda y derecha al oír el sonido de cascos que se aproximaban y miraban asombrados como Claudio pasaba al galope, seguido de

cerca por el general Plautio y sus oficiales del Estado Mayor. A medida que las líneas romanas se volvieron más compactas, Claudio se vio obligado a ir más despacio y al final los demás le alcanzaron. Se abrieron paso a la fuerza entre las tropas apiñadas. Cuando empezaron a subir por la loma y salieron de la niebla, la desorganización se les hizo evidente en toda su magnitud. Los soldados se aglomeraban por todo el frente. En las zanjas todavía era peor, puesto que los desafortunados que se habían quedado dentro estaban allí apretados sin poder salir y cualquiera que tropezara y cayera era pisoteado en el suelo hasta morir. Únicamente haciendo uso de la brutal fuerza de sus monturas, Claudio y los miembros de su Estado mayor llegaron por fin a la empalizada y comprendieron qué era lo que había ido mal.

Carataco lo había previsto todo. Las zanjas y la empalizada sólo eran una cortina tras de la cual había dispuesto las verdaderas defensas en la pendiente contraria. A lo largo de cientos de metros a cada lado se extendía un sistema de fosas ocultas con estacas en el fondo (los «lirios» tan queridos por Julio César) y finalmente una profunda zanja y otra rampa de turba más, defendida por una empalizada. Sin el apoyo de las catapultas, las unidades de pretorianos, se habían visto obligadas a avanzar solas hasta aquella trampa mortal, con la oposición de los britanos a cada paso que daban.

Desparramados por toda la pendiente estaban los cadáveres de los pretorianos clavados en las estacas o mutilados por unas bolas con pinchos ocultas cuyas feroces puntas les atravesaron las botas y se incrustaron en sus pies. Sólo había unos pocos caminos entre las estacas y los pretorianos se habían amontonado en esos estrechos espacios donde un puñado de britanos los mantenía a raya mientras que sus flancos quedaban expuestos al despiadado fuego proveniente de unos pequeños baluartes que se alzaban por encima de las trampas que había alrededor. La llegada de más tropas había hecho que la situación empeorara paulatinamente, a la vez que los pretorianos se veían forzados a ir adentrándose en la trampa.

Claudio observó horrorizado aquel desastre; una gélida furia se apoderó de Plautio. Gritó sus órdenes, sin esperar la aprobación imperial.

—Mandad un mensajero a cada legado. Tienen que retirar inmediatamente a sus hombres. Que los lleven a los puestos señalizados del principio y que aguarden órdenes. ¡Vamos!

Mientras los oficiales del Estado Mayor se abrían paso de nuevo pendiente abajo, Claudio salió de su estado de paralización y respondió a las órdenes que su general acababa de dictar.

—Muy bien, Plautio, una retirada táctica. Muy se-sensato. Pero primero, aprovechemos esta di-distracción. La segunda puede avanzar ro-odeando la colina y atraparlos por el flanco. ¡Da la orden a-a-ahora mismo!

Plautio miró fijamente a su emperador, atónito ante la absoluta idiotez de

aquella orden.

—César, la segunda es el último cuerpo de legionarios formados que nos queda.

—¡Exactamente! Ahora da la orden. Al ver que Plautio no se movía, el emperador repitió la orden a Narciso. El primer secretario enseguida miró a su alrededor en busca de alguien que fuera a decirselo a Vespasiano.

—¡Sabino! ¡Venga aquí! —Mientras Narciso daba la orden, se oyó un creciente quejido proveniente del enemigo cuando corrió la voz entre sus líneas de que el emperador romano en persona se encontraba muy cerca. Desde las líneas enemigas empezaron a caer flechas y proyectiles de honda alrededor de Claudio y su Estado Mayor y la escolta imperial se apresuró a rodear a su señor y levantar los escudos para protegerlo. El resto de sus compañeros tuvieron que desmontar y tomar los escudos de los muertos al tiempo que la intensidad de las descargas aumentaba. Al mirar por debajo de un escudo britano, Narciso vio que, entre la muchedumbre de britanos que se apiñaba ante ellos, se agitaban unas capas de color carmesí, y el rugido en las gargantas del enemigo alcanzó un tono fanático cuando los guerreros de élite de Carataco se lanzaron contra el emperador romano.

—¡Ahora sí que estamos listos! —dijo Narciso entre dientes antes de volverse hacia Sabino—. Entiéndelo. Si tu hermano no hace avanzar a sus hombres a tiempo, el emperador estará perdido y el ejército será masacrado. ¡Vete!

Sabino clavó los talones en su montura y la bestia retrocedió antes de salir a toda prisa y atravesar de nuevo las apiñadas filas de legionarios. Por detrás de Sabino, el clamor de los britanos, que convergía allí donde estaba apostado el emperador, ahogaba los demás sonidos de la batalla.

Unos rostros desesperados y confundidos aparecían fugazmente ante él mientras espoleaba a su montura y se abría paso de forma brutal entre la densa muchedumbre sin hacer caso de los gritos de los soldados que derribaba y pisoteaba con su caballo.

Por fin la aglomeración de legionarios se hizo menos densa y puso el caballo al galope cuesta arriba hacia el campamento romano. A través de la niebla sus ojos buscaban con ansia cualquier señal de la presencia de la legión de su hermano. Entonces, las formas espectrales de los estandartes aparecieron justo delante de él. De pronto la niebla se aclaró y, con un grito, Sabino hizo girar a su caballo en dirección a su hermano, se detuvo a su lado y, jadeando, le pasó la orden del emperador.

—¿Lo dices en serio? —Completamente en serio, hermano. Por la derecha de la colina y caer sobre su flanco rápidamente.

—Pero allí hay un pantano. A donde fueron los elefantes. ¿Dónde diablos han ido a parar?

—No importa —dijo Sabino sin aliento—. Tú límitate a cumplir la orden. Aún

podríamos ganar la batalla.

—¿Ganar la batalla? —Vespasiano dirigió la mirada por encima de la niebla que se disipaba hacia allí donde las otras legiones se reagrupaban al pie de la loma—. Tendremos suerte si no nos masacran.

—¡Tú cumple la orden, legado! —exclamó Sabino con aspereza.

Vespasiano miró a su hermano y luego volvió los ojos de nuevo hacia el campo de batalla antes de tomar la decisión que tanto su criterio militar como su intuición le decían que tomara.

—No.

—¿No? —repitió Sabino con unos ojos como platos—. ¿Qué quiere decir «no»?

—La segunda se queda aquí. Somos la reserva —explicó Vespasiano—. Si Claudio nos desperdicia en un ataque disparatado no quedará nada con lo que hacer frente a cualquier sorpresa que nos lancen los britanos. No mientras las demás legiones se encuentran en esa caótica situación. —Con un gesto de la cabeza señaló hacia el otro lado del valle—. Nos quedamos aquí.

—Hermano, te lo ruego. ¡Haz lo que te han ordenado! —¡No! —Los britanos ya nos han dado su sorpresa —argumentó no desesperadamente—. Y ahora nosotros... tú puedes sorprenderlos.

—No.

—Vespasiano. —Sabino se inclinó hacia delante y, con una animada intensidad, dijo—: ¡Hazlo! Si te quedas aquí parado te acusarán de cobardía. Piensa en el buen nombre de nuestra familia. ¿Quieres que se recuerde para siempre a los Flavios como Unos cobardes? ¿Eso quieres?

Vespasiano devolvió la mirada a su hermano mayor con la misma intensidad.

—La posteridad no tiene nada que ver. Se trata de hacer lo correcto. Ceñirse a las normas. Mientras el ejército esté desorganizado debemos tener una reserva permanente. Sólo un idiota discreparía.

—¡Cállate, hermano! —Sabino echó un vistazo alrededor con nerviosismo por si acaso alguien había oído las desaforadas palabras de Vespasiano. Vitelio se encontraba a un lado y alzó la mano con toda tranquilidad en señal de saludo.

—Vespasiano... Pero el legado ya no escuchaba. Miraba fijamente hacia el bosque que ya se veía con más nitidez a través de la niebla que se iba aclarando. A menos que sus ojos le estuvieran jugando una mala pasada, allí abajo había movimiento. Por debajo de las ramas de los árboles del extremo del bosque, los matorrales de brezo estaban apareciendo poco a poco en docenas de sitios.

¿Qué clase de oscura magia era aquella? ¿Acaso esos demonios de los druidas podían invocar a las mismísimas fuerzas de la naturaleza para que les ayudaran en su lucha contra Roma?

Entonces, los brezos fueron apartados a un lado y se vio claramente la verdadera genialidad del plan de Carataco. Desde lo más profundo del bosque

salía a la carga una columna de carros de guerra. El estruendo de los cascos de los caballos y el estrépito de las ruedas eran audibles incluso desde el campamento del ejército romano. Las pesadas cuadrigas britanas salieron en tropel a campo abierto y cargaron contra las posiciones de las catapultas del flanco izquierdo.

Los legionarios de las catapultas no tuvieron tiempo de reaccionar a la amenaza y fueron abatidos en sus puestos atropellados y pisoteados por las cuadrigas o atravesados por las lanzas de los guerreros que iban montados en la parte de atrás de los carros. Tras las cuadrigas irrumpieron miles de hombres ligeramente armados con picas. Se dirigieron en masa hacia la retaguardia de las fuerzas atacantes como fantasmas grises en la fina niebla. No se fijaron en las inmóviles cohortes de la segunda legión cuando se precipitaron para cerrar la trampa sobre Claudio y el cuerpo principal de su ejército. Por toda la linde del bosque aparecieron más britanos que se lanzaron sobre el enmarañado flanco de las legiones. La ferocidad del ataque se combinó con el efecto de la sorpresa y los britanos abrieron una profunda brecha en las desorganizadas líneas romanas. El pánico brotó y cundió por delante de la arremetida britana y algunos legionarios retrocedieron, mientras que otros se limitaron a darse la vuelta y echar a correr hacia la derecha de las líneas.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Sabino—. Tratan de empujarnos hacia los pantanos.

—Y van a conseguirlo —dijo Vespasiano en tono grave— a menos que intervengamos.

—¿Nosotros? —Sabino parecía estar horrorizado—. ¿Qué Podemos hacer nosotros? Deberíamos proteger el campamento, así los supervivientes tendrán algún lugar hacia el que huir.

—¿Supervivientes? No habrá supervivientes. Todos corren directos al pantano, donde se ahogarán o quedarán atrapados en el lodo y los harán pedazos. —Vespasiano alargó la mano y agarró a su hermano del brazo—. Sabino, depende de nosotros. No hay nadie más. ¿Me comprendes?

Sabino recuperó el dominio de sí mismo y asintió con la cabeza.

—¡Bien! —Vespasiano le soltó el brazo.

—Ahora entra en el campamento y trae a las otras cuatro cohortes y cualquier tropa auxiliar que encuentres. Hazlos formar lo más rápidamente que puedas y realiza un ataque directo colina abajo. Haz tanto ruido como puedas. ¡Y ahora vete!

—¿Y tú qué vas a hacer? —Me arriesgaré con lo que tengo aquí. Sabino hizo girar a su caballo y lo espoleó hacia la puerta principal del campamento, muy inclinado sobre el cuello del animal mientras le clavaba los talones.

Con una última mirada a su hermano, Vespasiano se preguntó si volverían a verse otra vez en este mundo. Luego alejó aquel nefasto pensamiento de su

mente y se armó de valor para hacer lo que debía si quería salvar al ejército y a su emperador. Se volvió hacia sus tribunos y los llamó para que se acercaran. Los jóvenes escucharon atentamente mientras él daba las instrucciones de la forma más resuelta que pudo y luego se alejaron al galope para pasar las órdenes a los centuriones de más rango de las seis cohortes. Vespasiano desmontó, le dio las riendas a un mozo de cuadra y pidió que le trajeran su escudo. Desabrochó el cierre de su capa color escarlata y dejó que se deslizara hasta el suelo.

—Asegúrate de que la lleven de vuelta a mi tienda. Esta noche voy a necesitarla si refresca.

—Sí, señor —asintió su esclavo personal con una sonrisa—.

Le veré luego entonces, señor.

Cuando hubo comprobado la correa de sujeción de su yelmo y se hubo asegurado de que el asa de su escudo estuviera seca, Vespasiano desenvainó su espada y dio unos golpes con ella contra el borde del escudo. Miró a sus cohortes para cerciorarse de que todo estaba listo. Los soldados estaban en estado de alerta, formados en silencio y siguiendo atentamente el desarrollo de la acción en el valle mientras aguardaban órdenes.

—¡La segunda avanzará en diagonal! —gritó, y la orden rápidamente se repitió a lo largo de la línea. Contó hasta tres antes de la fase de ejecución del mandato y entonces llenó los pulmones—: ¡Adelante!

Las seis cohortes avanzaron a un ritmo constante e iniciaron el descenso por la pendiente en dirección a los gritos y chillidos de la desesperada batalla que tenía lugar en el valle.

La niebla se estaba dispersando rápidamente y empezaba a dejar al descubierto la magnitud del desastre al que se enfrentaban Claudio y las otras tres legiones. Las tropas de retaguardia, que habían sido sorprendidas sin estar formadas y a las que el ataque por sorpresa desde el bosque había obligado a retroceder, habían roto filas y huían a ciegas por el campo de batalla hacia el pantano. Unos cuantos focos de resistencia dispersos señalaban el lugar donde un centurión había tenido la determinación y aplomo suficientes para reunir unos cuantos soldados que se enfrentaran a los britanos armados con picas. Alineados tras los escudos que colocaban muy juntos, unos pequeños grupos de legionarios se abrían paso a la fuerza para acercarse unos a otros, pero estaban saliendo muy malparados debido al alcance de las picas del enemigo.

Los estandartes de la cuarta cohorte cabecaban al rítmico paso de sus portadores y a Cato se le fue la mirada automáticamente hacia ellos cuando sus doradas decoraciones atraparon el sol y brillaron con un ardiente fulgor. Las cohortes marchaban en dos líneas de tres centurias, con la sexta centuria apostada a la derecha de las tropas de retaguardia. Cato veía claramente la línea de avance. Los altos robles del bosque se alzaban por delante y a la izquierda de la segunda legión en anchos senderos que se adentraban en sus sombras

perfectamente visibles ahora que la cortina de brezos se había retirado. Tanto por delante como a la derecha había cuerpos desparramados sobre la hierba pisoteada, aún mojada por el rocío que le empapaba las botas. La cohorte pasó por encima de los restos de la batería de catapultas del flanco izquierdo. Muchas de las máquinas estaban volcadas y los cuerpos de sus soldados yacían desplomados por todas partes. Cato tuvo que esquivar el cadáver de un centurión y cuando miró hacia abajo notó que la bilis le subía por la garganta al ver los cartilagos sangrientos y los tendones cercenados a un lado del cuello del oficial, donde un golpe de espada casi le había arrancado la cabeza.

Siguieron adelante y dejaron atrás aquella carnicería. Mientras avanzaban, Cato vio que al menos una parte del enemigo reaccionaba a la aproximación de las cohortes. Los piqueros más cercanos se habían dado la vuelta para hacer frente a la amenaza y lanzaban gritos de advertencia a sus compañeros. Un número cada vez mayor de ellos se volvió para atacar a la segunda legión y lanzaron sus gritos de guerra al tiempo que apuntaban con sus picas.

—¡Alto! —bramó Vespasiano.

Las cohortes se detuvieron un paso más adelante con las manos apretadas alrededor de las jabalinas en previsión de la siguiente orden.

—¡Jabalinas en ristre!

Los legionarios de la primera fila de las centurias levantaron el asta de sus jabalinas y echaron hacia atrás el brazo con el que la lanzarían. La carga de los britanos flaqueó. Sin escudos que los protegieran, los piqueros sabían muy bien lo vulnerables que eran a una descarga de jabalinas. —¡Lanzad!

Los brazos de los legionarios se movieron rápidamente hacia adelante y soltaron un irregular cordón de líneas oscuras que se alzó en el aire describiendo una parábola hacia los britanos. Cuando alcanzaron el punto más alto en su trayectoria, las jabalinas parecieron quedar suspendidas en el aire un instante y los gritos de guerra de los britanos se apagaron súbitamente en sus gargantas mientras se preparaban para el impacto. Las puntas de las jabalinas descendieron y la descarga cayó en picado sobre las tropas britanas y se clavó y atravesó los cuerpos sin proteger de los piqueros. El ataque enemigo se vino abajo enseguida y los britanos que sobrevivieron a la primera descarga miraron atemorizados a las cohortes mientras Vespasiano ordenaba a la segunda línea que se preparara. Pero no hizo falta otra lluvia de jabalinas. Casi como un solo hombre, los britanos retrocedieron, sin ningún deseo de hacer frente a otra descarga y unirse a sus compañeros abatidos que yacían muertos o heridos entre el irregular cerco de astas de jabalina cuyas puntas se habían enterrado en la carne desnuda y el suelo.

—¡Adelante! —gritó Vespasiano, y las cohortes avanzaron una vez más al tiempo que recuperaban las jabalinas no dañadas y remataban al enemigo herido mientras atravesaban la destrucción que habían causado. En aquellos momentos

el flanco izquierdo de la legión se hallaba cerca del límite del bosque y Vespasiano ordenó que el avance volviera a alinearse. La legión se detuvo y fue girando a un ritmo constante hasta que estuvieron frente al flanco izquierdo de los piqueros Britanos, cortándoles el paso hacia el bosque en una hábil inversión de posiciones. Ahora iban a ser los britanos los que serían obligados a retroceder hacia el pantano, siempre que las seis cohortes pudieran mantener el impulso de su contra ataque.

A menos que Sabino se lanzara pronto con todo el peso de las unidades que hubiera podido conseguir, el resultado de batalla seguía siendo muy dudoso. Vespasiano dedicó una rápida mirada hacia atrás, por la pendiente hacia el campamento romano, pero todavía no había indicios de ayuda proveniente de esa dirección. Ordenó avanzar a su legión y, cuando iniciaron la marcha hacia la agitación de la refriega que se extendía por el valle, Vespasiano empezó a golpear el borde de su escudo con la espada. A su alrededor, los soldados siguieron el ritmo y rápidamente se propagó por las otras cohortes mientras la doble línea se cerraba sobre los piqueros.

Pasaron entonces por encima de los cuerpos de sus compañeros de las otras legiones y una firme determinación de obtener una total y sangrienta venganza les llenó los corazones mientras alzaban sus escudos y se preparaban para entablar combate con los britanos. Los triunfantes bramidos de guerra de los piqueros se apagaron cuando la segunda legión se precipitó hacia ellos y, más allá de los britanos, los apretados grupos de los otros legionarios volvieron a formar con un grito de esperanza.

Vespasiano dio el alto a sus hombres una última vez para lanzar las jabalinas que quedaban y entonces la segunda arremetió contra el objetivo con un grito salvaje de exultación enloquecida en los labios de todos los soldados.

Rodeado por todas partes de legionarios con los ojos desorbitados, Cato se dejó llevar por el momento y liberó la tensión y agresividad que se habían ido acumulando en su interior durante el avance. Dejó escapar un grito sin sentido cuando se vio envuelto en la carrera de soldados que se precipitaban hacia el enemigo que aguardaba. Con un estrépito de lanzas y escudos la segunda legión se lanzó contra la rota línea de britanos y el impulso de la carga los hizo atravesar el descompuerto tumulto de piqueros que tan sólo unos momentos antes estaban gritando triunfalmente mientras se apiñaban alrededor de la desorganizada agitación de las legiones atrapadas.

Cato bajó la cabeza y se abrió paso a empujones hacia el denso agolpamiento de soldados que se propinaban machetazos y estocadas unos a otros. Era consciente de la presencia de Macro que, justo a su derecha, daba gritos de ánimo al resto de su centuria y agitaba su espada corta en el aire para que los soldados se agruparan a su alrededor. Cato se encontró enfrentado a un britano que gruñía mientras sujetaba la pica con las dos manos y la blandía contra él

moviéndola de un lado a otro y hacia abajo, en dirección a su estómago. Cato le dio un golpe a la punta de la lanza que la desvió a la derecha y entonces arremetió por el interior contra el punto de agarre del britano. El hombre no tuvo más que un instante para sorprenderse antes de que la espada de Cato se ensartara en la parte superior de su pecho. Cayó hacia atrás y derramó unos enormes goterones de sangre cuando Cato sacó la espada de su cuerpo, lo tiró al suelo y se volvió en busca de otro enemigo.

—¡Cato, a tu izquierda! —gritó Macro. El *optio* agachó la cabeza de manera instintiva y la ancha hoja de una lanza chocó ligeramente con la parte de arriba de su casco. El golpe lo cegó momentáneamente y lo vio todo blanco. Se le aclaró la vista al instante pero todo le daba vueltas y chocó contra el suelo cuando el piquero se lanzó contra su costado y ambos cayeron sobre la hierba empapada de sangre. Cato notó la intensa respiración del britano, percibió el hedor de su cuerpo y en el hombro de aquel hombre vio un tatuaje de un intenso color azul que por un momento se retorció ante sus Ojos. Entonces el hombre lanzó un gruñido, se le cortó la respiración y cayó de lado al tiempo que Macro le extraía su espada y se acercaba a Cato.

—¡Levántate, muchacho! —El centurión protegió sus cuerpos con el escudo, atento a cualquier ataque, mientras Cato se ponía en pie con dificultad y sacudía la cabeza para tratar de que se le fuera el mareo.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, señor.

—Bien. Vamos. El ímpetu de la carga había seguido su curso y en aquel momento los soldados de la sexta centuria cerraban filas y avanzaban tras una pared de escudos, eliminando a cualquier enemigo que se cruzara en el camino de su continuo avance. Las filas enemigas estaban apelonadas, tanto que ya no podían hacer un uso efectivo de sus lanzas y poco a poco las iban haciendo pedazos. Desde más arriba de la loma, las legiones que habían estado a punto de ser derrotadas se volvieron entonces hacia su enemigo e impusieron su venganza de forma salvaje. Los gritos de triunfo de los guerreros britanos se extinguieron y fueron sustituidos por otros de miedo y pánico mientras intentaban escapar de las siniestras hojas de las espadas cortas de los legionarios. En el apretado agolpamiento de cuerpos, la espada corta era la más mortífera de las armas y los britanos cayeron en gran número. Aquellos a los que herían y que caían sobre la hierba manchada de sangre eran pisoteados y sus cuerpos aplastados por los hombres que luchaban sobre ellos y luego por más cuerpos todavía, por lo que algunos de ellos murieron asfixiados de una manera horrible.

Cato echaba el escudo hacia adelante, daba un paso hacia él y apuñalaba con su espada a un ritmo constante mientras avanzaba con el resto de la centuria. Algunos soldados tenían unas enormes ansias de sangre y se adelantaron a la línea, propinando mandobles y estocadas al enemigo y exponiéndose al peligro

por los cuatro costados. Muchos de ellos pagaron el precio de esa pérdida del dominio de sí mismos y sus compañeros tuvieron que pasar por encima de sus cuerpos recién alanceados. Cato era consciente del peligro que existía debajo de sus pies y media sus pasos cuidadosamente mientras avanzaba con miedo a tropezar y no poder levantarse de nuevo.

—¡Están rompiendo filas! —gritó Macro por encima del estruendo del choque de las armas y los gruñidos y gritos de los combatientes—. ¡Las líneas enemigas se están rompiendo!

Desde la derecha, por encima de la hirviente concentración de cuerpos y armas, Cato vio que se acercaban más estandartes romanos en la dirección del campamento.

—¡Es la guardia del campamento! —gritó. La aniquilación de los lanceros enemigos se decidió cuando el resto de cohortes de la legión y una pequeña parte de las cohortes auxiliares cargaron contra su retaguardia. Encerrados por tres lados por una impenetrable pared de escudos romanos, murieron allí mismo. Los supervivientes soltaron las armas y se precipitaron hacia el pantano en un desesperado intento de encontrar la salvación en esa dirección. Al principio, los britanos atrapados en aquel torno blindado de legionarios romanos trataron de resistir incluso cuando se vieron obligados a ceder terreno. De pronto, se desintegraron como fuerza combatiente y se convirtieron en un torrente de individuos que corrían para salvar sus vidas perseguidos por un enemigo implacable.

Con gritos de regocijo, los soldados de la sexta centuria arremetieron contra ellos a lo largo de una corta distancia, pero sus pesadas armas y corazas les forzaron a abandonar la persecución. Clavaron sus escudos en el suelo y se apoyaron en ellos jadeando, y sólo entonces fueron conscientes muchos de ellos de las heridas que habían sufrido en medio del furor de la batalla. Cato estuvo tentado de dejarse caer al suelo y dar un descanso a sus miembros doloridos, pero la necesidad de dar ejemplo al resto de soldados hizo que se quedara de pie, erguido y listo para responder a nuevas órdenes. Macro se abrió paso a empujones hacia él a través de los cansados legionarios.

—Un trabajo duro ¿eh, *optio*?

—Sí, señor.

—¿Viste cómo corrían al final? —Macro se rió—. ¡Desbocados como un puñado de vírgenes en las Lupercales! No creo que volvámos a ver a Carataco antes de tomar Camuloduno.

Un sonido penetrante, distinto a todo lo que Cato había oído en su vida, cruzó el campo de batalla y todas las cabezas se volvieron hacia el pantano. Se volvió a repetir, un estridente y agudo bramido de terror y dolor.

—¿Que carajo es ese escándalo? —Macro miró con los ojos muy abiertos.

Por encima de las cabezas de los demás legionarios, Cato vio la loma baja en

la que había tomado posiciones la batería derecha de ballestas. Al igual que sus camaradas del lado izquierdo, habían sido arrollados rápidamente por los carros de guerra britanos. Los bárbaros todavía estaban allí y habían dado la vuelta a unas cuantas de esas armas colocándolas de cara al pantano. Y allí, en el pantano, estaban los elefantes, atrapados en el barro lodoso hasta el vientre mientras sus conductores los instaban a avanzar frenéticamente y los britanos los utilizaban para realizar prácticas de tiro. En el mismo momento que Cato miraba, una flecha describió una baja trayectoria arqueada y se clavó en el costado de uno de los elefantes.

Ya había sido alcanzado en las ancas y una mancha de sangre le bajaba por las piernas traseras de allí donde la lanza sobresalía de su piel arrugada. Cuando le alcanzó la segunda saeta, el elefante levantó la trompa en el aire, barritando y chillando de dolor. La fuerza de la flecha le atravesó la gruesa piel y su punta quedó profundamente clavada en las tripas del animal. Con el siguiente chillido de agonía surgió del extremo de su trompa una densa lluvia carmesí que quedó suspendida en el aire como una niebla roja antes de dispersarse. A la vez que se revolvía como un loco en el barro, el animal cayó de lado arrastrando con él a su conductor. Más flechas alcanzaron a los demás animales encallados en el pantano y, uno a uno, los aurigas britanos eliminaron a las bestias restantes antes de que la infantería romana más próxima llegara a la loma. Los britanos saltaron a los carros de guerra que les aguardaban y, con un fuerte coro de gritos y chasquidos de riendas, los carros subieron en diagonal por la ladera con gran estruendo, dejaron atrás el campamento romano y escaparon rodeando la linde del bosque.

—¡Esos cabrones! —Cato oyó que decía entre dientes un legionario.

Una consternada calma se cernió sobre el valle, y se hizo más insoportable por los terribles gritos de las bestias que agonizaban. Cato vio a unos lanceros britanos que bordeaban el pantano aprovechando al máximo la pausa que se había producido para escapar. Cato quiso señalarlos y gritar la orden de perseguir al enemigo, pero los bramidos de los elefantes moribundos dejaron aturdidos a los romanos.

—¡Ojalá alguien hiciera callar a esos malditos animales! —dijo Macro en voz baja.

Cato sacudió la cabeza, estupefacto. Todo el valle estaba cubierto de soldados caídos y desangrados, entre ellos cientos de romanos, y aun así aquellos endurecidos veteranos que había en torno a él estaban perversamente fascinados por la suerte que habían corrido unos pocos animales. Dio un puñetazo en el borde de su escudo con amarga frustración.

Mientras los lanceros britanos huían, sus compañeros en lo alto de las colinas comprendieron que la trampa había fallado. La incertidumbre y el miedo recorrieron sus filas y empezaron a ceder terreno a las legiones, lentamente al principio y luego a un ritmo más constante, hasta que desaparecieron en grandes

cantidades. Sólo el grupo de guerreros de élite de Carataco permaneció firme hasta que el ejército se hubo retirado sin problemas.

Desde la cresta de la colina, el emperador se dio una palmada en el muslo con alegría al ver que el enemigo se batía en completa retirada.

—¡Ja! ¡Mirad como co-corre con el rabo entre las piernas!

El general Plautio tosió.

—¿Doy la orden para que empiece la persecución, César?

—¿Pe-persecución? —Claudio arqueó las cejas—. ¡Ni hablar! Me gustaría mu-mucho, compañeros del ejército, que dejarais a unos cua-cuantos de esos salvajes con vida para que yo los gobierne.

—¡Pero, César!

—¡Pero, pero, pero! ¡Ya es suficiente, general! Yo doy las órdenes. ¡Faltaría más! Mi pri-primera campaña en el mando y consigo una victoria rotunda. ¿No es prueba suficiente de mi ge-ge-genialidad militar? ¿Y bien?

Plautio imploró a Narciso con la mirada, pero el primer secretario se encogió de hombros y sacudió ligeramente la cabeza. El general frunció los labios e hizo un gesto hacia los britanos que se retiraban.

—Sí, César. Es prueba suficiente.

Capítulo XLVIX

Dos días después, el ejército romano llegó ante las fortificaciones de Camuloduno. Cuando la noticia de la derrota de Carataco llegó a oídos de los ancianos de la ciudad de los trinovantes, éstos, sabiamente, se negaron a admitir en su capital a los desaliñados restos del ejército de su cacique y observaron con alivio cómo las hoscas columnas desaparecían hacia el norte a través de las ricas tierras de labranza. La mayor parte de los guerreros trinovantes que habían servido con Carataco se mantuvieron leales a él y, no sin tristeza, volvieron la espalda a sus parientes y se marcharon. Unas horas más tarde, una avanzada de exploradores de la caballería romana se acercó con cautela y estuvieron a punto de darse la vuelta y salir huyendo cuando las puertas de la ciudad se abrieron bruscamente y una delegación salió a toda prisa para darles la bienvenida. Los trinovantes fueron efusivos tanto en su recibimiento de los romanos como en su repulsa de aquellos miembros de su tribu que se habían unido a Carataco en su vano intento de resistirse al poder del emperador Claudio.

Los exploradores transmitieron los saludos al ejército que marchaba por detrás a varios kilómetros de distancia y, a última hora de la tarde, las exhaustas legiones romanas levantaron el campamento en las cercanías de la capital de los trinovantes. La cautela profesional del general Plautio le llevó a ordenar hacer la profunda zanja y el alto terraplén de un campamento situado frente al enemigo antes de que al ejército se le permitiera descansar.

A primera hora del día siguiente, al emperador y a su Estado Mayor los acompañaron en una visita informal de la capital tribal, —una dura tarea según los criterios imperiales—, que en su mayor parte estaba formada por edificios de adobe y canas con armazón de madera y un puñado de estructuras de piedra más imponentes en el centro. La capital daba a un profundo río junto al cual se extendía un sólido muelle y unas largas cabañas utilizadas como almacén donde los mercaderes galos ejercían su oficio, transportando vinos y cerámica de calidad del continente y cargando sus barcos para el viaje de vuelta con pieles, oro, plata y exóticas joyas bárbaras para los voraces consumidores del Imperio.

—Un excelente lugar para fundar nuestra primera colonia, César —anunció Narciso—. Fuertes lazos comerciales con el mundo civilizado y una ubicación ideal para la explotación de los mercados interiores.

—Bueno, sí. Bien —dijo el emperador entre dientes, aunque en realidad no estaba escuchando a su primer secretario—. Pero más bien creo que un bo-bonito templo en mi honor tendría que ser una de las principales pri-prioridades. —¿Un templo, César?

—Nada demasiado recargado, sólo lo suficiente para insp-spirar un poco de respeto.

—Como desee, César. —Narciso hizo una reverencia y, con soltura, desvió la

conversación hacia otros planes más pertinentes para el desarrollo de la colonia. Al escucharlos, Vespasiano no pudo evitar maravillarse ante la facilidad con la que se decidía erigir un monumento así. Un simple antojo del emperador y se llevaría a cabo, sin más. Un enorme santuario con columnatas dedicado a un hombre que gobernaba desde una lejana gran ciudad se alzaría por encima de las precarias casuchas de aquella población bárbara con tanta certeza como si lo hubiese ordenado Júpiter. Y sin embargo, ese emperador, que aspiraba a ser un dios, era igual de vulnerable a la estocada de un cuchillo asesino que cualquier otro mortal. La amenaza contra Claudio le seguía rondando por la cabeza a Vespasiano, al igual que el temor de que Flavia pudiera estar involucrada en el complot.

—¿Cómo van los planes para la ce-ceremonia de mañana? —preguntaba Claudio.

—Muy bien, César —respondió Narciso—. Una procesión solemne hacia la capital al mediodía, la dedicación de un altar a la paz y luego, por la noche, un banquete en el centro de Camuloduno. Me han llegado noticias de nuestros nuevos aliados.

Parece ser que se han enterado de la derrota de Carataco y están deseosos de ofrecernos su lealtad en cuanto tengan ocasión. Sería un buen eje central para el banquete. Ya sabe, ese tipo de cosas: los salvajes conducidos ante la presencia del poderoso emperador, ante cuya majestad imperial caen sobre sus rodillas y juran obediencia eterna. Sería genial y contribuiría a una mayor lectura de la gaceta de Roma. A la plebe le encantará.

—Bien. Entonces encárgate de los preparativos necesarios, por favor. — Claudio se detuvo de pronto y sus oficiales tuvieron que pararse bruscamente para no chocar con él—.

¿Has oído la última frase? ¡No he tartamudeado ni una vez!

¡Por todos los dioses!

De repente Vespasiano se sintió agotado de la presencia del emperador. La natural e infinita arrogancia de los miembros de la familia imperial era fruto del rastrero homenaje que le tributaban todos los de su entorno. Vespasiano estaba orgulloso de los genuinos logros de su familia. Desde su abuelo, que había servido como centurión en el ejército de Pompeyo, hasta su padre, que ganó una fortuna suficiente para ascender a la clase ecuestre, y luego su propia generación, en la que tanto él mismo como Sabino podían aspirar a unas brillantes carreras senatoriales. Nada de eso había sido una mera casualidad de nacimiento. Todo era resultado de una gran cantidad de esfuerzo y probadas aptitudes. Al pasar la mirada de Claudio a Narciso y viceversa, Vespasiano experimentó la primera punzada de deseo de ser tan venerado como le correspondía. En un mundo más justo sería él y no Claudio quien tuviera el destino de Roma en sus manos.

Más mortificante todavía era el recibimiento que le había hecho Claudio

después de la derrota aplastante del ejército de Carataco. Cuando Vespasiano subió al galope para cerciorarse de que su emperador había salido ileso de la batalla, se sorprendió al ver los aires de petulante satisfacción de Claudio.

—¡Ah! Ahí está, legado. Debo darle las gracias por el papel que usted y sus hombres han desarrollado en mi trampa.

—¿Trampa? ¿Qué trampa, César? —Pues atraer al enemigo hasta una posición en la que re-re-revelara todas sus fuerzas y llevarlas así a su destrucción.

Tuviste el ingenio necesario para llevar a cabo la importante función que te había asignado.

Vespasiano se quedó boquiabierto al oír aquella asombrosa versión de los acontecimientos matutinos. Entonces apretó la mandíbula con fuerza para contenerse y no hacer ningún comentario que supusiera una amenaza para su carrera, por no hablar de su vida. Inclino la cabeza gentilmente y masculló su agradecimiento, y trató de no pensar en los cientos de rígidos cadáveres romanos que se hallaban desparramados por el campo de batalla como silencioso tributo a la genialidad táctica del emperador.

Vespasiano se preguntó si, después de todo, sería tan terrible que Claudio cayera bajo el cuchillo de un asesino.

La visita a la capital de los trinovantes terminó y el emperador y sus oficiales regresaron al campamento para encontrarse con que habían llegado los representantes de doce tribus que estaban esperando en el cuartel general para tener una audiencia con Claudio. —¿Una audiencia con el César? —dijo Narciso con desdén—. Creo que no. Al menos hoy. Pueden presentarse ante él mañana, en el banquete.

—¿Es eso prudente, César? —preguntó Plautio con calma—. Los vamos a necesitar cuando reanudemos la campaña. Sería mejor tratarlos como aliados bienvenidos más que como suplicantes despreciados.

—Que es lo que son, —interrumpió Narciso. Claudio volvió el rostro hacia el cielo como si buscara consejo divino y se acarició suavemente el mentón. Al cabo de un momento movió la cabeza afirmativamente y se dirigió a los hombres de su Estado Mayor con una sonrisa:

—Los miembros de las tribus pueden esperar. Ha sido un día muy largo y estoy ca-cansado. Decidles... decidles que César les da una calurosa bienvenida pero que las ex-ex-exigencias de su cargo le impiden recibirlos en p-p-persona. ¿Qué tal?

Narciso batió palmas.

—¡Un dechado de elegancia y claridad, César!

—Sí, así me lo parece. —Claudio echó la cabeza hacia atrás para mirar a Plautio por encima del hombro—. ¿Y bien, general?

—César, sólo soy un soldado y carezco del refinamiento necesario para

juzgar el mérito estético de la locuacidad de otra persona.

Claudio y Narciso lo observaron en silencio, uno con una mirada de benévola incompreensión, el otro con un detenido escrutinio al tiempo que buscaba algún indicio de ironía en las facciones del general.

—¡Bueno, sí, exactamente! —asintió Claudio con un movimiento de la cabeza—. Es bueno ser consciente de las propias de-de-deficiencias.

—Habláis con toda justicia, como siempre, César. —Plautio inclinó la cabeza y Claudio se alejó renqueando hacia su tienda con Narciso correteando a su lado. Entonces el general se volvió hacia sus oficiales—. ¡Vespasiano!

—Sí, señor. —Será mejor que te ocupes adecuadamente de nuestros invitados tribales.

—Sí, señor. —Encárgate de que estén cómodos y bien atendidos. Pero mantenlos bien vigilados. Nada demasiado molesto, lo suficiente para que sepan que los observamos de cerca. No podemos permitirnos tenerlos rondando por ahí si hay algo de cierto en el rumor sobre un atentado contra la vida del emperador.

—Sí, señor. —Vespasiano saludó y se fue. Los invitados a su cargo estaban en la tienda del cuartel general. Cuando entró se dio cuenta inmediatamente de que existía una marcada división entre los representantes tribales: hubo algunos que se pusieron en pie para saludarlo con una cansina aceptación de lo inevitable y otros que permanecieron en cuclillas en el suelo mientras lo fulminaban con una mirada de amarga hostilidad. A un lado, tratando de ser digno sin parecer petulante por haberse puesto de lado de los vencedores, estaba sentado Adminio. Un hombre enorme se volvió hacia el legado y lo examinó con el desagradablemente manifiesto aire de alguien que inspecciona a un inferior. Se acercó a Vespasiano con el brazo en alto y saludó al legado de manera formal. Cuando empezó a hablar, Vespasiano le indicó rápidamente a Adminio que tenía que traducir sus palabras.

—Venutio se permite informarte de que él y los demás aquí congregados tuvieron el privilegio de observar la batalla como invitados de Carataco. Dice que le sigue costando entender la lógica de vuestra táctica en combate, y estaría de lo más agradecido si quisieras discutirla con él.

—En otro momento. Ahora estoy bastante ocupado —respondió Vespasiano con frialdad—. Y dile que cualquiera que hubiera sido la táctica, el resultado era inevitable. Siempre lo es cuando los nativos poco disciplinados intentan vencer a un ejército de soldados profesionales. Lo que importa es que ganamos y que al final esta isla se convertirá en una provincia romana. En este momento es lo único que me preocupa. Dile que tengo ganas de verle, y a los demás también, cuando se inclinan ante el César y le prometan lealtad en el banquete de mañana.

Mientras Adminio lo traducía, Vespasiano echó una mirada a los representantes tribales y le llamó la atención la expresión de desprecio en el rostro del más joven. Los ojos del muchacho ardían de odio y su mirada se

mantuvo firme mientras Vespasiano lo observaba. Por un instante el legado pensó en quedárselo mirando fijamente hasta que apartara la vista, pero decidió que sería una pérdida de tiempo y se dio la vuelta para marcharse. Una pequeña sonrisa de satisfacción rondó los labios del joven britano. Vespasiano le hizo una seña con el dedo a Adminio y se agachó bajo los faldones de la entrada de la tienda.

—¿Quién es el más joven? —Belonio —contestó Adminio—. Hijo del gobernante de una pequeña tribu del norte. Su padre se está muriendo y mandó a su hijo para que lo representara. No fue la elección más acertada, creo.

—¿Por qué? —Ya lo has visto. No oculta muchas cosas tras esa expresión.

—¿Es peligroso? —Adminio pensó un momento en el joven britano antes de responder.

—No más que cualquier adolescente que haya estado expuesto a la propaganda de Carataco. —¿Y Venutio?

—¿Él? —Adminio soltó una carcajada—. Hubo una época en la que fue un gran guerrero. Pero ya tiene sus años. Se pasa el día hablando de los viejos tiempos. En realidad es un viejo tonto.

—¿Eso es lo que piensas? —Vespasiano arqueó una ceja al recordar la astucia reflejada en los ojos grises de aquel hombre cuando, de pie ante él, había evaluado su carácter.

Vespasiano no podía evitar pensar que en Venutio había algo más de lo que Adminio le reconocía.

Capítulo L

Los soldados de las legiones acampadas en el exterior de Camuloduno estaban de muy buen humor. A pesar de estar cubiertos de barro endurecido y extenuados por haber tenido que avanzar tan precipitadamente tras una batalla campal, se respiraba una palpable sensación de celebración en la atmósfera. Se había alcanzado una victoria decisiva y tanto Carataco como los restos del ejército britano se hallaban en plena huida hacia los territorios de aquellas tribus que seguían leales a la confederación que se oponía a Roma. Los representantes tribales que habían estado aguardando el resultado del último combate se habían dirigido a toda prisa a Camuloduno para jurar su lealtad a Roma. El peligro de verse enfrentados a todas las tribus de la isla ya había pasado ahora que los más poderosos clanes nativos habían sido totalmente derrotados por las legiones. Hasta la campaña del año siguiente, el ejército romano tendría las manos libres para consolidar su triunfo sin encontrar resistencia. La capital de Carataco había abierto sus puertas al emperador y las festividades de los próximos días marcarían el fin de la sangrienta campaña de aquel año. Claro que la conquista de la isla estaba muy lejos de haberse completado pero, en el clima de celebración reinante, pocos eran los soldados que hablaban de ello.

Para decepción de algunos veteranos endurecidos, los trinovantes se habían salvado de que saquearan su capital, pero ya había un abundante botín de guerra en forma de los miles de britanos que habían hecho prisioneros y que se venderían como esclavos. Cada legionario podía llegar a ganar una considerable suma de dinero si su parte del botín se sacaba de la venta de prisioneros. Pero todavía iba a haber más cosas.

—¡Corre el rumor de que el emperador nos va a dar una gratificación! — Macro sonrió al tiempo que se dejaba caer sobre la hierba en el exterior de su tienda, con los ojos brillándole ante la posibilidad de una cuantiosa dádiva procedente del erario imperial.

—¿Por qué? —preguntó Cato.

—Porque es una buena manera de tenernos contentos. ¿Qué te creías? Además, nos lo merecemos. Ha logrado convencer a los trinovantes para que nos proporcionen bebida y así podamos celebrarlo por todo lo alto tras las ceremonias de mañana. Sé que no es más que esa mierda de cerveza celta que se empeñan en fabricar, como esa cosa que tuvimos que beber en la Galia, pero sea lo que sea, no es muy difícil agarrar una buena cogorza. ¡Y luego iremos a visitar algunos lugares de interés! —Al centurión se le vidriaron los ojos mientras recordaba las borracheras que había disfrutado con sus compañeros en otros tiempos.

Cato no podía remediar sentirse un poco nervioso ante aquella perspectiva. Su cuerpo no toleraba bien el alcohol y el más mínimo exceso provocaba que la

cabeza le diera vueltas y le hacía maldecir el día en que los hombres fermentaron su primera bebida. Siempre acababa vomitando y no paraba de devolver hasta que sentía la boca del estómago como si estuviera en carne viva y los músculos doloridos por el esfuerzo. Luego tenía un sueño agitado y se despertaba con la boca seca y un asqueroso sabor en la lengua, con la cabeza a punto de estallarle. Si lo que había oído decir sobre la bebida local era exacto, los efectos posteriores iban a ser más desagradables todavía. Pero, a menos que se presentara voluntario para los turnos de guardia, no habría forma de eludir la juerga.

—¿Es prudente ponerse a beber estando Carataco por aquí cerca?—preguntó.

—No te preocupes por él. Pasará mucho tiempo antes de que pueda causarnos más problemas. Además, una de las legiones estará de servicio mientras tanto. Tú reza para que no sea la nuestra.

—Sí, señor —dijo Cato en voz baja.

—¡Relájate, muchacho! Lo peor ya ha pasado. El enemigo ha huido, se prepara una fiesta y ha mejorado el tiempo. —Macro se tumbó en la hierba, se puso las manos detrás de la cabeza y cerró los ojos—. La vida es bella, así que disfrútala.

A Cato le hubiese gustado compartir el buen humor del centurión y los demás legionarios, pero no podía sentirse contento. No mientras lo atormentara el fantasma de Vitelio seduciendo a Lavinia. El séquito del emperador se había unido al ejército a mediodía y estaban atareados levantando el campamento en una esquina de las fortificaciones que el general Plautio les había asignado. El hecho de saber que Lavinia estaba cerca hacía que a Cato se le acelerara el pulso, pero, al mismo tiempo, la perspectiva de encontrarse de nuevo con ella lo llenaba de terror. Seguro que en esa ocasión ella le diría lo que él más temía, que ya no quería volver a verlo. Aquella idea lo torturaba de tal forma que al final Cato ya no pudo soportarlo más, y la necesidad de saberlo se impuso al miedo a descubrirlo.

Dejando a Macro tranquilamente dormido bajo el sol, Cato se fue andando por el campamento hacia las elaboradas tiendas de los seguidores del emperador. Cada paso que daba hacia Lavinia le costaba un gran esfuerzo y, por todas partes, el buen humor de los legionarios aumentaba el peso del sufrimiento que soportaba. No tardó mucho en encontrar la tienda de la esposa del legado y de los miembros de su servicio, pero sí le llevó un rato armarse de valor para acercarse a la entrada. Un esclavo fornido al que no había visto nunca montaba guardia y en el interior se oía una apagada cháchara de voces femeninas. Cato aguzó el oído para ver si distinguía el timbre de la voz de Lavinia.

—¿De qué se trata?—preguntó el esclavo, a la vez que se interponía entre el faldón de la entrada y el joven *optio*.

—Es un asunto personal. Deseo hablar con una esclava de la señora Flavia. —

¿Mi señora le conoce? —preguntó el esclavo en tono desdeñoso.

—Sí. Soy un viejo amigo. El esclavo frunció el ceño, no sabía si echar a ese mugriento soldado o arriesgarse a interrumpir a su señora, que estaba desempacando.

—Dile que soy Cato. Y dile también que me gustaría hablar con Lavinia.

El esclavo entrecerró los ojos antes de tomar una decisión a regañadientes.

—Muy bien. Quédese aquí. Entró en la tienda y dejó solo a Cato. Éste se giró y echó un vistazo al campamento mientras esperaba que volviera el esclavo. Un susurro de la lona a sus espaldas hizo que se diera la vuelta rápidamente. En lugar del esclavo se encontró ante él a la señora Flavia, que con una sonrisa crispada en el rostro le tendió la mano para saludarlo.

—Mi señora. —Cato inclinó la cabeza.

—¿Cómo te encuentras?

—Muy bien, mi señora. —Alzó los brazos y dio una vuelta rápida con la esperanza de hacerla reír—. Como bien puede observar.

—Estupendo... Se hizo un silencio incómodo y cuando el habitual humor alegre de Flavia no se materializó, Cato sintió que lo invadía una fría sensación de terror. —Mi señora, ¿podría hablar con Lavinia?

La expresión de Flavia adoptó un aspecto apenado. Dijo que no con la cabeza.

—¿Qué ocurre, mi señora? ¿Le pasa algo a Lavinia?

—No. Está bien. La preocupación de Cato se calmó rápidamente.

—Entonces, ¿puedo verla?

—No. Ahora no. No está.

—¿Dónde puedo encontrarla, mi señora?

—No lo sé, Cato.

—Entonces esperaré a que vuelva. Bueno, si a usted no le importa.

Flavia se quedó callada y no respondió. En lugar de eso, lo miró a los ojos y su semblante se volvió afligido.

—Cato, ¿respetas mi opinión como solías hacerlo?

—Por supuesto, mi señora.

—Pues olvídate de Lavinia. Olvídala, Cato. No es para ti. ¡No! Déjame terminar —alzó la mano para acallar las quejas de Cato—. Ha cambiado de opinión sobre ti durante las últimas semanas. Tiene... aspiraciones más elevadas.

Cato rehuyó a Flavia y ella se quedó consternada por la gélida furia que endurecía su joven rostro.

—¿Por qué no me contó lo de Vitelio, mi señora? —preguntó con una voz forzada—. ¿Por qué?

—Por tu propio bien, Cato. Tienes que creerme. No deseo herirte innecesariamente.

—¿Dónde está Lavinia?

—No puedo decírtelo. Cato pudo imaginarse perfectamente dónde podría

estar Lavinia. Miró fijamente a Flavia, apretando la mandíbula mientras luchaba por controlar las emociones que se arremolinaban en su interior. De pronto apretó los puños, dio media vuelta y se alejó de la tienda a grandes zancadas.

—¡Cato! —Flavia avanzó unos pasos hacia él y se detuvo con la mano medio levantada, como si quisiera detenerlo. Se quedó mirando con tristeza el cuerpo delgado y casi frágil del joven que se alejaba rígidamente con paso enérgico, mientras que el dolor que sufría quedaba de manifiesto en los puños fuertemente apretados junto a su cuerpo. Puesto que, para empezar, ella era la responsable de haber permitido que la relación entre los dos jóvenes prosperara y la había utilizado para sus propios fines políticos, Flavia sintió que el peso de la culpa se abatía sobre ella. A pesar de los motivos personales que justificaran sus acciones, el coste humano que éstas conllevaban era difícil de soportar.

Flavia se preguntó si una simple y brutal declaración de dónde se encontraba Lavinia en aquellos momentos no hubiese sido una manera más rápida y gentil de ayudar a Cato a superar su juvenil adoración por Lavinia.

Capítulo LI

La luz del sol poniente entraba a raudales por los faldones de la entrada de la tienda del tribuno y adornaba una parte de su contenido con un intenso brillo anaranjado a la vez que proyectaba unas oscuras sombras alargadas en el otro lado. Lavinia acurrucó la cabeza en el hombro del tribuno y deslizó los dedos por los negros rizos de su torso, en el que cada uno de los cabellos reflejaba la luz del sol crepuscular. El aroma de su sudor le inundó el olfato con el penetrante olor de su masculinidad y respiró al ritmo del suave movimiento ascendente y descendente de su pecho. Aunque el tribuno tenía los ojos cerrados, ella sabía que estaba despierto por el ligero roce de un dedo en la curvada hendidura entre sus nalgas mientras él trazaba sus contornos.

—¡Mmmm, qué bien! —Ella respiró suavemente junto a su oído—. No te detengas aquí.

—Eres verdaderamente insaciable —dijo Vitelio entre dientes—. Tres veces en una tarde es más de lo que cualquier hombre puede aguantar.

Lavinia deslizó la mano por su pecho y su estómago, y tomó entre sus finos dedos la carne blanda y maleable de su pene, que empezó a masajear lentamente.

—¿Estás del todo seguro? —Vitelio levantó su otra mano y extendió el dedo índice, el gesto con el que un gladiador vencido apelaba a la multitud.

—Suplico clemencia.

—No acepto la rendición de ningún hombre. —Lavinia soltó una risita mientras continuaba con su intento de provocar una reacción.

—¿Ni siquiera de ese chico con el que tenías relaciones? —El tono de aquel comentario era algo más que frívolo, y Lavinia retiró la mano y se dio la vuelta, alzó la cabeza apoyándose en un codo y lo miró.

—¿Qué pasa? ¿Estás celoso? —Lavinia aguardó una respuesta, pero Vitelio le devolvió la mirada en silencio—. ¿Cómo puedes estar celoso de un chico joven?

—No tan joven como para no saber abrirse camino, según parece.

—Pero lo bastante joven como para tener que detenerse a preguntar de vez en cuando.

—¿A una mujer aún más joven que él? —¡Ah! —Lavinia sonrió—. Yo le llevaba ventaja. Gracias a ti, mi tribuno particular. —Bajó la cabeza y lo besó en la boca, luego, lentamente, rozó el vello de su pecho con los labios y le dio un beso en el ojo y otro en la frente antes de volver a reclinarse apoyada en el codo—. Me alegro mucho de que volvamos a estar juntos. No sabes cuánto he echado de menos estar contigo así. Creo que nunca me había sentido tan feliz.

—¿Ni siquiera con ese chico? —preguntó Vitelio en voz baja—. ¿Estás completamente segura?

—¡Claro que sí, tonto! Ya te lo dije, ocurrió después de que Plinio me echara

cuando nos pilló juntos aquella vez. ¿Te acuerdas?

—¡Nunca lo olvidaré! —Vitelio sonrió—. Ese idiota pomposo se lo tenía merecido.

—Plinio no era mala persona. Cuidaba bien de mí. Tengo muchas cosas que agradecerle. En realidad, después me dio mucha pena, al menos durante un tiempo. Y luego Cato se enamoró de mí. —¿Qué diablos viste en él?

Lavinia hizo un mohín mientras pensaba sobre su atracción hacia el joven *optio*.

—Supongo que es guapo de alguna manera. Es alto y flaco, no hay duda, pero tiene unos ojos preciosos. Muy expresivos. Y también había algo muy triste en él. Siempre parecía estar preocupado por cómo lo veían los demás, nunca se sentía cómodo consigo mismo. Tal vez me dio lástima.

—No es precisamente un motivo adecuado para acostarse con él —protestó Vitelio.

—¡Oh, vamos! —Lavinia le dio un golpecito con el puño en el pecho—. ¿Por qué no tendrías que dormir con él? Me gustó. Y no tenía muchas oportunidades de verte mientras vivía con mi señora Flavia. ¿Qué se suponía que debía hacer?

—Esperar hasta que yo encontrara una manera de sacarte de allí.

—Entonces hubiera tenido que esperar para siempre. Si ahora estoy aquí únicamente es porque conseguí zafarme de mi señora. Si supiera dónde estoy me daría una paliza que no olvidaría en mucho tiempo.

—¿Estás segura de que no sabe que estás aquí? —Claro que no. Le diré que fui a dar un paseo y que a la vuelta me perdí. Sospechará, pero dudo mucho que adivine la verdad.

—¿Aunque nos viera juntos el otro día? Lavinia le presionó el pecho con el dedo.

—Le conté que me habías abordado y que yo te había dicho que me dejaras en paz porque amaba a Cato.

—¿Y te creyó? —Vitelio parecía escéptico.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Y ahora, ¿podemos hablar de otra cosa? Esta preocupación que tenéis los hombres por la lealtad física de vuestras mujeres es tediosa. Es como si vosotros vivierais según otros principios.

—Muy bien, de acuerdo —respondió Vitelio al tiempo que tiraba de ella para ponerla sobre su cuerpo y la besaba con una apasionada intensidad que sorprendió a Lavinia. Ella cerró los ojos y se abandonó a ese momento, inhaló su aroma y casi se marcó del deseo que le provocaba tal proximidad física. Cuando se apartó de su rostro y abrió los ojos, notó la dureza de su pene contra el muslo.

—Creí que habías dicho que no te sentías con fuerzas.

—Sabes cómo despertar el deseo en un hombre —Vitelio sonrió y deslizó la mano hacia el interior de los muslos de Lavinia—. Veamos qué se puede hacer.

Más tarde, después de la puesta de sol, un esclavo entró en la tienda y

encendió las lámparas en silencio antes de desaparecer. Bajo la pálida luz de los candiles Lavinia se levantó de la cama y bostezó al tiempo que estiraba sus esbeltos brazos por encima de la cabeza. El movimiento hizo que sus pechos se levantaran y Vitelio alargó el brazo y rodeó uno de ellos con la mano, maravillándose ante su suave tersura. Lavinia le permitió continuar un momento antes de apartarlo de un manotazo.

—¡Eh, tú, ya está bien! Tengo que volver a mi tienda. —¿Cuándo volveré a verte?

—Mañana, después del banquete del César, nos encontraremos aquí.

—¿Seguro que asistirás al banquete? —preguntó Vitelio.

—Sí, para servir a mi señora y al legado. Pero me muero de ganas de ver los entretenimientos que ha preparado el emperador. Seguro que es todo un espectáculo.

Lavinia recogió su túnica del suelo, donde había caído en los primeros momentos y se la pasó por la cabeza. Vitelio la observó con sus ojos oscuros y fríos y la cabeza apoyada en una almohada cilíndrica de seda.

—Lavinia, necesito que me hagas un favor.

La cabeza de la muchacha asomó por la parte superior de la túnica y ella tiró de los mechones de su cabellera para sacarlos del escote.

—¿Qué clase de favor? —Es una sorpresa para el emperador. Necesito que mañana por la noche lleves algo al banquete para mí.

—¿Qué es? —Está allí, encima de aquella mesa —dijo tranquilamente al tiempo que señalaba hacia una mesa baja, negra y con la superficie de mármol que había en una esquina en el otro extremo de la tienda. Lavinia fue hacia allí y cogió un objeto que, al alzarlo, brilló bajo la luz que proyectaban las lámparas de aceite. Era una daga, metida en una vaina de plata con incrustaciones de oro con unos arremolinados diseños célticos entre los cuales había engastados unos rubíes rojos como la sangre. El mango de la daga era de color negro azabache y tan bruñido que brillaba intensamente, con un enorme rubí engarzado en el oro del extremo del pomo.

—¡Es preciosa! —se maravilló Lavinia—. Nunca he visto nada parecido. Nunca. ¿Dónde la conseguiste?

—Me la mandó mi padre. Es un regalo para el emperador. Me dijo que se la entregara en cuanto hubiésemos capturado Camuloduno. Tráela aquí.

Lavinia volvió hacia la cama llevando la daga con reverencia.

—¡Qué cosa tan bonita! Al emperador le encantará. —Eso es lo que mi padre espera. Y yo creo que es la clase de regalo que es mejor ofrecer en una ocasión especial. Así que pensé que podría dárselo al emperador en el punto álgido de las celebraciones de mañana, ante todos sus invitados, para que vean la reacción de Claudio ante la muestra de lealtad y afecto de mi padre.

—Se morirán de celos. —Eso es exactamente lo que pensé —dijo Vitelio—.

Por eso necesito que me hagas un favor.

—¿Qué clase de favor?

—Necesito que lleves esto al banquete por mí. No está permitido llevar ningún tipo de arma en presencia del emperador. Su escolta registrará a todos los invitados formales, pero puedes entrar en el banquete por la cocina. Lo único que tienes que hacer es esconderla así —le metió la mano por debajo de la túnica y apretó la vaina contra el interior de su muslo. Lavinia dio un grito ahogado y se rió—. Tendrás que sujetarla para que no se caiga. Nadie sabrá que está ahí.

Lavinia volvió a coger la vaina y la contempló con una expresión preocupada.

—¿Qué ocurre? —¿Qué pasa si me registran y me la encuentran? —No te preocupes, Lavinia. Yo estaré ahí cerca. Si pasa algo parecido antes de que puedas dármele, intervendré y lo explicaré todo.

Lavinia lo miró de hito en hito. —¿Y si no lo haces?

La expresión en el rostro de Vitelio se transformó en una mezcla de dolor y enojo.

—¿Por qué iba a querer meterte en problemas? —No lo sé.

—Exactamente. No es muy probable que ponga en peligro a la mujer que amo, ¿no es cierto? —La rodeó con sus brazos, la acercó hacia su pecho y esperó a sentir la relajación de su cuerpo para continuar hablando—. Una vez estés dentro sirviendo a Flavia y a Vespasiano, vendré y recuperaré la daga tan rápidamente como pueda.

—¡Espero que no de una forma demasiado pública! —Claro que no. No sería correcto que un miembro de mi clase fuera visto manoseando a una esclava a la vista de todos.

—Gracias por preocuparte por mi reputación —replicó Lavinia con resentimiento.

—Sólo bromeaba, cariño. Tendremos que encontrar algún lugar tranquilo para que pueda recuperarla. —La estrechó cariñosamente entre sus brazos—. ¿Lo harás por mí? Significará mucho para mi padre, y me ayudará en mi carrera.

—¿Y yo qué saco con ello? —En cuanto tenga mi parte del botín de guerra te prometo que te compraré a Flavia. Después nos encargaremos del asunto de tu manumisión.

—Muy buena idea. ¿Pero por qué iba a querer venderme Flavia?

—No creo que fuera muy sensato negármelo —respondió Vitelio en voz baja—. Además, puedo presentarte al emperador durante el banquete y pedirle que te convierta en mi recompensa por haber salvado a la segunda legión de Togodumno. Vespasiano no podría negarse a ello. Parecería terriblemente desagradecido por su parte. Tú espera a que te haga una señal y entonces ven directamente hacia mí.

—Lo tienes todo calculado, ¿no es cierto? —dijo Lavinia con el ceño fruncido.

—Oh, sí.

—¿Y después que? —preguntó Lavinia, en cuyos ojos brillaba la esperanza.

—¿Después? —Vitelio tomó su mano, se la llevó a la boca y besó su piel suave—. Después podríamos causar un poco de escándalo y casarnos.

—Casarnos... —susurró Lavinia. Le echó los brazos al cuello y lo apretó contra ella con todas sus fuerzas—. ¡Te quiero!

Te quiero tanto que haría cualquier cosa por ti. ¡Cualquier cosa!

—¡Cálmate, casi no puedo respirar! —exclamó riéndose Vitelio—. Todo lo que te pido es este pequeño favor y que consientas en ser mi esposa en cuanto podamos hacer que eso sea posible.

—¡Oh, sí! —Lavinia le plantó un beso en la mejilla y se apartó enseguida—. Ahora debo irme. —Cogió la daga.

—Toma, envuélvela con esto. —Vitelio alargó la mano hacia un lado de la cama y le dio su pañuelo—. Será mejor que la lleves contigo, bien escondida, hasta el banquete. Es de esa clase de cosas por las que algunas personas podrían llegar a matar.

—Conmigo estará segura. Te lo prometo. —Sé que lo estará, cariño. Ahora tienes que irte. Cuando Lavinia hubo abandonado la tienda, Vitelio se tumbó en la cama con una petulante expresión de satisfacción. Después de todo, no había sido tan difícil arreglarlo. Cuando la esclava fuera presentada al emperador, los semblantes que pondrían Vespasiano y su esposa serían algo digno de verse.

Era una pena que no pudiera dejar con vida a Lavinia.

Era una amante consumada y demostraba una sofisticación en las más esotéricas artes del amor más elevada de lo esperable por su edad adolescente. Podría haber quedado bien, de su brazo, de vuelta a Roma; un trofeo para exhibirlo frente a sus iguales y un instrumento para comprar favores. Pero al ser ella la que introduciría la daga en el banquete, Vitelio se dio cuenta de que sabría demasiado y podría colocarlo en una posición peligrosa. Si su plan tenía éxito, ella se daría cuenta enseguida de que la había utilizado. Todavía no conocía la identidad del asesino que Carataco había encontrado para hacer el trabajo, todo gracias a ese idiota de Niso. Aún podría ser que Carataco le hiciera llegar un mensaje, pero si no lo hacía, a Vitelio sólo le quedaba esperar que el asesino se diera a conocer, de manera que pudiera darle la daga. En caso de que eso fallara, el cuchillo se ofrecería como obsequio de todas formas. Pero una cosa era segura, con o sin asesinato: no se podía permitir que Lavinia supiera todo lo que sabía y viviera para contar la historia.

Debía morir en cuanto le hubiera servido para su propósito. Lamentaría perderla, pero se consoló Vitelio— y a habría otras mujeres.

Capítulo LII

La zona de reunión se fue quedando cada vez más tranquila una vez que la cola de la procesión hubo salido del campamento y descendía por el sendero hacia Camuloduno. Unos distantes gritos de entusiasmo y el sonido de las trompetas seguían llegando hasta las interminables hileras de las tiendas de las secciones. Esparcidos por todo el suelo de turba apisonada había pétalos de flores y guirnaldas pisoteadas que se alzaban en torbellinos cuando el viento soplaba por el campamento. En lo alto, unas dispersas nubes grises cruzaban raudas el firmamento y amenazaban lluvia.

Todavía había unas cuantas personas dando vueltas por la zona de reunión, tanto romanos como gente de la ciudad. Estos últimos habían venido para presenciar el inicio de las celebraciones en que Claudio había rendido un homenaje formal al éxito de sus legiones mientras éstas marchaban ante él, cohorte tras cohorte, con los equipos y uniformes brillantes y limpios tras muchas horas de trabajo. En aquellos momentos las legiones habían recibido la orden de retirarse. El emperador y los estandartes marchaban en procesión por las calles llenas de baches de Camuloduno, bajo la protección de las unidades de guardia pretoriana. Mientras sus nuevos amos pasaban, los britanos que se alineaban a lo largo del trayecto los observaban con el hosco resentimiento de un pueblo conquistado.

Cato se acercó a la zona de reunión por la vía Pretoria después de haber dejado la armadura y las armas en su tienda. Poco antes de que la sexta centuria formara para el desfile, había recibido un mensaje de Lavinia. Le había pedido que se encontraran junto a las tiendas del cuartel general después de que la procesión hubiera seguido adelante hacia la ciudad. El mensaje era breve y escueto, sin ningún indicio de lo que quería decirle ni ninguna ternura personal.

Entró en la zona de reunión y se dirigió hacia el cuartel general buscándola con la mirada. La divisó enseguida, sentada sola en uno de los bancos de madera colocados sobre el montículo de turba que se había levantado entre la tienda y el área de reunión. Ella no lo había visto, sino que parecía estar examinando algo que sostenía en el regazo entre los pliegues de su túnica. Mientras Cato se acercaba por un lado, percibió el destello rojo y dorado antes de que ella se diera cuenta de su presencia y escondiera rápidamente el objeto envolviéndolo en un pañuelo de cuello de color escarlata. —¡Cato! ¡Ya estás aquí! —dijo con un tono nervioso en la voz—. Ven y siéntate a mi lado.

Él se sentó lentamente, guardando cierta distancia entre los dos. Ella no hizo ademán de estrechar las distancias como hubiese hecho en otras ocasiones, no mucho tiempo antes. Se quedó en silencio un momento, poco dispuesta a cruzar la mirada con él. Al final, Cato no pudo más.

—Bueno, ¿qué era lo que querías decirme? Lavinia lo miró con una expresión

amable que se acercaba peligrosamente a la compasión.

—No sé muy bien cómo decir lo que voy a decir, así que no me interrumpas.

Cato asintió con la cabeza y tragó saliva, nervioso. —He estado pensando mucho en nosotros estos últimos días, sobre lo alejados que están nuestros mundos. Tú eres un soldado, y uno muy bueno según mi señora. Yo sólo soy la esclava de una familia. Ninguno de nosotros tiene unas perspectivas particularmente buenas y eso significa que nunca podremos pasar mucho tiempo juntos... ¿Entiendes lo que quiero decir?

—¡Oh, sí! Me plantas. Bonita manera de decirlo, pero el remate es el mismo.

—¡Cato! No te lo tomes así. —¿Cómo tendría que tomármelo? ¿De una manera racional? ¿Dejar a un lado todos mis sentimientos y comprender lo razonable que estás siendo? —Algo parecido —respondió Lavinia con dulzura—. Es mejor eso que disgustarse de esta manera.

—¿Tú crees que esto es estar disgustado? —replicó Cato con el rostro lívido mientras el amor, la amargura y la furia le invadían el corazón—. Tendría que haberme imaginado cómo iba a terminar. Ya me advirtieron sobre ti. Debería haber escuchado, pero tú me utilizaste.

—¿Qué yo te utilicé? No recuerdo haber recibido ninguna queja sobre la manera como te traté aquella noche en Rutupiae. Me gustaste, Cato. Eso es todo. Lo demás sólo es la forma en que has interpretado la situación. Ahora que los dos nos hemos divertido es hora de seguir adelante.

—¿Eso es todo? ¿Estás segura? Es decir, ¿no hay nada más que deberías contarme?

—¿De qué estás hablando? —Lavinia lo miró con recelo.

—Exactamente no lo sé —respondió Cato con frialdad—. Solamente he pensado que podrías decir algo sobre el nuevo hombre que hay en tu vida.

—¿Un nuevo hombre?

—Perdona, tendría que haber dicho la renovación de tu relación con el hombre de tu vida.

—No sé a qué te refieres.

—¿En serio? Yo habría dicho que tus pequeñas sesiones con el tribuno Vitelio eran más memorables. Estoy seguro de que estaría de lo más dolido si supiera que puedes olvidarte de él con tanta facilidad. —Cato apretó el puño y, para evitar el impulso de golpear a Lavinia, lo metió en la túnica, encontró el vendaje de Niso y enrolló la mano con fuerza entre sus pliegues. Lo sacó y se lo quedó mirando sin ganas. Lavinia bajó la mirada con nerviosismo hacia las vendas y se apartó un poco; al cambiar de posición en el banco dejó más espacio entre los dos.

—Muy bien, Cato. Puesto que insistes en hacerte el ofendido, te lo contaré todo.

—Sería un cambio agradable. Ella no hizo caso de su sarcasmo y

correspondió a su mirada de ardiente odio con una expresión gélida.

—Conocí a Vitelio antes de conocerte a ti. No diría que fuimos amantes. Yo sí que sentía algo por él pero dudo que a él le pasara lo mismo, al principio. Pero con el tiempo su amor creció y entonces ese idiota de Plinio nos descubrió y lo echó todo a perder. Entonces te conocí a ti.

—Y te dijiste: «He aquí alguien al que puedo utilizar». —Piensa lo que quieras, Cato —replicó Lavinia encogiéndose de hombros—. Por aquel entonces, toda la seguridad que tenía en el mundo quedó destrozada. Tenía miedo y me sentía sola, y lo único que quería era un poco de apoyo. Cuando me di cuenta de que te gustaba, me tiré sobre ti.

—Si quieres ser del todo exacta, la preposición no es necesaria.

Lavinia lo fulminó con la mirada y sacudió la cabeza lentamente.

—Es muy típico de ti. Siempre el comentario sabiendo. ¿De verdad crees que es gracioso?

—No se supone que tuviera que serlo. Ahora no.

—Ni nunca. No te imaginas la rabia que me daba hacer el papel de joven esclava ingenua e ignorante.

—Me preguntaba de dónde provenía el aumento repentino de tu facilidad de palabra. Se te debe de haber contagiado del tribuno.

—¡Cato! ¡Haz el favor de no ser tan desagradable! —Se fulminaron con la mirada el uno al otro durante unos instantes antes de que Cato apartara la vista y la dirigiera hacia la venda que había estado enrollándose en el brazo. Mientras la miraba se quedó inmóvil.

—Me gustabas —continuó diciendo Lavinia con tanta delicadeza como pudo—. Me gustabas de verdad, en cierto modo, pero los sentimientos que tenía por Vitelio eran mucho más profundos, y cuando él... ¿Cato?

Cato movía la venda alrededor de su brazo con desesperación y no estaba escuchando.

—¿Cato? ¿Qué ocurre? —B... e... l... —leyó en voz baja cuando las marcas que había en el vendaje empezaron a alinearse— o... n... i... o. Belonio.

Belonio. Cato frunció el ceño ante aquel nombre antes de recordar a tres representantes tribales que le habían sido presentados formalmente a Claudio al inicio de la ceremonia de aquella mañana. Se puso en pie de un salto, miró a su alrededor y se precipitó hacia el travesaño que se extendía a lo largo de la línea de bancos. Lavinia lo observó con asombro. Cato se desenrolló rápidamente la venda de la mano y empezó a envolver con ella el travesaño con cuidado, al tiempo que la ajustaba para que las marcas quedaran alineadas.

—¡Cato! ¿Qué estás haciendo?

—¡Salvarle la vida al emperador! —respondió con excitación mientras seguía dándole vueltas al vendaje al mismo tiempo que leía—. ¡Ven, échame una mano!

Lavinia miró a Cato con una mezcla de frustración y desconcierto. Luego, mientras decía que no con la cabeza, se agachó junto al travesaño y terminó de enrollar el vendaje cuidadosamente en la barra. En cuclillas, Lavinia leyó el mensaje despacio y ajustó la venda con esmero para que las palabras se alinearan con precisión. Frunció el ceño al intentar comprender qué era lo que tanto había excitado a Cato. Cuando dirigió la mirada hacia la parte inicial, sus ojos se detuvieron en un nombre romano.

—¡Oh, no! —¿Qué pasa? —Nada —respondió Lavinia, incapaz de disimular su voz temblorosa.

Cato la apartó de un empujón y se inclinó sobre el travesaño. A sus espaldas, Lavinia se agachó. Antes de que Cato pudiera encontrar la frase que tanto la había alarmado, notó un movimiento brusco y levantó la vista... justo a tiempo de ver que Lavinia impulsaba el brazo en dirección a su cabeza. En la mano tenía una piedra grande y redonda.

No tuvo tiempo de agacharse, ni de proteger su cabeza. La piedra chocó contra un lado de su cráneo, el mundo estalló en una blancura brillante antes de volverse del color de la inconsciencia, negro como la brea.

—¡Vamos, muchacho!

Cato era vagamente consciente de que alguien lo sacudía, de una manera muy brusca. Lentamente la oscuridad se disipaba en una borrosidad lechosa; sentía una pesadez en la cabeza, como si fuera de madera. Poco a poco recuperó el sentido. Soltó un quejido.

—¡Eso es! ¡Despierta, Cato! Parpadeó y abrió los ojos, tardó un momento en fijar la vista y vio los conocidos rasgos toscos del centurión Macro que se le venían encima. Macro lo agarró por las axilas, lo levantó y lo dejó sentado.

—¡Ay! —Cato se llevó la mano a la cabeza e hizo un gesto de dolor cuando sus dedos tocaron un chichón del tamaño de un huevo pequeño.

—¿Qué demonios te ha pasado? —No estoy seguro —masculló Cato que todavía tenía la cabeza embotada. Entonces, el revoltijo de acontecimientos se aclaró rápidamente—. ¡Lavinia! ¡Tiene la venda! —¿Venda? ¿De qué estás hablando?

—La venda que le encontré a Niso. ¡Se la ha llevado! —¿Te golpeó porque quería una venda? —Macro miró a su *optio* con expresión preocupada—. Debe de haber sido un golpe en la cabeza más fuerte de lo que yo pensaba. Vamos, muchacho, al hospital.

—¡No! —Cato intentó ponerse en pie pero se mareó y tuvo que dejarse caer en el suelo otra vez—. En la venda hay un mensaje. Es una escítala.

—¿Una « exci » qué? —Una escítala, señor. Un método criptográfico griego. Enrollas una tira de tela alrededor de un trozo de madera y escribes tu mensaje. Cuando se desenrolla parece que las marcas no tengan sentido.

—Entiendo. —Macro asintió con la cabeza—. ¡Típico de esos malditos

griegos! Se pasan de listos. ¿Y qué había en ese mensaje que dices?

—Los detalles de un siniestro complot para asesinar al emperador.

—Ya comprendo, ¿y Lavinia te dejó sin sentido para robarte la venda?

—Sí, señor.

—¡Qué inoportuno! Cato se encaró con su centurión.

—¡Señor! Le juro, por todo lo que soy y por todo aquello en lo que creo, que había un mensaje en la venda. Debía de ser de Carataco. Decía que el emperador sería asesinado por Belonio durante las celebraciones de la victoria y que alguien tendría que proporcionarle un cuchillo después de que la escolta de Claudio lo hubiese registrado.

—¿Quién?

—Quienquiera que sea el destinatario del mensaje.

—¿No lo sabes?

—No lo leí entero —dijo Cato con desesperación—, Lavinia no me dejó.

Macro lo miró con el ceño fruncido, como si intentara descubrir si se trataba de algún tipo de broma rebuscada.

—Le ruego que me crea, señor. Es cierto. ¿Le he mentado alguna vez? ¿Lo he hecho, señor?

—Bueno, sí, lo has hecho. Cuando me dijiste que sabías nadar.

—¡Eso era distinto, señor!

—Mira, Cato —Macro cedió—. Voy a creerte. Aceptaré que lo que dices es cierto. Pero si resulta que no lo es, entonces te romperé todos los huesos del cuerpo, ¿entendido?

Cato movió la cabeza en señal de afirmación. —Muy bien. Veamos, ¿dónde es probable que haya ido esa chica tuya con esa venda?

—A ver a Vitelio. Tiene que ser él. Tiene que ser él el que conspira con los britanos.

—¡Ya anda otra vez con las tretas de siempre! —exclamó Macro con un suspiro—. A ese tipo no le vendría nada mal una espada entre los omóplatos en una noche oscura. Será mejor que vayamos a ver si podemos encontrar a Lavinia. Vamos.

Volvieron a toda prisa a la zona del vasto campamento ocupada por la segunda legión y se dirigieron a la hilera de tiendas de los oficiales. La tienda del tribuno superior estaba al final de la línea, era la más próxima al cuartel general de la legión y los dos guardias que Vitelio tenía asignados se hallaban bajo los flecos del toldo, con las manos en el borde del escudo y las lanzas apoyadas en el suelo. Cuando Cato y su centurión se acercaron a los guardias, Macro esbozó una afable sonrisa y los saludó con la mano.

—¿Todo bien, muchachos? Ellos asintieron cansinamente con la cabeza.

—¿Está el tribuno?

—Sí, señor.

—Dile que tiene invitados.

—Lo siento, señor, no puedo hacerlo. Son órdenes estrictas. Tiene una visita y no se le puede molestar.

—Entiendo. Una visita. —Macro les guiñó un ojo—. ¿Por casualidad no habrá recibido a una joven de pelo negro?

Los guardias cruzaron una rápida mirada. —Lo que yo pensaba. A Cato le entraron náuseas. Lavinia estaba allí, en la tienda de Vitelio, « de visita ».

De pronto se dirigió a grandes pasos hacia la tienda, dispuesto a matar.

—¡Lavinia! ¡Sal aquí fuera! Uno de los guardias, entrenado para reaccionar al instante ante cualquier amenaza hacia aquellos que protegía, dejó caer la lanza y la metió entre las piernas de Cato. Interceptó su tobillo y el *optio* tropezó y se cayó. Antes de que pudiera reaccionar, ya tenía encima al guardia con la punta de la lanza peligrosamente cerca de su garganta.

—¡Tranquilo! —Macro calmó al guardia—. Tranquilo. El chico no es peligroso.

El faldón de entrada a la tienda se levantó y el tribuno Vitelio, con una toga de seda, salió fuera con la cabeza por delante al tiempo que gritaba enojado:

—¿Qué es todo este maldito alboroto? —Vio a Cato tendido en el suelo y a Macro de pie junto al guardia que amenazaba con atravesar al joven—. ¡Vaya! ¡Pero si son mi Némesis y su pequeño acólito! ¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros? Que sea breve. Tengo a una deslumbrante señorita esperando.

El calculado comentario provocó el efecto deseado y Cato agarró el astil de la lanza que tenía encima y se la arrancó de las manos al guardia. Echó hacia atrás el extremo con fuerza y le dio un fuerte golpe en la cara al soldado que le hizo un profundo corte en la frente y lo dejó sin sentido. Antes de que el otro guardia pudiera reaccionar Cato ya se había puesto en pie de un salto y levantaba la lanza, dispuesto a clavársela al tribuno en las tripas. Pero no llegó a hacerlo. Una rápida patada en la parte de atrás de la rodilla lo volvió a tirar al suelo. Pero en esa ocasión sobre su cuerpo había otro que lo sujetaba.

—¡No te levantes! —dijo Macro entre dientes junto a su oído—. ¿Me oyes, maldita sea?

Cato trató de forcejear y enseguida recibió un rodillazo en la entrepierna. Se dobló en dos a causa del dolor y sintió que iba a vomitar. Macro se volvió a poner en pie rápidamente.

—Lo siento, señor. El muchacho está pasando una época de mucha tensión últimamente.

—No te preocupes, centurión —oyó Cato que respondía Vitelio—. Tiene un feo corte en la cabeza. Os daría una venda, pero resulta que acabo de quemar la última de las mías...

Hubo un momento de silencio; incluso Cato dejó de moverse. Entonces Macro tiró de él para levantarlo y lo alejó del tribuno de un empujón.

—Lamento que lo hayamos molestado, señor. Me encargaré de que el muchacho no vuelva a importunarle.

—No tiene importancia —respondió Vitelio cansinamente.

—Vámonos —dijo Macro con dureza, y con otro empujón apartó a Cato de la tienda—. ¡Eso te enseñará a no faltarles al respeto a tus oficiales!

Cuando ya estaban lo bastante lejos para que no pudieran oírles, Macro se inclinó hacia Cato y le dijo entre dientes: —Has tenido una suerte endiablada de salir de ésta con vida. De ahora en adelante vas a escucharme y a obedecerme.

—Pero, el emperador... —¡Cierra el pico, idiota! ¿No te das cuenta de que intentaba que le pegaras? Ya sabes cuál es la pena por atacar a un oficial. ¿Quieres que te crucifiquen? ¿No? Pues quédate calladito.

Cuando estuvieron fuera del alcance de la mirada de Vitelio, Macro agarró a Cato por el cuello de la túnica y lo acercó a él. —¡Cato! ¡Espabila! Tenemos que hacer algo. Pronto empezará el banquete y tenemos que encontrar la manera de detener a Vitelio.

—¡Que se joda Vitelio! —masculló Cato—. Más tarde. Ahora tenemos que salvar al emperador.

Capítulo LIII

—No está mal —comentó Vespasiano con la boca llena de un pastelito salado—. Nada mal.

—Ten cuidado. Te están cayendo migas por todas partes. —Flavia las sacudió de los pliegues de la túnica de su marido—.

Francamente, diría que un hombre adulto tendría que dedicar un poco más de tiempo a pensar en las consecuencias de lo que elige comer.

—No me echas la culpa, culpalo a él. —Vespasiano agitó el pastelito hacia Narciso, que estaba de pie a un lado de la mesa del emperador mientras su amo picaba de un plato de setas con ajo—. —Él ha decidido el menú y lo ha hecho de primera. Por cierto, ¿esto qué es?

Flavia tomó una de las pastas y la olfateó con la refinada reflexión de aquellos que han sido educados para mirar por encima del hombro los esfuerzos de los demás.

—Es carne de venado (a lo que podría añadir que ha estado colgada más tiempo del necesario) adobada con salsa de escabeche de pescado antes de desmenuzarla, mezclarla con hierbas y harina y hornearla.

Vespasiano la miró con manifiesta admiración y luego volvió la vista a los restos de su pastelito.

—¿Cómo sabes todo eso? ¿Sólo por el olor?

—A diferencia de ti, yo me molesté en leer el menú.

Vespasiano esbozó una sonrisa gentil.

—¿Qué más hay en el menú, ya que tú eres la experta?

—No tengo ni idea. Sólo llegué a leer los entrantes, pero me imagino que no es más que una repetición de todos los banquetes que Claudio ha celebrado hasta ahora.

—Un animal de costumbres, nuestro emperador.

—De las costumbres de Narciso, por desgracia. El menú tiene su impronta por todas partes: elegido con escrupulosidad, pretencioso y con muchas posibilidades de dejarte una sensación de náusea en el estómago.

Vespasiano soltó una carcajada y, de forma espontánea, se acercó a su esposa y la besó en la mejilla. Ella aceptó el beso con una expresión de sorpresa.

—Lo siento. No pretendía asustarte —dijo Vespasiano—. Es que, por un momento, parecía como en los viejos tiempos.

—No tiene por qué parecer otra cosa, esposo. Si no me trataras con tanta frialdad.

—Frialdad —repitió Vespasiano, y la miró a los ojos—. Eso no es lo que tú me inspiras. Nunca te he querido más que ahora. —Se acercó más a ella y siguió hablando en voz baja—. Pero tengo la sensación de que no te conozco. Desde que me dijeron que estabas relacionada con los Libertadores.

Flavia le tomó la mano y la apretó con fuerza. —Te he contado todo lo que necesitas saber. Te he dicho que no tengo ningún contacto con esa gente. Ninguno.

—Tal vez ahora no. Pero, ¿y antes? Flavia sonrió tristemente antes de responder con una voz clara y queda:

—No tengo ningún contacto con ellos ahora. Esto es cuanto puedo decirte. Si te contara algo más podría ponerte en peligro, y tal vez a Tito también... y al otro niño.

—¿El otro niño? —Vespasiano frunció el ceño antes de caer en la cuenta. Dejó de masticar la pasta, cogió aire para decir algo y de pronto empezó a ahogarse con las migas del pastelito. Se le puso la cara roja mientras tosía desesperadamente para intentar aclararse la garganta. Las cabezas empezaron a volverse y, en la mesa de honor, Claudio levantó la mirada, observó el espectáculo y volvió los ojos a su comida, aterrorizado. Narciso se acercó a él a toda prisa para tranquilizarlo y rápidamente mordisqueó una de las setas del plato de Claudio.

Flavia le daba golpes en la espalda a su marido, tratando de librarlo de la obstrucción hasta que, por fin, Vespasiano volvió a respirar y, con lágrimas saltándole de los ojos, atrapó las manos de Flavia para que dejara de vapsearle.

—Estoy bien. Estoy bien. —¡Creí que te morías! —Flavia estaba a punto de romper a llorar y, de pronto, se empezó a reír de los dos, con lo cual los demás comensales volvieron a quedarse tranquilos—. ¿Qué demonios te ha pasado?

—El bebé —logró decir Vespasiano antes de volver a toser—.

¿Estás esperando otro bebé?

—Sí —respondió Flavia con una sonrisa antes de mandar a Lavinia a buscar un poco de agua para su marido.

Vespasiano, todavía con la cara roja, se inclinó y rodeó a su mujer con los brazos, ocultando el rostro entre su hombro y su cuello.

—¿Cuándo lo concebiste? —En la Galia, poco antes de que llegáramos a Gesoriaco. Hace más de cuatro meses. Espero el bebé para primeros del año que viene.

—¡Vespasiano! —gritó Claudio por encima del barullo de las conversaciones que, de repente, se apagaron—. ¡Eh, Vespasiano!

Vespasiano soltó a su esposa y se volvió rápidamente.

—¿César?

—¿Te encuentras bien?

—Perfectamente bien, César.

—Se volvió hacia su esposa con una sonrisa—. En realidad, estoy de maravilla.

—Pues no lo pa-pa-parece. ¡Hace un m-mo-momento parecías estar a punto de estirar la pata! Estaba pensando que me había salvado de milagro, que alguien te había envenenado por error.

—Nada de veneno, César. Acabo de enterarme de que voy a tener otro hijo.

Flavia se ruborizó y fijó la mirada en sus manos con apropiada modestia. Claudio alargó la mano para coger su copa de oro llena de vino y la alzó en su dirección.

—¡Un brindis! Que el próximo Flavio que ha de nacer viva para servir a su emperador con tanta distinción como su padre, y como su tío, por supuesto. — Claudio movió la cabeza en dirección a Sabino, que esbozó una débil sonrisa. El resto de invitados que había en el enorme e intensamente iluminado salón de los catuvelanios coreó el brindis y Vespasiano inclinó la cabeza en señal de agradecimiento. Pero la desenfadada mención por parte del emperador de un posible intento de asesinato volvió a recordarle a Vespasiano sus temores sobre lo que Adminio le había contado y echó un vistazo por el salón al tiempo que observaba con recelo al contingente britano. Venutio, los patriarcas de los trinovantes y una veintena de otros nativos estaban sentados con cohibida incomodidad a la derecha del emperador, no muy lejos.

—¿Por qué tardará tanto esa condenada de Lavinia? —masculló Flavia al tiempo que paseaba su mirada por el salón—. Sólo tenía que traerte un vaso de agua...

Un acre aroma a especias con un subyacente olor, más intenso, a salsas y a carne que se cocinaba, inundó el olfato de Cato cuando él y Macro entraron en la zona abierta de la cocina situada en la parte de atrás del gran salón. Unos enormes calderos hervían sobre los fogones de los que se ocupaban unos sudorosos esclavos mientras los cocineros trabajaban sobre unas largas mesas montadas sobre caballetes preparando la plétora de platos requeridos en un banquete imperial.

—¿Y ahora qué? —susurró Cato.

—Tú haz lo mismo que yo. El centurión se dirigió hacia la puerta de marco de madera que daba a uno de los lados del formidable salón. Un fornido esclavo de palacio vestido con una túnica de color púrpura levantó la mano mientras se acercaban.

—¡Apártate de mi camino! —exclamó Macro con brusquedad.

—¡Alto! —respondió el esclavo con firmeza—. No se puede entrar sin autorización.

—¿Autorización? —Macro le devolvió una mirada fulminante—. ¿Quién dice que necesito autorización, esclavo?

—Por aquí sólo entran los esclavos de la cocina. Pruebe por la entrada principal del salón.

—¿Quién lo dice? —Son las órdenes que tengo, señor. Directamente de Narciso en persona.

—Narciso, ¿eh? —Macro se le acercó y bajó la voz—. Tenemos que ver al legado de la segunda ahora mismo.

—No sin autorización, señor. —Vale, muy bien, ¿quieres ver mi autorización? —Macro metió la mano izquierda en su portamonedas y en el instante en que los ojos del esclavo siguieron aquel gesto, el centurión le propinó un tremendo gancho con la derecha. Al esclavo se le fue la mandíbula hacia atrás y cayó como un saco lleno de piedras. Macro se sacudió la mano al tiempo que miraba a la maltrecha figura que tenía a sus pies—. ¿Qué te parece esta autorización, bobo de mierda?

Los esclavos de la cocina observaban nerviosos al centurión.

—¡Volved al trabajo! —gritó Macro—. ¡Ahora! Antes de que recibáis el mismo trato que él.

Por un momento no hubo ninguna reacción y Macro dio unos pasos hacia el grupo de cocineros más cercano mientras desenfundaba su espada lentamente. Volvieron al trabajo de inmediato. Macro echó un vistazo a su alrededor con el ceño fruncido, desafiando a todos los demás a que le retaran hasta que todos los cocineros volvieron a sus quehaceres.

—Vamos, Cato —dijo Macro con calma, y agachó la cabeza para cruzar la puerta hacia el gran salón. Cato lo siguió hacia las sombras, detrás de un contrafuerte de piedra. Los envolvió una cálida atmósfera viciada.

—Quédate aquí atrás —ordenó Macro—. Necesito tantear el terreno.

Macro atisbó por el contrafuerte. El inmenso espacio estaba iluminado por innumerables lámparas de aceite y velas de sebo sujetas en enormes travesaños de madera que colgaban mediante poleas de las oscuras vigas que había en lo alto. Bajo su luz ambarina, los cientos de invitados estaban tendidos sobre triclinios situados a lo largo de tres de los lados del salón. Ante ellos había unas mesas repletas de la mejor gastronomía que los cocineros imperiales pudieron procurar. El vocerío de las conversaciones y las risas abrumaba a los cantantes griegos que se esforzaban por hacerse oír desde una tarima situada detrás de la mesa principal, donde estaba recostado el emperador solo. En el espacio que quedaba entre las mesas había un oso encadenado a un perno del suelo. El oso gruñía y daba zarpazos a una jauría de perros de caza que daban vueltas a su alrededor y le mordían siempre que bajaba la guardia por algún lado. Uno de los perros fue alcanzado por una zarpa y, con un aullido agudo, salió volando por los aires y se estrelló estrepitosamente contra una mesa. Comida, platos, copas y vino saltaron por los aires mientras que una de las invitadas daba un chillido de horror cuando la sangre le salpicó la estola de color azul pálido que llevaba.

Al tiempo que los rugidos de ánimo dirigidos al oso se iban apagando, Macro volvió la mirada hacia el contingente britano que estaba sentado a un lado del emperador. La mayor parte de los britanos habían sucumbido a la debilidad celta por la bebida y se mostraban escandalosos y torpes mientras daban gritos de entusiasmo ante la pelea de animales. Sin embargo, había unos cuantos que estaban sentados en silencio, picando de la comida y observando el espectáculo

con un desdén apenas disimulado. En el triclinio más próximo al emperador había un joven britano que mordisqueaba una hogaza de pan en forma de trenza a la vez que miraba fijamente al suelo que tenía delante, completamente ajeno a la atmósfera que imperaba en el banquete.

—Allí está nuestro hombre... Belonio, quiero decir. —Macro le hizo un gesto con la mano a Cato para que se acercara—. ¿Lo ves?

—Sí, señor. —¿Crees que deberíamos saltarle encima? —No, señor. Ya no tenemos pruebas. Tenemos que intentar hablar con el legado, o con Narciso.

—El liberto no se separa un momento de su amo, pero no veo al legado.

—Allí. —Con un gesto de la cabeza, Cato señaló hacia el otro lado del salón. Vespasiano tenía la cabeza vuelta hacia otro lado y besaba a su mujer. De pie detrás de ellos estaba Lavinia, que reía alegremente mientras miraba al atormentado oso. Una hirviente mezcla de celosa aversión y recordado afecto le subió a Cato por la boca del estómago. Lavinia miró a un lado y sonrió. Cato siguió su mirada y vio a Vitelio, sentado con un grupo de oficiales del Estado Mayor enfrente de los britanos. El tribuno miraba por encima de su hombro y le devolvía la sonrisa a Lavinia, lo cual provocó que Cato apretara los puños y frunciera la boca.

—Allí está Vitelio, junto al emperador —susurró Macro.

—Ya lo he visto.

—¿Y ahora qué? —Macro volvió a situarse detrás del contrafuerte con cuidado y miró a su *optio*—. ¿Narciso o Vespasiano?

—Vespasiano —decidió Cato inmediatamente—. Hay demasiados de esos guardaespaldas germanos alrededor de Narciso. No tendríamos oportunidad de que nuestro mensaje llegara a su destino a través de todos éstos. Esperemos a que sirvan el próximo plato y utilicemos a los camareros para acercarnos al legado sin que nos vean.

—¿Esperar? No podemos permitirnoslo. Esos de ahí fuera no tardarán en recuperar el valor para ir a buscar ayuda.

—Señor, ¿qué cree que ocurriría si nos descubren aquí sin invitación ni autorización y armados?

—De acuerdo. Esperaremos un poco más. Cuando se agacharon tras el contrafuerte, los salvajes gruñidos y rugidos de la pelea de animales llegaron a un punto culminante. Los invitados al banquete daban gritos de entusiasmo y aullaban como si ellos también fueran bestias mientras el oso y los perros se destrozaban mutuamente con una furia espantosa. Con un último aullido agudo que quedó ahogado de inmediato por el rugido triunfal del oso, la lucha llegó a su fin y las ovaciones de la audiencia terminaron convirtiéndose en ruidosas conversaciones. Cato se arriesgó a echar un vistazo tras el contrafuerte de piedra toscamente tallada y vio que una docena de fornidos britanos se llevaba con cadenas al oso, de cuyas fauces y numerosas heridas goteaba sangre. A sus

destrozadas víctimas las sacaron de allí arrastrándolas con unos ganchos.

Se oyó un fuerte batir de palmas proveniente del exterior del salón y las puertas se abrieron de golpe para dejar paso a docenas de esclavos imperiales que empezaron a circular por los lados del salón. —¡Vamos! —dijo Cato entre dientes al tiempo que le tiraba del brazo a Macro. Ambos se pusieron en pie y se unieron a los esclavos con disimulo, abriéndose paso entre la multitud de artistas e invitados. A Cato le latía con fuerza el corazón, sentía frío y tenía miedo ante el espantoso riesgo que estaba corriendo. Si los descubrían, lo más probable era que los mataran en el acto, antes de que tuvieran oportunidad de explicar su presencia. Cato vio a Lavinia de pie detrás de sus amos. Un poco más allá, Vitelio se había levantado de su triclinio y le hizo señas a Lavinia. Con una rápida mirada para asegurarse de que su ama no miraba, ésta corrió con ligereza hacia el tribuno. El corazón de Cato se endureció al ver esto y tuvo que obligarse a apartar a Lavinia de su pensamiento.

Con Macro a su lado, Cato se escurrió entre el gentío y se colocó detrás de Vespasiano. En ese preciso momento Flavia volvió la cabeza y frunció el ceño al ver a los dos soldados entre los esclavos. Entonces sonrió al reconocer a Cato. Le tiró de la manga a su marido.

Al otro extremo del enorme salón, el jefe de camareros dio unas palmadas y los esclavos se acercaron a las repletas mesas de los invitados.

—Señor —dijo Cato en voz baja—. Señor, soy yo, Cato.

Vespasiano levantó la vista y tuvo exactamente la misma reacción que su esposa.

—¿Qué demonios ocurre, *optio*? ¿Y tú, Macro? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Señor, no hay tiempo para explicaciones —susurró Cato en tono apremiante. Vio que Vitelio tomaba a Lavinia de la mano y la conducía hacia la mesa del emperador—. El asesino sobre el que nos advirtió Adminio está aquí.

—¿Aquí? —Vespasiano puso los pies en el suelo y se levantó—. ¿Quién es?

—Belonio.

Los ojos del legado se dirigieron instantáneamente hacia el grupo de britanos, que en aquel momento estaban todos borrachos y dando gritos, todos excepto Belonio. Él también estaba de pie con una mano escondida entre los pliegues de su túnica.

—¿Cómo sabes que es él? —Giró sobre sus talones para mirar a Cato—. ¡Rápido!

En la mesa del emperador, Claudio se relamía mientras recorría con la mirada a la atractiva esclava que tenía ante él. Lejos de estar nerviosa por la perspectiva de ser presentada a su emperador, la chica sonreía con timidez.

—¡Qué mujer! —exclamó Claudio apreciativamente.

—Ya lo creo, César —coincidió Vitelio—. Y es muy servicial.

—No lo dudo —Claudio le sonrió a Lavinia—. ¿Y de verdad estás dispuesta a

entregarte a tu emperador?

Lavinia frunció el ceño y se volvió hacia Vitelio con inquietud, pero el tribuno miraba fijamente hacia delante, totalmente indiferente ante las insinuaciones del emperador.

—¿Y bien, jo-jovencita? Vitelio dirigió una rápida mirada hacia los invitados tribales y luego se volvió hacia su emperador.

—Tal vez al César le gustaría echar un vistazo más de cerca a la mercancía.

Sin previo aviso, agarró la túnica de Lavinia por los hombros y le dio un fuerte tirón hacia abajo hasta dejar sus pechos al descubierto. Lavinia dio un grito y se resistió, pero Vitelio la sujetó con fuerza. Todas las miradas se volvieron hacia ellos.

Hubo un repentino movimiento a la derecha del emperador cuando Belonio salió disparado de repente y echó a correr hacia él, con una daga que brillaba en su mano bajada. Cato fue el primero en reaccionar: de un salto se subió a la mesa que había frente a su legado y se precipitó por el salón hacia Belonio.

—¡Detenedle! —gritó Cato. Belonio lanzó una mirada de reojo, con los ojos encendidos de un fanático y un gruñido con el que enseñó los dientes, y siguió corriendo hacia el emperador. Cato se precipitó de cabeza sobre el asesino y lo agarró de la pierna. Sujetándola con fuerza, consiguió derribar a Belonio. Ambos cayeron hacia delante, pero Cato volvió a asir rápidamente al otro y le clavó los dedos por un momento antes de que Belonio pegara una patada con el pie que tenía libre, la cual impactó de lleno en la cara del *optio*. Cato soltó la mano instintivamente y Belonio se zafó, se puso en pie apresuradamente y volvió a lanzarse hacia el emperador.

Los guardaespaldas germanos, que se habían distraído momentáneamente con la exhibición de Lavinia por parte de Vitelio, corrieron a situarse entre su señor y Belonio. Claudio tenía las manos levantadas para taparse la cara y profirió un grito tembloroso. El britano siguió corriendo, con la daga preparada en la mano y sin levantar el brazo, directo hacia el emperador. Cuando alcanzó al primer guardaespaldas, el germano se echó hacia atrás y le pegó al britano con el escudo en la cabeza. Belonio se estrelló contra el suelo de piedra.

—¡Guardias! —gritó Narciso—. ¡Guardias! Vitelio sólo tardó un segundo en darse cuenta de que el asesino había fallado. Le arrebató la daga del cinturón a uno de los guardaespaldas y él mismo se echó encima del britano. Los guardias se estaban acercando pero, cuando llegaron allí, todo había terminado. Vitelio se levantó y se quedó de rodillas, con la mejilla y la parte delantera de su túnica manchadas de sangre. Belonio yacía a sus pies, muerto, con el mango de la daga del guardaespaldas asomándole por debajo de la barbilla. La hoja le había atravesado el cuello y se había clavado en su cerebro, y los ojos se le salían de las órbitas, con una expresión de sorpresa. Un hilo de sangre oscura se formó en la comisura de su boca abierta y le bajó por la mejilla.

El britano tenía en la mano la empuñadura enjoyada de la daga celta que Lavinia había introducido a escondidas en el salón. Ella bajó la vista hacia la daga, luego miró a Vitelio con una expresión de terror y retrocedió poco a poco, apartándose de él, al tiempo que apretaba la estropeada túnica contra su pecho.

Los guardaespaldas avanzaron con las armas desenfundadas. Desde el otro extremo, los invitados a la cena y los esclavos que la servían se precipitaron hacia allí para verlo mejor. Cato se puso en pie y se encontró rodeado de personas que se agolpaban. Miró a su alrededor y vio que Claudio estaba a salvo. Narciso rodeaba al emperador con un brazo y gritaba órdenes para que despejaran el salón. Cato volvió la cabeza y buscó con la mirada a Lavinia, preocupado. Entonces la vio forcejeando con Vitelio, que la tenía agarrada e intentaba llevársela a un lado.

Los guardaespaldas del emperador obligaban a la muchedumbre a alejarse de Claudio a punta de espada. A la vista de las armas se oyeron gritos de pánico y la multitud retrocedió, arrastrando a Cato, que perdió de vista al tribuno y a Lavinia. Alguien le agarró del brazo con fuerza, le hizo dar la vuelta y se encontró frente a Macro.

—¡Salgamos de aquí! —gritó Macro—. Antes de que llegue la guardia pretoriana y algún idiota empiece una masacre.

—¡No! ¡Antes tengo que encontrar a Lavinia!

—¿A Lavinia? ¿Y para qué demonios quieres encontrarla? ¡Creía que esa puta colaboraba con Vitelio!

—¡No voy a abandonarla, señor!

—Ya la buscarás después. Ahora vámonos.

—¡No! —Cato se soltó de un tirón y avanzó a empujones en dirección al lugar donde había visto a Lavinia forcejeando con Vitelio. Sin hacer caso de la gente que lo rodeaba, Cato se abrió camino a la fuerza. A sus espaldas oyó que Macro lo llamaba y le gritaba enojado que saliera del salón. Entonces, justo delante de él, una mujer dio un chillido y, por entre el gentío, vio a Vitelio empapado de sangre y sosteniendo un cuchillo del que caían gotas carmesíes. Su mirada se cruzó con la de Cato y frunció el ceño. Entonces Vitelio echó un vistazo a los rostros aterrorizados que lo rodeaban, le sonrió una vez a Cato, retrocedió hacia donde estaban los guardias del emperador y, una vez allí, dejó caer el cuchillo y levantó las manos. Claudio lo vio y al instante fue corriendo hacia él y lo tomó de las manos, con una radiante sonrisa de gratitud en su rostro.

Cato siguió adelante a empujones, esforzándose por vislumbrar a Lavinia. Se le enganchó el pie en algo y estuvo a punto de tropezar. Al mirar al suelo vio que lo tenía atrapado entre los pliegues de una túnica. La túnica envolvía la figura inmóvil de una mujer que estaba tendida en el suelo sobre un charco de sangre que se extendía y apelmazaba los largos mechones de oscuro cabello. Cato sintió que un escalofrío de horror le recorría el cuerpo.

—¿Lavinia?

La apiñada muchedumbre se arremolinaba y se apretujaba por todas partes y Cato se arrodilló junto al cuerpo y le apartó el pelo de la cara con mano temblorosa. Los ojos sin vida de Lavinia estaban abiertos, sus pupilas grandes y oscuras, su boca ligeramente abierta que revelaba unos dientes blancos. Por debajo de la barbilla tenía un corte tan profundo en el cuello que a través de los tendones y arterias cercenadas se veía el hueso.

—Oh, no... ¡No! —¡Cato! —le bramó Macro al oído cuando al fin pudo abrirse paso hasta su *optio*—. Vamos... ¡Oh, mierda!

Durante un breve momento ninguno de los dos se movió y entonces Macro volvió a ponerse en movimiento rápidamente y con brutalidad obligó a Cato a ponerse en pie.

—Está muerta. Muerta, ¿entiendes lo que te digo? Cato movió la cabeza afirmativamente. —Debemos irnos. ¡Ahora! Cato se dejó arrastrar por Macro dentro de la multitud presa del pánico; el centurión apartaba a la gente a patadas y empujones en su desesperado intento por sacarlos a ambos del salón antes de que la guardia pretoriana se sumara a la confusión.

—¡Rápido! —Macro agarró a Cato del brazo y tiró de él en dirección a la entrada lateral más próxima—. ¡Por aquí!

Apenas consciente de lo que ocurría, Cato notó que lo empujaban fuera del salón y la última imagen que ardió en su mente fue la del emperador estrechando a Vitelio entre sus brazos como su salvador.

Lavinia había muerto y Vitelio era un héroe. Lavinia había muerto asesinada por Vitelio. Cato se llevó la mano a la daga. Sus dedos se tropezaron con el mango y lo ciñeron con fuerza.

—¡No! —le bramó Macro al oído, con dureza—. ¡No, Cato! ¡No vale la pena!

Macro lo alejó, a rastras, del gentío que gritaba y chillaba y lo empujó por la pequeña puerta lateral.

Una vez fuera del edificio, Macro se llevó a Cato hacia las sombras justo cuando los primeros pretorianos entraban en tropel en el salón y empezaban a reunir a los esclavos. Gritos y chillidos se alzaron en el aire.

Cato inclinó la cabeza hacia atrás y la apoyó contra la tosca pared de piedra. Sobre él, en las alturas, sin que los lamentables detalles de la existencia humana lo molestaran o preocuparan, se hallaba el firmamento, con una plácida reunión de estrellas rutilantes. Pero tenía un aspecto muy frío, más frío incluso que la desesperación que, como si fuera un torno, le oprimía el corazón y le aplastaba toda voluntad de vivir.

—Venga, muchacho. Cato abrió los ojos y parpadeó tratando de contener las lágrimas. La figura de Macro, oscurecida contra las estrellas, se erguía por encima de él con la mano extendida. Por un momento Cato quiso quedarse allí,

que los pretorianos lo descubrieran con su cuchillo y acabaran rápidamente con su agonía.

—Ella está muerta, Cato. Tú aún sigues vivo. ¡Así son las cosas! ¡Y ahora, vamos!

Cato dejó que lo pusiera en pie. Con un suave empujón, Macro lo alejó del salón de vuelta a la seguridad del campamento de la segunda legión.

Capítulo LIV

Algunos días después, el emperador abandonó la isla para regresar a Roma. Narciso había recibido la noticia de que, en ausencia de Claudio, algunos de los senadores habían empezado a cuestionar por lo bajo la idoneidad del emperador para su puesto. Si hubieran dejado pasar el tiempo, aquellos tímidos comentarios bien podrían llegar a hacerse oír. Era el momento oportuno para volver a la capital. Sin demora, se mandó llamar a la armada para que se dirigiera río arriba hasta Camuloduno y el bagaje imperial se cargó a toda prisa bajo cubierta. Había una larga hilera de barcos de guerra amarrados a lo largo del rudimentario muelle y los esclavos sudorosos corrían de aquí para allá por las pasarelas, animados por los sobrecargos del emperador, que manejaban las varas con su habitual falta de comedimiento.

No todos los miembros del séquito del emperador iban a abandonar Britania. A Flavia y a algunas de las esposas de los demás oficiales les habían dado permiso para pasar el otoño y el invierno con sus maridos antes de volver a Roma a comienzos de la próxima temporada de campaña. A Flavia no le hacía ninguna gracia tener que pasar otro gélido invierno más en el inclemente extremo septentrional del Imperio. Britania no era un lugar apropiado para dar a luz al hijo que esperaba. En cierto modo esperaba que Vespasiano declinara su ofrecimiento y la mandara de vuelta a Roma con Tito. Pero se había empeñado en que se quedara con él y le hizo notar que no debía viajar en su estado. En su fuero interno, lo que quería era alejarla de las peligrosas intrigas políticas de Roma, mantenerla fuera del alcance de la influencia de los Libertadores.

La mañana de la partida oficial amaneció con un cielo despejado y una ligera brisa. Bajo el aire fresco y la pálida luz, los soldados de la segunda legión se levantaron temprano en sus tiendas empapadas de rocío para tomar un rápido desayuno y prepararse para las ceremonias del día. A la segunda se le había concedido el honor de escoltar al emperador desde el campamento, pasando por Camuloduno, hacia el muelle donde embarcaría en su nave capitana. Tenían que llevar las vestiduras ceremoniales completas y a todos los soldados les habían dado las cimeras de rígida crin de color rojo para los cascos. Todas las piezas del equipo tenían que estar inmaculadas y los centuriones realizaron una minuciosa inspección de los hombres de sus centurias antes de conducirlos a la plaza de armas, donde la legión estaba formando.

Los estandartes ondeaban con la brisa y las capas de color escarlata de los oficiales se agitaban a sus espaldas mientras la legión permanecía en posición de descanso y esperaba en silencio el inicio de la procesión. Plinio volvía a ser tribuno superior ahora que Claudio había interrumpido el servicio de Vitelio como tribuno para que pudiera regresar a Roma con él y ser presentado en la capital como el hombre que había salvado al emperador del cuchillo de un asesino.

Mucho más atrás en las filas de la legión se encontraba Cato, a un paso de distancia por el lado y a uno por detrás de su centurión. Habían pasado varios días tras el banquete y todavía estaba atontado por los acontecimientos de aquella noche, obsesionado con la imagen de Lavinia, muerta, tendida sobre su propia sangre. Aunque lo había abandonado por Vitelio y había pagado el terrible precio que era parte inevitable de tener una relación demasiado estrecha con el tribuno, Cato no podía evitar pensar en que él también había tenido algo que ver en su muerte. Macro no estaba tan circunspecto y, aunque no llegó tan lejos como para decir abiertamente que Lavinia había recibido lo que se merecía, su falta de compasión por la esclava era muy evidente. En consecuencia y muy a pesar de ambos, se había interpuesto entre ellos una fría formalidad, y permanecían en silencio mientras los demás soldados de la centuria charlaban alegremente.

El buen humor cesó de pronto cuando la alta cimera de un oficial superior se acercó. Se abrió un hueco entre las filas y Vespasiano se abrió camino entre sus hombres hacia Macro.

—¡Centurión! Quisiera hablar contigo y con el *optio* en privado, por favor.

—Sí, señor. El legado fue delante, se alejó de la densa masa de legionarios y se detuvo cuando tuvo la certeza de que no podrían oírles. Se volvió hacia sus subordinados.

—¿Habéis cambiado de opinión acerca del asunto que estuvimos discutiendo? Ésta es vuestra última oportunidad.

—No, señor —respondió Macro con firmeza.

—Centurión, el hecho de que tuvierais un papel decisivo en salvarle la vida al emperador podría beneficiar vuestras carreras. Si Cato no hubiera detenido a ese asesino, dudo que nadie hubiera reaccionado a tiempo para salvar a Claudio.

Incluso ahora, la gente todavía está tratando de descubrir la identidad del hombre que se enfrentó primero a ese britano.

Si quieres, Cato, puedo hallar una forma discreta de asegurarme de que tus esfuerzos se vean recompensados.

—No, gracias señor. —Cato dijo que no moviendo cansinamente la cabeza—. Es demasiado tarde, señor. Usted vio como el emperador abrazaba a Vitelio en el instante en que se frustró el intento de asesinato. Ha encontrado a su héroe. Para nosotros sería peligroso reivindicar que participamos en su salvación. Estaríamos muertos antes de que nos diera tiempo a beneficiarnos de la hazaña. Sabe que es cierto, señor.

Vespasiano se quedó mirando al *optio* y asintió con un lento movimiento de la cabeza.

—Tienes razón, por supuesto. Yo sólo quería ver que se hacía justicia.

Cato dio un bufido desdenoso ante la idea de que hubiese justicia en ese mundo y su centurión se puso rígido, preocupado por aquella afrenta al comandante de la legión.

—Muy bien. —El tono de Vespasiano era gélido—. Será mejor que volváis con vuestros hombres.

Con las primeras cinco cohortes en cabeza, el emperador y su Estado Mayor avanzaron a través de Camuloduno hacia el muelle. A su lado cabalgaba Vitelio, que, respondía gentilmente a las ovaciones de los legionarios alineados a lo largo de todo el trayecto cada vez que el emperador hacía un gesto hacia su nuevo favorito. Tras ellos iba Narciso, con sus fríos ojos clavados en Vitelio mientras consideraba sus opciones en silencio.

En el muelle las cohortes se desplegaron a ambos lados y las cimeras rojas de la segunda legión formaron una línea que se extendía a lo largo de toda la hilera de almacenes. El emperador desmontó, embarcó en la nave capitana y, desde una plataforma situada en la parte trasera de la embarcación, inclinó la cabeza cuando Vespasiano exhortó a sus soldados a lanzar un coro de vítores por el emperador y la gloria de Roma. Mientras el espacio entre el bao dorado del barco y la mampostería toscamente tallada del muelle se ensanchaba, los gritos de los legionarios siguieron resonando por el río. El general Plautio condujo su caballo junto a Vespasiano.

—Parece que nuestro emperador tendrá su triunfo después de todo.

—Sí, señor. Aunque, por supuesto, lamentamos ver que nuestro emperador regresa a Roma, me da la impresión de que este ejército se alegrará de prescindir del beneficio de su genialidad táctica.

Vespasiano sonrió. —Sí, señor. Observaron cómo las hileras de remos del buque insignia surgían del interior del casco y luego, todos a la vez, descendían y se introducían en el agua. El barco se puso en marcha y empezó a deslizarse río abajo hacia el mar, seguido muy de cerca por su escolta de trirremes.

—Bueno, ya se ha terminado la campaña, al menos por este año —anunció Plautio—. Yo no sé tú, pero a mí me vendría muy bien un largo descanso antes de emprenderla otra vez con los britanos.

—Sé exactamente cómo se siente, señor.

—Será mejor que lo aproveches, Vespasiano. En cuanto llegue la primavera la segunda tendrá que estar preparada para soportar una dura prueba.

Vespasiano volvió la cabeza y dirigió una severa mirada al general.

—Pensé que podría interesarte. El año que viene, mientras las otras tres legiones siguen avanzando hacia el corazón de esta isla sumida en la ignorancia, he asignado a la segunda la tarea más ardua de todas: recorreréis la costa sur y obligaréis a someterse al dominio romano a todas las tribus que todavía no lo hayan hecho. Aún tenemos un aliado en quien podemos confiar en esas regiones: Cogidubno. Él os proporcionará una base de operaciones y actuaréis conjuntamente con la flota del canal para asegurar las tierras del oeste. Sin duda estarás encantado con la perspectiva de un mando independiente.

Vespasiano intentó no sonreír y asintió con la cabeza con gravedad.

—Bien. Estoy seguro de que harás un buen trabajo. Conciénciate, Vespasiano, de que se trata de esa clase de servicios que lanzan a los soldados hacia grandes carreras profesionales.

En cuanto el buque insignia hubo rodeado el recodo del río, se dio la orden a la segunda legión para que se retirara.

Las cohortes se alejaron del muelle con paso firme, de vuelta al campamento pasando por Camuloduno. Macro había visto el odio salvaje en los ojos de Cato mientras observaban cómo Vitelio se regodeaba en el esplendor del emperador sobre la cubierta del buque insignia. Tal vez pareciera fingido, pero Macro había visto suficiente mundo como para saber que aquella era la clase de furia que carcomía el corazón de los hombres y los conducía por el sendero de una paulatina autodestrucción. A Cato le hacía muchísima falta algún tipo de diversión y Macro decidió que él era la persona adecuada para proporcionársela.

—¿Te apetece ir a la ciudad a beber algo esta noche?

—¿Señor?

—He dicho que esta noche iremos a tomar una copa.

—¿Ah, sí? ¿Iremos?

—Sí. Iremos. Cato movió ligeramente la cabeza en señal de asentimiento y su centurión se dio cuenta de que tendría que ofrecerle algo más como incentivo. Muy bien, había algo que podía probar. No es que le hiciera mucha gracia correr el riesgo de presentarle a su *optio* al último objeto de su interés romántico.

—Hay una chica a la que quiero que conozcas. Me la encontré en el mercado el otro día. Va a venir con nosotros esta noche. Es muy divertida y creo que te vas a llevar muy bien con ella.

—Es usted muy amable, señor. Pero no querría estorbar.

—¡Tonterías! Ven con nosotros y te pones como una cuba. Confía en mí, te irá bien.

Por un momento Cato pensó en rechazar la oferta. Todavía no sentía que pudiera disfrutar otra vez de la vida, tenía demasiadas cicatrices emocionales para poder hacerlo. Entonces miró a su centurión a los ojos. En ellos vio expresada una genuina preocupación por su bienestar y se sintió impulsado a dejar de lado su dolor autocompasivo. De acuerdo entonces. Por Macro, aquella noche iba a pillar una terrible curda. Iba a ponerse lo bastante borracho como para olvidarse de todo.

—Gracias, señor. Tomaré con gusto una copa.

—¡Buen chico! —Macro le dio una palmada en la espalda.

—Y dígame, señor, ¿quién es esa amiga suya?

—Es de una tribu de la costa este. Ahora mismo se aloja con unos parientes lejanos. Es un poco impulsiva, pero posee una belleza de aquellas que hacen parar en seco a un hombre.

—¿Cómo se llama? —Boadicea.

Nota histórica

La crónica más importante sobre la Invasión Claudia que hemos heredado de los tiempos del Imperio son unas ochocientas palabras escasas redactadas por Casio Dio. Puesto que la escribió más de cien años después de los hechos que describe, Casio dependía de otras fuentes. Quién sabe lo precisas y detalladas que podrían haber sido esas fuentes, y resulta irritante que la sección de los Anales de Tácito relativa a la invasión se haya perdido. Sin embargo, la pérdida del historiador es la ganancia del novelista. Yo he creado mis relatos de Cato, Macro y Vespasiano manteniéndome lo más fiel posible a la crónica de Casio e incorporando tantas pruebas arqueológicas como fuera posible. Dicho esto, sería estupendo leer algún día sobre el descubrimiento de unos pocos huesos de elefante en lo más profundo de Essex...

A pesar de la parvedad del relato de Dio, no hay duda de que el éxito de la invasión no fue ni mucho menos un resultado que se hubiera previsto. El ataque al otro lado del Medway fue algo fuera de lo normal, puesto que la batalla duró dos días, lo cual da testimonio de la ferocidad con que los britanos resistieron el avance de las águilas. Las razones para la última parada en la otra orilla del Támesis son motivo de disputa entre los historiadores. Algunos aducen que los britanos eran una fuerza en decadencia tras su fracaso al defender los ríos y evitar que el enemigo los cruzara, y que aquel alto en el avance se produjo para permitirle a Claudio dirigir el asalto a Camuloduno en persona. Otros han argumentado que las tropas de Plautio realmente necesitaban refuerzos tras haber sido duramente castigadas por los nativos. Dada la precaria situación política del emperador, yo me inclino por la primera interpretación.

He tratado de no complicar la política tribal de los britanos para no hacer más lento el ritmo de la historia. En la época de la invasión romana del año 43 d.c., la isla estaba dividida en grupos de aliados inestables, y la mayoría de las tribus veían las arrolladoras victorias de los catuvelanios con creciente temor. Después de haber dominado a los trinovantes y de haber convertido la rica ciudad de Camuloduno en su capital, los catuvelanios estaban haciendo grandes avances al sur del Támesis. Cuando llegaron los romanos, a los catuvelanios les fue muy difícil reclutar a sus antiguos enemigos tribales para que formaran parte de las fuerzas de oposición a Roma. Como iban a ganar muy poco con la victoria de cualquiera de los dos bandos, muchas de las tribus retrasaron su incorporación a una alianza hasta que no estuvo claro quién iba a ser el vencedor.

Carataco ha sido vencido de nuevo y la capital de los nativos ha caído en manos de Roma. Pero la conquista de la isla está lejos de haber terminado. El caudillo britano sigue en libertad, incitando a las orgullosas tribus guerreras de la isla a que se resistan a los invasores. En ningún lugar la oposición es tan resuelta como en los territorios de las tribus del sudoeste, que, desde los refugios de sus

enormes poblados fortificados, esperan con desdén a que los romanos lo hagan lo peor posible.

Cato y Macro sólo disponen de un breve respiro antes de que Vespasiano los conduzca de nuevo, junto a los soldados de la maltrecha segunda legión, hacia las formidables fortalezas de los britanos y hacia un nuevo y mortífero enemigo.

FIN



Simon Scarrow es un escritor inglés nacido en Lagos (Nigeria) en 1962. Su hermano Alex Scarrow también es escritor.

Tras crecer viajando por varios países, Simon acabó viviendo en Londres, donde comenzó a escribir su primera novela tras acabar los estudios. Pero pronto decidió volver a la universidad y se graduó para ser profesor (profesión que recomienda).

Tras varios años como profesor de Historia, se ha convertido en un fenómeno en el campo de los ciclos novelescos de narrativa histórica gracias a dos sagas: Águila y Revolución.